

DESARROLLO, EUROCENTRISMO Y ECONOMÍA POPULAR

Más allá del paradigma neoliberal

EDGARDO **LANDER**
ORLANDO **FALS BORDA**
LUIS EDUARDO **MORA-OSEJO**
ARTURO **ESCOBAR**
ALAIN **LIPIETZ**
BOAVENTURA **DE SOUSA SANTOS**
CÉSAR **RODRÍGUEZ**
MIGUEL ÁNGEL **CONTRERAS**
OSVALDO **SUNKEL**
EMIR **SADER**



Gobierno
Bolivariano



REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente

MINISTERIO PARA LA ECONOMÍA POPULAR

Eliás Jaua

Ministro

Juan Carlos Loyo

Viceministro de Formación y Desarrollo Popular

Ada Rizzo

Directora General de Formación y Desarrollo

Elio Hernández

Coordinador de la Unidad de Comunicación y Tecnología Formativa

DESARROLLO, EUROCENTRISMO Y ECONOMÍA POPULAR

Más allá del paradigma neoliberal

Producción editorial: Reinaldo Iturriza López (Minep)

Pre-prensa: Eleonora Silva

Diseño de portada: Gustavo Borges

Transcripción: Carmen Chávez

Impresión: w:lab Laboratorio de Diseño, C.A.

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

Presentación

A RIESGO de parecer inmodestos, no dudamos en afirmar que esta publicación recoge el signo de los tiempos que corren. Es tiempo de crisis de la hegemonía neoliberal, por esto mismo es tiempo de pueblos en lucha. En Venezuela estamos empeñados en demostrar que otro modelo económico no sólo es necesario sino posible.

Somos conscientes de la importancia estratégica que reviste el eventual éxito de las políticas que actualmente implementamos desde el gobierno revolucionario que lidera el Comandante Hugo Chávez, orientadas a la democratización real de las relaciones económicas, y al establecimiento de un modelo de desarrollo endógeno.

Pero también sabemos que los esfuerzos transformadores que realizamos a nivel nacional se inscriben en una larga tradición de luchas alrededor del mundo en contra de la globalización neoliberal. Tenemos mucho que aprender de otras experiencias de resistencia popular, y de otras experiencias productivas.

Estamos convencidos, además, de que el buen curso de nuestras políticas transformadoras depende en buena medida de que evitemos subordinarnos a la pragmática, que las repensemos permanentemente, y las reformulemos de ser necesario. Alcanzar nuestro propósito nos impone alimentarnos tanto de experiencias afines como de reflexiones teóricas relacionadas con el tema.

Esta publicación tiene su origen en este contexto de búsqueda de referentes teóricos y prácticos. Reúne trabajos que destacan tanto por su rigurosidad teórica como por lo sugerente de sus planteamientos. La mayoría de ellos han sido publicados en revistas especializadas o hacen parte de libros; sin embargo, algunos aún no se han publicado en español, y otros son de difícil acceso, esto a pesar

de tratarse de investigadores y académicos de dilatada y reconocida trayectoria, provenientes de Brasil, Colombia, Chile, Portugal, Francia y Venezuela.

Los asuntos tratados van desde el análisis de la episteme que soporta la concepción moderna de desarrollo, hasta la revisión de experiencias concretas en el campo de la economía popular. Ha sido nuestra intención abordar el tema muy general del desarrollo desde diversas ópticas y perspectivas, de manera que esta publicación brinde a sus lectores la oportunidad de hacerse una idea global de los retos que nos plantea nuestro principal objetivo: la superación del sistema económico capitalista dependiente.

Por último, una referencia obligada a los autores que tan gentilmente nos han permitido publicar sus trabajos. Ha constituido un estímulo muy importante para nosotros haber tenido tanta receptividad al momento de solicitarles su colaboración para esta publicación. Todos han contribuido de muy buena gana, entusiasmados como están con la revolución que llevamos adelante en nuestro país, y deseosos de aportar “aunque sea un escrito”, como nos escribió uno de ellos, para que sigamos adelante. A todos ellos nuestro más sincero agradecimiento.

*Sociólogo Elías Jaua,
Ministro para la Economía Popular
Caracas, enero de 2006*

INTRODUCCIÓN

Sobre la búsqueda de soberanías democráticas

Miguel Ángel Contreras Natera

SOBRE EL SIGNO HISTÓRICO del terror neoliberal se están configurando los perfiles fundamentales del *kairós transformacional* en curso en el sistema histórico mundial. Esta tendencia explícita a partir del 11 de septiembre e implícita *ex ante*, busca instalar la temática del terrorismo y la seguridad como parte de los temas centrales de las agendas de los organismos multilaterales y de los encuentros gubernamentales. En un documento titulado *Estrategia de seguridad nacional* presentado por George W. Bush al Congreso de los Estados Unidos el 20 de septiembre de 2002, se funde conceptual, política y estratégicamente bajo el principio moral del libre mercado, la estrategia comercial y la estrategia militar del *neoliberalismo armado* (Gilly, 2004). El principio moral de esta *economía del miedo* es simple: extender el mundo gobernado por el puro intercambio de mercancías, extender las relaciones mediadas por el dinero como la forma natural y única de las relaciones humanas, extenderlas a todo espacio y tiempo, destruyendo o subordinando a ellas toda otra relación entre humanos. El término neoliberalismo armado designa que una parte del mundo evita y domina simultáneamente la economía de la otra parte, modulando la mezcla exacta de estas relaciones según la región y el momento.

En este contexto, el discurso neoliberal se re-escibe como escatología de redención final y definitiva. Así, toda una operación de re-escritura organiza el despliegue de los dispositivos

políticos, económicos y culturales del discurso neoliberal. Lo que hace el discurso neoliberal es re-escribir la economía de mercado como una pulsión de fuerzas naturales y ocultar con ello a las instituciones, los individuos, los actores globales y locales que motorizan al capitalismo global. Pero no sólo oculta. Con esta operación lingüística se consigue plantear el orden económico imperante como la única forma deseable y posible de futuro de las sociedades modernas. Se trata de un tipo de contra-revolución conservadora que reivindica la conexión con el progreso, la razón y la ciencia –en realidad la economía– con el fin de justificar su propio reestablecimiento y tratar de relegar por la misma razón al pensamiento y la intervención progresista a un estatus arcaico. Es lo que, a la mitad del siglo XX, Karl Polanyi llamó la utopía perversa del mercado que se regula a sí mismo y, a partir de allí, fuera de todo control, intenta regular, cosificar y dominar las vidas, los bienes, los afectos y los sueños.

Desde luego, el neoliberalismo no es sólo un proceso de reescritura político e ideológico. Es también un programa de control deliberado de las fuentes energéticas del Tercer Mundo. Tal como lo planteaba la doctrina Carter en 1980, refiriéndose a la necesidad de vincular el control de los recursos energéticos localizados en otros países con los intereses de los Estados Unidos: “Todo intento de controlar la región del golfo Pérsico por parte de cualquier potencia extranjera será considerado como un ataque a los intereses vitales de los Estados Unidos de América y repelido mediante el empleo de todos los medios necesarios sin exceptuar la fuerza de las armas”. Tampoco Bill Clinton nunca se cansó de manifestar su convicción de que “nuestros intereses económicos y de seguridad están inextricablemente vinculados”. En 1998, el Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos definió “los intereses vitales como aquellos de importancia general y primordial para la supervivencia, la seguridad y la vitalidad de la nación norteamericana. En defensa de estos intereses haremos cuanto sea necesario, incluyendo en su caso el empleo

unilateral del poder militar de forma decisiva” (Montoya, 2003: 58-60).

En definitiva, la preocupación central de los Estados Unidos por el control de los recursos energéticos, y el dominio de los territorios en los cuales se encuentran localizados, es una de las causas fundamentales de las guerras actuales. El neoliberalismo armado comprende, principalmente para los países del Tercer Mundo, el control irrestricto de sus recursos energéticos. En consecuencia, el supuesto de la escasez creciente de los recursos naturales se presenta como causa de presentes y futuros conflictos regionales y globales: mientras el petróleo, el gas natural y el agua atizan la más intensa competencia, otros conflictos se incuban con relación a los minerales, las zonas verdes, las piedras preciosas y la madera de construcción, principal y únicamente en los países del Tercer Mundo.

Las guerras que en la actualidad se libran por el control de los recursos naturales ponen de manifiesto un concepto de desarrollo de las sociedades industrializadas centrado en el monopolio exclusivo de las fuentes energéticas. Más aun, las guerras de Kosovo, Afganistán e Irak, y el Plan Colombia en nuestro continente, son representadas y justificadas por los grandes medios de información como operaciones terapéuticas necesarias en la lucha contra el terrorismo globalizado. Con las guerras de baja intensidad –en la definición que realizaran los ideólogos de los Documentos de Santa Fe¹– se crean simultáneamente los espacios virtuales para la financiación corporativa de la reconstrucción de los territorios devastados, con el subsiguiente endeudamiento externo de sus pueblos bajo el único objetivo de explotar sus recursos naturales.

Esto supone la profundización de un diagrama social represivo que tiende a militarizar las relaciones sociales al interior de

1. Difundido por Proyecto Emancipación: www.emancipacion.org y emancipa@sineclis.com.ar

los países y que abarca tanto las reformas legales que cercenan derechos y libertades democráticas, la criminalización y judicialización de la protesta, la consolidación de gobiernos autoritarios y el crecimiento de la represión paraestatal. Justificada bajo el pretendido combate al narcotráfico, el terrorismo o la delincuencia, la ideología de la seguridad pretende la reconstrucción de la gobernabilidad neoliberal. Su fin último es radicalizar estos conflictos –por el control de los recursos naturales– como legitimación de una militarización a escala planetaria. Su objetivo político implícito es profundizar las diferencias económicas y militares, convertirlas en irreversibles y llevarlas a una situación explosiva y terminal. En todo caso, el Norte está siendo integrado bajo un único sistema militar y económico, mientras los distintos estados que lo componen, plácidamente reunidos, disimulan su incomodidad ante el paraguas estadounidense. Así pues, emerge un mundo militarmente dual, descrito consistentemente como zonas de paz y zonas de turbulencia. El panorama financieramente programado –desde las instituciones globales del FMI, la OMC y el Banco Mundial– es, a fin de cuentas, la naturalización de las desigualdades.

Sin embargo, la hegemonía del pensamiento único y la euforia suscitada por la mundialización de los mercados han expirado. El desarrollo del desempleo y la precariedad, el desmantelamiento de los servicios públicos, las recurrentes crisis financieras, los desequilibrios ecológicos y el unilateralismo estadounidense han minado la credibilidad del discurso neoliberal. La segunda mitad de la década de los noventa en el Cono Sur se caracteriza por el incremento exponencial de la protesta social y por la emergencia y consolidación de movimientos sociales y populares que alcanzan significación nacional e internacional. Este ciclo de protesta se inscribe en el campo de fuerzas resultante de las regresivas transformaciones estructurales forjadas por la instrumentación de políticas neoliberales. De igual forma, la energía social de estas respuestas sociales, políticas y culturales han

inspirado nuevos modelos alternativos de desarrollo y de democracia contra el neoliberalismo armado.

En todo caso, está configurándose como respuesta y reacción a la globalización neoliberal una globalización contrahegemónica y alternativa que se va desplegando por una familia dispersa, democrática y transnacional de movimientos antisistémicos. La eclosión de fuerzas plurales implica desde la revitalización de los movimientos populares, las protestas de las clases medias pauperizadas, los levantamientos de los movimientos campesinos y los pueblos indígenas, han tendido a cobrar una vida política no separada de las organizaciones y las dinámicas sociales. La recuperación de tradiciones participativas es el sino fundamental de este incipiente proyecto de soberanía democrática. Sin duda, estos movimientos han logrado construir una esfera pública democrática y transnacional de resistencia al discurso neoliberal. Los distintos foros mundiales y regionales expresan simbólicamente la construcción de espacios democráticos y transnacionales de globalización contrahegemónica.

El proyecto de libro colectivo que a continuación se presenta forma parte de un esfuerzo transnacional de búsquedas reflexivas por construir nuevos referentes democráticos, participativos y plurales. El libro consta de tres ejes fundamentales de reflexión articulados entre sí. En el primer eje reflexivo, se reúnen los trabajos de un conjunto destacado de autores que inscriben su producción teórica en una perspectiva de doble vínculo: a) como crítica al eurocentrismo; y b) como descolonización de la producción teórica de las ciencias sociales en el continente. Este primer eje se refiere a la búsqueda de nuevas gramáticas reflexivas acordes con las complejas exigencias de las realidades de la región. En todo caso, los autores se proyectan sobre la superficie de inscripción del aserto de un autor como Aníbal Quijano de pensar América Latina desde América Latina.

Los trabajos que se reúnen en el segundo eje reflexivo se localizan en la superficie de proyección del primero en tanto suponen

la necesidad de pensar y reorganizar el canon de la producción en correspondencia con el postulado de la diversidad epistemológica. Reorganización que supone la construcción de nuevos marcos de producción del conocimiento y de reorganización de la producción fundada en los principios axiológicos de solidaridad, reciprocidad, horizontalidad y cooperación presentes en la mayoría de los movimientos sociales contrarios y resistentes a la globalización neoliberal. De modo tópico, los trabajos destacan la necesidad de revalorizar la cultura de los pueblos del Tercer Mundo, la defensa de los derechos de ciudadanía y la necesidad de crear una nueva soberanía democrática.

Los trabajos agrupados en el tercer eje reflexivo se ocupan de las cuestiones relacionadas con el diseño de políticas alternativas a la globalización neoliberal. Estas políticas alternativas son delineadas con un diagnóstico que contextualiza la globalización neoliberal en su progresiva deslegitimación económica y política. Pero, en todo caso, no se limitan a la evaluación crítica del neoliberalismo sino que exploran alternativas en las formas de pensar el estado en concomitancia con el ejercicio de los derechos de ciudadanía como contribución para repensar la democracia en la región.

Los trabajos en su conjunto persisten en la necesidad de construir nuevos cauces reflexivos capaces de articular las fuerzas contra-hegemónicas con las perspectivas de nuevas soberanías democráticas. Este espíritu crítico-constructivo anima las búsquedas de nuevas gramáticas teóricas y políticas contra las pretensiones universalistas y excluyentes del discurso neoliberal. En todo caso se oponen frontalmente al pesimismo histórico, consecuencia de la hegemonía neoliberal. La reflexión teórica debe realizarse precisamente como un esfuerzo ejemplar por superponerse a esta condición política de nuestro tiempo: formulando una perspectiva y una orientación en el mundo, el horizonte hacia el que caminar.

Primer eje: “Crítica de los saberes eurocéntricos”

El trabajo de Edgardo Lander, “Pensamiento crítico latinoamericano: la impugación del eurocentrismo”, caracteriza las matrices teórico-epistemológicas que han colonizado las realidades de la región. Para el autor, las principales vertientes del pensamiento que ha sido históricamente hegemónico *sobre y desde* América Latina pueden ser caracterizadas como colonial/eurocéntricas. Existe una continuidad básica desde las crónicas de Indias, el pensamiento liberal de la independencia, el positivismo y el pensamiento conservador del siglo XIX, la sociología de la modernización, el desarrollismo en sus diversas versiones durante el siglo XX, el neoliberalismo y las disciplinas académicas institucionalizadas en las universidades del continente.

Más allá de la diversidad de sus orientaciones y de sus variados contextos históricos, es posible identificar en estas corrientes hegemónicas un sustrato colonial que se expresa en la lectura de estas sociedades a partir de la cosmovisión europea y su propósito de transformarlas a imagen y semejanza de las sociedades del Norte que en sucesivos momentos históricos han servido de modelo a imitar. Estas vertientes dominantes del pensamiento latinoamericano han sido la expresión del imaginario de la minoría, élites blancas, masculinas, generalmente urbanas, que han tenido –y continúan teniendo– una mayor identificación y convergencia de intereses con los grupos dominantes en los centros metropolitanos que con las tradiciones culturales, condiciones de vida y aspiraciones de la mayoría de la población.

En una revisión panorámica de las principales críticas al eurocentrismo, Lander contrasta las perspectivas emergentes de una diversidad de autores entre los que se cuentan Enrique Dussel, Aníbal Quijano, Walter Dignolo, Fernando Coronil y Arturo Escobar. Para él, en sus líneas fundamentales de crítica a los saberes hegemónicos, se está construyendo lo que llamamos un *paradigma indiciario*. En esta perspectiva emergente e indiciaria,

se abordan temas cruciales para la comprensión de las sociedades contemporáneas –en particular del mundo periférico–, como la crítica a las pretensiones universales de la historia local, parroquial europea; la polémica sobre el origen y rasgos esenciales de la modernidad; las relaciones entre modernidad y orden colonial; las condiciones históricas del surgimiento de los saberes modernos en los centros del proceso de la constitución del sistema-mundo moderno/colonial; la separación jerárquica entre los saberes abstractos, científicos, formales y los saberes locales y/o tradicionales; y el papel que han desempeñado los saberes modernos hegemónicos en la naturalización y legitimación del continuado proceso de colonización y neo-colonización tanto externa como interna de los pueblos del Sur.

Si algo queda claro –en la revisión que realiza Edgardo Lander– es que las separaciones de los ámbitos de la realidad y de los saberes disciplinarios heredados del liberalismo, son una dimensión principal de las estructuras cognitivas de las cuales es necesario liberarse. Estos ámbitos disciplinarios fraccionados no pueden operar sino como dispositivos de naturalización de *la realidad* del sistema-mundo colonial-imperial moderno. De los debates actuales es posible concluir igualmente que la descolonización del imaginario y la impugnación de los saberes eurocéntricos hegemónicos es un requisito no sólo para un cambio en las condiciones de subordinación y exclusión en las cuales vive la mayor parte de la población del planeta, sino que constituye igualmente una condición sin la cual difícilmente pueda lucharse por otros modelos civilizatorios que hagan posible la continuidad de la vida en este planeta que *todos compartimos provisionalmente*.

El segundo trabajo, escrito a cuatro manos entre Orlando Fals Borda y Luis Eduardo Mora-Osejo, “La superación del eurocentrismo. Enriquecimiento del saber sistémico y endógeno sobre nuestro contexto local”, tiene un doble propósito: criticar al eurocentrismo y revalorizar la producción local de conocimiento. Este doble propósito se inscribe en la búsqueda de arti-

culaciones entre la producción del conocimiento y las formas de transformación de nuestras realidades. En palabras de los autores: el elevado aprecio por el conocimiento originado en Europa, de frente a las realidades naturales, culturales y sociales de ese continente, impide percibir las consecuencias negativas que ello implica cuando se transfieren y se intenta utilizarlo para explicar realidades tan diferentes como las que son propias del medio tropical, complejo y frágil, y por esto mismo ni siquiera en nuestras universidades, y menos aun en los centros tecnológicos, educativos y culturales se percibe, la urgente necesidad de nuestras sociedades de disponer junto con el conocimiento universal, conocimientos contextualizados de nuestras realidades singulares y complejas.

La situación empeora cuando los marcos de referencia que se emplean aquí resultan copias textuales o limitaciones impuestas de paradigmas desarraigados del contexto propio. Estas imitaciones o copias, que resultan inviables, son fuente de desorganización y anomia que llevan a tensiones expresadas en violencias, desórdenes y abusos del medio ambiente. Necesitamos, en palabras de los autores, construir paradigmas endógenos enraizados en nuestras propias circunstancias que reflejen la compleja realidad que tenemos y vivimos. En todo caso, los autores insisten en las consecuencias perversas del eurocentrismo e inscriben su producción de investigación-acción participativa en la búsqueda urgente de explicaciones propias, manejos técnicos e instituciones eficaces según *paradigmas endógenos, alternativos y abiertos* que revaloricen la biodiversidad genética y cultural del continente. En definitiva, el eurocentrismo ha implicado la castración y el colonialismo intelectual.

Además, los paradigmas eurocéntricos son los mismos que en las últimas décadas, y en particular en los países tropicales, han incidido negativamente en el deterioro de las relaciones hombre-naturaleza. En todo caso, los autores proponen la articulación entre la investigación-acción participativa y la endogénesis expli-

cativa y reproductiva como un aspecto fundamental en la revalorización de las condiciones locales de los contextos andino y tropical. Para ellos, debemos ser conscientes de las marcadas diferencias del trópico en cuanto al clima, el suelo y el grado de complejidad y fragilidad de nuestros ecosistemas en comparación con los de las otras zonas. Ello condiciona la conducta humana y enriquece el acervo cultural. Es por lo tanto posible, lógico y conveniente desarrollar paradigmas científicos y marcos técnicos de referencia que, sin ignorar lo universal o lo foráneo, privilegien la búsqueda de la creatividad propia.

Como cierre de este primer eje reflexivo tenemos el trabajo de Arturo Escobar, “El desarrollo y la antropología de la modernidad”, capítulo primero de su libro *La invención del Tercer Mundo*. De él nos interesa destacar su contribución a la construcción de un marco de referencia para la crítica cultural de la economía. Contribución que persigue simultáneamente historizar y desnaturalizar lo que en el pensamiento liberal hegemónico aparece como la realidad universal. Para Escobar se hace necesario realizar una *antropología de la modernidad*, que permita desnaturalizar al orden de la sociedad capitalista como configuración social universal y como la única forma posible de pensar e imaginar los horizontes normativos de las sociedades de la región. La economía occidental es generalmente pensada como un sistema de producción. Desde la perspectiva de la antropología de la modernidad, sin embargo, la economía occidental debe ser vista como una institución compuesta por sistemas de producción, poder y significación.

Los tres sistemas se unieron al final del siglo XVIII y están inseparablemente ligados al desarrollo del capitalismo y la modernidad. Deben ser vistos como formas culturales a través de las cuales los seres humanos son transformados en sujetos productivos. La economía no es sólo, ni siquiera principalmente, una entidad material. Es ante todo una producción cultural, una forma de producir sujetos humanos y órdenes sociales de un determi-

nado tipo. En la economía existe, por tanto, un *etnocentrismo* que es preciso develar, es decir, un efecto hegemónico logrado mediante representaciones que rinden culto a una visión de la economía al tiempo que suprimen otras. La economía en tanto ciencia y discurso fundamental del desarrollo fue llamada a reformar las sociedades percibidas como subdesarrolladas, sobre la base de un nuevo esquema de interpretación teórica y con nuevas tecnologías para la planificación social, abriendo campos para la construcción de objetos económicos, confirmando un nuevo estatus al economista y su ciencia, y multiplicando los sitios desde donde podía producirse el discurso y poner en marcha sus prácticas.

En todo caso, el reto de la antropología de la modernidad desarrollada por Arturo Escobar es deconstruir a Occidente como fenómeno cultural e histórico específico. Si realmente existe una estructura antropológica que sostiene el orden moderno y sus ciencias humanas, debe investigarse hasta qué punto dicha estructura también ha dado origen al régimen del desarrollo, tal vez como mutación específica de la modernidad. La necesidad de brindar caminos para la radicalización de la acción de re-imaginar el continente es una de las tareas fundamentales de la propuesta analítica de Arturo Escobar. En palabras del autor, dismantelar el discurso del desarrollo, e incluso despedirnos de la construcción discursiva y naturalizada del Tercer Mundo, dependerá de la invención social de nuevas narrativas y de nuevos modos de pensar y de obrar.

Segundo eje: “Pensar la economía popular y solidaria”

El trabajo de Alain Lipietz, “¿Qué es la economía social y solidaria?”, constituye el sustrato axiológico del segundo eje de reflexión. Para él, la economía social y solidaria está aún en el margen, es la flor que nace. Y espera que sea la forma dominante de la economía que se quiere construir. Para Lipietz, dilucidar el signi-

ficado de la interrogante pasa por ir desplegando su indeterminación conceptual. Se acostumbra a decir: existe el sector público y por otra parte existe la economía de mercado. Pero, además, existe un cierto número de funciones destinadas a la comunidad y asumidas por la comunidad. Esta especie de tercer principio, que es mucho más fundamental que los otros, mucho más antiguo de cierta forma, es el que establece los vínculos del tejido social.

En consecuencia, para el autor, ya contamos con las estructuras que pueden sustentar la economía social y solidaria. Son las asociaciones, es la cooperativa, es la mutualidad. Así, el movimiento popular, esencialmente de los trabajadores pero no solamente, inventa en el siglo XIX una respuesta a un modelo fundado en la dualidad estado/economía de mercado. El destino de la mutualidad es convertirse en caja obligatoria de seguridad social. El destino de la cooperativa es convertirse en servicio público. Es entonces fundamental que existan formas de producción que respondan al tercer principio, el principio de la comunidad.

Por tanto, es necesario partir de la idea de que en nuestra sociedad formidablemente reducida a individuos completamente aislados, en la que no hay más sentido comunitario, en la que se muere de nostalgia por lo comunitario, o se muere de soledad, o se muere de inseguridad y de miedo al vecino, hay que rehacer y recomponer el tejido social. De cualquier manera, sugiere Lipietz, hay que reinventar el colectivo, rehacer el tejido social. La economía social y solidaria es la reconstrucción de la comunidad para todo el mundo. En el siglo XXI la única solución es construir una sociedad fraternal o comunitaria, donde se potencie una asociación libre de personas que se dan los unos para los otros. Es una ambición para todo el mundo. Está profundamente ligada al concepto mismo de ecología, es decir, a la relación entre los individuos, su sociedad y su medio ambiente, ya que justamente ésta se ocupa de todo lo que es común cuando se vive en sociedad.

El trabajo escrito por Boaventura de Sousa Santos y César Rodríguez, “Para ampliar el canon de la producción”, se inscribe

dentro del Proyecto Global intitulado *Reinventar la emancipación social: para nuevos manifiestos* y se refiere inicialmente a la tarea especialmente urgente de pensar y luchar por alternativas económicas y sociales por dos razones relacionadas entre sí. En primer lugar, vivimos en una época en la que la idea de que no hay alternativas frente al capitalismo ha ganado un nivel de aceptación que posiblemente no tiene precedentes en la historia del capitalismo mundial. En segundo lugar, la reinención de formas económicas alternativas es urgente porque, en contraste con los siglos XIX y XX, a comienzos del nuevo milenio la alternativa sistémica al capitalismo representada por las economías socialistas centralizadas no es viable ni deseable. Lo que se requiere, entonces, es centrar la atención simultáneamente en la viabilidad y en el potencial emancipatorio de las múltiples alternativas que se vienen formulando y practicando alrededor del mundo, que representan formas de organización económica basadas en la igualdad, la solidaridad y la protección del medio ambiente.

De cualquier manera, ello incluye formas de concebir y organizar la vida económica que implican reformas radicales dentro del capitalismo basadas en principios no capitalistas, o que incluso apuntan a una transformación gradual de la economía hacia formas de producción, intercambio y consumo no capitalistas. La panorámica teórica que realizan los autores en su trabajo supone la búsqueda de alternativas de producción y la revalorización de la diversidad cultural y epistemológica. Éstos condensan en nueve tesis su propuesta programática:

- 1) Las alternativas de producción no son solamente económicas: su potencial emancipador y sus perspectivas de éxito dependen en buena medida de la integración que logren entre procesos de transformación económica y procesos culturales, sociales y políticos. Las actividades económicas proveen el sustento y el incentivo material, mientras que el sentido de pertenencia y los procesos de educación e integración social generados alrededor de ellas pro-

veen la energía y el entusiasmo necesarios para que los participantes persistan y la alternativa no colapse o se desnaturalice.

2) El éxito de las alternativas de producción depende de su inserción en redes de colaboración y de soporte mutuo. Dado su carácter contrahegemónico y el hecho de que en muchas ocasiones las experiencias de producción alternativa son emprendidas por sectores marginados de la sociedad, las iniciativas son con mucha frecuencia frágiles y precarias. Uno de los factores más importantes para el surgimiento, supervivencia y expansión de las alternativas es la existencia de un movimiento social más amplio que las produzca y mantenga su integridad.

3) Las luchas por la producción alternativa deben ser impulsadas dentro y fuera del estado. Mención aparte merecen las relaciones entre las iniciativas de producción alternativa y el estado.

4) Las alternativas de producción deben ser voraces en términos de escalas. En contra de este localismo, proponemos alternativas capaces de actuar en diferentes escalas, desde la local hasta la global pasando por la regional y la nacional. La voracidad frente a las escalas de acción y de pensamiento se opone al fundamentalismo sobre el privilegio de una escala particular. La escala o la combinación de escalas del pensamiento y la acción deben ser escogidas de acuerdo con la naturaleza y las necesidades de las iniciativas concretas en un momento determinado, no de antemano y para siempre.

5) La radicalización de la democracia participativa y de la democracia económica son dos caras de una misma moneda. Uno de los rasgos emancipadores de las alternativas de producción no capitalista consiste en su potencial para reemplazar la autarquía típica de la producción capitalista –esto es, la autoridad vertical que emana del patrón– por la democracia participativa al interior de las unidades de producción. En otras palabras, el objetivo consiste en extender el campo de acción de la democracia del campo político al campo económico y borrar, de esta forma, la

separación artificial entre política y economía que el capitalismo y la economía liberal han establecido.

6) Existe una conexión estrecha entre las luchas por la producción alternativa y las luchas contra la sociedad patriarcal. Para los autores, la intervención de la teoría y los movimientos feministas en los debates sobre economías no capitalistas han sido decisivos. De hecho, buena parte del dinamismo reciente de estos debates se debe a la fertilización cruzada de corrientes de pensamiento y acción críticas, representadas, por ejemplo, por el movimiento eco-feminista. Dado que las mujeres son no sólo objeto de opresión de género sino las víctimas principales de explotación y marginación económica, las iniciativas y teorías sobre economías alternativas no pueden avanzar sin la participación protagónica de las mujeres.

7) Las formas alternativas de conocimiento son fuentes de formas alternativas de producción. En la búsqueda de alternativas a la producción capitalista, el aporte de culturas minoritarias o híbridas marginadas por la hegemonía del capitalismo y la ciencia moderna es fundamental.

8) Los criterios para evaluar el éxito o el fracaso de las alternativas económicas deben ser gradualistas e inclusivos. En tiempos de hegemonía del capitalismo global, es fácil asumir posiciones desesperanzadas o cínicas con relación a cualquier alternativa. El pesimismo se apodera con facilidad de las mentes impacientes, y la ausencia de una ruptura radical con el *status quo* genera escepticismo ante cualquier alternativa gradual o local. Las alternativas de que disponemos implican transformaciones graduales, que crean espacios de solidaridad dentro de o en los márgenes del sistema capitalista. Para quienes en ellas participan, las alternativas de este tipo implican transformaciones fundamentales de sus condiciones de vida.

9) Las alternativas de producción deben entrar en relaciones de sinergia con alternativas en otras esferas de la economía. Dado que buena parte de estas iniciativas se vienen articulando recien-

temente bajo la forma del movimiento contra la globalización neoliberal en espacios tales como el Foro Social de Porto Alegre, existen hoy las condiciones para promover la articulación de alternativas de producción con alternativas económicas de otro tipo. Esta relación de sinergia entre propuestas económicas alternativas, en opinión de los autores, es fundamental para la supervivencia y expansión de las alternativas de producción.

Los desafíos y dilemas que condensan las tesis de Boaventura de Sousa Santos y César Rodríguez son formidables. Las probabilidades de éxito son fundamentalmente azarosas. De hecho, participar en nuevas experiencias, nadar contra la corriente, son unas de las tantas muestras de la capacidad de imaginar y la voluntad de buscar alternativas de producción más allá del modelo dominante. En éstas y otras iniciativas similares alrededor del mundo se amplía a diario el canon de la producción y se recrea la promesa de emancipación social.

El trabajo de Miguel Contreras enfatiza la necesidad de pensar las relaciones y solapamientos entre la idea del desarrollo como colonización de la realidad de la región y la búsqueda desde las culturas dadoras de sentido de América Latina como respuestas críticas a los procesos forzados de colonización y modernización en el continente. El esfuerzo se inscribe dentro de la perspectiva de pensar desde el pos-desarrollo como una indagación crítica-deconstructiva a la pesada herencia de la colonización-modernización en la región.

Tercer eje: “Alternativas a la globalización neoliberal”

El trabajo de Osvaldo Sunkel, “En busca del desarrollo perdido”, persigue contextualizar e historizar la actual hegemonía neoliberal. En su expresión internacional, la concepción mercadocéntrica se apoya en y promueve la globalización, como fenómeno objetivo y real y sobre todo en su dimensión normativa de propuesta ideológica. Ello coincide con la gigantesca expansión

del sistema financiero privado internacional, que ha relegado a un plano muy secundario al antiguo sistema público de relaciones internacionales, dando lugar también a una suerte de privatización del mercado mundial y a una situación caracterizada por un vacío de gobernabilidad y una gran inestabilidad.

En su discurso único y dominante, el neoliberalismo afirmaba en forma explícita y reiterada que el colapso del mundo socialista y la globalización del sistema internacional, junto al inédito y acelerado proceso de profundas transformaciones tecnológicas, económicas, sociales, políticas y culturales en curso, estaban configurando una situación de superación de las ideologías tradicionales, imponiéndose la democracia liberal en lo político y el sistema de mercado, en su versión neoliberal, en lo económico.

Lo primero que conviene precisar –para Osvaldo Sunkel– es que dichas ideas constituyen en realidad una nueva ideología, la del fin de las ideologías. Según ésta, se habría llegado a una estación terminal del proceso histórico, la fase final y superior del capitalismo. Este discurso comienza a debilitarse ante una realidad que lo desacredita crecientemente. La democracia, lejos de afirmarse y profundizarse, está en peligro, y aunque se mantenga su formalidad se está desvirtuando en muchos países. El crecimiento económico no llega a la mitad de las tasas que prevalecieron en las décadas del cincuenta y sesenta del siglo pasado.

La dinámica dialéctica del proceso de globalización incorpora efectivamente a algunos a las actividades socioeconómicas modernas, mientras desplaza, margina y excluye parcial o totalmente a los restantes. Por eso, salvo en condiciones muy excepcionales, la pobreza y la desigualdad persistentes le son inherentes. Por lo tanto, la globalización económica es un proceso desigual, desbalanceado, heterogéneo. Por otra parte, el proceso intensivo de penetración de la cultura capitalista tiende a generalizarse a todos, tanto a integrados como a excluidos, como consecuencia principalmente de la abrumadora masificación global de los medios de comunicación audiovisuales. Este último proceso de glo-

balización comunicacional genera una amplia integración cultural virtual o simbólica, que contrasta dramáticamente en la mayoría de la población con una situación socioeconómica precaria que no permite su concreción en la realidad.

Para Sunkel, nos encontramos en una encrucijada radical en el desarrollo y potenciación de los procesos de emancipación del Tercer Mundo. Por ello, hace suya la interrogante de Nikolai Chernichevski, de la que Lenin se apropiara para impulsar la Revolución de Octubre: “¿Qué hacer?” Según Sunkel, para responder a esta interrogante sería necesario, en primer lugar, recuperar una visión crítica y de largo plazo, para apreciar y comprender cabalmente la trascendencia histórica del proceso que estamos viviendo y sus perspectivas económicas, políticas y culturales. Entender los procesos de cambio estructural actuales, y las influencias sociales e históricas más amplias –en el tránsito de un tipo de sociedad a otra–, resulta fundamental para poder apreciar hasta dónde hemos llegado, a dónde nos dirigimos y cuáles son las auténticas alternativas históricas que existen en nuestra condición actual. En segundo lugar, resulta esencial reflexionar sobre el rol del estado en las nuevas perspectivas socioinstitucionales. Por último, y en correspondencia con las propuestas iniciales, en el plano de los derechos de ciudadanía está todo por construir; ésta es –en palabras del autor– una de las ausencias fundamentales en las formas de pensar el desarrollo latinoamericano.

Hay, por consiguiente, una monumental tarea de creación de una institucionalidad participativa, a través de la descentralización, la regionalización, la iniciativa local, las organizaciones de base, todo tipo de asociaciones, cooperativas, mutualidades, municipios, juntas de vecinos, organismos de desarrollo social, organizaciones filantrópicas; en fin, una red de instituciones sociales de base. Esta es tal vez la tarea más grande que tenemos por delante, que involucra además un profundo cambio cultural, pues requiere la constitución de unas comunidades activas y participativas. En definitiva, es necesario construir un campo insti-

tucional y político-cultural para la profundización de la democracia.

El último texto del tercer eje reflexivo, escrito por Emir Sader y titulado “Hacia otras democracias”, constituye la búsqueda de un horizonte político amplio a través de una revisión de diversas experiencias democráticas, entre las que se cuentan y se titulan: “Colombia: entre dos mundos”; “Mozambique: la mujer en la lucha insurreccional y después”; “Brasil: hacia la socialización de la política y el poder”; “India y Portugal: ¿hacia una democracia local?”.

Para el autor, la forma liberal de organización del estado surgió en oposición al estado absolutista y a los obstáculos a la libre expansión del capital. En este caso, el liberalismo fue consolidándose conforme se constituyeron formas republicanas y parlamentarias de organización del poder político y se fue extendiendo el proceso de mercantilización capitalista, habiéndolo legitimado la Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre. La naturalización de la democracia liberal se fue consolidando como consecuencia de la hegemonía norteamericana. Esta ideología liberal busca identificar al ciudadano con el consumidor, y al proceso electoral con el mercado, el cual sería, en palabras de George Soros, más democrático que las elecciones. La formación de la opinión pública, por su parte, se hace cada vez más por la acción de los grandes medios de comunicación, que son cada vez más condicionados por criterios comerciales de búsqueda de audiencia y de publicidad, al tiempo que se naturaliza la economía capitalista de mercado como la forma por excelencia de organización de la economía. Sobre estos supuestos ideológicos se soporta la actual hegemonía liberal contemporánea.

En la mayoría de los países del Tercer Mundo se padecieron profundas transformaciones regresivas en las últimas tres décadas. El neoliberalismo se había convertido en la ideología oficial de las nuevas democracias, enjuiciadas por la mayor o menor presencia del estado en la economía, por la instrumentación de polí-

ticas de flexibilización laboral, por la apertura mayor o menor de la economía. Dos décadas de hegemonía de ese tipo de valores y de modelo de sociedad, desarticularon buena parte de la estructura productiva de los países del hemisferio Sur, fragilizando sus economías por la hegemonía del capital financiero y por la dependencia del capital especulativo; debilitaron la capacidad de sus estados para garantizar derechos y para dirigir procesos de democratización social; aumentaron rápidamente la mercantilización de la cultura; y debilitaron todos los elementos que conforman la política –además del estado y los gobiernos, los partidos, los parlamentos, las campañas electorales, los debates políticos, la cultura política, el interés por el destino de las sociedades.

Pero, en todo caso, las primeras formas de resistencia a la hegemonía neoliberal asumieron expresiones locales. Esas protestas encontraron en los territorios particularmente abarcados por las reestructuraciones neoliberales sus espacios privilegiados de aglutinación de una población víctima de distintas maneras, ya sea por la pérdida del empleo formal, por el deterioro de los servicios públicos, por los atrasos de salarios, por la violencia política, entre otros temas. El sentimiento de exclusión social, resultado de la pérdida de derechos, tendió a promover nuevas formas de organización, de protesta y de conciencia de vínculo.

Así, mientras la globalización neoliberal avanzaba por arriba, en el plano internacional y en los estados nacionales en procesos de internacionalización, se desarrollaron experiencias locales de gobierno, de movimientos sociales, de políticas sectoriales que renovaban la práctica social y política, cuando las formas de lucha tradicionales se mostraban impotentes. Para pasar a una experiencia de democracia participativa fue necesaria la comprensión de que el formato demo-liberal estaba agotado. Para Sader, las diversas experiencias democráticas pueden ser inscritas en una perspectiva de democratización del estado. Se avanza en la evaluación de las experiencias analizadas en una socialización de la

política y del poder. Se trata de la búsqueda de una solución comunitaria, colectiva, *pública*, antimercantil.

* * *

Resumiendo, la idea central del libro es contribuir a la descolonización y renovación de los conocimientos y los saberes, y reinventar formas de emancipación ancladas en procesos sociales y culturales transformativos. Para ello, se sitúa inicialmente en la crítica al eurocentrismo prevaleciente en las regiones del Tercer Mundo. En todo caso, y en correspondencia con el apartado anterior, en el proceso de implantación y posterior legitimación de las ciencias modernas se destruyeron conocimientos y ciencias alternativas y se excluyeron los grupos sociales que en ellos se apoyaban para proseguir sus propias y autónomas formas de pensar el desarrollo. En suma, en nombre de la ciencia se consolidó un sistema de exterminio simbólico y material para desarmar y destruir la resistencia de los pueblos y grupos conquistados. Esta epistemología imperial se consolidó en el sistema histórico mundial a mediados del siglo XIX, en el proceso de expansión cultural y militar del imperialismo europeo y dominó durante todo el siglo XX. De esta constatación se deriva que hubo y hay otras ciencias y otras modernidades no occidentales, y una pluralidad de conocimientos y configuraciones sociales que se validan por otros criterios que no son científicos o modernos. La diversidad epistemológica del mundo es así, potencialmente infinita. Lo que hay de nuevo en el emergente siglo XXI es la aceptación de que existen conocimientos rivales alternativos a la ciencia moderna y de que incluso en el interior de ésta hay alternativas a los paradigmas dominantes. Se trata, en los textos aquí reunidos, de hacer entrar en juego saberes locales, discontinuos y descalificados, contra la pretensión eurocéntrica y colonial de ordenarlos y jerarquizarlos en nombre de un conocimiento verdadero.

El proyecto general del libro supone combatir la pretensión

de que la cultura occidental es *la* cultura (naturalizada), es *la* razón (y el progreso), en cuanto su construcción de la historia como singular colectivo de la humanidad ha revelado su carácter local y deshumanizante. Pero además, su pretensión de universalidad está siendo cuestionada en tanto esa imagen emblemática de *la* razón está fundada en un proceso modernizador-colonial de expansión sangrienta, que ha implicado el genocidio físico y cultural de civilizaciones enteras. En la actualidad asistimos a la continuación profundizada tanto de esa pretensión como de ese proceso genocida físico y cultural –y aquí genocidio alude tanto a la efectividad de las armas (Kosovo, Afganistán e Irak), como a la de la economía (en su versión de la globalización neoliberal). En este contexto, la desaparición institucional y formal del colonialismo ha venido dando paso a un neocolonialismo –económico y cultural– resguardado en la globalización –con su secuela de devastación moral y material de la mayoría de la humanidad– y generador de un multiculturalismo que apenas disfraza las nuevas formas de dominio mundial.

Por último, esta pretensión implica una operación de construcción de una imagen unitaria, homogénea, de *la* razón y la modernidad. La posibilidad de iniciar un camino de transformaciones hacia una salida del discurso neoliberal no sólo estará vinculada al impulso de cambios en la defensa de una amplia gama de derechos de ciudadanía, sino también a la potenciación y promoción de transformaciones radicales en el ejercicio de soberanías democráticas. Pero, además, y muy especialmente, es necesario el fortalecimiento y la consolidación de los movimientos sociales y populares, sus espacios de autonomía y autogestión para promover como condición de posibilidad una transformación radical, plural y revolucionaria.

REFERENCIAS

- GILLY, Adolfo (2004): "El mundo no es una mercancía", en Eduardo Subirats (coord.), *América Latina y la guerra global*, Ciudad de México, FCE.
- MONTOYA, Roberto (2003): *El imperio global*, Buenos Aires, Editorial El Ateneo.

Primera parte

CRÍTICA DE LOS SABERES
EUROCÉNTRICOS

Pensamiento crítico latinoamericano: la impugnación del eurocentrismo*

Edgardo Lander

LAS DIFERENTES VERTIENTES principales del pensamiento que ha sido históricamente hegemónico *sobre y desde* América Latina pueden ser caracterizadas como colonial/eurocéntricas. Existe una continuidad básica desde las crónicas de Indias, el pensamiento liberal de la independencia, el positivismo y el pensamiento conservador del siglo XIX, la sociología de la modernización, el desarrollismo en sus diversas versiones durante el siglo XX, el neoliberalismo y las disciplinas académicas institucionalizadas en las universidades del continente. Más allá de la diversidad de sus orientaciones y de sus variados contextos históricos, es posible identificar en estas corrientes hegemónicas un sustrato colonial que se expresa en la lectura de estas sociedades a partir de la cosmovisión europea y su propósito de transformarlas a imagen y semejanza de las sociedades del Norte que en sucesivos momentos históricos han servido de modelo a imitar. Estas vertientes dominantes del pensamiento latinoamericano han sido la expresión del imaginario de la minoría, élites blancas, masculinas, generalmente urbanas, que han tenido –y continúan teniendo– una mayor identificación y convergencia de intereses con los grupos dominantes en los centros metropolitanos que con las tradiciones culturales, condiciones de vida y aspiraciones de la ma-

* *Cultura y Desarrollo*, nº 3, julio-diciembre 2003, pp. 77-92, revista editada por la Oficina Regional de Cultura para América Latina de la UNESCO, La Habana, Cuba.

yoría de la población. Incluso las vertientes de orientación más transformadora del pensamiento latinoamericano han enfrentado severos límites a su capacidad crítica, consecuencia de los supuestos eurocéntricos que no han podido abandonar.

Sin embargo, se han producido igualmente otras vertientes de pensamiento y otras opciones de conocimiento sobre la realidad del continente que se han hecho en los márgenes, en la defensa de formas ancestrales, alternativas, del conocer, en la resistencia cultural, o asociadas a luchas políticas y/o procesos de movilización popular. Para esta pluralidad heterogénea de perspectivas, el saber, el conocimiento, el método, la construcción del imaginario sobre lo que se ha sido, se es y se puede llegar a ser como pueblos, lejos de ser exquisitos asuntos propios de especialistas en epistemología, son pensadas como cuestiones de medular importancia política y cultural en la medida en que se considera que las formas hegemónicas del conocimiento sobre estas sociedades han operado como eficaces artefactos de legitimación y naturalización de la jerarquización y exclusión social que ha prevalecido históricamente en estas sociedades. La descolonización del imaginario y la desuniversalización de las formas coloniales del saber aparecen así como condiciones de toda transformación democrática radical de estas sociedades. Estos han sido asuntos presentes en el debate por lo menos desde las contribuciones de Martí y Mariátegui en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX. Como lo señaló lúcidamente Darcy Ribeiro en la década de los sesenta del siglo pasado:

De la misma forma en que Europa llevó una variedad de técnicas e invenciones a los pueblos incluidos en su red de dominación [...] también los introdujo a un instrumental de conceptos, preceptos e idiosincrasia que se referían al mismo tiempo a Europa misma y a los pueblos coloniales. Los pueblos coloniales, privados de sus riquezas y del fruto de su trabajo bajo los regímenes coloniales, sufrieron aun más la degradación de asumir como su propia imagen la ima-

gen que no era más que una reflexión de la visión europea del mundo que consideraba a los pueblos colonizados racialmente inferiores porque eran negros, indios, o mestizos [...] Aun los estratos sociales más brillantes de pueblos no-europeos se acostumbraron a verse a sí mismos y a sus comunidades como una infra-humanidad cuyo destino era el ocupar una posición subalterna debido al simple hecho de que su población era inferior a la europea.¹

Ha sido fecunda, así como poco asumida en los medios académicos latinoamericanos actuales, la exploración no sólo de interpretaciones de estas sociedades que van a contracorriente de las concepciones dominantes sobre el continente, sino igualmente de otras modalidades del conocer y otras nociones del sujeto y de la relación objeto/sujeto en el proceso del conocimiento. Tres ejemplos son suficientes para ilustrar esta rica herencia. El pensamiento político-académico de las décadas de los sesenta y los setenta –época de efervescencia de las luchas populares en todo el continente y de los debates sobre la dependencia– si bien no logró desprenderse del imaginario (colonial) del desarrollo, significó no sólo rupturas sustanciales en el rechazo a las particiones dogmáticas que estableció la tradición liberal entre los diferentes ámbitos de lo histórico-social (lo político, lo social, lo económico, lo cultural), sino que igualmente trasgredió expresamente las exigencias de objetividad de una ciencia social que pretendía ser valorativamente neutra, al asumir la producción de conocimiento sobre lo social como una toma de partido, como parte de un compromiso político de transformación social. Desde el punto de vista metodológico la *investigación-acción*, o *investigación mi-*

1. Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1988, p. 65, citado por Walter D. Mignolo, *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*, Princeton University Press, Princeton, 2000, p. 21.

litante, que tiene como máxima expresión el trabajo teórico-práctico de Orlando Fals Borda y sus colaboradores. Rechazando las pretensiones objetivistas del método científico, proponen la investigación como instrumento de transformación y la práctica de la transformación social como vía privilegiada del conocimiento de lo histórico-social. La *pedagogía del oprimido* de Paulo Freire expresa esa misma ruptura en el campo pedagógico. Rechazando –por conservadora y reproductora de las relaciones sociales jerárquicas existentes– el que el maestro sea poseedor de un conocimiento que deba llevar (con el cual deba “llenar”) al educando, Freire propone metodologías de aprendizaje activo, a partir de las propias prácticas y vivencias. El proceso del conocer es concebido como creación de conocimiento, como una dinámica de autoconciencia –individual y colectiva– que permita reconocer las relaciones de opresión y facilitar la liberación.

El eurocentrismo en cuestión o la colonialidad como el lado oscuro de la modernidad

Algunos de los asuntos principales de estas exploraciones anteriores han sido retomados más recientemente desde nuevas y fecundas perspectivas en la forma de un cuestionamiento global y sistemático a los supuestos coloniales y eurocéntricos de los saberes sociales *de y sobre* el continente. Es este un rico debate que expresa las condiciones en las cuales se da la producción político-intelectual latinoamericana en la actualidad. Sus participantes activos son intelectuales latinoamericanos que trabajan desde América Latina, desde universidades norteamericanas, o frecuentemente combinando ambas localizaciones. Esto ha permitido fructíferos diálogos e intercambios intelectuales con otras regiones, en especial del Sur (África, la India, sureste asiático) que –con la extraordinaria excepción de las polémicas globales sobre la dependencia y las opciones del Sur en las décadas de los

sesenta y los setenta— habían sido poco comunes en el mundo académico del continente. De esta manera los debates sobre el postcolonialismo y los estudios subalternos, las interpretaciones de la experiencia moderna desde el mundo ex-colonial y neo-colonizado, no son insumos bibliográficos, sino parte de confrontaciones y fértiles intercambios cotidianos en un ambiente intelectual culturalmente heterogéneo. En segundo lugar, este debate latinoamericano, lejos de ser la expresión de una nueva moda asociada a los estudios postcoloniales y estudios culturales que han tenido un inmenso auge en las universidades del Norte, está firmemente enraizado en las tradiciones intelectuales del continente a las cuales se ha hecho referencia, primer lugar donde se formularon muchos de los asuntos centrales de estas perspectivas de crítica a los saberes eurocéntricos y coloniales hegemónicos.² En tercer lugar, se parte del supuesto de que los procesos de descolonización del imaginario y del conocimiento requieren un doble movimiento: la crítica epistemológica a los saberes hegemónicos, y la recuperación-reconocimiento-producción de opciones alter-

2. De hecho existen diferencias significativas entre los intereses y las perspectivas del debate latinoamericano y orientaciones que atraviesan a las vertientes más difundidas del llamado debate postcolonial. Fernando Coronil destaca dos constataciones que —desde una perspectiva latinoamericana— llaman la atención en el campo académico metropolitano sobre la experiencia colonial: la concentración casi exclusiva en el colonialismo norte europeo en África y Asia, y la ausencia del tema del imperialismo. Considera que ello “obliga a examinar las políticas del conocimiento en Occidente, a explorar las maneras como la teoría se difunde y a discernir cómo se establecen las nuevas modalidades colonizantes de influencia en diferentes regiones y disciplinas académicas”. “Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, UNESCO y Universidad Central de Venezuela, Caracas (en prensa).

nativas prioritariamente desde lo subalterno. En consecuencia, este debate está de muchas formas articulado –directa o indirectamente– con movimientos populares que tienen entre sus objetivos la reivindicación de otras formas de conocimiento y modos de vida, como lo son, por ejemplo, las de los pueblos indígenas (Chiapas, Ecuador), el movimiento negro de la Costa Atlántica de Colombia y el movimiento de los Sin Tierra en Brasil.

El propósito del resto de este texto es el de ilustrar la riqueza de este debate a partir de una presentación acotada de algunas de las contribuciones de cinco autores que han hecho aportes significativos a éste: Enrique Dussel, Aníbal Quijano, Walter Mignolo, Fernando Coronil y Arturo Escobar.

Son varios los ejes que articulan este debate en una perspectiva abierta, pero igualmente crecientemente coherente en sus líneas de cuestionamiento a los saberes hegemónicos e, incipientemente, en la propuesta de alternativas. Se abordan temas cruciales para la comprensión de las sociedades contemporáneas –en particular del mundo periférico– como la crítica a las pretensiones universales de la historia local, parroquial europea; la polémica sobre el origen y rasgos esenciales de la modernidad; las relaciones entre modernidad y orden colonial; las condiciones históricas del surgimiento de los saberes modernos en los centros del proceso de la constitución del sistema-mundo moderno/colonial; la separación jerárquica entre los saberes abstractos, científicos, formales y los saberes locales y/o tradicionales; y el papel que han desempeñado los saberes modernos hegemónicos en la naturalización y legitimación del continuado proceso de colonización y neo-colonización tanto externa como interna de los pueblos del Sur.

Para Enrique Dussel un punto de partida necesario de esta discusión lo constituye la tarea de desmontar el mito eurocéntrico de la modernidad, afirmando para ello que es necesario reconocer que existen dos conceptos de *modernidad*.

El primero es eurocéntrico, provinciano, regional. La Modernidad es una emancipación, una “salida” de la inmadurez por un esfuerzo de la razón como proceso crítico, que abre a la humanidad a un nuevo desarrollo del ser humano. Este proceso se cumpliría en Europa, esencialmente en el siglo XVIII. El tiempo y el espacio de este fenómeno lo describe Hegel, y lo comenta Habermas en su conocida obra sobre el tema –y es unánimemente aceptado por toda la tradición europea actual.

[...] se sigue una secuencia espacio-temporal: casi siempre se acepta también el Renacimiento italiano, la Reforma y la Ilustración alemana y la Revolución francesa, [...] el Parlamento inglés. Es decir: Italia (siglo XV), Alemania (siglos XVI-XVIII), Francia (siglo XVIII), Inglaterra (siglo XVII). Denominamos a esta visión “eurocéntrica” porque indica como punto de partida de la “modernidad” fenómenos intra-europeos, y el desarrollo posterior no necesita más que Europa para explicar el proceso. Esta es aproximadamente la visión provinciana y regional desde Max Weber –con su análisis sobre la “racionalización” y el “desencanto”– hasta Habermas. Para muchos un Galileo (condenado en 1616), Bacon (*Novum Organum*, 1620) o Descartes (*El discurso del método*, 1636) serían los iniciadores del proceso moderno en el siglo XVII.³

Proponemos una segunda visión de la “Modernidad”, en un sentido mundial, y consistiría en definir como determinación fundamental del mundo *moderno* el hecho de ser (sus estados, ejércitos,

3. “Europa, modernidad y eurocentrismo”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, op. cit. De la amplia producción de Dussel sobre estos temas, ver igualmente: *1492: El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la Modernidad*, Nueva Utopía, Madrid, 1992, y *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, Editorial Trotta-UAM.I-UNAM, México, 1998.

economía, filosofía, etc.) “centro” de la Historia Mundial. Es decir, nunca hubo empíricamente Historia Mundial hasta el 1492 (como fecha de iniciación del despliegue del “Sistema-Mundo”). Anteriormente a esta fecha los imperios o sistemas culturales coexistían entre sí. Sólo con la expansión portuguesa desde el siglo XV, que llega al Extremo Oriente en el siglo XVI, y con el descubrimiento de América hispánica, todo el planeta se torna el “lugar” de “*una sola*” *Historia Mundial...*

Es esta una historia mundial moderna que se constituye, desde sus inicios, en términos coloniales.

El *ego cogito* moderno fue antecedido en más de un siglo por el *ego conquiro* (yo conquisto) práctico del hispano-lusitano que impuso su voluntad (la primera “voluntad-de-poder” moderna) al indio americano. La conquista de México fue el primer ámbito del *ego* moderno.

Dussel caracteriza el “mito” de la modernidad en los siguientes términos:

- a) La civilización moderna se autocomprende como más desarrollada, superior.
- b) La superioridad obliga a desarrollar a los más primitivos, rudos, bárbaros, como exigencia moral.
- c) El camino de dicho proceso educativo de desarrollo debe ser el seguido por Europa.
- d) Como el bárbaro se opone al proceso civilizador, la praxis moderna debe ejercer en último caso la violencia si fuera necesario, para destruir los obstáculos a la tal modernización (la guerra justa colonial).
- e) Esta dominación produce víctimas (de muy variadas maneras), violencia que es interpretada como un acto inevitable, y con el sentido cuasi-ritual de sacrificio; el héroe civilizador inviste a sus mismas víctimas del carácter de ser holocaustos de un sa-

crifcio salvador (el indio colonizado, el esclavo africano, la mujer, la destrucción ecológica de la tierra, etcétera).

- f) Para el moderno, el bárbaro tiene una “culpa” (el oponerse al proceso civilizador) que permite a la “modernidad” presentarse no sólo como inocente sino como “emancipadora” de esa “culpa” de sus propias víctimas.
- g) Por último, y por el carácter “civilizatorio” de la “modernidad”, se interpretan como inevitables los sufrimientos o sacrificios (los costos) de la “modernización” de los otros pueblos “atrasados” (inmaduros), de las otras razas esclavizables, del otro sexo por débil, etcétera.⁴

Para superar la modernidad, de acuerdo a Dussel, es indispensable primero “negar la negación” de este mito, reconocer la “otra cara” oculta, pero no por ello menos esencial, *la cara colonial de la modernidad*, ya que lo que significó *emancipación* para unos fue el *sometimiento* para los “otros”.

Al negar la inocencia de la “Modernidad” y al afirmar la Alteridad de “el Otro”, negado antes como víctima culpable, permite “descubrir” por primera vez la “otra-cara” oculta y esencial a la “modernidad”: el mundo periférico colonial, el indio sacrificado, el negro esclavizado, la mujer oprimida, el niño y la cultura popular alienadas, etcétera (las “víctimas” de la “modernidad”) como víctimas de un acto irracional (como contradicción del ideal racional de la misma modernidad).

Aníbal Quijano coincide con Dussel en el criterio de acuerdo al cual la modernidad se inicia con América, con la constitución del nuevo patrón de poder global, lo que Wallerstein ha llamado el sistema-mundo capitalista.

4. Enrique Dussel, “Europa, modernidad y eurocentrismo”, *op. cit.*

No se trata de cambios dentro del mundo conocido, que no alteran sino algunos de sus rasgos. *Se trata del cambio del mundo como tal.* Este es, sin duda, el elemento fundante de la nueva subjetividad: *la percepción del cambio histórico.* Es ese elemento lo que desencadena el proceso de constitución de una nueva perspectiva sobre el tiempo y sobre la historia. La percepción del cambio lleva a la idea del futuro, puesto que es el único territorio del tiempo donde pueden ocurrir los cambios... Con América se inicia, pues, un entero universo de nuevas relaciones materiales e intersubjetivas.⁵

[...] los cambios ocurren en todos los ámbitos de la existencia social de los pueblos y, por tanto, de sus miembros individuales, lo mismo en la dimensión material que en la dimensión subjetiva de esas relaciones. Y puesto que se trata de procesos que se inician con la constitución de América, de un nuevo patrón de poder mundial y de la

5. Aníbal Quijano, "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, op. cit. Los aportes más importantes de Quijano a este debate están recogidos en los siguientes textos: "Modernidad y democracia: intereses y conflictos", *Anuario Mariateguiano*, vol. XII, n° 12, Lima, 2000; "¡Qué tal raza!", en *Familia y cambio social*, CECOSAM, Lima, 1999; "Coloniality of power and its institutions", documento aún no publicado del *Simposio sobre colonialidad del poder y sus ámbitos sociales*, Binghamton University, Binghamton, Nueva York, abril 1999; "Estado nación, ciudadanía y democracia: cuestiones abiertas", en Helena González y Heidulf Schmidt (eds.), *Democracia para una nueva sociedad*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998; "Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina", en *Anuario Mariateguiano*, vol. IX, n° 9, Lima, 1997; "Raza, etnia, nación: cuestiones abiertas", en Roland Forgues (ed.), *José Carlos Mariátegui y Europa. La otra cara del descubrimiento*, Amauta, Lima, 1992; "Colonialidad y modernidad/racionalidad", en *Perú Indígena*, vol. 13, n° 29, Lima, 1992.

integración de los pueblos de todo el mundo en ese proceso, de un entero y complejo sistema-mundo, es también imprescindible admitir que se trata de todo un período histórico. En otros términos, a partir de América un nuevo espacio/tiempo se constituye, material y subjetivamente: eso es lo que mienta el concepto de modernidad.⁶

6. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, *op. cit.* “En el proceso que llevó a ese resultado, los colonizadores ejercieron diversas operaciones que dan cuenta de las condiciones que llevaron a la configuración de un nuevo universo de relaciones intersubjetivas de dominación entre Europa y lo europeo y las demás regiones y poblaciones del mundo, a las cuales les estaban siendo atribuidas, en el mismo proceso, nuevas identidades geoculturales. En primer lugar, expropiaron a las poblaciones colonizadas –entre sus descubrimientos culturales– aquellos que resultaban más aptos para el desarrollo del capitalismo y en beneficio del centro europeo. En segundo lugar, reprimieron tanto como pudieron, es decir en variables medidas según los casos, las formas de producción de conocimiento de los colonizados, sus patrones de producción de sentidos, su universo simbólico, sus patrones de expresión y de objetivación de la subjetividad. La represión en este campo fue conocidamente más violenta, profunda y duradera entre los indios de América ibérica, a los que condenaron a ser una subcultura campesina, iletrada, despojándolos de su herencia intelectual objetivada. Algo equivalente ocurrió en África. Sin duda mucho menor fue la represión en el caso de Asia, en donde por lo tanto una parte importante de la historia y de la herencia intelectual, escrita, pudo ser preservada. Y fue eso, precisamente, lo que dio origen a la categoría de Oriente. En tercer lugar, forzaron –también en medidas variables en cada caso– a los colonizados a aprender parcialmente la cultura de los dominadores en todo lo que fuera útil para la reproducción de la dominación, sea en el campo de la actividad material, tecnológica, como de la subjetiva, especialmente religiosa. Es este el caso de la religiosidad judeo-cristiana. Todo ese accidentado proceso implicó a largo plazo una colonización de las perspectivas cognitivas, de los modos de producir u otorgar sentido a los resultados de la experiencia material o intersubjetiva, del imaginario,

Este nuevo patrón mundial (colonial) del poder es la condición a partir de la cual se va constituyendo una nueva perspectiva (eurocéntrica) del conocimiento de la cual Quijano destaca los siguientes aspectos básicos⁷:

En primer lugar, se trata de una perspectiva de conocimiento sustentada sobre el dualismo radical cartesiano, que se convierte en una total separación entre “razón/sujeto” y “cuerpo”, a partir de la cual el “cuerpo” fue naturalizado, fijado como “objeto” de conocimiento, por parte del “razón/sujeto”. Esta separación (abstracción) del sujeto/razón en relación con el cuerpo está en la base de las pretensiones objetivistas y universalizantes de un saber (científico) que reivindica su separación de los condicionamientos subjetivos (corporales), espaciales y temporales.

En segundo lugar, se produce en la perspectiva eurocéntrica del conocimiento una “articulación peculiar” entre el dualismo que establece contrastes radicales entre pre-capital y capital, entre lo no europeo y lo europeo, entre lo primitivo y lo civilizado, entre lo tradicional y lo moderno, por un lado, y la concepción evolucionista, lineal, unidireccional de la historia que avanza inexorablemente desde un mítico estado de naturaleza hasta la moderna sociedad europea.

En tercer lugar, a partir de las estructuras coloniales del poder, se naturalizan las diferencias culturales entre los grupos humanos mediante un sistemático régimen de codificación y clasificación de estas diferencias como diferencias raciales. “La idea de *raza* [que] es, literalmente, un invento... [y que no] tiene nada que ver con la estructura biológica de la especie humana” se ha convertido en un dispositivo extraordinariamente potente de clasificación y jerarquización mediante el cual se ha logrado darle la

del universo de relaciones intersubjetivas del mundo, de la cultura en suma”. *Op. cit.*

7. Esta síntesis y las citas que en ésta se incorporaron están tomadas de “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, *op. cit.*

aparición de *natural* (y por lo tanto sin relación alguna con el orden social) a las profundas desigualdades y jerarquías existentes en las sociedades modernas.⁸

8. “La formación de relaciones sociales fundadas en dicha idea, produjo en América identidades sociales históricamente nuevas: *indios, negros y mestizos* y redefinió otras. Así términos como *español y portugués*, más tarde *europeo*, que hasta entonces indicaban solamente procedencia geográfica o país de origen, desde entonces cobraron también, en referencia a las nuevas identidades, una connotación racial. Y en la medida en que las relaciones sociales que estaban configurándose eran relaciones de dominación, tales identidades fueron asociadas a las jerarquías, lugares y roles sociales correspondientes, como constitutivas de ellas y, en consecuencia, al patrón de dominación colonial que se imponía. En otros términos, raza e identidad racial fueron establecidas como instrumentos de clasificación social básica de la población.” Anibal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, *op. cit.*

“En América, la idea de raza fue un modo de otorgar legitimidad a las relaciones de dominación impuestas por la conquista. La posterior constitución de Europa como nueva identidad después de América y la expansión del colonialismo europeo sobre el resto del mundo, llevaron a la elaboración de la perspectiva eurocéntrica de conocimiento y con ella a la elaboración teórica de la idea de raza como naturalización de esas relaciones coloniales de dominación entre europeos y no-europeos. Históricamente, eso significó una nueva manera de legitimar las ya antiguas ideas y prácticas de relaciones de superioridad/inferioridad entre dominados y dominantes. Desde entonces ha demostrado ser el más eficaz y perdurable instrumento de dominación social universal, pues de él pasó a depender inclusive otro igualmente universal, pero más antiguo, el inter-sexual o de género: los pueblos conquistados y dominados fueron situados en una posición natural de inferioridad y, en consecuencia, también sus rasgos fenotípicos, así como sus descubrimientos mentales y culturales. De ese modo, raza se convirtió en el primer criterio fundamental para la distribución de la población mundial en los rangos,

En cuarto lugar, a partir del dualismo y del evolucionismo arriba señalados, y a partir de la esencialización de las diferencias entre los pueblos como diferencias jerárquicas de capacidad humana, “los europeos imaginaron [...] ser no solamente creadores exclusivos de [la] modernidad, sino igualmente sus protagonistas.” De esta manera se construye una Historia Universal en la cual todos los aportes significativos de las artes, las ciencias, la tecnología, la moral y los regímenes políticos son productos internos de la sociedad europea, resultados superiores a ser llevados al resto, inferior, de los pueblos del mundo.

En quinto lugar, como consecuencia de la ubicación de las diferencias entre los distintos pueblos en una escala temporal, todo lo no-europeo es percibido como pasado. “Los pueblos colonizados eran razas *inferiores* y –por ello– *anteriores* a los europeos.”

La importancia actual de estos asuntos reside en que, si bien esta estructura de poder (y el régimen de saberes caracterizado como eurocéntrico) tiene un origen colonial, “ha probado ser más duradero y estable que el colonialismo”, perdurando como un elemento del patrón de poder hoy mundialmente hegemónico.

Fernando Coronil ofrece una poderosa perspectiva para la crítica a las concepciones eurocéntricas de la modernidad y del desarrollo del capitalismo (occidentalismo), aportando de esa forma instrumentos para el proyecto de la *parroquialización de la modernidad occidental*.⁹ Se trata de la exploración de lo que la

lugares y roles en la estructura de poder de la nueva sociedad. En otros términos, en el modo básico de clasificación social universal de la población mundial.” Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, *op. cit.*

9. Además del texto ya citado, ver: *The Magical State. Nature, Money and Modernity in Venezuela*, Chicago University Press, Chicago, 1997, y “Beyond Occidentalism: Towards Nonimperial Geohistorical Categories”, *Cultural Anthropology*, vol. 11, n° 1, 1996.

teoría social moderna deja afuera de su mirada –de sus ausencias y olvidos– en la caracterización de esta sociedad. Esto es: *el espacio* y *la naturaleza*. Afirma que “los historiadores y los científicos sociales usualmente presentan al espacio o a la geografía como un escenario inerte en el cual tienen lugar los eventos históricos, y a la naturaleza como el material pasivo con el cual los humanos hacen su mundo”¹⁰. La exclusión del espacio y de la naturaleza está inseparablemente imbricado de las concepciones de la modernidad y del capitalismo como productos internos de la historia europea que posteriormente fueron propagados o llevados al resto del planeta, a la comprensión de la modernidad como “creación de un Occidente auto-propulsado”¹¹ y Europa “como portadora universal de la razón y del progreso histórico”. El proyecto de la parroquialización de la modernidad exige la comprensión de la modernidad y del capitalismo, desde sus inicios, como un proceso global, hace imperativo reconocer que lejos de existir un único *locus* de producción de la experiencia moderna (Europa occidental), se trata de un proceso global, crecientemente planetario en el cual las periferias colonizadas lejos de ser “la encarnación del atraso bárbaro” son la expresión subalterna de la modernidad.¹²

Una apreciación del papel de la naturaleza en la creación de riqueza ofrece una visión diferente del capitalismo. La inclusión de la naturaleza (y de los agentes asociados con ésta) debería reemplazar a la relación capital/trabajo de la centralidad osificada que ha ocupado en la teoría marxista. Junto con la tierra, la relación capital/trabajo puede ser vista dentro de un proceso más amplio de mercantilización, cuyas formas específicas y efectos deben ser demostrados concretamente en cada instancia. A la luz de esta visión más com-

10. Fernando Coronil, *The Magical State. Nature, Money and Modernity in Venezuela*, *op. cit.*, p. 23.

11. *Ibid.*, p. 7.

12. *Ibid.*, p. 74.

prensiva del capitalismo, sería difícil reducir su desarrollo a una dialéctica capital/trabajo que se origina en los centros avanzados y se expande a la periferia atrasada. Por el contrario, la división internacional del trabajo podría ser reconocida más adecuadamente como simultánea a una división internacional de naciones y de naturaleza (y de otras unidades geopolíticas, tales como el primer y el tercer mundo, que reflejan las cambiantes condiciones internacionales). Al incluir a los agentes que en todo el mundo están implicados en la creación del capitalismo, esta perspectiva hace posible vislumbrar una concepción global, no eurocéntrica de su desarrollo.¹³

Incorporar la naturaleza y el espacio a la teoría es integrarlas a la comprensión del desarrollo capitalista, es reconocer el rol de la naturaleza en la creación de riqueza y ubicar el desarrollo capitalista y sus agentes no sólo al interior de Europa sino igualmente incorporando desde sus inicios –por la vía colonial– a los territorios, poblaciones y recursos del resto del planeta.

Esta inclusión de los distintos agentes mundiales involucrados en el desarrollo del capitalismo ayuda a desarrollar un relato descentrado de la historia. Desde tiempos coloniales, la “periferia” ha sido una fuente principal tanto de riquezas naturales como de trabajo barato.

Integrar la “tierra” a la relación capital/trabajo ayuda a comprender los procesos que le dieron forma a la constitución mutua de Europa y sus colonias. En vez de una narrativa de la historia construida en términos de una oposición entre una Europa moderna que ha triunfado por su propio esfuerzo, y una periferia atrasada, este cambio de perspectiva nos permite apreciar más cabalmente el rol de la naturaleza (neo)colonial y el trabajo en la formación transcultural de las modernidades metropolitanas y subalternas.¹⁴

13. *Ibid.*, p. 61.

14. Fernando Coronil, “Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo”, *op. cit.*

Coronil argumenta que hoy es necesario ir más allá de la crítica al eurocentrismo que ha buscado provincializar la modernidad, con la crítica al globocentrismo que “debería buscar diferenciar el mundo y mostrar la altamente desigual distribución de poder y la inmensa diversidad cultural”.

El globocentrismo, como modalidad del Occidentalismo, también se refiere a prácticas de representación implicadas en el sometimiento de las poblaciones no occidentales, pero en este caso su sometimiento (igual que el sometimiento de sectores subordinados dentro de Occidente) aparece como un efecto del mercado, en vez de como consecuencia de un proyecto político (occidental) deliberado. En la medida que el “Occidente” se disuelve en el mercado, se funde y solidifica a la vez.

La magia del imperialismo hoy reside en conjurar su propia desaparición haciendo que el mercado aparezca como la personificación de la racionalidad humana y de la felicidad. Los discursos dominantes de globalización ofrecen la ilusión de un mundo homogéneo que avanza constantemente hacia el progreso. Pero la globalización está intensificando las divisiones en la humanidad y está acelerando la destrucción de la naturaleza. Es tarea de los estudiosos críticos postcoloniales desenmascarar este truco mágico.¹⁵

De acuerdo a Walter Mignolo¹⁶, en la constitución del mundo colonial a partir de la conquista de los territorios americanos, se instaura un lugar privilegiado de creación de sentido y de conocimiento articulado a esa estructura de poder. Ese lugar es un

15. *Idem*.

16. Las contribuciones principales de Walter Mignolo están recogidas en texto ya citado y en: *The Darker Side of the Renaissance*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1995.

privilegiado *locus de enunciación*, entendido en términos tanto *físicos* como *teóricos*.

La construcción de una perspectiva occidental fue [...] la construcción de un *locus* de enunciación maestro en el cual la concepción misma de la historia universal y su escritura estaban inscritos en la expansión colonial y legitimaron su aparato imperial y del Estado-nación.¹⁷

La dialéctica de los europeos como participantes *en* el proceso de colonización y los europeos como observadores *del* proceso fue constante y persistente. Como participantes, los españoles y europeos en general vivían y actuaban de acuerdo a sus metas, deseos y necesidades a partir de un marco de referencia conceptual (o, si se prefiere, conjunto de marcos de referencia). Como *observadores*, los literatos españoles y europeos se convirtieron en los jueces capaces de comparar y evaluar marcos de referencia conceptuales inconmensurables. Uno de los puntos cruciales en la construcción de la *otredad* fue, precisamente, este movimiento oculto entre el describirse a sí mismo como perteneciendo a un marco de referencia dado, y la descripción como perteneciente al marco de referencia *correcto*. [...] Al desempeñar ambos papeles al mismo tiempo, los intelectuales europeos fueron capaces de implementar (desde Europa o desde el Nuevo Mundo) sus descripciones como observadores y enlazarlas con el ejercicio del poder imperial.¹⁸

El proceso de expansión colonial que comenzó en el siglo XVI corre paralelo a la creciente consolidación del sujeto del conocimiento y la comprensión, ubicado en una geografía dada, construida sobre las ruinas de dos lenguas occidentales asociadas al conocimiento y a la sabiduría (el griego y el latín) y situado en una idea creciente de

17. Walter Mignolo, *The Darker Side of the Renaissance*, *op. cit.*, p. 329.

18. *Ibid.*, p. 328.

un marco de referencia temporal progresivo o evolutivo. Tales desarrollos negaban la posibilidad de que otros lugares de enunciación e historias co-evolutivas fuesen posibles. Desde el período moderno temprano hasta el siglo XVIII la consolidación de una forma de conocimiento como espejo de la naturaleza [...] se fue estableciendo. Mi supuesto [...] es que tal consolidación de formas de conocer implica la complicidad entre el lugar de enunciación regional de un participante de la cultura europea occidental y el lugar de enunciación universal de la ciencia y la filosofía por parte de un sujeto que está colocado fuera del tiempo y el espacio. Es esto precisamente [...] la universalización de conceptos regionales de ciencia, filosofía y conocimiento.¹⁹

Walter Mignolo parte de la “profunda convicción” de que una de las ricas avenidas de la teorización postcolonial es precisamente el abrir posibilidades para diversos y legítimos lugares de enunciación teóricos y que, al hacerlo, permite relocalizar al sujeto monológico y universal del conocimiento, inscrito en el período moderno/colonial.²⁰ A partir del supuesto de que las alternativas a la epistemología moderna difícilmente pueden provenir sólo de la epistemología (occidental) *moderna* misma,²¹ en la búsqueda de esta apertura a otros lugares legítimos de enunciación, propone los conceptos relacionados de *diferencia colonial* y pensamiento *desde el borde* (*border thinking*).

Por “diferencia colonial” quiero decir [...] la clasificación del planeta en el imaginario moderno/colonial, mediante la colonialidad del poder, una energía y una maquinaria para transformar diferencias en valores. Si el racismo es la matriz que permea cada dominio

19. *Ibid.*, pp. 329-330.

20. *Ibid.*, p. ix.

21. Walter Mignolo, *Local Histories/Global Designs*, *op. cit.*, p. 9.

del imaginario del sistema-mundo moderno/colonial, occidentalismo es la metáfora omnipresente en torno a la cual las diferencias coloniales han sido articuladas y re-articuladas a través de las manos cambiantes de la historia del capitalismo [...] y las cambiantes ideologías motivadas por los conflictos coloniales.²²

Es también el lugar en el cual está teniendo lugar la restitución del conocimiento subalterno y en el cual emerge el pensamiento de borde. La diferencia colonial es el espacio en el cual historias *locales* inventando e implementando diseños globales, se encuentran con historias *locales*, el espacio en el que los diseños globales tienen que ser adaptados, adoptados, rechazados, integrados o ignorados.²³

La diferencia colonial crea las condiciones de situaciones dialógicas en que las enunciaciones fracturadas son llevadas a cabo (*enacted*) desde una perspectiva subalterna como una respuesta al discurso y perspectiva hegemónicas.²⁴

Destaca Mignolo la existencia de un potencial epistémico de pensamiento de borde (desde una perspectiva subalterna) que emerge de las grietas entre civilización y cultura, entre globalización y “mundialización”, entre los diseños globales y las culturas locales. Este conocimiento desde los bordes no pretende rescatar las autenticidades de otras culturas, ni la “representación” de lo invisible. A diferencia de la epistemología hegemónica, con su énfasis en la *denotación* y la *verdad*, para el conocimiento de borde el énfasis está en la *performatividad* y en la *transformación*.²⁵

El conocimiento de borde es un conocimiento desde dos (o más)

22. *Ibid.*, p. 13.

23. *Ibid.*, p. ix.

24. *Ibid.*, p. x.

25. *Ibid.*, p. 24.

historias locales entretreídas por la colonialidad del poder. Es a la vez una doble crítica –desde el borde– de los conocimientos y las epistemologías correspondientes a cada una de esas historias locales. Es un conocimiento que ocurre cuando el imaginario del sistema-mundo moderno se resquebraja. La postura desde el borde, la experiencia de las identidades fragmentadas, la pertenencia simultánea a más de un universo cognitivo (diferencia colonial, migración, exilio) hace posible la crítica simultánea de las cosmovisiones de dichos epistemes. Se hace posible desde la ubicación simultánea en estas historias locales, la construcción de enunciados universales. “[...] ‘un otro pensamiento’ es una historia universal del sistema mundo moderno/colonial que implica la complementariedad de la modernidad y la colonialidad, el moderno colonialismo (desde 1500 y sus conflictos internos) y las modernidades coloniales, en sus diversos ritmos, temporalidades, en que naciones y religiones entran en conflicto en diferentes períodos y en diferentes órdenes mundiales.”²⁶

De los trabajos de Arturo Escobar interesa destacar algunas líneas de indagación que son particularmente pertinentes para los asuntos que aquí se discuten.²⁷ En primer lugar, está su contribución a la construcción de un marco de referencia para la crítica cultural de la economía, como estructura fundacional de la modernidad orientado a historizar, a desnaturalizar lo que en el pensamiento hegemónico aparecen como “la realidad” universal.

Si con la modernidad podemos hablar de la progresiva conquista semiótica de la vida social y cultural, hoy esta conquista se ha extendi-

26. *Ibid.*, p. 74.

27. Ver, especialmente: *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton University Press, Princeton, 1995. (Edición en español: *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Editorial Norma, Bogotá, 1998), y “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, op. cit.

do al corazón mismo de la naturaleza y la vida. Una vez que la modernidad se ha consolidado y la economía se convierte en una realidad aparentemente ineluctable –para la mayoría un verdadero descriptor de la realidad–, el capital debe abordar la cuestión de la domesticación de todas las relaciones sociales y simbólicas restantes en términos del código de la producción. Ya no son solamente el capital y el trabajo *per se* los que están en juego, sino la reproducción del código. La realidad social se convierte, para tomar prestada la expresión de Baudrillard, en “el espejo de la producción”.²⁸

Plantea Escobar la necesidad de una *antropología de la modernidad*, que permita desnaturalizar al orden de la sociedad capitalista como universal y única posible.

La economía occidental es generalmente pensada como un sistema de producción. Desde la perspectiva de la antropología de la modernidad, sin embargo, la economía occidental debe ser vista como una institución compuesta por sistemas de producción, poder y significación. Los tres sistemas se unieron al final del siglo dieciocho y están inseparablemente ligados al desarrollo del capitalismo y la modernidad. Deben ser vistos como formas culturales a través de las cuales los seres humanos son transformados en sujetos productivos. La economía no es sólo, ni siquiera principalmente, una entidad material. Es, ante todo, una producción cultural, una forma de producir sujetos humanos y órdenes sociales de un determinado tipo.²⁹

Insistiendo en las implicaciones de las ausencias a las cuales habíamos hecho referencia arriba en la discusión de los trabajos de Fernando Coronil, Arturo Escobar argumenta que son múlti-

28. Arturo Escobar, *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, *op. cit.*, p. 203.

29. *Ibid.*, p. 59.

ples las implicaciones de la exclusión del espacio en la teoría social hegemónica.

Un aspecto final de la persistente marginalización del lugar en la teoría occidental es el de las consecuencias que ha tenido en el pensar de las realidades sometidas históricamente al colonialismo occidental. El dominio del espacio sobre el lugar ha operado como un dispositivo epistemológico profundo del eurocentrismo en la construcción de la teoría social. Al restarle énfasis a la construcción cultural del lugar al servicio del proceso abstracto y aparentemente universal de la formación del capital y del Estado, casi toda la teoría social convencional ha hecho invisibles formas subalternas de pensar y modalidades locales y regionales de configurar el mundo. Esta negación del lugar tiene múltiples consecuencias para la teoría –desde las teorías del imperialismo hasta aquéllas de la resistencia, el desarrollo, etc.– que pudiesen ser exploradas mejor en el ámbito ecológico. En este ámbito, la desaparición del lugar está claramente vinculada a la invisibilidad de los modelos culturalmente específicos de la naturaleza y de la construcción de los ecosistemas. Solamente en los últimos años es cuando nos hemos dado cuenta de este hecho.³⁰

Para Escobar, la superación del eurocentrismo que caracteriza al conocimiento hegemónico pasa por poner en cuestión las múltiples separaciones que lo sustentan. Destaca para ello la diferencia entre la forma en la cual el conocimiento moderno occidental dominante asume no sólo la dicotomía entre naturaleza y sociedad, sino igualmente la separación entre lo humano y lo supernatural, y las formas como se piensa esta relación en las múltiples y diversas expresiones del “conocimiento local”.

30. Arturo Escobar, “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?”, *op. cit.*

Quizás la noción más arraigada hoy en día es que los modelos locales de la naturaleza no dependen de la dicotomía naturaleza/sociedad. Además, y a diferencia de las construcciones modernas con su estricta separación entre el mundo biofísico, el humano y el supernatural, se entiende comúnmente que los modelos locales, en muchos contextos no occidentales, son concebidos como sustentados sobre vínculos de continuidad entre las tres esferas.³¹

Las teorías sociales que tienen como premisa la prioridad del espacio sobre el lugar, la cultura global sobre las culturas locales, el conocimiento abstracto universal sobre los conocimientos locales, contribuyen a la naturalización de lo existente y, por esa vía, refuerzan al orden capitalista como el único posible.

El capitalismo ha sido investido de tal predominancia y hegemonía, que se ha hecho imposible pensar la realidad social de otra manera, mucho menos imaginar la supresión del capitalismo; todas las otras realidades (economías subsistentes, economías biodiversificadas, formas de resistencia del Tercer Mundo, cooperativas e iniciativas locales menores) son vistas como opuestas, subordinadas o complementarias al capitalismo, nunca como fuentes de una diferencia económica significativa.³²

Un aspecto medular de las nuevas perspectivas de la crítica al eurocentrismo y al occidentalismo se refiere a una dimensión que va más allá del cuestionamiento a la Historia Universal, de los conocimientos de las humanidades y las ciencias sociales, para abordar el ataque a la inexpugnable fortaleza de la objetividad y de la universalidad, el terreno de la supremacía incuestionada de Occidente: *las ciencias naturales y las tecnologías modernas*. Aunque menos elaborado como crítica y como propuesta, e igualmente –en

31. *Idem.*

32. *Idem.*

la mayor parte de los autores trabajados en este texto— con conexiones menos directas con experiencias sociales en las cuales se están creando-recuperando prácticas de conocimiento y opciones tecnológicas alternativas a los modelos hegemónicos, estos asuntos son crecientemente reconocidos como vitales. Como en otros campos del saber, sin embargo, es aquí todavía fuerte el peso de la tradición de las separaciones académicas y fraccionamientos disciplinarios heredados de la cosmovisión liberal. Los temas ecológicos y ambientales, los referidos a estilos de desarrollo y las opciones tecnológicas caminan en términos tanto teóricos como prácticos por caminos diferentes con relativamente pocos cruces y poca fecundación mutua con la producción de las ciencias sociales y las humanidades.³³ Sin una ruptura con estos moldes disciplinarios, avanzando por separado en cada una de las “dos culturales” será difícil superar la naturalización de las relaciones sociales existentes y mucho mayores los obstáculos que se encontrarán en el camino de la descolonización. Es a este reto al que se refiere Walter Mignolo como “el esfuerzo por desacoplarse de la tiranía de la razón occidental, sus ciencias y sus tecnologías”³⁴.

Para Escobar esto exige superar la separación que se establece en los saberes occidentales entre *cultura* y *naturaleza* y entre el *conocer* y el *hacer*. Destacando los trabajos de Humberto Maturana y Francisco Varela sobre las bases biológicas del conocimiento, afirma:

Al rechazar la separación del conocer y el hacer, y éstos de la existencia, estos biólogos nos ofrecen un lenguaje con el que se puede

33. Como expresión de una rica producción etnográfica y práctica sobre “otros” saberes y tecnologías, ver, por ejemplo, los trabajos publicados en la revista *Hombre y Ambiente. El punto de vista indígena*, Editorial Abya-Yala, Quito.

34. Walter Mignolo, *Local Histories/Global Designs*, op. cit., p. 74.

cuestionar radicalmente las relaciones binarias y las asimetrías de la naturaleza y la cultura, y la teoría y la práctica; también corroboran las percepciones agudas de aquellos que documentan etnográficamente la continuidad entre la naturaleza y la cultura, y los aspectos corporeizados del conocimiento, como en las ideas de desarrollo de habilidades y performatividad.³⁵

Argumenta que es abundante la investigación de acuerdo a la cual muchas comunidades rurales del Tercer Mundo “construyen” las relaciones entre cultura y naturaleza en forma diferente a la occidental, utilizan los ambientes naturales en formas diversas y particulares. Pareciera existir igualmente, afirma Escobar, una cierta convergencia en que el conocimiento local funciona como una actividad práctica, situada, como *conocimiento corporeizados*, más que como sistemas formales libres de contexto. Esto tiene implicaciones vitales para los debates en torno a los límites de la civilización industrial y para la búsqueda de opciones a este modelo de vida que amenaza las condiciones que hacen posible la vida en el planeta Tierra.

[Enrique] Leff, en particular, defiende la incorporación de criterios culturales y tecnológicos a un paradigma alternativo de producción que va mucho más allá de la racionalidad económica dominante. Leff insiste que si es verdad que la sustentabilidad debe basarse en las propiedades estructurales y funcionales de los distintos ecosistemas, cualquier paradigma de producción alternativa conducente a ello debe incorporar las actuales condiciones culturales y tecnológicamente específicas bajo las cuales actores locales se apropian de la naturaleza. “El desarrollo sustentable encuentra sus raíces en condiciones de diversidad cultural y ecológica. Estos procesos singulares y no reducibles dependen de las estructuras funcionales de

35. Arturo Escobar, “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?”, *op. cit.*

ecosistemas que sustentan la producción de recursos bióticos y servicios ambientales; de la eficiencia energética de los procesos tecnológicos; de los procesos simbólicos y formaciones ideológicas que subyacen en la valorización cultural de los recursos naturales; y de los procesos políticos que determinan la apropiación de la naturaleza”.³⁶ Dicho de otra manera, la construcción de paradigmas alternativos de producción, órdenes políticos, y sustentabilidad son aspectos de un mismo proceso, y este proceso es impulsado en parte por la política cultural de los movimientos sociales y de las comunidades en la defensa de sus modos de naturaleza/cultura.³⁷

Conclusiones

Si algo queda claro en este conjunto de planteamientos es que las separaciones de los ámbitos de la realidad y de los saberes disciplinarios heredados del liberalismo son una dimensión principal de las estructuras cognitivas de las cuales es necesario liberarse. Estos ámbitos disciplinarios fraccionados no pueden operar sino como dispositivos de naturalización de “la realidad” del sistema-mundo colonial-imperial moderno. De los debates actuales a los cuales se ha hecho referencia breve en este texto es posible concluir igualmente que la descolonización del imaginario y la impugnación de los saberes eurocéntricos hegemónicos, es un requisito no sólo para un cambio en las condiciones de subordinación y exclusión en las cuales vive la mayor parte de la población del planeta, sino que constituye igualmente una condición sin la cual difícilmente pueda lucharse por otro(s) modelo(s) civilizatorio(s) que haga(n) posible la continuidad de la vida en

36. Enrique Leff, “¿De quién es la naturaleza? Sobre la reapropiación social de los recursos naturales”, *Gaceta Ecológica*, n° 37, 1995, p. 61.

37. Arturo Escobar, “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?”, *op. cit.*

este planeta que “todos compartimos provisionalmente”.³⁸ De ahí la importancia de este debate, a pesar de que estos asuntos se encuentren al margen de las tendencias predominantes de la producción académica y política del continente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CORONIL, Fernando (en prensa): “Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Caracas, UNESCO y Universidad Central de Venezuela.
- _____ (1997): *The Magical State. Nature, Money and Modernity in Venezuela*, Chicago, Chicago University Press.
- _____ (1996): “Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories”, *Cultural Anthropology*, vol. 11, n° 1.
- DUSSEL, Enrique (en prensa): “Europa, modernidad y eurocentrismo”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Caracas, UNESCO y Universidad Central de Venezuela.
- _____ (1998): *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*, México, Editorial Trotta-UAM.I-UNAM.
- _____ (1992): *1492: El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la Modernidad*, Madrid, Nueva Utopía.
- ESCOBAR, Arturo (en prensa): “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Caracas, UNESCO y Universidad Central de Venezuela.
- _____ (1995): *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press. [Edición en español

38. Fernando Coronil, “Naturaleza del postcolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo”, *op. cit.*

- (1998): *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Bogotá, Editorial Norma.]
- Hombre y Ambiente. El punto de vista indígena*, Quito, Editorial Abya-Yala.
- MIGNOLO, Walter (2000): *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*, Princeton, Princeton University Press.
- _____ (1995): *The Darker Side of the Renaissance*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- QUIJANO, Aníbal (en prensa): “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Caracas, UNESCO y Universidad Central de Venezuela.
- _____ (2000): “Modernidad y democracia: intereses y conflictos”, *Anuario Mariateguiano*, vol. XII, nº 12, Lima.
- _____ (1999): “Coloniality of power and its institutions”, documento presentado en el Simposio *Colonialidad del poder y sus ámbitos sociales*, Nueva York, Binghamton University.
- _____ (1999): “¡Qué tal raza!”, *Familia y cambio social*, CECOSAM, Lima.
- _____ (1998): “Estado nación, ciudadanía y democracia: cuestiones abiertas”, en Helena González y Heidulf Schmidt (eds.), *Democracia para una nueva sociedad*, Caracas, Nueva Sociedad.
- _____ (1997): “Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina”, en *Anuario Mariateguiano*, vol. IX, nº 9, Lima.
- _____ (1992): “Raza, etnia, nación: cuestiones abiertas”, en Roland Forgues (ed.), *José Carlos Mariátegui y Europa. La otra cara del descubrimiento*, Lima, Amauta.
- _____ (1992): “Colonialidad y modernidad/racionalidad”, en *Perú Indígena*, vol. 13, nº 29, Lima.

La superación del eurocentrismo

Enriquecimiento del saber sistémico y endógeno sobre nuestro contexto tropical

*Orlando Fals Borda
Luis Eduardo Mora-Osejo*

EL 4 DE ENERO DE 2001 suscribimos y publicamos un primer “Manifiesto” sobre la autoestima y la creatividad en la ciencia colombiana, que fue discutido en diversos ámbitos académicos, como Colciencias, el Icfes, la Universidad Nacional de Colombia, la Universidad del Tolima, la Universidad del Quindío y la Académica Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Fue además reproducido en algunos periódicos y revistas. El texto también fue conocido en Europa, donde se está publicando la versión en inglés en revistas científicas interesadas en la actual polémica sobre los efectos del eurocentrismo en el desarrollo y simultáneo ensanchamiento de la brecha entre los países del Norte y del Sur. Fue también discutido en el Tercer Congreso Internacional de Matemáticas realizado en Dinamarca en abril de 2002.

En nuestro país, como en otros, el asunto sigue teniendo vigencia, en vista de la desorientación que se experimenta con frecuencia en las universidades y centros tecnológicos, educativos y culturales en relación con el papel de la ciencia y la responsabilidad que tienen los científicos de ocuparse en el estudio y análisis de las causas de lo que viene ocurriendo en nuestras sociedades y territorios. Estas instituciones suponen cumplir a cabalidad con su cometido transfiriendo conocimientos obtenidos de realidades correspondientes a otras latitudes, diferentes a las nuestras. Por eso, queremos insistir, otra vez, ante el país y sus autoridades,

en retomar la tesis del primer Manifiesto con aclaraciones y argumentaciones adicionales que creemos necesarias. Esperamos de nuevo que este documento pueda servir a los ajustes estructurales sugeridos.

Hipótesis del contexto

Los marcos de referencia científicos como obra de humanos se inspiran y fundamentan en contextos geográficos, culturales e históricos concretos. Este proceso es universal y se expresa en diferentes modalidades. Se justifica en la búsqueda de plenitud de vida y satisfacción espiritual y material de los que intervienen en el proceso investigativo y creador, así como de los que lo difunden, comparten o practican.

Dificultades por el eurocentrismo

En nuestro país como en muchos otros es aceptada la validez del conocimiento científico originado en Europa y luego con gran éxito transferido a Norteamérica. Quizás en razón de tal éxito se llega al extremo de considerarlo también suficientemente adecuado, tanto en su modalidad básica como aplicada, para explicar las realidades en cualquier lugar del mundo, incluidas las de los trópicos húmedos.

Tan elevado aprecio por el conocimiento originado en Europa, de cara a las realidades naturales, culturales y sociales de ese continente, impide percibir las consecuencias negativas que ello implica cuando se transfieren y se intenta utilizarlos para explicar realidades tan diferentes, como las que son propias del medio tropical complejo y frágil, y por esto mismo ni siquiera en nuestras universidades, y menos aun en los centros tecnológicos, educativos y culturales perciben la urgente necesidad de nuestras sociedades de disponer junto con el conocimiento universal, co-

nocimientos contextualizados con nuestras realidades singulares y complejas.

No hace mucha falta comprender y aceptar que la sola transferencia de conocimientos básicos o aplicados, válidos para explicar fenómenos o sucesos característicos de otras latitudes o la introducción a nuestro medio de innovaciones o productos –así sean sorprendentemente sofisticados, novedosos y de comprobada utilidad para otros medios–, no siempre resultan apropiados para concebir soluciones surgidas en nuestro medio; por el contrario, suelen generar situaciones caóticas y oscurecen la urgencia de promover el conocimiento científico básico, o aplicado y tecnológico, para captar nuestras realidades y enriquecer nuestros recursos naturales con el valor agregado del conocimiento científico o tecnológico.

Desde luego, se requiere también que nuestros científicos extiendan su acción, en el sentido de contribuir a llenar los vacíos de conocimiento para que nuestras comunidades puedan aprovechar en forma sustentable esos recursos. Esto último implica que nuestros científicos difundan ampliamente los conocimientos que con tal fin obtengan y los pongan al alcance de las comunidades rurales y urbanas, quienes, apoyadas en tales conocimientos, de suyo contextualizados con las realidades locales y regionales, puedan resolver las dificultades que en un momento dado las agobien.

Cabe señalar, sin embargo, que la utilización de conocimientos científicos modernos –tanto básicos como aplicados, transferidos desde los países europeos a otros países del hemisferio Norte, a raíz de acontecimientos relacionados con el poder político-militar, económico y tecnológico–, obtuvieron éxito merced al impacto benéfico por ellos producido, a favor de las sociedades de esos países nórdicos.

Con el transcurso del tiempo, tales procesos de transferencia generaron un patrón mundial para la comparación del nivel de desarrollo alcanzado por un determinado país, con respecto al

país europeo de donde procediera el conocimiento utilizado para solucionar problemas inherentes al desarrollo económico. El patrón se expresa en una escala, de tal modo que el sitio que ocupe un determinado país en tal escala, señale la magnitud de la brecha que lo aleja de los países (del hemisferio Norte) de donde proceden los conocimientos y las tecnologías utilizadas, y que de hecho se califican como desarrollados (en contraste con los llamados países subdesarrollados, receptores del conocimiento y de las tecnologías, como los países tropicales, o del hemisferio Sur).

La linealidad implícita de este modelo desconoce la complejidad y elevada fragilidad del medio tropical, en donde la intervención humana, tal que se ajuste a la condición de sustentabilidad, requiere del conocimiento contextualizado que tenga en cuenta la interrelación sistémica de las mencionadas características, así como las igualmente complejas interrelaciones de las comunidades multiétnicas y multiculturales de la sociedad, sobre todo si no sólo se trata de alcanzar un lugar más alto en la mencionada escala lineal, sino el “desarrollo sostenible” que asegure la persistencia de la vida en nuestro medio y la disponibilidad de los recursos naturales, indispensables tanto para las presentes como para las futuras generaciones que nos sucederán. Pero también la biodiversidad, en particular en nuestro país poseedor de una de las más elevadas del planeta.

De lo contrario, en un mundo económicamente globalizado, cada día se tornará, en sociedades como la nuestra, más y más imperceptible el papel decisivo que corresponde al conocimiento sobre nuestras realidades para el logro de los objetivos expuestos. La ignorancia sobre nosotros mismos, sobre nuestro origen, nuestro devenir histórico, nuestra geografía, nuestros recursos naturales, entre otros, más pronto que tarde nos llevará a convertirnos en el gran mercado de productos y tecnologías de los países poderosos y, sin que nos lo propongamos, en promotores de la economía de consumo. La misma que nos conducirá hacia el

endeudamiento cada vez mayor y la sobreexplotación de nuestros recursos.

Nivelación de paradigmas

Sin embargo, con base en las hipótesis del contexto que acabamos de señalar, éstas no prueban que los paradigmas dominantes –tales como el positivismo cartesiano, el mecanicismo newtoniano y el funcionalismo parsoniano– sean superiores, mejores o más eficaces para fines específicos, que aquellos otros paradigmas que puedan construirse o generarse en otras latitudes que conduzcan al fortalecimiento de nuestro mundo. De donde resulta que todos esos conocimientos devienen en constructos. Por esta razón es comprensible que si un marco científico de referencia no se arraiga en el medio donde se quiere aplicar, aparezcan rezagos y desfases teóricos-prácticos, con implicaciones disfuncionales para los sistemas culturales, sociales, políticos y económicos. Tal ha sido el caso de nuestro país y de sus ambientes, de nuestras culturas y de nuestros grupos humanos. La situación empeora cuando los marcos de referencia que se emplean aquí resultan copias textuales o limitaciones impuestas de paradigmas desarraigados del contexto propio.

Estas imitaciones o copias, que resultan inviables, son fuente de desorganización y anomia que llevan a tensiones expresadas en violencias, desórdenes y abusos del medio ambiente. Necesitamos, pues, construir paradigmas endógenos enraizados en nuestras propias circunstancias y que reflejen la compleja realidad que tenemos y vivimos.

Complejidad y vivencia en el trópico

Las condiciones vitales del país tropical colombiano –así amazónico como andino– son únicas y diversas y por lo mismo inducen y exigen explicaciones propias, manejos técnicos e insti-

tuciones eficaces según paradigmas endógenos, alternativos y abiertos. Como viene sugerido, estos constructos necesitan reflejar el contexto que los sustenta. Desde el punto de vista del científico, el conocimiento de las realidades locales resulta tanto más útil y rico cuanto más se liga con la comprensión y autoridad de la vivencia personal. Autoridad científica e intuición que provienen del contacto con la vida real, las circunstancias, el medio y la geografía. Por lo mismo, de esta endogénesis pueden surgir descubrimientos e iniciativas útiles para la sociedad local que alivien las crisis del propio contexto. Nosotros los que pertenecemos a los trópicos poseemos recursos privilegiados para acceder a estos conocimientos especiales y sistematizarlos, con la contribución de los pueblos indígenas involucrados de origen.

Es sabido que las características del medio tropical contrastan con las de las zonas templadas de la tierra, pero de allí proceden las recomendaciones muchas veces equívocas para el desarrollo económico, que nos han predicado como suficientes o finales. Los paradigmas cerrados de otras partes llevan con frecuencia a la castración intelectual en nuestro medio y al colonialismo intelectual. Además, son los mismos que en las últimas décadas, en particular en los países tropicales, han incidido negativamente en el deterioro de las relaciones hombre-naturaleza. Recordemos, entre otros ejemplos, que en la selva amazónica (donde se suponía, de acuerdo con los paradigmas foráneos, presencia de suelos ricos en nutrientes minerales) la escasez de nutrientes del suelo alcanza grados críticos, por los cuales las especies tienen que utilizar las más sutiles posibilidades para tener acceso a aquéllos. Son nuestros grupos campesinos y aborígenes los que mejor conocen de estos ciclos vitales del continuo crecimiento, y los que han creado o descubierto variedades de plantas útiles, así como formas de conducta y organización social congruentes con esas condiciones básicas. Pero los paradigmas cerrados construidos en las zonas templadas, por regla general, son incapaces de incorporar estas antiguas sabidurías indígenas.

Por fortuna, la llegada del nuevo siglo coincide con la disponibilidad de novedosas herramientas intelectuales de tipo abierto, que se derivan de saberes consolidados de diversa índole, como los nuestros. Por ejemplo, teorías como las de la complejidad, sistemas y caos nos ayudarían a analizar dimensiones complejas, irregulares, multilineales y fractales, aplicables a nuestras estructuras tropicales.

He aquí una ilustración de lo que venimos diciendo: en nuestras tierras se registran los índices de diversidad orgánica más altos. Cada día es más evidente la extraordinaria diversidad biológica de nuestras selvas húmedas y de los bosques y páramos, así como de las sabanas, arrecifes de coral y pisos de los mares profundos. Retos similares se encuentran en las costumbres, valores y formas de organización social que nos hemos dado, y que debemos ir ajustando con el paso del tiempo y con la multiplicación de las necesidades. Pero también es aquí donde se presentan ahora los mayores descensos en la biodiversidad, y los mayores peligros para la supervivencia de la sociedad y de la vida, no sólo en Colombia sino en el mundo entero.

Necesidad de la endogénesis

Así, la endogénesis explicativa y reproductiva es necesaria entre nosotros porque las condiciones locales que impone el contexto andino y tropical son infinitas. Ello no está anticipado adecuadamente por los paradigmas eurocéntricos. Debemos ser conscientes de las marcadas diferencias del trópico en cuanto al clima, el suelo y el grado de complejidad y fragilidad de nuestros ecosistemas en comparación con los de las otras zonas. Ello condiciona la conducta humana y enriquece el acervo cultural.

La reconstrucción de la armonía entre el hombre y la naturaleza en nuestro país obviamente implica empezar por conocer las peculiaridades del medio en el cual nos corresponde vivir. Esto lleva a investigaciones científicas independientes dirigidas a co-

nocer la intrincada realidad natural y nuestro desenvolvimiento social y cultural. Ello puede hacerse dentro del marco de una concepción holística y sistémica que advierta sobre la inconveniencia de generalizar los conocimientos de un fragmento de la realidad a toda ella.

Recordemos que el clima tropical se caracteriza por la estacionalidad térmica circadiana: verano en el día, invierno en la noche, condición que se acentúa a medida que aumenta la altura en las montañas. El clima tropical se caracteriza también por la ocurrencia de oscilaciones intermitentes de la radiación, de la humedad relativa y de la temperatura durante el período de luz del ciclo diario, no obstante la estabilidad de los promedios mensuales de parámetros climáticos. Además, en áreas relativamente reducidas, en los trópicos existen centenares de especies de árboles y de otros organismos, pero de cada una se encuentran pocos individuos en el mismo sitio. Las abundancias suelen ser bajas, especialmente de la megafauna.

La estructura del hábitat, a manera de una malla fina de nichos específicos, es la forma como se concreta la gran complejidad y biodiversidad de los ecosistemas tropicales. Estas son características propias de nuestro medio, que han condicionado a la vez formas de pensar, sentir y actuar en nuestros grupos culturales y étnicos, cada cual en su lugar y en su región. De este flujo dinámico pueden obtenerse soluciones efectivas para problemas dados, por ser relevantes al medio contextual. Estas soluciones no pueden entenderse ni aplicarse copiando o citando esquemas de otros contextos como autoridad suficiente, sino liberándonos de éstos con el fin de ejercer la plena autodisciplina investigativa de la observación y la inferencia.

Creatividad nacional y suma de saberes

Es por lo tanto posible, lógico y conveniente desarrollar paradigmas científicos y marcos técnicos de referencia que, sin ig-

norar lo universal o lo foráneo, privilegien la búsqueda de la creatividad propia. Para esta tarea autopoietica, la idoneidad de nuestro elemento humano ha sido ampliamente confirmada y conocida desde hace siglos –por lo menos desde Caldas–, por su acceso relativamente expedito a los elementos intrínsecos del medio natural, por su creatividad y producidos con conocimientos tradicionales y modernos, sin necesidad de xenofobia. Todo esto lo hemos realizado hasta ahora, como lo demuestran concursos recientes de inventores colombianos, pero en condiciones difíciles a causa de la pobreza y explotación existentes, la discriminación política y de clases, la dependencia político-económica y el fraccionamiento de la sociedad, sin olvidar la subordinación anímica y mental.

No se trata de aislarnos del mundo intelectual externo ni de ser xenófobos. Se requiere cumplir con una necesidad de acumulación de conocimientos congruentes con nuestro crecimiento y progreso, que en la Investigación-Acción Participativa (IAP) se define como “suma de saberes”. La acumulación de los norteños y su superioridad técnica no pueden negarse. Pero pueden ligarse, de manera horizontal y respetuosa, con lo que los sureños hemos aprendido y descubierto en el contexto propio y con la ciencia popular de suyo contextualizada.

Por fortuna, la llegada del nuevo siglo coincide con la disponibilidad de novedosas herramientas analíticas del tipo abierto que se derivan de saberes consolidados de diversa índole. Al combinarlas acá, con buen juicio crítico, pueden ayudarnos a entender las dimensiones complejas, irregulares, multilineales y fractales de nuestras estructuras tropicales, así sociales, naturales. En esta forma sumatoria, teorías de europeos sobre complejidad y sistemas (P.B. Checkland, Ernst Mayr) se enriquecen con las de Maturana o con las de los indígenas Desana (circuitos de la biósfera) estudiados por Reichel; la teoría del caos (Mandelbrot, Prigogine) se refresca con los estudios de la cotidianidad de la colega venezolana Jeannette Abuhamad; la cosmovisión participativa

de Meter Reason se contextualiza con la utopía participativa de Camilo Torres; el holismo de Bateson y Capra encuentra apoyo en pensadores orientales y aborígenes. Se perfila así una alianza de colegas del Norte y del Sur en la que podemos tomar parte motivados por los mismos problemas e impulsados por intereses similares, una alianza entre iguales que logre corregir en todas partes los defectos estructurales e injusticias del mundo contemporáneo.

Política científica propia

Este desarrollo propio en la resolución de conflictos sociales y disfunciones con la naturaleza, debe ser meta principal de las políticas científicas y culturales de nuestro país. Como hemos dicho, la simple repetición o copia de paradigmas eurocéntricos debe detenerse si entendemos por cultura la interacción de la sociedad con el medio social y natural que la sustenta. Tenemos que potenciar tal interacción con el conocimiento de nuestra historia, nuestras realidades geográficas, de nuestros recursos, de tal modo que resulten valores compartidos, generadores de solidaridad y robustecedores de nuestra identidad cultural.

Para evitar tal insuceso, entre otros, nuestros centros educativos, académicos y científicos deben asumir el compromiso de superar la tendencia a considerar la enseñanza que se imparte en cualquiera de los niveles educativos como simple transmisión de la información que luego los alumnos deben repetir de memoria cuando enfrentan las pruebas de evaluación. Se debe también superar aquella confusión de equiparar el significado del vocablo *conocimiento* con el vocablo *información*. Por el primero se debería entender el enunciado de interpretaciones abstractas explicativas de los factores o causas implicadas en la ocurrencia de un determinado fenómeno, natural o social. Interpretaciones a la vez interrelacionables y confortantes de un cuerpo de explicaciones total, dotado de la capacidad de generar predicciones, sometibles a la prueba de la observación o experimentación.

En síntesis, se trataría de obtener que el conocimiento resulte de la confrontación dialéctica de tales cuerpos de explicaciones o “saberes”, conformadores de las líneas de pensamiento con la realidad local, regional o universal. Los conocimientos así obtenidos pueden formularse en forma de teorías, modelos o enunciados.

Por otra parte, la información se refiere a hechos, acontecimientos cualitativos y cuantitativos en referencia a fenómenos de las realidades sociales o naturales del ámbito local, regional o universal. Sin embargo, la información puede contribuir a originar conocimiento, si de la interrelación de sus contenidos surgen interpretaciones explicativas sometibles a prueba.

Estas diferenciaciones deberán tenerse particularmente en cuenta en el establecimiento de criterios para la evaluación del rendimiento y nivel de calidad académica, científica o tecnológica en nuestras instituciones educativas, en sustitución de aquellos criterios que apuntan a medir la simple capacidad de retener, en la memoria, así sea pasajeramente, la información sobre los temas o asuntos expuestos en las cátedras o en los textos de estudio y consulta. Sobra destacar la importancia que esto tendría en la formación en nuestros países, de nuevas promociones de científicos, así como en los procesos de creación de los conocimientos indispensables para señalar el camino apropiado que conduzca a nuestra sociedad hacia el desarrollo sustentable endógeno.

Universidad participativa

Nuestros centros educativos, académicos y científicos deben establecer criterios, de acuerdo con las metas ya enunciadas, para la evaluación de las tareas e informes técnicos. Tales criterios deben ser prioritariamente de inspiración legal y no transferidos desde las regiones del mundo hoy dominantes. Los productos de nuestros trabajos deben ser juzgados principalmente por su originalidad, pertinencia y utilidad para nuestra propia sociedad. No pueden valer más por el solo hecho de comunicarse en inglés,

francés o alemán, entre otras lenguas europeas, o por publicarse en revistas de países avanzados. Tampoco debe perderse el vínculo vital con lo propio y regional en las comisiones educativas que se realicen en el exterior, ni tampoco querer repetir aquí versiones de lo asimilado e inspirado en contextos foráneos.

Controlar la explotación inequitativa del conocimiento que producimos cuando los interesados de otras latitudes desconocen los aportes y derechos de los creadores raizales e indígenas, y esto debe ser motivo de permanente preocupación. No estamos proponiendo el retorno a formas coloniales de explotación y exportación de productos tropicales, sino atender a un desarrollo integral de éstos, que se comprenda su valor agregado y las técnicas de su transformación. Para estos fines conviene anticipar un uso sustentable y autónomo de nuestros recursos de tierra, agua, viento y sol y otras fuentes de energía, así como las formas productivas y reconstructivas de la ocupación humana del territorio, para lo cual es indispensable disponer de conocimientos científicos contextualizados como viene dicho.

Nuestras crisis se agudizan, entre otras razones, por la carencia de una conciencia activa sobre el papel que ha tenido y tendrá el conocimiento científico en el desarrollo de la humanidad, sea que provenga de las ciencias naturales o de las ciencias sociales. Tampoco existe clara conciencia sobre el papel cumplido por el pensamiento racional causal en el desarrollo de la ciencia post-renacentista. Menos aun sobre el que corresponderá al pensamiento sistémico complejo en el desarrollo y unificación de las ciencias en las cuales podemos sustentar la interdisciplina.

Para apoyar estos procesos, necesitamos universidades democráticas y altruistas que estimulen la participación creativa de los estudiantes en la búsqueda de nuevos conocimientos, y en tal medida consideren la investigación como herramienta pedagógica del mayor valor, sustentadora de la autonomía académica. Que tengan por tarea prioritaria la consolidación de un ambiente cultural que propicie la creatividad a lo largo de todas las etapas de

formación que contribuyan al proceso de reconstrucción social y al bienestar de las mayorías desprotegidas de la población. Se requieren universidades participativas, comprometidas con el bien común, en especial con las urgencias de las comunidades de base, que mediante técnicas de educación, investigación y acción combinadas tomen en cuenta la formación de ciudadanos capaces de emitir juicios fundamentados en el conocimiento de las realidades sociales y naturales. Las universidades participativas deben ser crisoles centrales de los mecanismos de creación, acumulación, enseñanza y difusión del conocimiento.

Esto contribuirá a sustituir las definiciones discriminatorias entre lo académico y lo popular y entre lo científico y lo político, sobre todo en la medida en que se haga énfasis en las relaciones complementarias. Así también mereceremos vivir y progresar de manera satisfactoria y digna de autoestima, empleando nuestros grandes y valiosos recursos.

BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, S. (1985): *Eurocentrism: Critique of an Ideology*, Nueva York, Monthly Review Press.
- BERGER, P., y T. LUCKMANN (1996): *The Social Construction of Reality*, Nueva York, Doubleday.
- FALS-BORDA, O. (1996): "A North-South Convergence on the Quest for Meaning", en *Collaborative Inquiry*, vol. 2, nº 1, pp. 76-87.
- FALS-BORDA, O., y L.E. MORA-OSEJO (2003): "Manifiesto", en *Globalization, Education and Society*, vol. 1, nº 1.
- MANNHEIM, K. (1936): *Ideology and Utopia*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- MAYR, E. (1988): *Towards a New Philosophy of Biology*, Cambridge, Harvard University Press.
- OGBURN, W.F. (1957): *On Culture and Social Change*, Chicago, University of Chicago Press.
- THOMAS, W. y F. ZNANIECKI (1958): *The Polish Peasant in Europe and America (1918-1920)*, vol. 1, Dover, Nueva York.

El desarrollo y la antropología de la modernidad*

Arturo Escobar

EN SU DISCURSO de posesión como presidente de Estados Unidos el 20 de enero de 1949, Harry Truman anunció al mundo entero su concepto de “trato justo”. Un componente esencial del concepto era su llamado a Estados Unidos y al mundo para resolver los problemas de las “áreas subdesarrolladas” del globo:

Más de la mitad de la población del mundo vive en condiciones cercanas a la miseria. Su alimentación es inadecuada, es víctima de la enfermedad. Su vida económica es primitiva y está estancada. Su pobreza constituye un obstáculo y una amenaza tanto para ellos como para las áreas más prósperas. Por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la capacidad para aliviar el sufrimiento de estas gentes [...] Creo que deberíamos poner a disposición de los amantes de la paz los beneficios de nuestro acervo de conocimiento técnico para ayudarlos a lograr sus aspiraciones de una vida mejor [...] Lo que tenemos en mente es un programa de desarrollo basado en los conceptos del trato justo y democrático [...] Producir más es la clave para la paz y la prosperidad. Y la clave para producir más es una aplicación mayor y más vigorosa del conocimiento técnico y científico moderno. (Truman, 1964)

* “Introducción/Capítulo 1” de *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*, Editorial Norma, Bogotá, 1999, pp. 19-49.

La doctrina Truman inició una nueva era en la comprensión y el manejo de los asuntos mundiales, en particular de aquellos que se referían a los países económicamente menos avanzados. El propósito era bastante ambicioso: crear las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades avanzadas de la época: altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y los valores culturales modernos. En concepto de Truman, el capital, la ciencia y la tecnología eran los principales componentes que harían posible tal revolución masiva. Sólo así el sueño americano de paz y abundancia podría extenderse a todos los pueblos del planeta.

Este sueño no era creación exclusiva de Estados Unidos, sino el resultado de la coyuntura histórica específica de finales de la Segunda Guerra Mundial. En pocos años, recibió el respaldo universal de los poderosos. Sin embargo, no se consideraba un proceso fácil; como era de esperarse, los obstáculos contribuyeron a consolidar la misión. Uno de los documentos más influyentes de la época, preparado por un grupo de expertos congregados por Naciones Unidas con el objeto de diseñar políticas y medidas concretas “para el desarrollo económico de los países subdesarrollados” lo expresaba así:

Hay un sentido en el que el progreso económico acelerado es imposible sin ajustes dolorosos. Las filosofías ancestrales deben ser erradicadas; las viejas instituciones sociales tienen que desintegrarse; los lazos de casta, credo y raza deben romperse; y grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso deberán ver frustradas sus expectativas de una vida cómoda. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio del progreso económico. (United Nations, 1951: 15)¹

1. Para un interesante análisis contemporáneo de este documento, véase Frankel (1953), en especial pp. 82-110.

Lo que proponía el informe era nada menos que la reestructuración total de las sociedades “subdesarrolladas”. La declaración podría parecernos hoy sorprendentemente etnocéntrica y arrogante, ingenua en el mejor de los casos; sin embargo, lo que requiere explicación es precisamente el hecho de que se emitiera y tuviera sentido. Demostraba la voluntad creciente de transformar de manera drástica dos terceras partes del mundo en pos de los objetivos de prosperidad material y progreso económico. A comienzos de los años cincuenta esta voluntad era ya hegemónica en los círculos de poder.

Este libro narra la historia de aquel sueño, y de cómo poco a poco se convirtió en pesadilla. Porque en vez del reino de abundancia prometido por teóricos y políticos de los años cincuenta, el discurso y la estrategia del desarrollo produjeron lo contrario: miseria y subdesarrollo masivos, explotación y opresión sin nombre. La crisis de deuda, la hambruna (saheliana), la creciente pobreza, desnutrición y violencia son apenas los síntomas más patéticos del fracaso de cincuenta años de desarrollo. De esta manera, el libro puede leerse como la historia de la pérdida de una ilusión que muchos abrigaban sinceramente. Pero se trata, sobre todo, de la forma en que se creó el “Tercer Mundo” a través de los discursos y las prácticas del desarrollo desde sus inicios a comienzos de la segunda posguerra.

Orientalismo, africanismo, desarrollismo

Hasta finales de los años setenta, el eje de las discusiones acerca de Asia, África y Latinoamérica era la naturaleza del desarrollo. Como veremos, desde las teorías del desarrollo económico de los años cincuenta hasta el “enfoque de necesidades humanas básicas” de los años setenta, que ponía énfasis no sólo en el crecimiento económico *per se* como en décadas anteriores, sino también en la distribución de sus beneficios, la mayor preocupación de teóricos y políticos era la de los tipos de desarrollo a buscar

para resolver los problemas sociales y económicos en esas regiones. Aun quienes se oponían a las estrategias capitalistas del momento se veían obligados a expresar sus críticas en términos de la necesidad del desarrollo, a través de conceptos como “otro desarrollo”, “desarrollo participativo”, “desarrollo socialista”, y otros por el estilo. En resumen, podía criticarse un determinado enfoque, y proponer modificaciones o mejoras en concordancia con él, pero el hecho mismo del desarrollo y su necesidad no podían ponerse en duda. El desarrollo se había convertido en una certeza en el imaginario social.

De hecho, parecía imposible calificar la realidad social en otros términos. Por doquier se encontraba la realidad omnipresente y reiterativa del desarrollo: gobiernos que diseñaban y ejecutaban ambiciosos planes de desarrollo, instituciones que llevaban a cabo por igual programas de desarrollo en ciudades y campos, expertos de todo tipo estudiando el “subdesarrollo” y produciendo teorías *ad nauseam*. El hecho de que las condiciones de la mayoría de la población no mejoraran sino que más bien se deterioraran con el transcurso del tiempo no parecía molestar a muchos expertos. La realidad, en resumen, había sido colonizada por el discurso del desarrollo, y quienes estaban insatisfechos con este estado de cosas tenían que luchar dentro del mismo espacio discursivo por porciones de libertad, con la esperanza de que en el camino pudiera construirse una realidad diferente.²

2. En los años sesenta y setenta existieron, claro está, tendencias que presentaban una posición crítica frente al desarrollo, aunque, como veremos pronto, fueron insuficientes para articular un rechazo del discurso sobre el que se fundaban. Entre ellas es importante mencionar la “pedagogía del oprimido” de Paulo Freire (Freire, 1970); el nacimiento de la teología de la liberación durante la Conferencia Episcopal Latinoamericana celebrada en Medellín en 1968; y las críticas al “colonialismo intelectual” (Fals Borda, 1970) y la dependencia económica (Cardoso y Faletto, 1979) de finales de los sesenta y comienzos de los setenta. La crí-

Más recientemente, sin embargo, el desarrollo de nuevos instrumentos analíticos, en gestación desde finales de los años sesenta pero cuyo empleo sólo se generalizó durante los ochenta, ha permitido el análisis de este tipo de “colonización de la realidad” en forma tal que pone de manifiesto este mismo hecho: cómo ciertas representaciones se vuelven dominantes y dan forma indeleble a los modos de imaginar la realidad e interactuar con ella. El trabajo de Michel Foucault sobre la dinámica del discurso y del poder en la representación de la realidad social, en particular, ha contribuido a mostrar los mecanismos mediante los cuales un determinado orden de discurso produce unos modos permisibles de ser y pensar al tiempo que descalifica e incluso imposibilita otros. La profundización de los análisis de Foucault sobre las situaciones coloniales y poscoloniales realizada por autores como Edward Said, V.Y. Mudimbe, Chandra Mohanty y Homi Bhabha, entre otros, ha abierto nuevas formas de pensamiento acerca de las representaciones del Tercer Mundo. La autocrítica de la antropología y su renovación durante los años ochenta también han sido importantes al respecto.

Pensar el desarrollo en términos del discurso permite concentrarse en la dominación –como lo hacían, por ejemplo, los primeros análisis marxistas– y, a la vez, explorar más productivamente las condiciones de posibilidad y los efectos más penetrantes del desarrollo. El análisis del discurso crea la posibilidad de “mantenerse desligado de él [discurso del desarrollo], suspendiendo su cercanía, para analizar el contexto teórico y práctico con que ha estado asociado” (Foucault, 1986: 3). Permite individualizar el “desarrollo” como espacio cultural envolvente y a la vez abre la posibilidad de separarnos de él, para percibirlo de otro modo. Esto es lo que trata de llevar a cabo este libro.

tica cultural más aguda del desarrollo corresponde a Illich (1968, 1970). Todas ellas fueron importantes para el enfoque discursivo de los años noventa que se analiza en este libro.

Ver el desarrollo como discurso producido históricamente implica examinar las razones que tuvieron tantos países para comenzar a considerarse subdesarrollados, a comienzos para ellos en problema fundamental y cómo, por último, se embarcaron en la tarea de “des-subdesarrollarse” sometiendo sus sociedades a intervenciones cada vez más sistemáticas, detalladas y extensas. A medida que los expertos y políticos occidentales comenzaron a ver como problema ciertas condiciones de Asia, África y Latinoamérica –en su mayor parte lo que se percibía como pobreza y atraso– apareció un nuevo campo de pensamiento y de la experiencia llamado desarrollo, todo lo cual desembocó en una estrategia para afrontar aquellos problemas. Creada inicialmente en Estados Unidos y Europa occidental, la estrategia del desarrollo se convirtió al cabo de pocos años en una fuerza poderosa en el propio mundo.

El estudio del desarrollo como discurso se asemeja al análisis de Said de los discursos sobre el Oriente.

El orientalismo –escribe Said– puede discutirse y analizarse como la institución corporativa para tratar a Oriente, tratarlo mediante afirmaciones referentes a él, autorizando opiniones al respecto, describiéndolo, enseñándolo, definiéndolo, diciendo sobre él: en resumen, el orientalismo como estilo occidental de dominación, estructuración, y autoridad sobre Oriente [...]. Mi afirmación es que sin examinar el orientalismo como discurso posiblemente no logremos entender la disciplina inmensamente sistemática de la cual se valió la cultura europea para manejar –e incluso crear– política, sociológica, ideológica, científica e imaginativamente a Oriente durante el período posterior a la Ilustración. (Said, 1979: 3)

Desde su publicación, *Orientalismo* ha generado estudios e informes originales sobre las representaciones del Tercer Mundo en varios contextos, aunque pocos de ellos han hecho referencia explícita a la cuestión del desarrollo. No obstante, los interrogantes generales que algunos plantean sirven de pauta para el análi-

sis del desarrollo como régimen de representación. En su excelente libro *The Invention of África* el filósofo africano V.Y. Mudimbe, por ejemplo, se propone el objetivo de “Estudiar el tema de los fundamentos del discurso sobre el África [...], [cómo] se han establecido los mundos africanos como realidades para el conocimiento” (p. XI) en el discurso occidental. Su interés trasciende “la ‘invención’ del africanismo como disciplina científica” (p. 9), particularmente en la antropología y la filosofía, a fin de investigar la “amplificación” por parte de los académicos africanos del trabajo de algunos pensadores críticos europeos, en particular Foucault y Lévi-Strauss. Aunque Mudimbe encuentra que aun las perspectivas más afrocéntricas mantienen el método epistemológico occidental como contexto y referente, encuentra también, no obstante, algunos trabajos en los cuales los análisis críticos europeos se llevan más allá de lo que estos trabajos originales podrían haber esperado. Lo que está en juego en estos últimos trabajos, explica Mudimbe, es la reinterpretación crítica de la historia africana como se ha visto desde su exterioridad (epistemológica, histórica, geográfica), es decir, un debilitamiento de la noción misma de África. Esto, para Mudimbe, implica un corte radical en la antropología, la historia y la ideología africanas.

Un trabajo crítico de este tipo, cree Mudimbe, puede abrir el camino para “el proceso de volver a fundar y asumir dentro de las representaciones una historicidad interrumpida” (p. 183); en otras palabras, el proceso mediante el cual los africanos pueden lograr mayor autonomía sobre la forma en que son representados y la forma en que pueden construir sus propios modelos sociales y culturales de modos no tan mediatizados por una episteme y una historicidad occidentales –así sea dentro de un contexto cada vez más transnacional–. Esta noción puede extenderse al Tercer Mundo como un todo, pues lo que está en juego es el proceso mediante el cual, en la historia occidental moderna, las áreas no europeas han sido organizadas y transformadas sistemáticamente de acuerdo con los esquemas europeos. Las representaciones de

Asia, África y América Latina como “Tercer Mundo” y “subdesarrolladas” son las herederas de una ilustre genealogía de concepciones occidentales sobre esas partes del mundo.³

Timothy Mitchell muestra otro importante mecanismo del engranaje de las representaciones europeas sobre otras sociedades. Como para Mudimbe, el objetivo de Mitchell es “explorar los métodos peculiares de orden y verdad que caracterizan el Occidente moderno” (1988: IX), y su impacto en el Egipto del siglo XIX. La construcción del mundo como imagen, en el modelo de las exposiciones mundiales del siglo pasado, sugiere Mitchell, constituye el núcleo de estos métodos y de su eficacia política. Para el sujeto (europeo) moderno, ello implicaba experimentar la vida manteniéndose apartado del mundo físico, como el visitante de una exposición. El observador “encuadraba” inevitablemente la realidad externa a fin de comprenderla; este encuadre tenía lugar de acuerdo con categorías europeas. Lo que sugería era un régimen de objetivismo en el cual los europeos estaban sujetos a una doble exigencia: ser imparciales y objetivos, de una parte, y sumergirse en la vida local, de la otra.

3. “De acuerdo con Ivan Illich, el concepto que se conoce actualmente como ‘desarrollo’ ha atravesado seis etapas de metamorfosis desde las postrimerías de la antigüedad. La percepción del extranjero como alguien que necesita ayuda ha tomado sucesivamente las formas del bárbaro, el pagano, el infiel, el salvaje, el ‘nativo’ y el subdesarrollado” (Trinh, 1989: 54). Para una idea y un conjunto de términos similares al anterior véase Hirschman (1981: 24). Debería señalarse, sin embargo, que el término “subdesarrollado”, ligado desde cierta óptica a la igualdad y a los prospectos de liberación a través del desarrollo, puede tomarse en parte como respuesta a las concepciones abiertamente más racistas del “primitivo” y el “salvaje”. En muchos contextos, sin embargo, el nuevo término no pudo corregir las contradicciones negativas implícitas en los calificativos anteriores. El “mito del nativo perezoso” (Alatas, 1977) sobrevive aún en muchos lugares.

Una experiencia tal como observador prácticamente era posible a través de un truco curioso: eliminar del cuadro la presencia del observador europeo (véase también Clifford, 1988: 145); en términos más correctos, el observar el mundo (colonial) como objeto “desde una posición invisible y aparte” (Mitchell, 1988: 28). Occidente había llegado a vivir “como si el mundo estuviera dividido en dos: un campo de meras representaciones y un campo de lo ‘real’; exhibiciones, por un lado, y una realidad externa por el otro. En un orden de simples modelos, descripciones o copias y un orden de originales” (p. 32). Tal régimen de orden y verdad constituye la quintaesencia de la modernidad, y ha sido profundizado por la economía y el desarrollo. Se refleja en una posición objetivista y empirista que dictamina que el Tercer Mundo y su gente existen “allá afuera”, para ser conocidos mediante teorías e intervenidos desde el exterior.

Las consecuencias de esta característica de la modernidad han sido enormes. Chandra Mohanty, por ejemplo, se refiere a ella cuando plantea la pregunta de quién produce el conocimiento acerca de la mujer del Tercer Mundo, y desde dónde; descubre que en gran parte de la bibliografía feminista las mujeres del Tercer Mundo son representadas como llenas de “necesidades” y “problemas”, pero carentes de opciones y de libertad de acción. Lo que surge de tales modos de análisis es la imagen de una “mujer promedio” del Tercer Mundo, construida mediante el uso de estadísticas y de ciertas categorías:

Esta mujer promedio del Tercer Mundo lleva una vida esencialmente frustrada basada en su género femenino (léase: sexualmente restringida) y en su carácter tercermundista (léase ignorante, pobre, sin educación, tradicionalista, doméstica, apegada a la familia, victimizada, etcétera.) Esto, sugiero, contrasta con la representación (implícita) de la mujer occidental como educada, moderna, que contrata su cuerpo y su sexualidad y libre para tomar sus propias decisiones. (1991b: 56)

Tales representaciones asumen implícitamente patrones occidentales como parámetros para medir la situación de la mujer en el Tercer Mundo. El resultado, opina Mohanty, es una actitud paternalista de parte de la mujer occidental hacia sus congéneres del Tercer Mundo y, en general, la perpetuación de la idea hegemónica de la superioridad occidental. Dentro de este régimen conceptual los trabajos sobre la mujer del Tercer Mundo adquieren una cierta “coherencia de efectos” que refuerza tal hegemonía. “Es en este proceso de homogenización y sistematización conceptual de la opresión de la mujer del Tercer Mundo –concluye Mohanty (p. 54)– donde el poder se ejerce en gran parte del discurso feminista occidental reciente y dicho poder debe ser definido y nombrado”.⁴

Sobra decir que la crítica de Mohanty se aplica con mayor frecuencia a la corriente principal de la bibliografía sobre el desarrollo, para la cual existe una verdadera subjetividad subdesarrollada dotada con rasgos como la impotencia, la pasividad, la pobreza y la ignorancia, por lo común de gente oscura y carente de protagonismo como si se estuviera a la espera de una mano occidental (blanca), y no pocas veces hambrienta, analfabeta, necesitada, oprimida por su propia obstinación, carente de iniciativa y de tradiciones. Esta imagen también universaliza y homogeneiza las culturas del Tercer Mundo en una forma histórica. Sólo desde una cierta perspectiva occidental tal descripción tiene sentido; su existencia constituye más un signo de dominio sobre el Tercer Mundo que una verdad acerca de él. Lo importante de resaltar por ahora es que el despliegue de este discurso en un siste-

4. El trabajo de Mohanty puede ubicarse dentro de una crítica creciente de parte de las feministas, especialmente del Tercer Mundo, del etnocentrismo implícito en el movimiento feminista y en su círculo académico. Véase también Mani, 1989; Trinh, 1989; Spelman, 1988; Hooks, 1990. La crítica del discurso de mujer y desarrollo se discutirá ampliamente en el Capítulo 5.

ma mundial donde Occidente tiene cierto dominio sobre el Tercer Mundo tiene profundos efectos de tipo político, económico y cultural que deben ser explotados.

La producción de discurso bajo condiciones de desigualdad en el poder es lo que Mohanty y otros denominan “la jugada colonialista”. Jugada que implica construcciones específicas del sujeto colonial/tercermundista en/a través del discurso de maneras que permitan el ejercicio del poder sobre él. El discurso colonial, si bien constituye “la forma de discurso más subdesarrollada teóricamente”, según Homi Bhabha, resulta “crucial para ejercer una gama de diferencias y discriminaciones que dan forma a las prácticas discursivas y políticas de jerarquización racial y cultural” (1990: 72). La definición de Bhabha del discurso colonial, aunque compleja, es ilustrativa:

[El discurso colonial] es un aparato que pone en marcha el reconocimiento y la negación de las diferencias raciales/culturales/históricas. Su función estratégica predominante es la creación de un espacio para una “población sujeto”, a través de la producción de conocimientos en términos de los cuales se ejerce la vigilancia y se incita a una forma compleja de placer/displacer [...] El objetivo del discurso colonial es interpretar al colonizado como una población compuesta por clases degeneradas sobre la base del origen racial, a fin de justificar la conquista y de establecer sistemas de administración e instrucción. Me refiero a una forma de gobernabilidad que, en el acto de demarcar una “nación sujeto”, se apropia de sus diversas esferas de actividad, las dirige y las domina. (1990: 75)

Aunque en sentido estricto algunos de los términos de la definición anterior serían más aplicables al contexto colonial, el discurso del desarrollo se rige por los mismos principios; ha producido un aparato muy eficiente para producir conocimiento acerca de ejercer el poder sobre el Tercer Mundo. Dicho aparato surgió en el período comprendido entre 1945 y 1955, y desde entonces

no ha cesado de producir nuevas modalidades de conocimiento y poder, nuevas prácticas, teorías, estrategias, y así sucesivamente. En resumen, ha desplegado con buen éxito un régimen de gobierno sobre el Tercer Mundo, un “espacio para los ‘pueblos sujeto’” que asegura cierto control sobre él.

Este espacio es también un espacio geopolítico, una serie de “geografías imaginarias”, para usar el término de Said (1979). El discurso de desarrollo inevitablemente contiene una imaginación geopolítica que ha dominado el significado del desarrollo durante más de cuatro décadas. Para algunos autores, esta voluntad de poder espacial es uno de los rasgos esenciales del desarrollo (Slater, 1993) y está implícita en expresiones tales como Primer y Tercer Mundos, Norte y Sur, centro y periferia. La producción social del espacio implícita en estos términos está ligada a la producción de diferencias, subjetividades y órdenes sociales. A pesar de los cambios recientes en esta geopolítica –el descentramiento del mundo, la desaparición del segundo mundo, la aparición de una red de ciudades mundiales, y la globalización de la producción cultural–, ella continúa ejerciendo influencia en el imaginario. Existe una relación entre historia, geografía y modernidad que se resiste a desintegrarse en cuanto al Tercer Mundo se refiere, a pesar de los importantes cambios que han dado lugar a geografías posmodernas (Soja, 1989).

Para resumir, me propongo hablar del desarrollo como una experiencia históricamente singular, como la creación de un dominio del pensamiento y de la acción, analizando las características e interrelaciones de los tres ejes que lo definen: las formas de conocimiento que a él se refieren, a través de las cuales llega a existir y es elaborado en objetos, conceptos y teorías; el sistema de poder que regula su práctica y las formas de subjetividad fomentadas por este discurso, aquellas por cuyo intermedio las personas llegan a reconocerse a sí mismas como “desarrolladas” o “subdesarrolladas”. El conjunto de formas que se hallan a lo largo de estos ejes constituye el desarrollo como formación discursiva.

siva, dando origen a un aparato eficiente que relaciona sistemáticamente las formas de conocimiento con las técnicas de poder.⁵

El análisis se establecerá, entonces, en términos de los regímenes del discurso y la representación. Los “regímenes de representación” pueden analizarse como lugares de encuentro en los cuales las identidades se construyen pero donde también se origina, simboliza y maneja la violencia. Esta útil hipótesis, desarrollada por una estudiosa colombiana para explicar la violencia en su país durante el siglo XIX, y basada especialmente en los trabajos de Bajtín, Foucault y René Girard, concibe los regímenes de representación como lugares de encuentro de los lenguajes del pasado y del futuro (tales como los lenguajes de “civilización” y “barbarie” de la América Latina posindependentista), lenguajes externos e internos, y lenguajes de sí y de los otros (Rojas, 1994). Un encuentro similar de regímenes de representación tuvo lugar a finales de los años cuarenta, con el surgimiento del desarrollo, también acompañado de formas específicas de violencia modernizada.⁶

La noción de los regímenes de representación es otro principio teórico y metodológico para examinar los mecanismos y consecuencias de la construcción del Tercer Mundo a través de la representación. La descripción de los regímenes de representación sobre el Tercer Mundo propiciados por el discurso del desarrollo representa un intento de trazar las cartografías o mapas de las

5. El estudio del discurso a lo largo de estos ejes es propuesto por Foucault (1986: 4). Las formas de subjetividad producidas por el desarrollo no se exploran en forma significativa en este libro. Un ilustre grupo de pensadores, incluyendo a Franz Fanon (1967, 1968), Albert Memmi (1967), Ashis Nandy (1983), Homi Bhabha (1983, 1990), ha producido recuentos cada vez más completos sobre la creación de la subjetividad y la conciencia bajo el colonialismo y el poscolonialismo.

6. Acerca de la violencia de la representación véase también De Lauretis (1987).

configuraciones del conocimiento y el poder que definen el período posterior a la segunda posguerra (Deleuze, 1988). Se trata también de cartografías de resistencia como añade Mohanty (1991a). Al tiempo que buscan entender los mapas conceptuales usados para ubicar y describir la experiencia de las gentes del Tercer Mundo, revelan también –aunque a veces en forma indirecta– las categorías con las cuales ellas se ven obligadas a resistir. Este libro se propone brindar un mapa general que permita orientarse en el ámbito de los discursos y de las prácticas que justifican las formas dominantes de producción económica y socio-cultural del Tercer Mundo.

Las metas de este libro son precisamente examinar el establecimiento y la consolidación del discurso del desarrollo y su aparato desde los albores de la segunda posguerra hasta el presente (capítulo 2); analizar la construcción de una noción de “subdesarrollo” en las teorías del desarrollo económico de la segunda posguerra (capítulo 3); y demostrar cómo funciona el aparato a través de la producción sistemática del conocimiento y el poder en campos específicos, tales como desarrollo rural, el desarrollo sostenible, y la mujer y el desarrollo (capítulos 4 y 5). Por último, la conclusión aborda la pregunta de cómo imaginar un régimen de representación “posdesarrollo”, y de cómo investigar y llevar a cabo prácticas “alternativas” en el contexto de los actuales movimientos sociales del Tercer Mundo.

Lo anterior, podría decirse, constituye un estudio del “desarrollismo” como ámbito discursivo. A diferencia del estudio de Said acerca del orientalismo, la presente obra presta más atención al despliegue del discurso a través de sus prácticas. Me interesa mostrar que tal discurso deviene en prácticas concretas de pensamiento y de acción mediante las cuales se llega a crear realmente al Tercer Mundo. Para un examen más detallado he escogido como ejemplo la ejecución de programas de desarrollo rural, salud y nutrición en Latinoamérica durante la década de los setenta y comienzos de los ochenta. Otra diferencia con *Orienta-*

lismo se origina en la advertencia de Homi Bhabha de que “siempre existe, en Said, la sugerencia de que el poder colonial es de posesión total del colonizador, dadas su intencionalidad y unidireccionalidad” (1990: 77). Intento evadir este riesgo considerando también las formas de resistencia de las gentes del Tercer Mundo contra las intervenciones del desarrollo, y cómo luchan para crear alternativas de ser y de hacer.

Como en el estudio de Mudimbe sobre el africanismo, me propongo poner de presente los fundamentos de un orden de conocimiento y un discurso acerca del Tercer Mundo como subdesarrollado. Quiero cartografiar, por así decirlo, la invención del desarrollo. Sin embargo, en vez de enfocarme en la antropología y la filosofía, contextualizo la era del desarrollo dentro del espacio global de la modernidad, y más particularmente desde las prácticas económicas modernas. Desde esta perspectiva, el desarrollo puede verse como un capítulo de lo que puede llamarse “antropología de la modernidad”, es decir, una investigación general acerca de la modernidad occidental como fenómeno cultural e histórico específico. Si realmente existe una “estructura antropológica” (Foucault, 1975: 198) que sostiene al orden moderno y sus ciencias humanas, debe investigarse hasta qué punto dicha estructura también ha dado origen al régimen del desarrollo, tal vez como mutación específica de la modernidad, en el sentido de tratar como “exóticos” los productos culturales de Occidente para poderlos ver como lo que son:

Necesitamos antropologizar a Occidente: mostrar lo exótico de su construcción de la realidad; poner énfasis en aquellos ámbitos tomados más comúnmente como universales (esto incluye a la epistemología y la economía); hacerlos ver tan peculiares históricamente como sea posible; mostrar cómo sus pretensiones de verdad están ligadas a prácticas sociales y por tanto se han convertido en fuerzas efectivas dentro del mundo social. (Rabinow, 1986: 241)

La antropología de la modernidad se apoyaría en aproximaciones etnográficas, que ven las formas sociales como el resultado de prácticas históricas, que combinan conocimiento y poder. Buscaría estudiar cómo los reclamos de verdades están relacionados con prácticas y símbolos que producen y regulan la vida en sociedad. Como veremos, la construcción del Tercer Mundo por medio de la articulación entre conocimiento y poder es esencial para el discurso del desarrollo.

Vistas desde muchos espacios del Tercer Mundo, hasta las prácticas sociales y culturales más razonables de Occidente pueden parecer bastante peculiares, incluso extrañas. Ello no obsta para que todavía hoy en día la mayoría de la gente de Occidente (y de muchos lugares del Tercer Mundo) tenga grandes dificultades para pensar en la gente y las situaciones del Tercer Mundo en términos diferentes a los que proporciona el discurso del desarrollo. Términos como la sobrepoblación, la amenaza permanente de hambruna, la pobreza, el analfabetismo y similares operan como significantes más comunes, ya de por sí estereotipados y cargados con significados del desarrollo. Las imágenes del Tercer Mundo que aparecen en los medios masivos constituyen el ejemplo más claro de las representaciones desarrollistas. Estas imágenes se niegan a desaparecer. Por ello es necesario examinar el desarrollo en relación con las experiencias modernas de conocer, ver, cuantificar, economizar y otras por el estilo.

La deconstrucción del desarrollo

El análisis discursivo del desarrollo comenzó a finales de los años ochenta y es muy probable que continúe en los noventa, acompañado de intentos por articular regímenes alternativos de representación y práctica. Sin embargo, pocos trabajos han encarado la reconstrucción del discurso del desarrollo.⁷

7. Escobar (1984, 1988), Mueller (1987b), Dubois (1990), Parajuli (1991),

El reciente libro de James Ferguson sobre el desarrollo en Lesotho (1990) es un ejemplo sofisticado del enfoque deconstruccionista. En él, Ferguson ofrece un análisis profundo de los programas de desarrollo rural implementados en ese país bajo el patrocinio del Banco Mundial. El fortalecimiento del estado, la reestructuración de las relaciones sociales rurales, la profundización de las influencias modernizadoras occidentales y la despolitización de los problemas son algunos de los efectos más importantes de la organización del desarrollo rural en Lesotho, a pesar del aparente fracaso de los programas en términos de sus objetivos establecidos. Es en dichos efectos, concluye Ferguson, que debe evaluarse la productividad del aparato del desarrollo.

Otro enfoque deconstructivista (Sachs, ed., 1992) analiza los conceptos centrales (o “palabras claves”) del discurso del desarrollo, tales como mercado, planeación, población, medio ambiente, producción, igualdad, participación, necesidades y pobreza. Luego de seguirle la pista brevemente al origen de cada uno de estos conceptos en la civilización europea, cada capítulo examina los usos y la transformación del concepto en el discurso del desarrollo desde la década del cincuenta hasta el presente. La intención del libro es poner de manifiesto el carácter arbitrario de los conceptos, su especificidad cultural e histórica, y los peligros que su uso representa en el contexto del Tercer Mundo.⁸

Un proyecto colectivo análogo se ha concebido con un enfoque de “sistemas de conocimiento”. Este grupo opina que las culturas no se caracterizan sólo por sus normas y valores, sino también

presentan artículos extensos sobre el análisis del discurso del desarrollo.

8. El grupo responsable de este “diccionario de palabras tóxicas” en el discurso del desarrollo incluye a Ivan Illich, Wolfgang Sachs, Barbara Duden, Ashis Nandy, Vandana Shiva, Majad Rahnama, Gustavo Esteva y a este autor, entre otros.

por sus maneras de conocer. El desarrollo se ha basado exclusivamente en un sistema de conocimiento, es decir, el correspondiente al Occidente moderno. La predominancia de este sistema de conocimiento ha dictaminado el marginamiento y descalificación de los sistemas de conocimiento no occidentales. En estos últimos, concluyen los autores, los investigadores y activistas para orientar la acción social con criterio diferente a formas de pensamiento economicistas y reduccionistas.⁹

En los años setenta, se descubrió que las mujeres habían sido ignoradas por las intervenciones del desarrollo. Tal “descubrimiento” trajo como resultado, desde finales de los años setenta, la aparición de un novedoso enfoque, “mujer en el desarrollo” (MYD), el cual ha sido estudiado como régimen de representación por varias investigaciones feministas, entre las cuales se destacan Adele Mueller (1986, 1987a, 1991) y Chandra Mohanty. En el centro de estos trabajos se halla un análisis profundo de las prácticas de las instituciones dominantes del desarrollo en la creación y administración de sus poblaciones-cliente. Para comprender el funcionamiento del desarrollo como discurso se requiere contribuciones analíticas similares en campos específicos del desarrollo y seguramente continuarán apareciendo.¹⁰

Un grupo de antropólogos suecos trabaja sobre cómo los conceptos de “desarrollo” y “modernidad” se usan, interpretan, cuestionan o reproducen en diversos contextos sociales de dis-

9. El grupo, congregado bajo el patrocinio del United Nations World Institute for Development Economics Research (Wider), y encabezado por Stephen Marglin y Frédérique Apffel Marglin, se ha reunido durante varios años, e incluye algunas de las personas mencionadas en la nota anterior. Ya se publicaron dos volúmenes como resultado del proyecto (Marglin y Apffel Marglin, 1990 y 1994).

10. Está en proceso de compilación una selección de discursos sobre el desarrollo a cargo de Jonathan Crush (Queens University, Canadá). Incluye análisis de “lenguajes del desarrollo” (Crush, ed., 1994).

tintos lugares del mundo. Esta investigación muestra una constelación completa de usos, modos de operación y efectos locales asociados a los conceptos. Trátese de una aldea de Papúa-Nueva Guinea o de pequeños poblados de Kenya o Etiopía, las versiones locales del desarrollo y la modernidad se formulan siguiendo procesos complejos que incluyen prácticas culturales tradicionales, historias del pasado colonialista, y la ubicación contemporánea dentro de la economía global de bienes y símbolos (Dahl y Rabo, eds., 1992). Estas etnografías locales del desarrollo y la modernidad también son estudiados por Pigg (1992) en su trabajo acerca de la introducción de prácticas de salud en Nepal. En el próximo capítulo hablaremos más al respecto.

Por último, es importante mencionar algunos trabajos que se refieren al rol de las disciplinas convencionales dentro del discurso del desarrollo. Irene Gendzier (1985) examina el papel que desempeñó la ciencia política en la conformación de las teorías de la modernización, en particular en los años cincuenta, y su relación con asuntos importantes de ese entonces, como la seguridad nacional y los imperativos económicos. También dentro de la ciencia política, Kathryn Sikkink (1991) estudió recientemente la aparición del desarrollismo en Brasil y Argentina durante las décadas del cincuenta y el sesenta. Su principal interés es el rol de las ideas en la adopción, implementación y consolidación del desarrollismo como modelo de desarrollo económico.¹¹

11. Sikkink diferencia correctamente su método institucional-interpretativo de los enfoques de “discurso y poder”, aunque su caracterización de estos últimos refleja solamente la formulación inicial del enfoque discursivo. Mi propia opinión es que ambos métodos –la historia de las ideas y el estudio de las formaciones discursivas– no son incompatibles. Mientras que el primero presta atención a las dinámicas internas de la generación social de las ideas en formas que el segundo método no toma en cuenta (dando con ello la impresión, por así decirlo, de que los modelos de desarrollo son solamente “impuestos” al Tercer Mundo y no,

El chileno Pedro Morandé (1984) analiza cómo la adopción y el predominio de la sociología norteamericana de los años cincuenta y sesenta en Latinoamérica preparó la escena para una concepción puramente funcional del desarrollo, concebido como la transformación de una sociedad “tradicional” en una “moderna”, desprovista por completo de consideraciones culturales. Kate Manzo (1991) presenta un caso similar en su análisis de las deficiencias de los enfoques modernistas del desarrollo, como la teoría de la dependencia, y en su llamado a prestar atención a alternativas “contramodernistas” basadas en las prácticas de actores populares del Tercer Mundo. Nuestro estudio también aboga por el retorno a la cultura, en particular a las locales, en el análisis crítico del desarrollo.

Como lo demuestra esta breve reseña, existe un número pequeño pero relativamente coherente de trabajos que contribuyen a articular una crítica discursiva del desarrollo. Este trabajo presenta el enfoque más general al respecto; intenta presentar una panorámica general de la construcción histórica del “desarrollo” y el “Tercer Mundo” como un todo, y muestra el mecanismo de funcionamiento del discurso para un caso particular. El propósito del análisis es contribuir a liberar el campo discursivo para que la tarea de imaginar alternativas pueda comenzar (o, para que los investigadores las perciban bajo otra óptica). Las etnografías locales ya mencionadas brindan elementos útiles para ello. En la conclusión, ampliamos los análisis de dichos trabajos e intentamos elaborar una visión de “lo alternativo” como problema de investigación y como hecho social.

como realmente sucede, producidos también desde su interior), la historia de las ideas tiende a ignorar los efectos sistemáticos de la producción del discurso, el cual estructura de modo importante lo que se considera como “ideas”. Sobre la diferenciación entre la historia de las ideas y la historia de los discursos, véase a Foucault, 1972: 135-198; 1991.

La antropología y el encuentro del desarrollo

En su conocida compilación acerca de la relación entre la antropología y colonialismo, *Anthropology and the Colonial Encounter* (1973), Talal Asad planteó el interrogante de si no seguía existiendo “una extraña reticencia en la mayoría de los antropólogos sociales a tomar en serio la estructura de poder dentro de la cual se ha estructurado su disciplina” (p. 5), es decir, toda la problemática del colonialismo y el neocolonialismo, su economía política y sus instituciones. ¿No posibilita el desarrollo hoy en día, como en su época lo hiciera el colonialismo, “el tipo de intimidad humana que sirve de base al trabajo de campo antropológico, y que dicha intimidad siga teniendo un cariz unilateral y provisional” (p. 17), aunque los sujetos contemporáneos se resistan y respondan? Además, si durante el período colonial “la tendencia general de la comprensión antropológica no constituía un reto esencial ante el mundo desigual representado por el sistema colonial” (p. 18), ¿no es éste también el caso del “sistema de desarrollo”? En síntesis, ¿no podemos hablar con igual propiedad de “la antropología y el encuentro del desarrollo”?

Por lo general resulta cierto que en su conjunto la antropología no ha encarado en forma explícita el hecho de que su práctica se desarrolla en el marco del encuentro entre naciones ricas y pobres establecido por el discurso del desarrollo de la segunda posguerra. Aunque algunos antropólogos se han opuesto a las intervenciones del desarrollo, en particular en representación de los pueblos indígenas,¹² un número igualmente apreciable ha estado

12. Este también es el caso de la organización Cultural Survival, por ejemplo, y su antropología en nombre de los pueblos indígenas (Maybury-Lewis, 1985). Su trabajo recicla algunas concepciones problemáticas de la antropología, como su pretensión de hablar a nombre de “los nativos” (Escobar, 1991). Véase también en Price (1989) un ejemplo de

comprometido con organizaciones de desarrollo como el Banco Mundial y la Agencia Internacional para el Desarrollo de Estados Unidos. Este nexo problemático fue muy notable en la década 1975-1985, y ha sido estudiado en otro trabajo (Escobar, 1991). Como bien lo señala Leigh Pigg (1992), la mayoría de los antropólogos ha estado dentro del desarrollo, como antropólogos aplicados, o fuera de él, decididamente a favor de lo autóctono y del punto de vista del “nativo”. Con ello, desconocen los modos en que opera el desarrollo como escenario del enfrentamiento cultural y la construcción de la identidad. Sin embargo, algunos pocos antropólogos han estudiado las formas y los procesos de resistencia ante las intervenciones del desarrollo (Taussig, 1980; Fals Borda 1984; Scott, 1985; Ong, 1987; véase también Comaroff, 1985; véase acerca de la resistencia en el contexto colonial, Comaroff y Comaroff, 1991).

La ausencia de los antropólogos en las discusiones sobre el desarrollo como régimen de representación es lamentable porque, si bien es cierto que muchos aspectos del colonialismo ya han sido superados, no por ello las representaciones del Tercer Mundo a través del desarrollo son menos incisivas y efectivas que sus homólogas coloniales y tal vez lo sean más. También resulta inquietante, como lo señala Said, que “existe una ausencia casi total de referencias a la intervención imperial estadounidense como factor que influye en la discusión teórica” en la bibliografía antropológica reciente (1989: 214; véase también Friedman, 1987; Ulin, 1991). Dicha intervención imperial sucede a muchos niveles –económico, militar, político, cultural– que integran el tejido de las representaciones del desarrollo. También resulta inquietante, como lo continúa afirmando Said, la falta de atención de los académicos occidentales a la abundante y comprometida bibliografía de autores del Tercer Mundo sobre colonialismo, la

antropólogos que se opusieron a un proyecto del Banco Mundial en defensa de poblaciones indígenas.

historia, la tradición y la dominación, y, podríamos añadir aquí, del desarrollo. Cada vez aumentan más las voces del Tercer Mundo que piden el desmonte del discurso del desarrollo.

Como lo sugiere Strathern (1988: 4), los profundos cambios experimentados por la antropología durante los años ochenta abrieron la posibilidad de examinar la manera en que está ligada a “modos occidentales de crear el mundo”, y quizás a otras formas posibles de representar los intereses de los pueblos del Tercer Mundo. Tal examen crítico de las prácticas antropológicas llevó a la conclusión de que “ya nadie puede escribir sobre otros como si se tratara de textos u objetos aislados”. Se insinuó entonces una nueva tarea: busca “un interactivo” (Clifford, 1986: 25). Dentro de este contexto, la innovación en la escritura antropológica era vista como “un enfoque de ‘la etnografía’ hacia una sensibilidad política e histórica sin precedentes, transformando así la forma en que es representada la diversidad cultural” (Marcus y Fisher, 1986: 16).

Esta re-imaginación de la antropología, emprendida a mediados de los años ochenta, se ha convertido en objeto de críticas, opiniones y alcances diversos, por parte de académicos y feministas del Tercer Mundo, “antipomodernistas”, economistas políticos y otros. Algunas de estas críticas son más objetivas y constructivas que otras, y no viene al caso analizarlas aquí.¹³ Hasta ahora, “el momento experimental” de los años ochenta ha sido fructífero y se ha puesto en práctica con relativa frecuencia. Sin embargo, el proceso de re-imaginar la antropología está en proceso y deberá profundizarse, tal vez llevando los debates a otros campos y en otras direcciones. La antropología, se arguye actualmente, tiene que “volver a entrar” en el mundo real, luego del auge de la crítica textualista de los años ochenta. Para lograrlo, debe volver

13. Véase, por ejemplo, Ulin (1991); Sutton (1991); Hooks (1990); Said (1989); Trinh (1989); Mascia-Lees, Sharpe y Cohen (1989); Gordon (1988, 1991); Friedman (1987).

a historiografiar su propia práctica y reconocer que ésta se halla determinada por muchas fuerzas externas al control del etnógrafo. Más aun, debe estar dispuesta a someter a un escrutinio más radical sus nociones más preciadas, como etnografía, ciencia y cultura (Fox, ed., 1991).

El llamado de Strathern para que tal cuestionamiento se adelante en el contexto de las prácticas de las ciencias sociales occidentales y de su “adhesión a ciertos intereses en la descripción de la vida social” reviste importancia fundamental. En el centro de estos debates dentro de las ciencias sociales se encuentran los límites que existen para el proyecto occidental de deconstrucción y autocrítica. Cada vez es más evidente, al menos para los que luchan por diversas formas para ser oídos, que el proceso de deconstrucción y desmantelamiento deberá estar acompañado por otro análogo destinado a construir nuevos modos de ver y de actuar. Sobra decir que este aspecto es decisivo para las discusiones sobre el desarrollo, porque lo que está en juego es la supervivencia de los pueblos. Mohanty (1991a) insiste en que ambos proyectos, la deconstrucción y la reconstrucción, deben ser simultáneos. Como discuto en el capítulo final, el proyecto simultáneo podría enfocarse estratégicamente en la acción colectiva de los movimientos sociales: éstos no sólo luchan por “bienes y servicios” sino por la definición misma de la vida, la economía, la naturaleza y la sociedad. Se trata, en síntesis, de luchas culturales.

Como Bhabha nos lo pide reconocer, la deconstrucción y otros tipos de crítica no conducen automáticamente a una “lectura no problemática de otros sistemas discursivos y culturales”. Tales críticas podrían ser necesarias para combatir el etnocentrismo, “pero no pueden, por sí mismas, sin ser reconstruidas, representar la alteridad” (Bhabha, 1990: 75). Más aun, en dichas críticas existe la tendencia a presentarla en términos de los límites del logocentrismo occidental, negando así la diferencia real ligada a un tipo de otredad cultural que se encuentra “implicada en condiciones históricas y discursivas específicas, requiriendo

prácticas de lectura diferentes” (Bhabha, 1990: 73). En América Latina existe una insistencia parecida respecto de que las propuestas del posmodernismo, para ser fructíferas en el continente, deberán evidenciar su compromiso con la justicia y la construcción de órdenes sociales alternativos.¹⁴

Tales correctivos del Tercer Mundo indican la necesidad de interrogantes y estrategias alternativas para la construcción de discursos anticolonialistas (y la “reconstrucción” de las sociedades del Tercer Mundo en/a través de representaciones que puedan devenir en prácticas alternativas). Al cuestionar las limitaciones de la autocrítica occidental, como se hace en gran parte de la teoría contemporánea, permiten ver la “insurrección discursiva” de la gente del Tercer Mundo, propuesta por Mudimbe en relación con la “soberanía del mismo pensamiento europeo del cual deseamos liberarnos” (citado en Diawara, 1990: 79).

La necesaria liberación de la antropología del espacio delimitado por el encuentro del desarrollo (y, más generalmente, la modernidad), a ser lograda mediante el examen profundo de las formas como se ha visto implicada en él, constituye un paso importante hacia el logro de regímenes de representación más autónomos a tal punto que podría motivar a los antropólogos y a otros científicos para explotar las estrategias de las gentes del Tercer Mundo en su intento por dar significado y transformar su realidad a través de la práctica política colectiva. Este reto podría brindar caminos hacia la radicalización de la acción de re-imaginar la antropología, emprendida con entusiasmo durante los años ochenta.

14. Las discusiones acerca de la modernidad y la posmodernidad en América Latina se están convirtiendo en uno de los puntos principales de la investigación y la acción política. Véase Calderón, ed. (1988); Quijano (1988, 1990); García Canclini (1990); Sarlo (1991); Yúdice, Franco y Flores (1992). Para una reseña de los anteriores, véase a Montaldo (1991).

Panorámica del libro

El siguiente capítulo estudia el surgimiento y consolidación del discurso y la estrategia del desarrollo en los albores del período de la segunda posguerra, como resultado de la problematización de la pobreza que tuvo lugar en esos años. Presenta las condiciones históricas que permitieron dicho proceso, identificando los principales mecanismos de la organización del desarrollo, especialmente la profesionalización de su conocimiento y la institucionalización de sus prácticas. Un aspecto importante de este capítulo es que ilustra la naturaleza y dinámica del discurso, su arqueología y sus modos de operación. Uno de los puntos centrales de este aspecto es la identificación del conjunto básico de elementos y relaciones que brindan cohesión al discurso. Para hablar del desarrollo deben obedecerse ciertas reglas de expresión que se origina en su sistema básico de categorías y relaciones, el cual define la visión hegemónica del desarrollo, visión que penetra cada vez más y transforma el tejido económico, social y cultural de las ciudades y pueblos del Tercer Mundo, a pesar de que los lenguajes del desarrollo se adapten y reconstruyan incesantemente en el nivel local.

El capítulo tercero trata de presentar una crítica cultural de la economía analizando el componente más influyente en el campo del desarrollo: el discurso de la economía de desarrollo. Para entenderlo deben analizarse las condiciones de su aparición; cómo surgió; erigido alrededor de la economía occidental existente y de la doctrina económica por ella generada (teorías clásica, neoclásica, keynesiana y del crecimiento económico): cómo los economistas del desarrollo construyeron la “economía subdesarrollada”, incorporando a sus teorías las características de la sociedad capitalista avanzada y de su cultura; la economía política de la economía capitalista mundial ligada a su construcción; y, por último, las prácticas de planificación que surgieron con la economía del desarrollo, convirtiéndose en poderosas propul-

soras de la producción y administración del desarrollo. Desde este espacio privilegiado, la economía impregnó toda la práctica del desarrollo. Como lo muestra la última parte del capítulo, no existen indicios de que los economistas hayan considerado la posibilidad de redefinir sus dogmas y formas de análisis, aunque se encuentran señales esperanzadoras en algunos trabajos recientes de la antropología económica. La noción de “comunidades de modeladores” (Gudeman y Rivera, 1990) se examina como alternativa para la construcción de una política cultural que encare políticamente, y ojalá neutralice en parte al discurso económico dominante.

Los capítulos cuarto y quinto intentan mostrar en detalle el funcionamiento del desarrollo. El objetivo del primero es mostrar cómo un conjunto de técnicas racionales –de planeación, medición y evaluación, conocimientos profesionales y prácticas institucionales y similares– organiza la producción de formas de conocimiento y tipos de poder, relacionándolos entre sí, en la construcción y el tratamiento de un problema específico: la desnutrición y el hambre. El capítulo examina el nacimiento, auge y declinación de un conjunto de disciplinas (formas de conocimiento) y estrategias en los campos de la nutrición, la salud y el desarrollo rural. Esbozadas inicialmente a comienzos de los años setenta por un puñado de expertos provenientes de universidades norteamericanas e inglesas, del Banco Mundial y de las Naciones Unidas, las estrategias de planificación alimentaria y nutricional y de desarrollo rural integrado trajeron como resultado la implementación durante las décadas del setenta y del ochenta de programas masivos en países del Tercer Mundo, financiados principalmente por el Banco Mundial y los gobiernos del Tercer Mundo. Un estudio de caso de dichos planes en Colombia, basado en el trabajo de campo de este autor con un grupo de planificadores a cargo de su diseño e implementación, se presenta como ejemplo del funcionamiento del aparato del desarrollo. Al prestar atención a la economía política de la alimentación y el hambre

y a los esquemas discursivos a ella ligados, este capítulo y el próximo contribuyen al desarrollo de una economía política de corte postestructuralista.

El capítulo quinto amplía el análisis de los capítulos previos centrándose en los regímenes de representación que subyacen a los esquemas sobre las mujeres, los campesinos y el medio ambiente. El capítulo pone en evidencia, en particular, los nexos entre la representación y el poder que entran en juego en las prácticas del Banco Mundial, institución que se presenta como arquetipo del discurso del desarrollo. Se prestó especial atención a las representaciones sobre los campesinos, las mujeres y el medio ambiente que aparecen en la bibliografía reciente sobre el desarrollo, y a las contradicciones y posibilidades inherentes a las tareas del “desarrollo rural integrado”, “la incorporación de las mujeres al desarrollo” y el “desarrollo sostenible”. La economía de visibilidades producida por las representaciones utilizadas por los planificadores y los expertos en el diseño y ejecución de sus programas se analiza en detalle para mostrar la conexión entre la creación de visibilidades en el discurso, particularmente a través de las técnicas visuales modernas, y el ejercicio del poder. Este capítulo también contribuye a teorizar la cuestión del cambio discursivo y la transformación explicando cómo los discursos acerca de los campesinos, las mujeres y el medio ambiente surgen y funcionan en el marco global del desarrollo.

El capítulo final aborda la cuestión de la transformación del régimen de representación del desarrollo y la elaboración de alternativas. Se analiza y evalúa el llamado de un número creciente de voces del Primer y Tercer Mundo a declarar “el fin del desarrollo”. De igual modo, se utilizará la reciente teorización, en la ciencia social latinoamericana, de la construcción de “culturas híbridas” como mecanismo de afirmación cultural ante la crisis de la modernidad, como base para la visualización de “alternativas”, como problema de investigación y como práctica social. Se afirmará que más que buscar grandes modelos o estrategias alter-

nativas, lo que se requiere es investigar las representaciones y prácticas alternativas que pudieran existir en escenarios locales concretos, en particular en el marco de la acción colectiva y la movilización política. La propuesta se desarrollará en el contexto específico de la nueva fase del “capital ecológico” y las luchas por la biodiversidad mundial. Tales luchas –entre el capital global y los intereses de la biotecnología, de una parte, y las comunidades locales, de la otra– constituyen el estadio más avanzado para la negociación de los significados de desarrollo y el posdesarrollo. El hecho de que las luchas involucren generalmente a minorías culturales de las regiones tropicales del planeta plantea inquietudes sin precedentes acerca del diseño de los órdenes sociales, la tecnología, la naturaleza y la vida misma.

Que el análisis, finalmente, se lleve a cabo en términos de “fábulas” o “relatos” no indica que éstas sean meras “ficciones”. Como lo expresa Donna Haraway en su análisis de las narraciones de la biología (1989, 1991), la narrativa no es ficción ni se opone a los “hechos”. La narrativa constituye, de hecho, la urdimbre histórica compuesta de hecho y de ficción. Aun los campos científicos más neutrales son en este sentido narraciones. Tratar la ciencia como narración, insiste Haraway, no es demeritarla. Por el contrario, es tratarla con la mayor seriedad, sin sucumbir a su mistificación como la única “verdad” ni someterla al escepticismo irónico común a tantas críticas. Los discursos de la ciencia y de los expertos, tales como el discurso del desarrollo, producen verdades poderosas, maneras de crear el mundo y de intervenir en él incluyéndonos también a nosotros; son ejemplos de “espacios donde se reinventan constantemente los mundos posibles en la lucha por mundos concretos y reales” (Haraway, 1989: 5). Las narraciones, igual que las fábulas que aparecen en este libro, están siempre inmersas en la historia y carecen de inocencia; que logremos desmantelar el desarrollo e incluso despedirnos del

Tercer Mundo dependerá por igual de la invención social de nuevas narrativas y de nuevos modos de pensar y de obrar.¹⁵

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALATAS, Syed Hussein (1977): *The Myth of the Lazy Native*, Londres, Frank Cass.
- ASAD, Talal (1973): "Introduction", en *Anthropology and the Colonial Encounter*, Talal Asad, ed., Atlantic Highlands, NJ, Humanities Press, pp. 9-20.
- BHABHA, Homi (1990): "The Other Question, Difference, Discrimination, and the Discourse of Colonialism", en *Out There, Marginalization and Contemporary Cultures*, Russell Ferguson, Martha Gever, Trinh T. Minh-ha, y Cornell West, eds., Nueva York, The New Museum of Contemporary Art, y Cambridge, MIT Press, pp. 71-89.
- CALDERÓN, Fernando, ed. (1988): *Imágenes desconocidas, la modernidad en la encrucijada postmoderna*, Buenos Aires, Clacso.
- CARDOSO, Fernando Enrique, y Enzo FALETTA (1979): *Dependency and Development in Latin America*, Berkeley, University of California Press.
- CLIFFORD, James (1986): "Introduction, Partial Truths", en *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, James Clifford y George Marcus, eds., Berkeley, University of California Press, pp. 1-27.
- _____ (1988): *The Predicament of Culture*, Cambridge, Harvard University Press.
- COMAROFF, Jean (1985): *Body of Power, Spirit of Resistance*, Chicago, University of Chicago Press.
- COMAROFF, Jean y John COMAROFF (1991): *Of Revelation and Revolution*, Chicago, University of Chicago Press.
- CRUSH, Jonathan, ed. (1994): *Discourses of Development*, Nueva York, Routledge.

15. A lo largo del libro me refiero a un país, Colombia, y a un área problemática, la desnutrición y el hambre. Esto debería ubicar al lector en los aspectos materiales y geopolíticos del desarrollo.

- DAHL, G, y A. Rabo, eds. (1992): *Kam-Ap or Take-Off, Local Notions of Development*, Estocolmo, Stockholm Studies in Social Anthropology.
- DE LAURETIS, Teresa (1987): *Technologies of Gender*, Bloomington, Indiana University Press.
- DELEUZE, Gilles (1988): *Foucault*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- DIAWARA, Manthia (1990): "Reading África Through Foucault, V.Y. Mudimbe's Reaffirmation of the Subject", en *October*, vol. 55, pp. 79-104.
- DUBOIS, Marc (1991): "The Governance of the Third World. A Foucauldian Perspective of Power Relations in Development", en *Alternatives*, vol. 16, nº 1, pp. 1-30.
- ESCOBAR, Arturo (1984): "Discourse and Power in Development, Michel Foucault and the Relevance of His Work to the Third World", en *Alternatives*, vol. 10, nº 3, pp. 377-400.
- _____ (1988): "Power and Visibility, Development and the Invention and Management of the Third World", en *Cultural Anthropology*, vol. 3, nº 4, pp. 428-443.
- _____ (1991): "Anthropology and the Development Encounter. The Making and Marketing of Development Anthropology", en *American Ethnologist*, vol. 18, nº 4, pp. 16-40.
- FALS BORDA, Orlando (1970): *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México, DF, Editorial Nuestro Tiempo.
- _____ (1984): *Resistencia en el San Jorge*, Bogotá, Carlos Valencia Editores.
- FANON, Franz (1967): *Black Skin, White Masks*, Nueva York, Grove Press.
- _____ (1968): *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press.
- FERGUSON, James (1990): *The Anti-Politics Machine, "Development", Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FOUCAULT, Michel (1972): *The Archaeology of Knowledge*, Nueva York, Harper Colophon Books.
- _____ (1975): *The Birth of the Clinic*, Nueva York, Vintage Books.
- _____ (1986): *The Use of Pleasure*, Nueva York, Pantheon Books.
- _____ (1991): "Politics and the Study of Discourse", en *The Foucault*

- Effect*, Graham Burchell, Colin Gordon, and Peter Miller, eds., Chicago, The University of Chicago Press, pp. 53-72.
- FOX, Richard, ed. (1991): *Recapturing Anthropology, Working in the Present*, Santa Fe, N.M. School of American Research.
- FRANKEL, Herbert (1953): *The Economic Impact on Underdeveloped Societies*, Cambridge, Harvard University Press.
- FREIRE, Paulo (1970): *Pedagogy of the Oppressed*, Nueva York, Herder and Herder.
- FRIEDMAN, Jonathan (1987): "Beyond Otherness or, The Spectacularization of Anthropology", en *Telos*, nº 71, pp. 161-170.
- GARCÍA-CANCLINI, Néstor (1990): *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, DF, Grijalbo.
- GENDZIER, Irene (1985): *Managing Political Change. Social Scientists and the Third World*, Boulder, Westview Press.
- GORDON, Deborah (1988): "Writing Culture, Writing Feminism. The Poetics and Politics of Experimental Ethnography", en *Inscriptions*, pp. 7-26.
- GORDON, Deborah (1991): *Engendering Ethnography*, tesis de doctorado, Santa Cruz, Board of Studies in History of Consciousness. University of California.
- GUDEMAN, Stephen, y Alberto RIVERA (1990): *Conversations in Colombia, The Domestic Economy in Life and Text*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HARAWAY, Donna (1989): *Primate Visions*, Nueva York, Routledge.
- _____ (1991): *Simians, Cyborgs, and Women. The Reinvention of Nature*, Nueva York, Routledge.
- HIRSCHMAN, Albert (1981): *Essays in Trespassing, Economics to Politics and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HOOKS, Bell (1990): *Yearning, Race, Gender, and Cultural Politics*, Boston, South End Press.
- ILLICH, Ivan (1969): *Celebration of Awareness*, Nueva York, Pantheon Books.
- MANI, Lata (1989): "Multiple Mediations, Feminist Scholarship in the Age of Multinational Reception", en *Inscriptions* 5, pp. 1-24.
- MANZO, Kate (1991): "Modernist Discourse and the Crisis of Development

- Theory”, en *Studies in Comparative International Development*, vol. 26, n° 2, pp. 3-36.
- MARCUS, George, y Michael FISCHER (1986): *Anthropology as Cultural Critique*, Chicago, University of Chicago Press.
- MASCIA-LEES, F.P. Sharpe y C. BALLERINO COHEN (1989): “The Postmodernist Turn in Anthropology, Cautions From a Feminist Perspective”, *Signs*, vol. 15, n° 1, pp. 7-33.
- MAYBURY-LEWIS, David (1985): “A Special Sort of Pleading, Anthropology at the Service of Ethnic Groups”, en *Advocacy and Anthropology. First Encounters*. Robert Paine, ed., St. John’s, New Foundland, Memorial University of New Foundland, pp. 131-148.
- MEMMI, Albert (1967): *The Colonizer and the Colonized*, Boston, Beacon Press.
- MITCHELL, Timothy (1988): *Colonising Egypt*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MOHANTY, Chandra (1991a): “Cartographies of Struggle, Third World Women and the Politics of Feminism”, en *Third World Women and the Politics of Feminism*, Chandra Mohanty, Ann Russo, y Lourdes Torres, eds., Bloomington, Indiana University Press, pp. 1-47.
- _____ (1991b): “Under Western Eyes, Feminist Scholarship and Colonial Discourses”, en *Third World Women and the Politics of Feminism*, Chandra Mohanty, Ann Russo, y Lourdes Torres, eds., Bloomington, Indiana University Press, pp. 51-80.
- MONTALDO, Graciela (1991): “Estrategías del fin de siglo”, en *Nueva Sociedad*, n° 116, pp. 75-87.
- MORANDÉ, Pedro (1984): *Cultura y modernización en América Latina*, Santiago, Universidad Católica.
- MULLER, Adele (1986): “The Bureaucratization of Feminist Knowledge, The Case of Women in Development”, *Resources for Feminist Research*, vol. 15, n° 1, pp. 36-38.
- _____ (1987a): *Peasants and Professionals, The Social Organization of Women in Development Knowledge*, Ph.D. dissertation, Ontario Institute for Studies in Education.
- _____ (1987b): *Power and Naming in the Development Institution, The*

- "Discovery" of "Women in Peru". Presentado en 14th Annual Third World Conference, Chicago.
- _____ (1991): *In and Against Development. Feminists Confront Development on Its Own Ground*.
- MUNDIMBE, V.Y. (1988): *The Invention of Africa*, Bloomington, Indiana University Press.
- NANDY, Ashis (1983): *The Intimate Enemy, Loss and Recovery of Self Under Colonialism*, Delhi, Oxford University Press.
- ONG, Aihma (1987): *Spirits of Resistance and Capitalist Discipline*, Albany, SUNY Press.
- PARAJULI, Pramod (1991): "Power and Knowledge in Development Discourse", en *International Social Science Journal*, n° 127, pp. 173-190.
- PIGG, Stacy (1992): "Constructing Social Categories Through Place, Social Representations and Development in Nepal", en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 34, n° 3, pp. 491-513.
- PRICE, David (1989): *Before the Bulldozer*, Washington, D.C., Cabin John Press.
- QUIJANO, Aníbal (1988): *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*, Lima, Sociedad y Política Ediciones.
- QUIJANO, Aníbal (1990): "Estética de la utopía", en *David y Goliath*, n° 57, pp. 34-38.
- RABINOW, Paul (1986): "Representations are Social Facts, Modernity and Post-Modernity in Anthropology", en *Writing Culture, The Poetics and Politics of Ethnography*, James Clifford y George Marcus, eds., Berkeley, University of California Press, pp. 234-261.
- ROJAS, María Cristina (1994): *A Political Economy of Violence*, Ph.D. Diss., Ottawa, Department of Political Science, Carleton University.
- SACHS, Wolfgang, ed. (1992): *The Development Dictionary, A Guide to Knowledge as Power*, Londres, Zed Books.
- SAID, Edward (1979): *Orientalismo*, Nueva York, Vintage Books.
- _____ (1989): "Representing the Colonized, Anthropology's Interlocutors", en *Critical Inquiry*, n° 15, pp. 205-225.
- SARLO, Beatriz (1991): "Un debate sobre la cultura", en *Nueva Sociedad*, n° 116, pp. 88-93.

- SCOTT, James (1985): *Weapons of the Weak, Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press.
- SIKKINK, Kathryn (1991): *Ideas and Institutions, Developmentalism in Brazil and Argentina*, Ithaca, Cornell University Press.
- SLATER, David (1993): *The Geopolitical Imagination and the Enframing of Development Theory*.
- SOJA, Edward (1989): *Postmodern Geographies*, Londres, Verso.
- SPELMAN, Elizabeth (1988): *Inessential Woman, Problems of Exclusion in Feminist Thought*, Boston, Beacon Press.
- STRATHERN, Marilyn (1988): *The Gender of the Gift*, Berkeley, University of California Press.
- SUTTON, David (1991): "Is Anybody Out There? Anthropology and the Question of Audience", en *Critique of Anthropology*, vol. 11, nº 1, pp. 91-104.
- TAUSSIG, Michael (1980): *The Devil and Commodity Fetishism in South America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- TRINH T., Minh-ha (1989): *Woman, Native, Other*, Bloomington, Indiana University Press.
- TRUMAN, Harry (1964 [1949]): *Public Papers of the Presidents of the United States, Harry S. Truman*, Washington, U.S. Government Printing Office.
- ULIN, Robert (1991): "Critical Anthropology Twenty Years Later, Modernism and Postmodernism in Anthropology", en *Critique of Anthropology*, vol. 11, nº 1, pp. 63-89.
- UNITED NATIONS, Department of Social and Economics Affairs (1951): *Measures for the Economics Development of Underdeveloped Countries*, Nueva York, United Nations.
- YÚDICE, George, Jean FRANCO y Juan FLORES, eds. (1992): *On Edge, The Crisis of Contemporary Latin American Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Segunda parte

PENSAR LA ECONOMÍA SOCIAL
Y SOLIDARIA

¿Qué es la economía social y solidaria?*

Alain Lipietz

EN PRIMER LUGAR, les agradezco su numerosa presencia, a pesar de que ya estamos en primavera –en todo caso a mis ojos de nórdico que pasa su tiempo en Bruselas. A propósito, pienso que probablemente hay una cierta relación entre la ecología por una parte, la economía social y solidaria por la otra, y la primavera. Claudel decía: “El fruto es para el hombre, pero la flor es para Dios y el buen olor es para todo lo que nace”.

Creo que efectivamente la ecología nos invita a observar estas cosas que nacen con una simpatía muy particular. Un periodista me preguntaba hace rato: “¿No tiene usted la impresión de que la economía solidaria es el margen cuyo destino será alcanzado?”. Sí, porque en principio todo lo que nace tiene por objeto imponerse un día y normalizarse. Estamos actualmente en una situación donde la economía social y solidaria está aún en el margen, ahorita es una flor que nace. Y un día portará sus frutos y llegará a ser lo normal –espero–, más exactamente será la forma dominante del tipo de economía que hoy se quiere construir.

Pero, ¿qué es la economía social y solidaria? Primeramente, ésta no se llamaba de esa manera. Se llamaba *el tercer sector*. Obviamente cuando se dice “tercer” se está queriendo decir que no es ni lo uno ni lo otro, por lo que es un poco vaga esa manera de llamarla. Buena parte de mi trabajo –y de hecho también cuestio-

* Intervención en los *Estados Generales de la Ecología Política*, Aix-en-Provence, 23 de febrero 2002.

nes que siguen siendo debatidas hoy-, tenía por objeto simplemente ir más allá de la palabra “tercer”.

Entonces, ¿a qué estamos acostumbrados? Aún se acostumbra decir que existe el sector público, por un lado, y la economía de mercado, por el otro. En líneas generales, se dice que el sector público toma los impuestos y redistribuye servicios públicos que se asignan sobre el conjunto del territorio, implementado por funcionarios y por una administración, y controlados por los diputados o algo parecido. E, inversamente, el mercado consiste en unas unidades económicas o simplemente unos empresarios que toman la iniciativa estrictamente privada de decir: “Vaya, voy a ofrecer tal o cual bien o tal o cual servicio a mis conciudadanos”, y se ve si eso funciona o no funciona simplemente por el hecho de que los consumidores adquieran o no adquieran, compren o no compren. Si no se vende, no se continúa, si se vende, se prosigue, se desarrolla la producción.

¿Ven que eso corresponde a dos maneras de socializar, “de hacer sociedad”, de vivir juntos? La primera es extremadamente jerárquica (hay un estado que dice “Tomo y redistribuyo”) y la segunda, el mercado, es extremadamente no jerárquica (cada quien ofrece y quien no tiene nada pues ofrece su fuerza de trabajo a un patrono).

Estos dos principios se llaman la *redistribución* y el *intercambio*. Ahora bien, los antropólogos y, en particular, Karl Polanyi, pusieron de manifiesto que, en realidad, el grueso de la economía, el grueso de la vida material, no funcionaba de esa manera en absoluto.

Si se cuentan las horas gastadas para producir servicios o bienes, cosas útiles, vemos que la parte esencial del trabajo no funcionaba en absoluto según esos principios de *redistribución* e *intercambio*. Todo funcionaba según lo que se llama *reciprocidad*, es decir, un poco a la manera del “eso es evidente”: cada quien sabía más o menos el lugar que debía ocupar, cada quien ofrecía a los demás lo que podía ofrecer. Y cada quien esperaba que los

otros le ofrecieran lo que necesitara al momento de necesitarlo. De hecho, la estructura de la familia extendida era un poco así. Eso no quiere decir que fuera justo, atención. Es la mujer quien hacía la mayor parte del trabajo y los hombres quienes se beneficiaban de la mayor parte de los servicios, pero no eran ni intercambio y ni redistribución. Uno se levantaba en la mañana y sabía quién debía hacer cada cosa, era totalmente normal. El trabajo que había que hacer se aprendía de generación en generación, de madre a hija, de tía a sobrina. Igualmente, más allá de la familia había superestructuras de reciprocidad.

En mi infancia en Vallon, no se le hubiera ocurrido a nadie crear una asociación o exigir una subvención para organizar la fiesta del 14 de julio. Cada quien sabía exactamente quién debía hacer qué cosa, dónde estaba el palo encebado, dónde lo habían guardado, dónde se le debía colocar, quién debía tocar el violín para hacer bailar a la gente, dónde estaban los farolitos, dónde las guirnaldas, dónde se había guardado el estrado, etcétera.

En un pueblo promedio de 1950 la comunidad sabía muy bien cómo resolver sus pequeños asuntos con el método del “eso es evidente”. Un cierto número de funciones destinadas a la comunidad debían simplemente ser asumidas por la comunidad.

Esta especie de *tercer principio*, que es mucho más fundamental que los otros, mucho más antiguo, es el que establece vínculos en la sociedad. Eso no quiere decir que inevitablemente se haga de buena manera, no estoy haciendo el elogio de un mundo antiguo donde todo iba bien. Pero uno se da cuenta, en realidad, que toda la historia del desarrollo económico bajo el capitalismo, en particular desde la Revolución Francesa y sobre todo a lo largo de los siglos XIX y XX, consistió en decir “No, sólo son los dos primeros sectores los que cuentan”, es decir, lo que hacían el estado y las empresas comerciales.

Y, poco a poco, este enorme sector de la reciprocidad que a la vez incluía a la familia, a las iglesias, a la comunidad pueblerina y a las comunidades de barrios se perdió. Y en los años ochenta,

nos encontramos probablemente en el punto más bajo del sentido de reciprocidad, del sentido de comunidad. Las películas que comienzan a tener éxito a partir de la segunda mitad de los años noventa, incluida la reciente *Amélie Poulain*, son películas de la nostalgia de la comunidad, películas que dicen: “En definitiva, si nos ocupáramos de nuevo un poco más los unos de los otros, nos iría mucho mejor”.

Y creo que eso es lo que alimenta, en particular desde la crisis, el regreso –digo ciertamente *regreso*– a la voluntad de desarrollar lo que se ha de llamar finalmente *economía social y solidaria*. ¿Por qué digo *regreso*? Está muy vinculado a la idea de que, en realidad, ya se cuenta con estructuras que pueden sustentarla. Son las asociaciones, es la cooperativa, es la mutualidad.

De hecho, a partir de la Revolución Francesa, aun antes que la ley de Le Chapelier fijara el modelo del desarrollo capitalista, la gente comienza a reaccionar ante la idea de que no hay más que el estado y las empresas como formas de socialización entre las mujeres y los hombres del país. Muy, muy rápidamente, se ve el desarrollo de iniciativas populares, a partir de los años 1820 en Lyon con su primera cooperativa de consumidores, que dicen “No, eso no puede ser, no se puede confiar todo al estado, no se puede confiar todo al mercado”. Y, obviamente, es necesario destacar que no se puede confiar todo lo que queda a la iglesia. No es casualidad que este movimiento que los historiadores llaman *asociacionismo de trabajadores* (es decir, el nacimiento en el mundo del trabajo de lo que devendrá entre 1880 y 1920, para simplificar, sindicato, cooperativa, mutualidad y asociaciones), es concomitante a la separación entre la iglesia y el estado. La iglesia era, hasta cierto punto, el sector del estado que se ocupaba de la reciprocidad. A partir del momento en que los movimientos populares dicen “Pues no, vamos a organizar la reciprocidad nosotros mismos, en cooperativas, en asociaciones”, la iglesia cae del estado hacia la sociedad civil. Es más, es recuperada en el marco de la Ley 1901 en virtud del artículo sobre las congregaciones.

Así, el movimiento popular (esencialmente de los trabajadores pero no solamente de ellos), inventa en el siglo XIX una respuesta a un modelo en el cual contaría solamente el estado y la economía de mercado.

Examiné los debates de la época. Charles Gide intenta hacer la síntesis de lo que, en ese entonces, se llamara *economía social*. Hace un gran discurso para la Exposición Universal de París en 1900, donde existe un pabellón de la economía social. Y los socialistas le responden, por voz de Jean Jaurés, que “El estado es la cooperativa suprema, aquella hacia la cual tienden como una asíntota todas las demás formas de cooperativas”. ¡Extraordinaria visión! Y Charles Gide tiene la misma idea. Es muy interesante, ya que eso nos da una idea de lo que era la economía social en esa época. Gide dice: “El destino de la mutualidad es convertirse en caja obligatoria de seguridad social. El destino de la cooperativa es convertirse en servicio público”. Tomen por ejemplo el gas y la electricidad. Uno se da cuenta de que en la época, en los barrios populares, en los barrios más pobres, eran a menudo unas cooperativas las que prestaban los servicios públicos.

Justo antes de la Conferencia de Porto Alegre, vi el fenómeno exactamente opuesto en América Latina, en Argentina, en la pequeña ciudad de Villa Carlos Paz, en la montaña, cerca de la ciudad de Córdoba. Allí se estableció la privatización y es una única cooperativa, la misma que asumió a la vez la distribución del agua y la danza, la animación cultural. Era interesante ver eso. Sí, de cierta manera, es una alternativa a *Vivendi*¹.

¿Qué hay de común entre el agua y la cultura?, ¿entre un servicio de redistribución del agua y la oferta de cursos de danza y de animación de fiestas? Que en los dos casos se trata de un servicio que va dirigido a toda la comunidad y a cada uno en particular. Una botella es pura mercancía; hay alguien que la fabrica, que pone agua dentro y la vende en el sistema de mercado. El sistema

1. Multinacional francesa.

de aducción de agua que sale por el grifo es totalmente diferente, porque aunque obvia y finalmente será una persona quien la beberá, la red de agua es algo que está abierto a toda la comunidad. Y cada individuo tiene la libertad, en cualquier momento, de abrir su grifo o de no abrirlo. La cultura es similar. Se organiza una fiesta. Hay gente que viene a bailar, individualmente o en pareja, pero se debe establecer la estructura de la fiesta común para que cada quien pueda aprovecharla. Y por lo tanto hay interactividad. Es a la vez un servicio a la comunidad y un servicio a cada uno que no puede ser asumido ni por la economía de mercado que se ocupa de individuos que compran mercancías, ni por lo fiscal ya que cada quien podrá elegir consumir más o menos. Es entonces bastante lógico que existan formas de producción que respondan a esta doble dimensión. Formas que están de lleno en la economía de mercado (ya que hay clientes que vienen a bailar o a no bailar, que vienen a tomar agua o a no tomarla) pero que, al mismo tiempo, responden a la necesidad de ofrecer un servicio a toda la comunidad, independientemente y más allá de la suma de los usuarios y del provecho que en mayor o menor grado cada quien haga. Si se observa bien se trata un caso bastante generalizado y es por ello que existe el sistema o el principio de *reciprocidad*. Porque, en la mayoría de los casos, no se está en el sistema general de redistribución por el estado (en cual éste toma a través del impuesto y presta un servicio público), ni se está tampoco en la redistribución del sistema de mercado (donde los empresarios buscan a un cliente), sino que en la mayoría de los casos se está simultáneamente en los dos. Y es eso, precisamente, lo que constituye la parte más importante de nuestra vida material e incluso espiritual e intelectual.

Entonces, a partir de allí se comprende rápidamente que es completamente normal que algunas formas de producción estén a la vez sujetas al mercado y subvencionadas en forma permanente. Siempre que haya un cliente, se estará sujeto al mercado; siempre que sea un servicio que se ofrece a toda la comunidad, es nor-

mal entonces que sea toda la comunidad la que lo pague. Y, en consecuencia, en la realidad concreta, es necesario que la agencia, la cooperativa o la asociación que ofrece estos dos servicios, se beneficie de un doble financiamiento: uno por parte del individuo y otro por parte de la comunidad.

Es para ello que citaba la frase de Jaurés acerca de la tensión que existe a partir del nacimiento de un servicio de este tipo, destinado tanto al individuo como a la comunidad. Inicialmente es una iniciativa de alguien que dice “Es una necesidad no satisfecha, voy a hacerlo”. Luego percibe que eso beneficia a toda la comunidad, y entonces dice “Pero si eso beneficia a toda la comunidad, ¿por qué no es el estado quien lo hace?”. Y se encuentra siempre esta tensión, tensión entre, por una parte, iniciativas venidas de la base, por individuos, cooperativas o asociaciones que se forman diciéndose “Voy a hacer eso para unos amigos, para gente en torno a mí”, y quienes al cabo de un cierto tiempo se dicen “Pero somos nosotros quienes hacemos el trabajo, y no hay ninguna razón para que no nos beneficiemos de un financiamiento público”; y, por otra parte, gente que dice que “No se quiere burocracia, es una iniciativa venida de la base, no se requiere del estado”.

Se está entonces permanentemente atrapado en esta especie de tensión entre los creadores, los que están del lado de la flor, de lo que nace, de la primavera, quienes dicen “Es una invención venida de la base y es necesario que permanezca algo que brota de la sociedad civil”, y quienes administran y dicen al cabo de cierto tiempo que “Puesto que eso sirve a todo el mundo, puesto que es en realidad un servicio público, no hay razón que no seamos pagados como funcionarios”. Entonces los primeros van a decir “¿Funcionarios? Ni lo piensen. Después van a pedirnos ser reclutados por concurso y recibir bonos de antigüedad, etcétera”.

Jaurés dice que la cooperativa tiende hacia el estado, pero como una asíntota que nunca alcanza su límite. Es necesario que la tensión siga viva. Ahora bien, esta tensión estaba muerta en los

años 1950-1960. Se puede decir que las asociaciones y las cooperativas, en la inmediata posguerra, conocieron una especie de coronación de todo lo que habían inventado desde el siglo XIX, pero al mismo tiempo ésta las osificó. Las asociaciones, las mutualidades y las cooperativas se convirtieron en instituciones cuasi-estado; en líneas generales, se creó la seguridad social como un sistema de redistribución y se confió al sector asociativo el cuidado de ofrecer el servicio correspondiente.

Si observan hoy la realidad del modelo asociativo, diría que, en líneas generales, fácilmente cuarenta por ciento corresponde al sector paramédico. El resto está en el sector de la juventud y los deportes, es decir, del extraescolar o del sector deportivo. Las estadísticas exactas están en un informe elaborado por mí. Es el modelo de 1936, de cierto modo revisado en 1945. Este asociacionismo popular se transformó en cuasi-estado, cuasi-servicio público. Es una coronación (ya que era en cierta forma su ambición, era lo que habían querido hacer desde que habían nacido), pero al mismo tiempo la gente comenzaba a tener una relación con estas asociaciones como si se tratara de un servicio público o como si se tratara de un sector mercantil.

Tomo el ejemplo del UNCM (Unión Nacional de los Centros de Montaña) convertido en UCPA² (Unión de los Centros al Aire Libre). Este caso no parece ser expresión del mundo asociativo. Cuando se va a un taller del UNCM se tiene bien sea la impresión de pagar un hotel un poco más barato, o de utilizar un servicio público que es pago. A pesar de todo, se paga una cotización, se entra en una asociación para poder realizar un taller de la UNCM. La misma cosa ocurre con los albergues de juventud.

Entonces, de cierta forma, el movimiento asociativo se convirtió en un satélite del aparato del estado benefactor. En cuanto al movimiento mutualista, se convirtió en un complemento de la seguridad social. El grueso de las mutualidades es hoy comple-

2. UCPA, por sus siglas en francés, Union des Centres de Plein Air.

mento de la seguridad social. Y, peor aun, a las cooperativas se les condenó a ser moldeadas por lo empresarial para sobrevivir en ese modelo. El *Crédit Agricole*³ no se puede decir que fuera una herramienta de la alternativa financiera, al contrario, fue la herramienta de la modernización hiperproductivista de la agricultura. Como el *Crédit Mutuel* y otros, que se convirtieron en la herramienta del acompañamiento financiero de lo que se llamó el *fordismo*, de la instauración de la sociedad de producción de masa y de consumo de masa.

Es después de la crisis de este modelo cuando ni el estado ni las empresas fueron ya capaces de garantizar el pleno empleo y una situación equitativa para todo el mundo, que se volvió a ver, como pequeñas flores, jóvenes brotes que empezaron a decir “se va a hacer otra cosa”. Eso se llamaba *economía autónoma o alternativa* en ese entonces. Luego, poco a poco, se institucionalizaron ellas también. ¿Y qué forma habían tomado? La forma asociativa, la forma cooperativa. Eso no está muy lejos de aquí, en el congreso de la Red de la Economía Alternativa y Solidaria, en Belle de Mai en Marsella, cuando finalmente los viejos del movimiento cooperativo, mutualistas y asociativos, reconocieron a sus nietos y que los niños reconocieron a los abuelos. Diciendo que, finalmente, este movimiento de la economía alternativa nacido después de 1981 se había unido a sus antepasados un poco anquilosados en lo que habían devenido la economía social, la cooperativa, la mutualidad, la asociación, etcétera.

Entonces ahora, ¿qué se puede hacer? Creo que en primer lugar es necesario partir de la idea de que, en nuestra sociedad formidablemente reducida a individuos completamente aislados, en la que no hay más sentido comunitario, en la que se muere de nostalgia por lo comunitario, o se muere de soledad, o se muere de inseguridad y de miedo al vecino, hay que rehacer el tejido

3. Organización bancaria con más de tres mil cooperativas de crédito, hoy uno de los principales bancos de Francia.

social. Esto no será en absoluto de la misma manera en que se hizo en el sector sociocultural. No reharemos los años 1950. No estamos más en una situación donde la gente va espontáneamente a los patrocinios laicos, devenidos desde entonces cine-club, casas de la juventud y de la cultura. En esa época, en 1950, salíamos de un mundo todavía muy comunitario, tanto en lo rural como en lo urbano. No tenía cada uno su televisor, ni cada uno su carro, et-
cétera. Entonces, las estructuras colectivas de servicios públicos en el dominio cultural eran el modo normal de acceder a la cultura. Hoy es completamente diferente. Hoy tenemos que cada uno tiene su televisor, su equipo de alta fidelidad. Hoy, al contrario, la gente parte de una situación de consumo puro e individual, pero sabe muy bien que eso no es suficiente; es por ello, por ejemplo, que se reencuentran en las fiestas *rave*.

Hay que reinventar al colectivo y rehacer el tejido social a partir de este punto extremo de individualización. He ahí la primerita cosa que hay que meterse en la cabeza. Esto no va a ser simple. En la cultura esta dificultad es evidente, pero en la familia lo es igual. Por ejemplo, en 2020 Francia tendrá ciento cincuenta mil centenarias, ¿quién se va a ocupar de ellas? Lo dije la última vez que vine a Aix. No serán sus hijas que tendrán ochenta años, ni serán sus nietas que tendrán, simplifico, sesenta y que habrán sido feministas toda su vida. Ellas no encontrarán normal ocuparse de su abuela veinticuatro horas por veinticuatro; no es vocación de las mujeres hacerse criadas durante su tiempo libre de una inválida en cama. ¿Entonces quién lo hará? No serán tampoco los funcionarios. El modo de trabajo de la función pública no es adecuado a este tipo de trabajo. Para ayudar, un día hace falta consagrar cinco minutos, al día siguiente consagrar tal vez tres horas, hay que ayudar a una persona a vivir su debilitamiento, su dependencia creciente, a afrontar la muerte. No es trabajo de funcionarios. No es tampoco el trabajo de *Vivendi* que enviaría a personas cronometradas a 14 minutos y 27 segundos para ir a servir una comida fría al jubilado del 43 bulevar de la República. No

es así tampoco como esto puede funcionar. Forzosamente debe ser algo en donde no se cuente el tiempo, ni deba ser lucrativo, ni estar fundado sobre el provecho ni sobre la redistribución administrativa.

Entonces pertenece, obviamente, al método asociativo: está claro que se trata de servir a una persona en particular. Es necesario, al mismo tiempo, que la clienta –digo *clienta* ya que, a esa edad, no habrá más que mujeres– o su familia y la Caja Nacional de Subsidios Familiares paguen. Pero lo importante es que la red exista, que la asociación que ofrece servicios a domicilio exista en permanencia, que esté disponible para la comunidad. En fin, que reconstituya hasta cierto punto lo que era ofrecido gratuitamente por la familia o por la comunidad del pueblo o del barrio, cuando todo el mundo encontraba normal ocuparse de su vecino, con todo lo que eso representaba de opresivo o, peor aun, ofrecido por la sociedad patriarcal en que las mujeres se veían obligadas a ocuparse de las decrepitas de la familia, dado que “era la vieja quien tenía el dinero”, como decía Jacques Brel.

Entonces efectivamente tenemos un problema, y reconstruir comunidad va a exigir un montaje institucional que es inevitablemente no lucrativo y no administrativo. Ahora bien, tenemos la forma para hacer eso, es la asociación y es la cooperativa. Las cuales son ya, por definición, no lucrativas. Atención, no es la definición de la asociación *per se*, ya que una asociación puede ser lucrativa (no confundamos la Ley 1901 y el código de los impuestos), pero las asociaciones no lucrativas pueden muy bien hacerlo, y las cooperativas, siempre que no se distribuya demasiado excedente, también.

Entonces se plantea la pregunta: ¿qué les impide a la asociación y a la cooperativa hacerlo? A partir del momento en que se decide que las asociaciones y las cooperativas deben encargarse de eso, está bien claro que deben ser remuneradas para que lo hagan, bajo un doble aspecto, porque ofrecen servicios a los particulares y porque ofrecen servicios a la comunidad. Empleo la

palabra *remunerar* y no *pagar* ya que *comunidad*, *municipio* y *remunerar* pertenecen a la misma familia y vienen todos de la palabra *munus* que quiere decir el don y la carga al mismo tiempo, lo que se da a los otros teniendo la responsabilidad de hacerlo. Es el principio de la *reciprocidad*.

¿Cómo puede realizarse esto? Hasta ahora, y es un gran obstáculo, se ha venido haciendo poco a poco. Es decir, una asociación que se dice “Asumo aquí el fútbol, ofrezco a la comunidad un lugar donde ocupar a los jóvenes porque si no podrían hacer idioteces; y a la vez para aquellos a quienes les guste enseñe el fútbol”, asume que a la vez es para los individuos en particular y para toda la comunidad. Está claro, una asociación que propone esto espera ser subvencionada, porque aunque en la medida en que el servicio de enseñar el fútbol es un servicio que hace las veces de curso particular y correspondería pagar al joven futbolista, también en esa medida toda la comunidad tiene interés en que el curso exista –¡además, el club puede hacerse campeón, nunca sabemos!–, por lo que es normal que la comunidad lo pague...

Al principio, la gente es voluntaria, benévola, porque encuentra que está bien dedicar tiempo a la comunidad. Luego, la curva alcanza su asíntota y percibiendo que presta un servicio público, se pregunta “¿Pero por qué hago esto gratuitamente? Además, los usuarios exigen que continúe, y además, en caso de riesgo, soy responsable criminalmente mientras que presto un servicio a la comunidad”.

Ustedes ven, entonces, que hay que tratar de encontrar una manera de asegurar el financiamiento doble sin que haya que perder tiempo en mendigar las subvenciones. En la realidad concreta de hoy, toda la economía social y solidaria pasa su tiempo buscando financiamientos. En el sector más difícil, el que se ocupa de la inserción, para tres personas que se fajan en esa tarea, hace falta una cuarta que busque financiamientos.

Mi propuesta de ley consiste en definir cuáles son las asociaciones y cooperativas de finalidad social y solidaria, las que de-

vuelven servicios al sector de mercado y para el bien de toda la comunidad. Las que obtengan tal marca de autenticidad tendrán derecho automáticamente a reducciones de cargas y de impuestos, o a subvenciones. Y esto, como es la ley la que debe estipularlo, es el trabajo de los diputados, no de una administración.

Una vez bien definida esta matriz de economía social y solidaria, con toda normalidad cualquier asociación o cooperativa que encuadre en ella tiene derecho automáticamente a la forma más común de ayuda, es decir la dispensa de impuestos y de cotizaciones. Esto no costaría nada a la comunidad ya que emplearía desempleados que de entrada no pagan ni impuestos ni cotizaciones. En cambio, es evidente que hay que verificar que se trate efectivamente de una empresa con vocación social y solidaria, sea cooperativa o asociación. Hace falta que haya una especie de reconocimiento, y ¿acaso es el prefecto quien va a hacer tal reconocimiento?, ¿o la Secretaría de Estado a la Economía Social y Solidaria? Digo *no*, serán primordialmente sus pares; cuando es una empresa de barrio la que se crea, son otras empresas de barrio las que van a decir: “Sí, es verdaderamente una empresa de barrio, no son mercantilistas que tratan de hacerse pasar por una empresa de barrio”. Así, había propuesto todo un sistema de auto-reconocimiento que permitía obtener una marca de autenticidad, aquella que permitiría tener derecho automático, sin tener que mendigar al prefecto, a recibir subvenciones, en particular bajo la forma de dispensas de cotizaciones.

Llegamos al fin a una última pregunta, la primera de hecho: ¿Para quién? ¿La economía social y solidaria es para quién? Percibo que hay una ambigüedad terrible, particularmente entre mis colegas de la administración y del gobierno, sobre lo que quiere decir la palabra *social*. Después de veinte años de liberalismo logramos decir: “Lo social es ocuparse de los pobres”. ¡Pues no! Lo social es hacer que no haya más pobres y que todos se ocupen los unos de los otros.

Cuando seguí las negociaciones de aquel entonces sobre la

famosa instrucción fiscal para saber cuales eran las asociaciones que tenían el derecho de ser dispensadas de cotizaciones, etcétera –particularmente las negociaciones en el sector del turismo– noté que había dos líneas que se enfrentaban. Los que decían: “El turismo social es para los pobres, a los jóvenes de las barriadas hay que sacarlos del calor del verano para que no prendan fuego a los carros. Tal es la finalidad de la maniobra”. Luego hay otra definición que se remonta a otra tradición, de 1945 incluso 1936, que decía: “ ¡De ninguna manera! Lo social es la comunión social, es que todo el mundo pueda marcharse de vacaciones y de ser posible a los mismos lugares”.

Creo que hay que decir de modo muy claro que la economía social y solidaria no es una economía de los pobres para los pobres. Si se hace así sería clientelismo, si se hace así sería encerrar a los pobres en un subsector, y convertir la economía social y solidaria en un gueto. No, la economía social y solidaria es la reconstrucción de la comunidad para todo el mundo. Evidentemente los ricos no la necesitan. Ellos tienen los medios, con dinero, de reconstituir alrededor de ellos una seudocomunidad, con una lectora o una acompañante en su casa, una niñera, una institutriz, etcétera... Ellos no necesitan reconstituir a la familia vía lo asociativo, tienen el dinero para reconstituirla. No digo que esté bien hecho, digo que tienen los medios para hacerlo. Pero la idea de que la economía social y solidaria sea únicamente para los pobres me parece una idea completamente errónea, y creo que si se acota así no se le ofrecerán todas sus potencialidades de desarrollo.

Creo muy profundamente que la economía social y solidaria es la respuesta al sentimiento de aislamiento, y –en la medida en que se puede– al miedo al envejecimiento y a la muerte, a la crisis de la familia, a la crisis del estado. Ella propone de hecho una reconstitución, sobre bases libremente escogidas, del sentimiento de comunidad en una sociedad que se ha hecho completamente individualista. Es una ambición para todo el mundo. Está profundamente ligada al concepto mismo de ecología, es decir a la

relación entre los individuos, su sociedad y su medio ambiente, ya que, justamente, se ocupa de todo lo que es común cuando se vive en sociedad –y común no sólo para la franja más pobre.

Creo que la propuesta básica es: sí a la economía social y solidaria, y para todo el mundo. He aquí lo que quería decir como introducción a este debate.

Preguntas a Alain Lipietz

JOËL GOMBAIN, ESTUDIANTE: —*¿Para este proyecto de sociedad social y solidaria, cómo queda esta tensión entre libertad e igualdad, la vieja tensión en el corazón de todos los proyectos intelectuales de sociedad? Tengo el sentimiento que a través de este nuevo modelo de sociedad que hoy se trata de pensar, se puede tal vez avanzar hacia una solución más satisfactoria de esa tensión entre el liberalismo y el modelo comunista.*

ALAIN LIPIETZ: —Llegamos siempre a una tensión entre libertad e igualdad. Esto corresponde de cierto modo a la redistribución que es muy igualitaria y al intercambio que es libertad. La palabra *liberalismo* quiere decir a la vez libre intercambio y libertad política. Sabemos muy bien que la libertad destruye la igualdad y que la igualdad, cuando es impuesta, impide la libertad. Y la respuesta es la fraternidad. La fraternidad es eso, es la idea de reciprocidad. La fraternidad es no esperar haber tenido para dar. Es dar diciéndose “Un día el otro me dará”. Y nos sentimos ya responsables de dar. Es lo que se llama la reciprocidad. La economía social y solidaria responde exactamente a esto, a situaciones completamente degradadas en provecho del liberalismo. Rechazamos que no haya más que hombres y mujeres libres, unos de ser desempleados y en precaria situación, otros de sacar provechos colosales; tampoco vamos a volver hacia el fantasma de la igualdad del cual el siglo XX dio ejemplos bastante lamentables. Entonces, la única solución que nos queda para el siglo XXI es cons-

truir una sociedad fraternal o comunitaria, como usted quiera, donde se cree una asociación libre de gente que dan los unos para los otros. Esto así tiene aire idealista, pero hay que recordar que la familia no puede funcionar sino así. La comunidad no funciona más que de esta manera.

PREGUNTA: —*¿La participación de los asalariados en su propia empresa puede ser una respuesta?*

ALAIN LIPIETZ: —Hay que distinguir bien el carácter de mercado y el carácter de provecho. No tengo nada en contra de que los obreros asalariados participen del carácter provechoso de la empresa y que, por esta vía, participen en la dirección de la ella. Hay dos maneras para que los asalariados participen en la dirección y en los frutos de la empresa: bien sea de manera directa en tanto asalariado y es el modelo de cogestión de empresas, es el modelo alemán y está bien, es una vía que hay que explotar; bien sea la copropiedad. Habrá que combinar las dos, probablemente. Pero esto no responde al asunto planteado y al hecho de que la economía sólo puede ser de mercado. Un asalariado copropietario de su empresa, aun un asalariado cooperativo, no integra obligatoriamente en su comportamiento el hecho de servir a la comunidad. Entonces, la participación de los asalariados en su propia empresa, en su dirección o usufructo, es una respuesta al asunto de la injusticia del sistema del provecho, no es una respuesta al carácter abstracto, indiferenciado, mercantilista de la economía. En última instancia podemos tener asalariados autogestionarios separados del resto del mundo que dicen: “¿Contaminamos? Nos importa poco, mientras sea provechoso”, etcétera. La coparticipación de los asalariados en la empresa no garantiza el que cada quien tome en cuenta el halo –digamos así– de la sociedad, del halo comunitario que debería rodear cada uno de nuestros actos productivos.

PREGUNTA: —*¿Acaso podemos aceptar la privatización de los servicios públicos a partir del momento en que definiéramos un servicio universal?*

ALAIN LIPIETZ: —Es un viejo debate. Pasamos el tiempo en eso en el parlamento europeo. Uno de los problemas es que los servicios públicos no tienen en absoluto la misma definición de un país a otro. En absoluto. Tratamos de definir un servicio universal. Definimos lo que debe serle devuelto al público, que esto sea asumido por el servicio público, por el privado, por el cooperativo o por el asociativo. El resto es suplemento. Creo que es un trabajo de costurera de encajes o del tonel de las danaidas o de Sísifo, porque esto empezará de nuevo todo el tiempo. Creo que nunca se llegará allá. ¿Qué es servicio universal? ¿Qué no lo es? Podemos tomar un ejemplo: ¿acaso internet es un servicio público? Consideramos que el teléfono lo es, ¿entonces lo es el acceso a internet? Sí, ¿pero banda ancha o no banda ancha? Quien no tenga banda ancha pronto no tendrá acceso a nada interesante, porque la norma será que cualquier página de web pedirá tres minutos para cargar si no se tiene banda ancha, entonces si no la tiene, no tiene verdaderamente acceso a internet. Es tan móvil y variable que hay que admitir un poco de flexibilidad en ello.

Para ampliar el canon de la producción*

Boaventura de Sousa Santos
César Rodríguez

Introducción

COMO LO MUESTRA la consolidación reciente de numerosos movimientos y organizaciones alrededor del mundo que luchan por una globalización contrahegemónica, los varios siglos de predominio del capitalismo no han logrado disminuir la indignación y la resistencia efectiva contra los valores y prácticas que constituyen el corazón del capitalismo como sistema económico y forma civilizatoria. De hecho, la historia del capitalismo desde su surgimiento en lo que Wallerstein (1979) ha llamado el “largo siglo XVI” es también la historia de las luchas de resistencia y la crítica contra dichos valores y prácticas. Desde la lucha de los campesinos ingleses contra su incorporación forzada a las fábricas proto-capitalistas después de la apropiación privada de las tierras comunales en el siglo XVIII hasta las luchas contemporáneas de comunidades indígenas en la semiperiferia y la periferia contra la explotación de sus territorios ancestrales, pasando por los movimientos obreros de todo tipo, el capitalismo ha sido constantemente confrontado y desafiado. Dichos desafíos han ido acompañados de una rica tradición de pensamiento crítico –desde el pensamiento asociativo de Saint-Simon, Fourier y Owen en Eu-

* “Introdução: Para ampliar o cânone da produção”, en Boaventura de Sousa Santos (org.), *Produzir para viver: os caminhos da produção não capitalista*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 2002.

ropa en el siglo XIX hasta la reivindicación de un desarrollo alternativo o el rechazo mismo de la idea de desarrollo económico en la periferia y la semiperiferia en el siglo XX, pasando por la crítica marxista del capitalismo industrial– que ha impulsado el debate sobre formas de sociedad más justas que sean alternativas viables frente a las sociedades capitalistas (Macfarlane, 1998). Al imaginar y luchar por sociedades donde la explotación sea eliminada, o por lo menos reducida drásticamente, las prácticas y teorías críticas del capitalismo –sumadas a otras cuyo blanco son otras formas de dominación como el patriarcado y el racismo– han mantenido con vida la promesa moderna de emancipación social.

A comienzos del siglo XXI la tarea de pensar y luchar por alternativas económicas y sociales es especialmente urgente por dos razones relacionadas entre sí. En primer lugar, vivimos en una época en la que la idea de que no hay alternativas frente al capitalismo ha ganado un nivel de aceptación que posiblemente no tiene precedentes en la historia del capitalismo mundial. En efecto, a lo largo de las dos últimas décadas del siglo pasado las élites políticas, económicas e intelectuales conservadoras impulsaron con tal agresividad y éxito las políticas y el pensamiento neoliberales que la idea tatcheriana según la cual “no hay alternativa” alguna al capitalismo neoliberal ganó credibilidad, incluso entre círculos políticos e intelectuales progresistas. En este sentido, las décadas precedentes reavivaron la “utopía del mercado auto-regulado” (Polanyi, 1957) que había sido dominante en el siglo XIX. A diferencia de lo que sucedió en el siglo XIX, sin embargo, el resurgimiento de dicha utopía bajo la forma del neoliberalismo contemporáneo no fue acompañada por la reactivación simultánea de las luchas y el pensamiento críticos, que pasaron a la defensiva y debieron reinventarse y reorganizarse. Pero esta situación ha empezado a cambiar en los últimos años con el resurgimiento del activismo por una globalización contrahegemónica, que han comenzado incluso a desarrollar formas de coordinación tales como la realización anual del primer Foro So-

cial Mundial en Porto Alegre. Dado que, como el mismo Polanyi lo observó con claridad, las instituciones que encarnan la utopía del mercado auto-regulado “no podían existir por mucho tiempo sin aniquilar el material humano y natural de la sociedad [porque] habrían destruido físicamente al hombre y devastado su entorno” (Polanyi, 1957: 3), la idea que no existen alternativas no podía predominar por mucho tiempo. En vista de que la globalización neoliberal ha sido eficazmente puesta en tela de juicio por múltiples movimientos y organizaciones, una de las tareas urgentes consiste en formular alternativas económicas concretas que sean al mismo tiempo emancipatorias y viables y que, por tanto, le den contenido específico a las propuestas por una globalización contra-hegemónica. En segundo lugar, la reinención de formas económicas alternativas es urgente porque, en contraste con los siglos XIX y XX, a comienzos del nuevo milenio la alternativa sistémica al capitalismo representada por las economías socialistas centralizadas no es viable ni deseable. El autoritarismo político y la inviabilidad económica de los sistemas económicos centralizados fueron dramáticamente expuestos por el colapso de éstos a finales de la década de los ochenta y principios de los noventa (Hodgson, 1999). Incluso quienes, contra la evidencia del autoritarismo y la inviabilidad de dicho sistema, mantenían la posibilidad de *la* alternativa al capitalismo (esto es, la alternativa socialista centralizada), han sido forzados a pensar en otros términos. Para quienes, como nosotros, los sistemas socialistas centralizados no ofrecían una alternativa emancipatoria frente al capitalismo, la crisis de dichos sistemas ha creado la oportunidad para recuperar o inventar alternativas (en plural) que apunten hacia prácticas y formas de sociabilidad no capitalistas. Como se verá en el sondeo que ofrecemos más adelante, estas alternativas son mucho menos grandiosas que la del socialismo centralizado, y las teorías que les sirven de base son menos ambiciosas que la creencia en la inevitabilidad histórica del socialismo que dominó el debate del marxismo clásico. De hecho, la viabilidad de dichas

alternativas, por lo menos en el corto y mediano plazos, depende en buena medida en su capacidad de sobrevivir dentro del contexto del dominio del capitalismo. Lo que se requiere, entonces, es centrar la atención simultáneamente en la viabilidad y en el potencial emancipatorio de las múltiples alternativas que se vienen formulando y practicando alrededor del mundo que representan formas de organización económica basadas en la igualdad, la solidaridad y la protección del medio ambiente.

Este es el espíritu que inspira este trabajo introductorio y los estudios de caso contenidos en el presente volumen. La insistencia en la viabilidad de las alternativas, sin embargo, no implica una aceptación de lo existente. La afirmación fundamental del pensamiento crítico consiste en que la realidad no se reduce a lo que existe. La realidad es un campo de posibilidades en el que caben alternativas que han sido marginadas o que ni siquiera han sido intentadas (Santos, 2000: 23). En este sentido, la tarea de las prácticas y el pensamiento emancipadores consiste en ampliar el espectro de lo posible a través de la experimentación y la reflexión acerca de alternativas que representen formas de sociedad más justas. Al mirar más allá de lo existente, dichas formas de pensamiento y práctica ponen en tela de juicio la separación entre realidad y utopía, y formulan alternativas que son suficientemente utópicas como para implicar un desafío al *status quo* y son suficientemente reales como para no ser fácilmente descartables por ser inviables (Wright, 1998). El espectro de posibilidades resultante es mucho más amplio del que incluso muchos partidos y pensadores de izquierda han tendido a defender en los últimos años. En América Latina, por ejemplo, una corriente influyente de la izquierda, cuyas ideas han sido condensadas en los trabajos de Unger y Castañeda¹, tiende a ofrecer como alternativas sólo variaciones conocidas al sistema capitalista. En palabras de Cas-

1. Véase, por ejemplo, el documento titulado “Una alternativa latinoamericana,” producido por un grupo de políticos latinoamericanos con-

tañeda, las opciones de la izquierda se limitan a promover el modelo capitalista con “las variaciones, regulaciones, excepciones y adaptaciones que las economías de mercado de Europa y Japón han incorporado a lo largo de los años” (Castañeda, 1993: 514). Como lo mostraremos en el balance de los experimentos y las teorías económicas alternativas que ofreceremos más adelante, el predominio del capitalismo no reduce el rango de posibilidades a dichas variaciones. Por el contrario, dicho rango incluye formas de concebir y organizar la vida económica que implican reformas radicales dentro del capitalismo basadas en principios no capitalistas, o que incluso apuntan a una transformación gradual de la economía hacia formas de producción, intercambio y consumo no capitalistas.

Cualquier análisis que, como el nuestro, intente subrayar y evaluar el potencial emancipatorio de las propuestas y experimentos económicos no capitalistas que se vienen haciendo alrededor del mundo debe tener en cuenta que, dado su carácter anti-sistémico, dichos experimentos y propuestas son frágiles e incipientes. Por esta razón, en este trabajo analizamos las alternativas desde una perspectiva que puede ser llamada “hermenéutica del surgimiento” (Santos, 2001), esto es, un punto de vista que interpreta de manera expansiva la forma como organizaciones, movimientos y comunidades se resisten a la hegemonía del capitalismo y se embarcan en alternativas económicas fundadas en principios no capitalistas. Esta perspectiva amplifica y desarrolla los rasgos emancipatorios de dichas alternativas para hacerlas más visibles y creíbles. Esto no implica que la hermenéutica del surgimiento renuncia al análisis riguroso y a la crítica de las alternativas analizadas. El análisis y la crítica, sin embargo, buscan fortalecer las alternativas, no minar su potencial.

vocado por Unger y Castañeda (entre los que se encuentran los actuales presidentes de Chile, Ricardo Lagos, y México, Vicente Fox) en Buenos Aires en noviembre de 1997. (www.robertounger.com/alternative.htm)

Antes de adentrarnos en el análisis de las iniciativas y propuestas concretas, es necesario precisar los términos que se utilizan generalmente en las discusiones sobre estos temas. A falta de un mejor término, las prácticas y teorías que desafían el capitalismo son calificadas con frecuencia como “alternativas”. En este sentido, se habla de una globalización alternativa, de economías alternativas, de desarrollo alternativo, etc. Existen razones para cuestionar la conveniencia política y teórica de este adjetivo –en cuanto calificar algo de alternativo es ceder de entrada el terreno a lo que se quiere oponer, que reafirma así su carácter hegemónico. Sin embargo, creemos que, antes que un cambio de lenguaje, lo que se requiere al comienzo de una indagación que busca teorizar y hacer visible el espectro de alternativas es formular la pregunta obvia: ¿alternativo frente a qué? En otras palabras, ¿cuáles son los valores y prácticas capitalistas que dichas alternativas critican y buscan superar? A pesar de la amplitud de esta pregunta –que, de hecho, apunta a uno de los temas centrales de las ciencias sociales, esto es, la caracterización del capitalismo como fenómeno económico y social–, una respuesta por lo menos somera es necesaria para clarificar el sentido del resto de nuestra exposición. Esto es así porque el objetivo central de este capítulo es precisamente ofrecer un mapa y un conjunto de tesis sobre la trayectoria y las posibilidades actuales de prácticas y visiones del mundo inspiradas en principios no capitalistas. Al plantear la pregunta y los términos de nuestro argumento de esta forma general, esperamos que este capítulo sirva como telón de fondo e introducción a la lectura de los estudios de caso que se incluyen en este libro y que discuten desde diferentes ángulos y a partir de experiencias diversas el grado en que las iniciativas escogidas para el análisis constituyen alternativas económicas emancipatorias.

Las líneas de pensamiento crítico a las que hicimos alusión anteriormente han subrayado tradicionalmente tres rasgos negativos de las economías capitalistas. En primer lugar, el capitalismo produce sistemáticamente desigualdades de recursos y po-

der. En la tradición marxista, el efecto que figura en el centro de las críticas es la desigualdad económica y de poder entre clases sociales. La separación entre capital y trabajo y la apropiación privada de las utilidades actúan como motores de producción de ingresos desiguales y de relaciones sociales marcadas por la subordinación del trabajo al capital. Las mismas condiciones que hacen posible la acumulación generan desigualdades dramáticas entre clases sociales al interior de cada país y entre países alrededor del sistema mundial. La tradición feminista, entre tanto, concentra sus críticas en la forma como las diferencias de clase refuerzan las diferencias de género y, por tanto, en la forma como el capitalismo contribuye a la reproducción de la sociedad patriarcal. Asimismo, las teorías críticas de la raza subrayan la forma como la opresión entre razas y la explotación económica se alimentan mutuamente. En segundo lugar, las relaciones de competencia requeridas por el mercado capitalista producen formas de sociabilidad empobrecidas, basadas en el provecho personal antes que en la solidaridad. En el mercado, el motivo inmediato para producir y para interactuar con otras personas es “una mezcla de codicia y miedo [...] Codicia, en tanto las otras personas son vistas como fuentes posibles de enriquecimiento, y miedo en tanto ellas son vistas como amenazas. Estas son formas horribles de ver a los demás, independientemente de que ya estemos acosados a ellas como resultado de siglos de capitalismo” (Cohen, 1994: 9). Esta reducción de la sociabilidad al intercambio y al provecho personal está en el centro del concepto de alienación en Marx y ha inspirado críticas y propuestas contemporáneas que buscan expandir las esferas en las que el intercambio esté basado en la reciprocidad antes que en el provecho monetario –como las economías populares estudiadas por Quijano (1998) en América Latina– o disminuir la dependencia de las personas en relación con el trabajo asalariado, de tal forma que no sea necesario “perder la vida para ganarse la vida” (Gorz, 1997). En tercer lugar, la explotación creciente de los recursos naturales

alrededor del globo pone en peligro las condiciones físicas de vida sobre la tierra. Como lo han puesto presente las teorías y movimientos ecologistas, el nivel y el tipo de producción y consumo requeridos por el capitalismo son insostenibles (Daly, 1996; Douthwaite, 1999). El capitalismo, así, tiende a minar los recursos naturales que permiten su propia reproducción (O'Connor, 1988). Contra el prospecto de la destrucción de la naturaleza, los movimientos ecologistas han propuesto una amplia variedad de alternativas, que van desde la imposición de límites al desarrollo capitalista hasta el rechazo de la idea misma de desarrollo económico y la adopción de estrategias anti-desarrollistas, basadas en la subsistencia y el respeto a la naturaleza y a la producción tradicional (Dietrich, 1996).

Por supuesto, en la práctica las críticas y las alternativas formuladas en vista de estos rasgos del capitalismo tienden a combinar más de una de las líneas mencionadas. Por ejemplo, el ecofeminismo promovido por los movimientos de mujeres en India articula la crítica y la lucha contra el patriarcado con la preservación del medio ambiente (Shiva y Mies, 1993). De forma similar, el cooperativismo busca no sólo la remuneración igualitaria de los trabajadores-dueños de las empresas cooperativas, sino también la generación de formas de sociabilidad solidarias basadas en el trabajo colaborativo y la participación democrática en la toma de decisiones de las empresas. Igualmente, propuestas tales como la creación de un ingreso mínimo universal acompañado de la disminución de la jornada laboral buscan no sólo establecer un nivel de bienestar material básico sino también liberar tiempo para el desarrollo de sociabilidades y habilidades diferentes a las requeridas por el mercado (Van Parijs, 1992).

El mapa de iniciativas y visiones económicas alternativas que presentamos más adelante, así como el conjunto de experiencias analizadas en los estudios de caso incluidos en este volumen, es muy variado. Como se verá enseguida, ellos incluyen desde organizaciones económicas populares constituidas por los sectores

más marginados en la periferia hasta cooperativas prósperas en el centro del sistema mundial. Sin embargo, al criticar e intentar superar en mayor o menor medida los rasgos del capitalismo señalados anteriormente, todos estos tipos de experiencias tienen en común el hecho que, si bien no buscan reemplazar el capitalismo de un solo tajo, sí intentan (con éxito dispar) hacer más incómoda su reproducción y hegemonía. Para esto, los múltiples tipos de iniciativas que incluimos en nuestro mapa crean espacios económicos en los que predominan los principios de igualdad, solidaridad o respeto a la naturaleza. En virtud del primero, los frutos del trabajo son apropiados de manera equitativa por sus productores y el proceso de producción implica participación en la toma de decisiones entre iguales, como en las cooperativas de trabajadores. En virtud del principio de solidaridad, lo que una persona recibe depende de sus necesidades, y lo que aporta depende de sus capacidades. Así funcionan, por ejemplo, los sistemas progresivos de tributación y transferencias, cuyo establecimiento o defensa en el contexto de la globalización neoliberal constituye una propuesta alternativa al consenso económico hegemónico. En este principio está inspirado igualmente el movimiento de *fair trade* (comercio justo), mediante el cual el precio pagado por los consumidores de un producto en el Norte contribuye efectivamente a la remuneración justa de quienes lo producen en el Sur. En virtud de la protección al medio ambiente, la escala y el proceso de producción se ajustan a imperativos ecológicos, incluso cuando éstos van en detrimento del crecimiento económico.

La escala de las iniciativas es igualmente variada. Las alternativas comprenden desde pequeñas unidades de producción locales –como las cooperativas de trabajadores en barrios marginales en la periferia del sistema mundial– hasta propuestas de coordinación macro-económica y jurídica globales que garanticen el respeto de derechos laborales y ambientales mínimos alrededor

del mundo, pasando por intentos de construcción de economías regionales basadas en principios de cooperación y solidaridad.

En vista de semejante diversidad, las alternativas existentes varían mucho en su relación con el sistema capitalista. Mientras que unas (v.gr., las cooperativas) son compatibles con un sistema de mercado e incluso con el predominio de las empresas capitalistas, otras (v.gr., las propuestas ecológicas anti-desarrollistas) implican una transformación radical o incluso el abandono de la producción capitalista. Sin embargo, al estudiar estas iniciativas creemos que es importante resistir la tentación de aceptarlas o rechazarlas con un criterio simplista que mira exclusivamente si ellas ofrecen alternativas radicales frente al capitalismo, por dos razones distintas. Por una parte, este criterio simple de (des)calificación encarna una forma de fundamentalismo de lo alternativo que puede cerrar las puertas a propuestas que, si bien surgen en medio del capitalismo, abren las puertas a transformaciones graduales en direcciones no capitalistas y crean enclaves de solidaridad en el seno del capitalismo. Más allá de la vieja dicotomía entre reforma y revolución, de lo que se trata, como lo afirma Gorz (1997), es de implementar reformas revolucionarias, esto es, de emprender reformas e iniciativas que surjan dentro del sistema capitalista en que vivimos pero faciliten y le den credibilidad a formas de organización económica y de sociabilidad no capitalistas. Por otra parte, semejante criterio estricto de evaluación de las alternativas implica en últimas una hermenéutica del escepticismo, no del surgimiento, que termina por rechazar todo tipo de experimentación social por estar contaminado por el sistema dominante. Dado que ninguna de las propuestas viables representa una alternativa sistémica al capitalismo (esto es, una alternativa de organización micro y macro-económica comprehensiva basada exclusivamente en valores de solidaridad, igualdad y protección del medio ambiente), las alternativas con las que contamos tienen relaciones directas o indirectas con los mercados locales, nacionales e incluso internacionales. En otras palabras, dado que

sabemos cómo hacer funcionar una economía basada en el interés individual (esto es, basada en el mercado) pero no hemos aprendido cómo hacer funcionar una economía fundada en la generosidad (Cohen, 1994), las iniciativas no representan nuevos modos de producción que reemplacen al capitalista. Esto no les resta, sin embargo, relevancia ni potencial emancipador. Al encarnar valores y formas organizativas opuestas a los del capitalismo, las alternativas económicas generan dos efectos con alto contenido emancipador. En primer lugar, en el nivel individual implican con frecuencia cambios fundamentales en las condiciones de vida de sus actores, como lo muestran los estudios sobre la transformación de la situación de los recicladores de basura en India y en Colombia presentados por Bhowmik y Rodríguez, respectivamente, en los capítulos incluidos en este volumen. En segundo lugar, en el nivel societal la difusión de experiencias exitosas implica la ampliación de los campos sociales en los que operan valores y formas de organización no capitalistas. En algunas ocasiones –como en el caso del complejo cooperativo Mondragón en España, que tiene influencia en toda una región (Whyte y Whyte, 1988)– el alcance de las iniciativas es tal que transforman los patrones de sociabilidad y los resultados económicos de manera considerable. Vistas desde la perspectiva de una hermenéutica del surgimiento, estas experiencias guardan de hecho la promesa de transformaciones de escala mayor en la dirección de formas de sociabilidad y organización económica no capitalistas.

Con base en la caracterización general delineada en los párrafos anteriores, en lo que sigue nos concentramos en formas de *producción* no capitalistas, que constituyen el tema específico de los estudios incluidos en este libro². Para ello, dividimos el resto

2. La razón por la cual nos concentramos en las alternativas de producción –y no tratamos, por ejemplo, alternativas igualmente importantes que tienen que ver con el comercio y el consumo (v.gr., formas de comercio justo o *fair trade*) o la redistribución de ingresos (v.gr., el estableci-

de este capítulo en tres partes. En la primera, ofrecemos un mapa no exhaustivo de las propuestas y líneas de pensamiento sobre producción no capitalista. El objetivo central de esta sección es establecer coordenadas generales de ubicación de las múltiples iniciativas y propuestas que se están llevando a cabo tanto en el centro como en la semiperiferia y la periferia y, en especial, de las experiencias analizadas en los siguientes capítulos de este volumen. Distinguimos tres grandes vertientes de pensamiento y de experimentación productiva no capitalista. En primer lugar, exploramos brevemente el cooperativismo y otras propuestas basadas en teorías sociales asociativistas, tales como el socialismo de mercado. En segundo lugar, indagamos las diversas formas de organización económica de los sectores populares en la semiperiferia y la periferia, principalmente en actividades económicas informales, que han sido articuladas en los estudios y las políticas sobre “desarrollo alternativo”. En tercer lugar, hacemos alusión a las múltiples propuestas, formuladas con particular fuerza en los últimos años por el movimiento ecologista, que ponen en tela de juicio la idea misma de crecimiento económico y por tanto presentan alternativas *al* desarrollo económico. Estas tres líneas

miento de un ingreso mínimo universal)– es puramente pragmática. Dado que un mapa general de alternativas económicas claramente sobrepasa los límites de nuestro escrito y que los trabajos incluidos en este volumen son estudios de caso sobre alternativas de producción, hemos restringido nuestro mapa a la esfera de la producción. Sin embargo, como afirmaremos más adelante, uno de los factores esenciales para el avance de las alternativas de producción es su articulación con alternativas económicas progresistas relacionadas con la distribución, el consumo, la redistribución de recursos, las políticas de inmigración, la protección de derechos laborales y ambientales, etc. Las alternativas de producción pueden sostenerse y expandirse sólo cuando entran en un círculo virtuoso otras alternativas en el campo económico y en otros campos sociales.

de alternativas de producción no son mutuamente excluyentes, y de hecho ocurren en la práctica en formas híbridas (v.gr., las iniciativas de desarrollo alternativo en la semiperiferia y la periferia incluyen con frecuencia la creación de cooperativas de productores). En la segunda y tercera parte de este trabajo conectamos el mapa ofrecido en la segunda sección con los estudios de caso incluidos en este volumen. Para ello, primero, en la segunda sección, resumimos los estudios de caso y luego, en la tercera sección, a manera de conclusión, enunciamos nueve tesis que creemos que captan los asuntos y dilemas comunes a los casos. Dado nuestro interés en impulsar el debate sobre las formas de producción no capitalista, enunciamos estas tesis mediante fórmulas cortas para la discusión, que sintetizan nuestra lectura de los capítulos incluidos en este libro y nuestra visión sobre los desafíos que enfrentan las formas alternativas de producción en el contexto de la globalización contemporánea.

1. Un mapa de alternativas de producción

1.1. Las formas cooperativas de producción

1.1.1. LA TRADICIÓN COOPERATIVA

La búsqueda de alternativas frente a los efectos excluyentes del capitalismo a partir de teorías y experiencias basadas en la asociación económica entre iguales y la propiedad solidaria no es una tarea nueva. El pensamiento y la práctica cooperativista modernos son tan antiguos como el capitalismo industrial. De hecho, las primeras cooperativas surgieron hacia 1826 en Inglaterra como reacción contra la pauperización provocada por la conversión masiva de campesinos y pequeños productores en trabajadores de las fábricas pioneras del capitalismo industrial. Fue en Inglaterra también donde surgieron las cooperativas que pasarían a ser el modelo del cooperativismo contemporáneo –las cooperativas de consumidores de Rochdale, fundadas a partir de 1844, cuyo propósito inicial fue contrarrestar la miseria causada

por los bajos salarios y las condiciones inhumanas de trabajo, a través de la procura colectiva de bienes de consumo baratos y de buena calidad para ser vendidos a los trabajadores. Las primeras cooperativas de trabajadores fueron fundadas en Francia hacia 1833 por obreros que, luego de organizar una serie de huelgas para protestar contra las condiciones de trabajo inhumanas en las fábricas en las que laboraban, decidieron fundar y administrar colectivamente sus propias fábricas (Birchall, 1997: 21). Estos primeros experimentos cooperativos surgieron de la mano de las teorías pioneras del asociativismo contemporáneo. En Inglaterra, el pensamiento de Robert Owen, quien participó directamente en la fundación de las primeras comunidades cooperativas, constituyó el aporte fundacional para la tradición intelectual cooperativa. Las ideas asociativistas en Inglaterra continuarían desarrollándose a comienzos del siglo XX, particularmente a través de la contribución de Harold Laski, R. Tawney y G. Cole (Macfarlane, 1998: 7). En Francia, las teorías asociativistas de Charles Fourier y Pierre Proudhon inspiraron el establecimiento de las primeras cooperativas de trabajadores.

Desde sus orígenes en el siglo XIX, el pensamiento asociativista y la práctica cooperativa se desarrollaron como alternativas tanto frente al individualismo liberal como frente al socialismo centralizado. Como teoría social, el asociativismo está fundado en dos postulados: de una parte, la defensa de una economía de mercado basada en los principios no capitalistas de cooperación y mutualidad, y, de otra, la crítica al estado centralizado y la predilección por formas de organización política pluralistas y federalistas que le dieran un papel central a la sociedad civil (Hirst, 1994: 15). Como práctica económica, el cooperativismo está inspirado en los valores de autonomía, democracia participativa, igualdad, equidad y solidaridad (Birchall, 1997: 65). Estos valores están plasmados en un conjunto de siete principios que han guiado el funcionamiento de las cooperativas alrededor del mundo desde que su versión inicial fue enunciada por los primeros

cooperantes contemporáneos, los pioneros de Rochdale. Los principios son la membresía abierta y voluntaria –las cooperativas están siempre abiertas a nuevos miembros–; el control democrático por parte de los miembros –las decisiones fundamentales son tomadas por los cooperantes de acuerdo con el principio “un miembro, un voto”, es decir, independientemente de los aportes de capital hechos por cada miembro o su rol en la cooperativa–; la participación económica de los miembros –tanto como propietarios solidarios de la cooperativa como partícipes eventuales en las decisiones sobre la distribución de las utilidades–; la autonomía y la independencia frente al estado y frente a otras organizaciones; el compromiso con la educación de los miembros de la cooperativa para facultarlos para participar efectivamente; la cooperación entre cooperativas a través de organizaciones locales, nacionales y mundiales; y la contribución al desarrollo de la comunidad en la que está localizada la cooperativa (Birchall, 1997).

Pese a que, por una parte, el número de cooperativas se multiplicó rápidamente y dio lugar a un movimiento cooperativista internacional y, por otra, la teoría asociativista fue retomada ocasionalmente por movimientos y teorías sociales, ni la práctica cooperativa ni el pensamiento asociativo que le sirve de base llegaron a ser predominantes. “El asociativismo nunca maduró hasta el punto de convertirse en una ideología coherente” (Hirst, 1994: 17), capaz de resistir los ataques provenientes tanto de las teorías del socialismo centralizado como del liberalismo individualista. El cooperativismo ha dado lugar a experiencias ejemplares de economías solidarias –como el complejo cooperativo de Mondragón (España), al que nos referiremos más adelante– pero no ha logrado convertirse en una alternativa importante frente al sector capitalista de la economía nacional y mundial. De hecho, la opinión prevalente en las ciencias sociales desde finales del siglo XIX (Webb y Webb, 1897) ha tendido a ser que las cooperativas son intrínsecamente inestables, en tanto están atrapadas en un dilema estructural. De una parte, según esta opinión,

corren el riesgo de fracasar debido a que su estructura democrática las hace más lentas en la toma de decisiones que las empresas capitalistas, y a que el principio de “un miembro, un voto” les impide alcanzar el nivel de capitalización necesario para expandirse porque los inversionistas –sean miembros o personas externas a la cooperativa– desean tener una injerencia sobre las decisiones que sea proporcional a su aporte. De otra parte, según esta posición, incluso si logran crecer y expandirse, las cooperativas fracasan eventualmente, dado que el crecimiento se logra a costa del sacrificio de la participación directa de los miembros de la cooperativa –que se hace difícil en una empresa grande– y requiere de manera creciente de inversiones considerables de capital, que pueden ser aportadas sólo por inversionistas externos cuya influencia en la cooperativa desvirtúa el espíritu de la misma (Birchall, 1997; Ferguson, 1991).

Sin embargo, la teoría y las prácticas cooperativas han suscitado un renovado interés en los últimos años, que ha desafiado el pronóstico pesimista sobre la viabilidad económica de las cooperativas y ha recuperado los elementos centrales del pensamiento asociativista. Ante el fracaso de las economías centralizadas y el ascenso del neoliberalismo, académicos, activistas y gobiernos progresistas alrededor del mundo han recurrido crecientemente a la tradición de pensamiento y organización económica cooperativa surgida en el siglo XIX con el fin de renovar la tarea de pensar y crear alternativas económicas. Este giro es evidente en la bibliografía sobre el tema tanto en los países centrales –donde han proliferado los análisis teóricos sobre la democracia asociativa y el cooperativismo (Hirst, 1994; Bowles y Gintis, 1989) y los estudios de caso sobre experiencias cooperativas de trabajadores exitosas (Whyte y Whyte, 1988; Rothschild y Whitt, 1986) o fracasadas (Russell, 1985)– como en la semiperiferia y la periferia, donde ha tenido lugar dentro de las discusiones sobre propuestas de desarrollo alternativo que, como explicaremos más adelante, ven en las cooperativas y otras forma asociativas vías idóneas

para canalizar las iniciativas económicas populares (Friedmann, 1992). En América Latina, el interés renovado por las cooperativas ha sido expresado en propuestas de reactivación de la llamada “economía solidaria”, esto es, el sector de la economía conformado por formas diversas de producción asociativa entre las que se destacan las cooperativas y las mutualidades (Singer y Souza, 2000).

¿A qué se debe el resurgimiento del interés por las formas de producción solidarias en general, y en las cooperativas de trabajadores en particular? En nuestra opinión, existen cuatro razones fundamentales relacionadas con las condiciones económicas y políticas contemporáneas que hacen el estudio y la promoción de las cooperativas de trabajadores una tarea prometedora para la creación de alternativas de producción emancipadoras. En primer lugar, aunque las cooperativas están fundadas en valores y principios no capitalistas –esto es, contrarios a la separación entre capital y trabajo y a la subordinación de éste a aquél– siempre han sido concebidas y han operado como unidades productivas capaces de competir en el mercado. El cooperativismo considera que el mercado promueve uno de sus valores centrales –la autonomía de las iniciativas colectivas– y los objetivos de descentralización y eficiencia económica, que no son atendidos por los sistemas económicos centralizados. En vista de la comprobada inviabilidad e indeseabilidad de las economías centralizadas, las cooperativas aparecen como alternativas de producción factibles y plausibles desde una perspectiva progresista porque están organizadas de acuerdo con principios y estructuras no capitalistas y, al mismo tiempo, operan en una economía de mercado. En segundo lugar, las características de las cooperativas de trabajadores tienen potencial para responder con eficiencia a las condiciones del mercado global contemporáneo, por dos razones distintas. De un lado, como lo han mostrado Bowles y Gintis (1998), las cooperativas de trabajadores tienden a ser más productivas que las empresas capitalistas porque sus trabajadores-propietarios

tienen un mayor incentivo económico y moral para dedicar su tiempo y esfuerzo al trabajo y porque, dado que los trabajadores se benefician directamente cuando la cooperativa prospera, se disminuyen drásticamente los costos de supervisión, que en una empresa capitalista son altos porque la vigilancia constante del desempeño de los empleados es necesaria para asegurar la cooperación de éstos con la empresa. De otro lado, las cooperativas de trabajadores parecen ser especialmente adecuadas para competir en un mercado fragmentado y volátil como el que caracteriza a la economía global contemporánea. De acuerdo con la abundante literatura sobre las transformaciones estructurales de la economía desde comienzos de la década de los setenta –que se remonta al trabajo pionero de Piore y Sabel (1984) sobre la “especialización flexible”– las empresas aptas para competir en un mercado altamente segmentado y cambiante como el actual son aquellas capaces de ajustarse con flexibilidad a los cambios en la demanda, motivar la participación activa e innovadora de los trabajadores en el proceso productivo e insertarse en una red de cooperación económica conformada, además, por otras empresas flexibles pequeñas y por instituciones culturales, educativas y políticas de soporte –en otras palabras, en una economía cooperativa. Dado que las cooperativas de trabajadores facilitan (de hecho, requieren de) la participación activa de los trabajadores-propietarios, son usualmente pequeñas y tienen vocación de integración con otras cooperativas y otras instituciones de la comunidad donde están localizadas, ellas pueden ser, de hecho, “prototipos de la especialización flexible de la que hablan Piore y Sabel” (Ferguson, 1991: 127)³. En tercer lugar, como el rasgo esencial de las cooperativas

3. Por esto mismo resulta sorprendente, como lo anota Ferguson, que Piore y Sabel se ocupen sólo de empresas capitalistas y “no consideren formas alternativas de propiedad y control que cumplirían las condiciones de la especialización flexible [...] Dado que [Piore y Sabel] no problematizan [el conflicto entre capital y trabajo], no prestan atención ni al

de trabajadores es que éstos son sus propietarios, la difusión de las cooperativas tiene un efecto igualitario directo sobre la distribución de la propiedad en la economía, que a la vez, como lo han mostrado Birdsall y Londoño (1997), para el caso de América Latina, estimula el crecimiento económico y disminuye los niveles de desigualdad. Por último, las cooperativas de trabajadores generan beneficios no económicos para sus miembros y para la comunidad en general que son fundamentales para contrarrestar los efectos desiguales de la economía capitalista. Las cooperativas de trabajadores extienden la democracia participativa al ámbito económico y, con ello, el principio de ciudadanía a la gestión de las empresas. Semejante extensión de la democracia tiene efectos emancipadores evidentes, en tanto guarda la promesa de la eliminación de la división imperante en la actualidad entre democracia política, de un lado, y despotismo económico (esto es, el imperio del propietario sobre los trabajadores al interior de la empresa), del otro.

1.1.2. EL CASO EJEMPLAR:

EL COMPLEJO COOPERATIVO DE MONDRAGÓN (ESPAÑA)

En vista de los numerosos intentos cooperativos fallidos, la pregunta central de los estudios sobre este tipo de organización económica se refiere a las condiciones bajo las cuales una cooperativa se puede consolidar y mantener. Para tratar esta pregunta, es útil considerar las lecciones derivadas de la experiencia que es reconocida mundialmente como el modelo de economía cooperativa, esto es, el complejo económico Mondragón, ubicado alrededor de la ciudad del mismo nombre en el País Vasco español, que fue iniciado en 1956 y es de propiedad de los treinta mil tra-

carácter despótico de la mayoría de las formas de ‘especialización flexible’ ni al posible ascenso de las cooperativas de trabajadores” (Ferguson, 1991: 127).

bajadores de sus ciento nueve fábricas, su cadena de supermercados, su banco y su universidad.⁴

¿A qué se debe el éxito de Mondragón? ¿Qué lecciones se pueden obtener de este modelo para promover y evaluar el funcionamiento de cooperativas en otros contextos? Las razones fundamentales del éxito de las cooperativas del grupo Mondragón están relacionadas con la inserción de las cooperativas en redes de apoyo y el esfuerzo constante por hacer a las cooperativas competitivas en el mercado global. En cuanto a lo primero, Mondragón es una verdadera economía regional cooperativa, porque las cooperativas de producción, consumo, financiación y educación que componen el complejo están íntimamente ligadas mediante múltiples lazos de mutua dependencia. Así por ejemplo, el banco cooperativo perteneciente al grupo (Caja Laboral Popular) no sólo suministra créditos en términos favorables a las cooperativas, sino que sirve como órgano de coordinación, supervisión y asesoría para éstas y para el grupo en su conjunto. La Caja hace un monitoreo constante del desempeño de cada cooperativa y recomienda y ayuda a implementar, como condición para el desembolso de los préstamos, los cambios que sean necesarios para mantener las cooperativas en condiciones de competir en el mercado. De igual manera, la universidad tecnológica que sirve a todo el grupo (Escuela Politécnica Profesional) se encarga de educar a los futuros trabajadores y administradores de las cooperativas, y re-entrenarlos para garantizar su flexibilidad laboral y la actualización de sus conocimientos. De esta forma, la Escuela garantiza el flujo y el intercambio constante de información y conocimiento sobre sistemas de producción, finanzas, mercadeo, etc. dentro del grupo cooperativo. Además de la coordinación y

4. Con ocasión de su medio siglo de existencia, la ONU escogió a Mondragón como uno de los cincuenta mejores proyectos sociales en el mundo. Una presentación completa del caso Mondragón se encuentra en Whyte y Whyte (1988).

la cooperación entre las empresas de Mondragón a través de organizaciones de soporte financieras y educativas (que son ellas mismas cooperativas), un mecanismo central de ayuda mutua entre las cooperativas es su inserción en grupos económicos que siguen la lógica de integración vertical. En efecto, las cooperativas del grupo Mondragón generalmente hacen parte de sub-grupos compuestos por empresas que realizan actividades económicas complementarias y funcionan como una cadena coordinada de proveedores y compradores mutuos de los bienes y servicios que producen. Por ejemplo, el grupo más grande dentro de Mondragón –FAGOR– reúne cerca de quince fábricas cooperativas con alto grado de integración vertical que producen bienes de consumo –v.gr., neveras, estufas, calentadores, lavadoras–, componentes industriales –v.gr., componentes para electrodomésticos, láminas de hierro, partes electrónicas– y maquinaria y servicios de asesoría para industrias –v.gr., herramientas, servicios de auditoría (Whyte y Whyte, 1988: 167). La coordinación y el soporte mutuo entre las cooperativas se logra mediante la subordinación de éstas a los órganos de decisión participativos del grupo en su conjunto, que determinan la financiación y los parámetros de la administración de cada cooperativa. El grupo, a la vez, tiene múltiples mecanismos de apoyo a las cooperativas, dentro de los cuales se destacan la redistribución de parte de las utilidades de las cooperativas más exitosas a las cooperativas que atraviesan dificultades temporales y la rotación de personal experto (v.gr. gerentes) de una cooperativa a otra de acuerdo con las necesidades de las cooperativas.⁵ En síntesis, Mondragón ha tenido éxito porque ha logrado constituirse en una verdadera economía cooperativa regional, cuyas redes de soporte han permitido la super-

5. El resultado económico del soporte mutuo entre las cooperativas de los grupos dentro del complejo Mondragón ha sido notable. Entre 1956 y 1983, por ejemplo, sólo tres de las ciento tres cooperativas creadas hasta ese momento fracasaron y tuvieron que ser liquidadas.

vivencia y expansión de las cooperativas que hacen parte de ella. Estas redes, además, han sido fortalecidas mediante la cooperación entre el estado –concretamente el gobierno regional vasco– y los grupos de Mondragón en asuntos tan diversos como proyectos de investigación tecnológica, programas de estímulo al empleo y estudios periódicos sobre la evolución de la economía regional.

Por otro lado, particularmente durante los últimos veinte años, el complejo cooperativo Mondragón ha emprendido estrategias empresariales que, sin desvirtuar su estructura cooperativa⁶, le ha permitido prosperar bajo las condiciones de volatilidad y competencia intensa del mercado global. En estas condiciones, Mondragón ha mostrado que las limitaciones impuestas por los principios cooperativos –v.gr., el compromiso con el mantenimiento del empleo de los trabajadores y la capitalización de las empresas a partir de los aportes de los trabajadores, no de inversionistas externos– pueden actuar como “restricciones virtuosas” (Streeck, 1997) que obligan a las empresas cooperativas a ser flexibles e innovadoras. Por ejemplo, dado que uno de los objetivos centrales de Mondragón es el mantenimiento del empleo de sus socios dentro del complejo y, en caso de desempleo temporal, la provisión de un generoso y prolongado seguro de desempleo, el complejo está bajo constante presión de crear nuevas cooperativas y fuentes de empleo, lo que requiere constante innovación y mejoría en los niveles de productividad. Un factor adicional que presiona la creación de nuevas empresas cooperativas pequeñas e innovadoras es la política de Mondragón de evitar el crecimen-

6. Los estatutos de Mondragón impiden a las cooperativas y a los grupos hacer modificaciones a sus estructuras contrarias a los principios cooperativos. Por ejemplo, los socios-trabajadores tienen representación en todos los órganos de decisión, y el número de trabajadores externos (esto es, aquellos que no tienen el estatus de socios propietarios) está limitado por los estatutos al diez por ciento del personal de cada cooperativa.

to desmedido de sus cooperativas. Cuando una cooperativa exitosa se está expandiendo, Mondragón busca crear cooperativas que se encarguen de algunas de las actividades que están siendo ocupadas por aquélla, de tal forma que se garantice tanto la continuidad de la estructura del complejo –basada en grupos fuertemente integrados de cooperativas relativamente pequeñas y flexibles– como la generación de nuevos focos de empleo e innovación. La respuesta adecuada del complejo Mondragón a estas presiones para innovar ha sido facilitada por dos factores adicionales. De una parte, los grupos cooperativos han logrado los altos niveles de capitalización necesarios para modernizar sus procesos productivos sin necesidad de recurrir a inversionistas externos, gracias a aportes de capital adicionales de sus socios-trabajadores y al apoyo de la Caja. De otra parte, los grupos cooperativos de Mondragón han entrado en múltiples alianzas con cooperativas y empresas convencionales en varias partes del mundo que le han permitido aprovechar las condiciones del mercado global. En este sentido, la experiencia de Mondragón ofrece no sólo un contra-ejemplo ideal frente a la opinión prevalente sobre la inviabilidad de las cooperativas, sino también elementos de juicio importantes para evaluar otras experiencias de organización cooperativa.

Pero Mondragón no es la única experiencia cooperativa exitosa. Si bien el complejo de Mondragón es la experiencia más desarrollada y estable, existen alrededor del mundo iniciativas exitosas de economías cooperativas de escalas diversas. Un ejemplo notable en la semiperiferia del sistema mundial es el conjunto de cooperativas existentes en el estado de Kerala (India), que ha ganado visibilidad internacional en los últimos años. Los mecanismos de cooperación económica que han sostenido a las cooperativas de Kerala desde su fundación a finales de la década de los sesenta son análogos a los que ha utilizado Mondragón. Como lo muestra el estudio de caso detallado de una cooperativa de productores de cigarrillos en Kerala hecho por Isaac, Franke y

Raghavan (1998), los factores esenciales para sobrevivir ante la competencia de empresas capitalistas es una combinación de, por un lado, descentralización y colaboración entre cooperativas asociadas en red y, por el otro, fidelidad al principio de participación democrática al interior de la cooperativa. El caso de las cooperativas de Kerala, además, ilustra otro aspecto que no es tan evidente en el caso de Mondragón y que es muy importante en los estudios de caso sobre cooperativas incluidos en este libro. Se trata del hecho de que las cooperativas de Kerala surgieron como resultado de un movimiento democrático de los campesinos de la región que buscaba hacer eficaz la ley de reforma agraria de 1969. El proceso de construcción y el éxito del movimiento creó una combinación afortunada de “educación, activismo, optimismo y democracia” que dio lugar no sólo a las cooperativas sino también a un conjunto de instituciones políticas democráticas y progresistas cuyo conjunto se ha venido a conocer como el “modelo de Kerala” (Isaac, Franke y Raghavan, 1998: 202). De esta forma, las cooperativas están insertas en un movimiento social amplio, que a su vez se beneficia de la prosperidad de las cooperativas. Existe, así, un continuo entre la democracia participativa que impera en la esfera de la política en Kerala y la democracia participativa que se practica en las cooperativas (Isaac, Franke y Raghavan, 1998: 198). Como lo ha puesto de presente Hirschman (1984) en su fascinante sondeo de cooperativas en América Latina, esta transformación de la energía emancipatoria, que comienza bajo la forma de movimientos sociales y se convierte en iniciativas económicas solidarias y viceversa, es un fenómeno común a las experiencias cooperativas más duraderas. Como se verá en los capítulos de este libro, este factor es fundamental para entender el éxito relativo de algunas de las cooperativas estudiadas.

1.1.3. ASOCIATIVISMO Y SOCIALISMO:
DEL SOCIALISMO CENTRALIZADO AL SOCIALISMO DE MERCADO

Como lo explicamos en párrafos anteriores, las condiciones económicas, políticas y sociales contemporáneas son propicias para el resurgimiento del pensamiento asociativo y las prácticas cooperativas. Este resurgimiento ha representado un desafío no sólo a las teorías y políticas liberales, sino también a las corrientes dominantes dentro de la tradición socialista. Como lo ha mostrado Hodgson (1998), las teorías económicas socialistas tuvieron desde su surgimiento a comienzos del siglo XIX hasta por lo menos mediados del siglo XX una marcada preferencia por la planeación centralizada de la economía basada en la propiedad colectiva de los medios de producción. En otras palabras, la tradición socialista ha sufrido, en los términos de Hodgson, de “agorafobia”, que significa literalmente miedo al mercado y, en sentido amplio, miedo a los espacios abiertos, a una economía plural donde la competencia en el mercado tenga un lugar.

En la práctica, esta posición fue adoptada por las economías socialistas más centralizadas, como la de la Unión Soviética durante la mayor parte de su existencia. En el modelo soviético, lo que cada empresa producía era determinado por un plan anual elaborado a través de un proceso de consulta que involucraba varios niveles de la burocracia estatal (Estrin y Winter, 1989: 127). De esta forma, las decisiones sobre producción eran un proceso de negociación política en el que las prioridades fijadas por las cabezas de la burocracia estatal se imponían a través de planes que fijaban metas más altas de las que las empresas podían lograr con los medios a su disposición. Esto dio lugar a tres consecuencias bien conocidas. En primer lugar, la prioridad estatal de impulsar el crecimiento económico antes que atender las necesidades de los consumidores dio lugar a una escasez crónica de productos para consumo y de recursos para adquirirlos. En segundo lugar, los planes estrictos eran eficaces para forzar la utili-

zación de los medios de producción disponibles, pero no ofrecían estímulos para innovar y aumentar la productividad. En tercer lugar, la dificultad para encontrar insumos por medios legales forzaba a las empresas a comprarlos en los mercados ilegales, que también proveían buena parte de los productos para los consumidores. De allí la coexistencia de un mercado ilegal masivo junto a la economía legal planificada (Estrin y Winter, 1989: 130). Como lo mostraron los eventos de finales de los ochenta y principios de los noventa, las presiones económicas creadas por estos tres efectos y sus consecuencias políticas eran insostenibles y llevaron al fracaso del sistema soviético.

Varias décadas antes del colapso soviético, pensadores socialistas (especialmente en Europa) y funcionarios estatales de algunos países de Europa del Este advirtieron la inviabilidad del modelo soviético e intentaron replantear la relación entre socialismo y mercado. De allí surgieron, hacia 1950, las primeras teorías y experimentos en lo que ahora se conoce como “socialismo de mercado” (Hodgson, 1998: 25). En la práctica, el intento más comprehensivo de ofrecer una alternativa al modelo soviético fue emprendido en Yugoslavia después de la ruptura de Tito con Stalin en 1948. El “socialismo de mercado yugoslavo” estaba basado en los principios de descentralización de la producción y de participación de los trabajadores (Prout, 1985: 12). En lugar de una economía completamente centralizada en la que los medios de producción fueran de propiedad del estado, en el modelo yugoslavo la propiedad de los medios de producción era de la sociedad organizada en cooperativas de trabajadores democráticamente administradas que, a pesar de que debían obedecer las directrices de un plan general de cinco años establecido por el gobierno, estaban expuestas a los mecanismos del mercado. En la práctica, sin embargo, el papel del estado y de la planeación centralizada pasó a ser protagónico. En estas circunstancias, la coexistencia entre planeación y mercado fue tensa y se volvió eventualmente insostenible. Debido a razones similares fracasaron

ron reformas hechas en Hungría y Polonia a finales de los sesenta y comienzos de los setenta. Aunque dichas reformas fueron experimentos menos ambiciosos y más erráticos que el yugoslavo, tienen en común con este último el haber intentado introducir mecanismos de mercado dentro de una economía socialista.

Al tiempo que surgía el experimento yugoslavo, la teoría económica dentro de la tradición socialista empezó a explorar modelos basados en el mercado que, sin embargo, permitieran el logro de los valores de igualdad y solidaridad. Tras los trabajos de Benjamin Ward a mediados del siglo XX, la idea del socialismo del mercado, inspirada en el modelo de socialismo propuesto por Proudhon en la primera mitad del siglo XIX, fue debatida con creciente interés (Hodgson, 1998: 26). Este interés aumentó, como era de esperarse, ante el fracaso del modelo de economía centralizada que había dominado el pensamiento y la práctica socialistas. Por esta razón, el modelo de socialismo de mercado ha recibido considerable atención en la última década, como lo muestra la copiosa bibliografía que se ha desarrollado sobre el tema.

La afirmación fundamental del socialismo de mercado es que la forma viable y adecuada de perseguir los fines socialistas de solidaridad e igualdad es una combinación entre mecanismos de mercado y planeación económica en la que aquél tenga el papel preponderante (Estrin y Le Grand, 1989). Desde esta perspectiva, no existe una relación necesaria entre mercado y capitalismo. El mercado es un mecanismo (el más eficiente que conocemos) de coordinar decisiones económicas descentralizadas. Por sí mismo, el mercado no genera inevitablemente los niveles de desigualdad y alienación que caracterizan al capitalismo. Estos efectos son propios, de acuerdo con los defensores de este modelo, de los mercados capitalistas, no de los mercados en general (Estrin y Le Grand, 1989: 1). Es posible, entonces, hacer reformas radicales al régimen de propiedad y a otras instituciones de tal forma que los mercados faciliten el logro de fines socialistas. En especial, se requiere que las empresas sean de propiedad de los

trabajadores, esto es, que funcionen como cooperativas de trabajadores. Dados los conocidos efectos igualitarios y democráticos de las cooperativas, que hemos explicado en secciones anteriores, un mercado donde predominen las cooperativas y esté regido por reglas básicas de redistribución de la riqueza (sin que ellas signifiquen una vuelta a la planeación económica que aniquile el mercado), puede, de acuerdo con este modelo, promover al mismo tiempo la igualdad, la solidaridad y la libertad (Pierson, 1995).

El debate sobre modelos y experimentos concretos que combinen las ventajas del mercado, de un lado, y de la producción solidaria, del otro, es hoy uno de los focos más activos de creación de alternativas a los modelos económicos convencionales. Como se puede apreciar en esta breve descripción, el socialismo de mercado consiste fundamentalmente en la reintroducción del asociativismo a la tradición socialista. No es sorprendente, entonces, que el modelo haya sido objeto de múltiples críticas, algunas dirigidas contra sus elementos asociativistas y otras dirigidas contra la forma como asume los objetivos socialistas. En cuanto a lo primero, dado que la unidad económica privilegiada por el modelo es la cooperativa de trabajadores, contra él se han formulado las mismas críticas sobre la inviabilidad de este tipo de organización económica que examinamos anteriormente. En relación con el elemento asociativista, sin embargo, se han formulado críticas que apuntan a la timidez, más que a la inviabilidad, de la teoría. En particular, Hirst (1994) ha mostrado convincentemente que no basta con reorganizar la economía con base en cooperativas de trabajadores. Se requiere, además, la creación de formas de coordinación entre cooperativas y entre éstas y las entidades estatales para crear el tipo de red de soporte que caracteriza a experimentos exitosos como Mondragón. En cuanto a las críticas que ponen en tela de juicio la posibilidad de realizar objetivos socialistas a través del mercado, se ha señalado que el mercado produce inevitablemente desigualdad económica y que genera tipos de socia-

bilidad individualistas, efectos ambos que son opuestos al socialismo (Cohen, 1994).

Más allá de los detalles del debate actual sobre el socialismo de mercado, para los efectos del mapa de alternativas de producción que venimos elaborando, lo esencial es destacar la forma como dicho debate ha reanimado la reflexión y los experimentos que intentan combinar el asociativismo y el socialismo sin recurrir a formas inviables de planeación centralizada. Estos intentos, que se suman a los que han surgido dentro de la tradición cooperativista, constituyen uno de los campos más interesantes de expansión de las alternativas de producción en la actualidad.

1.2. Las economías populares y el desarrollo alternativo en la periferia y la semiperiferia

1.2.1. LAS PROPUESTAS DE DESARROLLO ALTERNATIVO

La idea de desarrollo ha dominado las discusiones y las políticas económicas relativas a los países pobres durante más de medio siglo (Escobar, 1995; McMichael, 1996). En efecto, desde los primeros años de la segunda posguerra el objetivo declarado de los programas económicos nacionales de los países semiperiféricos y periféricos y de los programas de ayuda internacional emprendidos por países centrales y agencias financieras internacionales ha sido la aceleración del crecimiento económico de los países subdesarrollados como medio para “cerrar la brecha” entre éstos y los países desarrollados (Cypher y Dietz, 1997). La historia de la idea y de los programas de desarrollo –que McMichael (1996) ha llamado adecuadamente el “proyecto del desarrollo”– están por fuera de los objetivos de este escrito. Sin embargo, para los efectos del estudio de la teoría del desarrollo alternativo es importante mencionar la justificación y el *modus operandi* usuales de los programas de desarrollo, en cuanto dicha teoría ha sido formulada como reacción contra éstos. En términos generales, los proyectos de desarrollo económico han sido concebidos e

implementados “desde arriba” (*top-down development*), a partir de políticas trazadas e implementadas por agencias tecnocráticas nacionales e internacionales sin la participación de las comunidades afectadas por dichas políticas. Además, los planes de desarrollo han estado tradicionalmente centrados en la aceleración del crecimiento económico, principalmente del sector industrial (Cypher y Dietz, 1997). Este énfasis marcado en los resultados macroeconómicos ha implicado la marginación de otros objetivos sociales, económicos y políticos, tales como la participación democrática en la toma de decisiones, la distribución equitativa de los frutos del desarrollo y la preservación del medio ambiente.

La teoría del desarrollo alternativo está constituida por múltiples análisis y propuestas formulados por críticos de los presupuestos y los resultados de los programas de desarrollo convencionales. El origen de la teoría se remonta a comienzos de los setenta, época en la que intelectuales, activistas y expertos en planeación económica críticos alrededor del mundo comenzaron a formular reflexiones y organizar eventos alrededor de los cuales se canalizó el descontento frente a la aproximación tradicional al desarrollo. Algunos de los encuentros fundacionales fueron la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente (1972) –que dio lugar a la fundación del Programa de la ONU para el Medio Ambiente– y el seminario sobre “Patrones de uso de los recursos, el medio ambiente y estrategias para el desarrollo” en Cocoyoc (México) en 1974, organizado por la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo. La idea de un desarrollo alternativo fue impulsada decididamente a mediados de los setenta por la fundación sueca Dag Hammarskjöld (1975) y dio lugar a la creación de la Fundación Internacional de Alternativas de Desarrollo (1976), cuyos miembros incluían a muchos de los participantes en eventos pasados y cuyas publicaciones sintetizaron los pilares de la teoría. El debate sobre formas alternativas de desarrollo continuó en los ochenta y los noventa y constituye hoy una

de las fuentes principales de energía e ideas en las críticas contra la globalización neoliberal.

Los análisis teóricos y los trabajos empíricos que adopta la perspectiva del desarrollo alternativo son muy variados.⁷ Sin embargo, todos ellos comparten un conjunto de presupuestos y propuestas que constituyen la columna vertebral de la teoría. En primer lugar, el desarrollo alternativo es formulado sobre la base de una crítica de fondo contra la racionalidad económica estrecha que ha inspirado el pensamiento y las políticas de desarrollo dominantes. Contra la idea de que la economía es una esfera independiente de la vida social cuyo funcionamiento requiere del sacrificio de bienes y valores no económicos –sociales (v.gr., igualdad), políticos (v.gr., participación democrática), culturales (v.gr., diversidad étnica) y naturales (v.gr., el medio ambiente)–, el desarrollo alternativo subraya la necesidad de tratar la economía como una parte integral y dependiente de la sociedad y de subordinar los fines económicos a la protección de dichos bienes y valores. En particular, en contra del énfasis exclusivo de los programas de desarrollo en la aceleración de la tasa de crecimiento económico, el

7. Una presentación de las principales líneas de desarrollo alternativo se encuentran en Friedmann (1992) y McMichael (1996). Los trabajos producidos desde esta perspectiva consisten generalmente en la presentación y análisis de estudios de caso fundados en investigación etnográfica y no buscan formular explícitamente una teoría general alternativa de la economía o el desarrollo. Una excepción es el trabajo de Friedmann, que utilizamos en esta sección y que pretende “darle a la bibliografía sobre desarrollo alternativo lo que hasta ahora le ha hecho falta: un marco teórico explícito por fuera de las doctrinas neoclásicas o keynesianas y, con esto, un punto de partida para la práctica” (Friedmann, 1992: 8). Sin embargo, el esfuerzo por resaltar los componentes teóricos básicos del desarrollo alternativo no debe hacer perder de vista el hecho que desde esta perspectiva la teoría, de un lado, y la práctica y el análisis empírico, del otro, están íntimamente ligados.

desarrollo alternativo destaca otros objetivos. El desarrollo económico es concebido como una forma de promover mejores condiciones de vida para la población en general, y de los sectores marginados en particular. “Si el desarrollo económico y social significa algo en absoluto, debe significar una mejoría sustancial en las condiciones de vida y el sustento de la mayoría de las personas” (Friedmann, 1992: 9). En este sentido, el desarrollo alternativo está inspirado en los valores de igualdad y ciudadanía, esto es, en la inclusión plena de los sectores marginados en la producción y goce de los frutos del desarrollo. Sin embargo, a diferencia de otras aproximaciones críticas –que expondremos en la siguiente sección de este trabajo y que abogan no por un desarrollo alternativo, sino por alternativas *al* desarrollo– esta línea de pensamiento y acción no rechaza la idea de crecimiento económico. En lugar de ello, propone imponerle límites y subordinarlo a imperativos no económicos. En segundo lugar, contra el desarrollo “desde arriba”, esta perspectiva propone un desarrollo de base o “desde abajo” (*bottom-up*). La iniciativa y el poder de decisión sobre el desarrollo, lejos de ser competencia exclusiva del estado y las élites económicas, debe residir en la sociedad civil. En especial, dados los efectos desiguales y excluyentes del modelo convencional de desarrollo, los actores de la búsqueda de alternativas deben ser las comunidades marginadas, que han sido los objetos –no los sujetos– declarados de los programas de desarrollo. En este sentido, la teoría propone como actores centrales del desarrollo unos sujetos colectivos, esto es, las comunidades organizadas que buscan salir adelante. El carácter colectivo del desarrollo desde abajo genera el proceso de construcción de poder comunitario que puede crear el potencial para que los efectos de las iniciativas económicas populares se extiendan a la esfera política y generen un círculo virtuoso que contrarreste las causas estructurales de la marginación. En tercer lugar, el desarrollo alternativo privilegia la escala local, tanto como objeto de reflexión como de acción social. Por esta razón, los trabajos producidos en

esta dirección han privilegiado el estudio etnográfico de comunidades marginadas, y las propuestas que de ellos resultan tienden a sugerir que la acción social contra-hegemónica debe concentrarse en el ámbito local de las comunidades estudiadas. En cuarto lugar, el desarrollo alternativo es escéptico tanto en relación con una economía centrada exclusivamente en formas de producción capitalista como en relación con un régimen económico centralizado controlado por el estado. Frente a estas formas de organización económica, propone alternativas basadas en iniciativas colectivas, generalmente plasmadas en empresas y organizaciones económicas populares de propiedad y gestión solidaria que intentan contrarrestar, de un lado, la separación entre capital y trabajo y, del otro, la necesidad de recurrir a la ayuda estatal. Igualmente, las propuestas de desarrollo alternativo resaltan formas de producción e intercambio no capitalistas. Por ejemplo, Quijano (1998) y Friedmann (1992) subrayan la importancia de actividades de trueque en las comunidades marginadas latinoamericanas. Estas actividades (v.gr., preparación colectiva de alimentos, cultivo colectivo de subsistencia, etc.) refuerzan los mecanismos de reciprocidad en las comunidades y permiten a sus miembros acceder a bienes y servicios que su pobreza les impide adquirir en el mercado. Finalmente, en concordancia con su crítica al paternalismo estatal, el desarrollo alternativo favorece estrategias económicas autónomas. En los sectores populares, esto implica la promoción de iniciativas basadas en la auto-gestión de las empresas populares y la construcción de poder comunitario.

Como se puede advertir con facilidad, las iniciativas económicas que caben dentro de esta caracterización del desarrollo alternativo son muy variadas. Para efectos de esta introducción, basta indicar las líneas principales de pensamiento y acción bajo las cuales las ideas de desarrollo alternativo se vienen impulsando en la esfera de la producción. Distinguimos seis líneas fundamentales que vienen siendo propuestas y practicadas tanto en la periferia y la semiperiferia como en el centro. En primer lugar,

movimientos sociales, ONGs, comunidades y sectores de gobiernos alrededor de la semi-periferia y la periferia continúan promoviendo formas asociativas de producción (v.gr., asociaciones de vecinos, cooperativas de trabajadores, etc.) que buscan asegurar el acceso de las clases populares a bienes y servicios básicos. En segundo lugar, desde finales de los ochenta buena parte del dinamismo del desarrollo alternativo ha provenido del movimiento ecologista, bajo el manto de propuestas de “desarrollo sostenible”. Desde que el concepto de desarrollo sostenible fue formulado en 1987 por la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (conocida como la Comisión Bruntland) –que la definió como el tipo de desarrollo que “satisface las necesidades del presente sin poner en entredicho la posibilidad de que las generaciones futuras satisfagan sus necesidades”–, el tema de los límites ecológicos al crecimiento económico ha sido un tema dominante en el campo del desarrollo alternativo (Rao, 2000). Aunque ni el reporte de la Comisión Bruntland ni el de la Cumbre de Rio reunida en 1992 puso en tela de juicio la idea misma de desarrollo entendido como crecimiento económico, ambos documentos impulsaron decisivamente el debate sobre la necesidad de imponer límites o transformar la producción para evitar la destrucción del medio ambiente (McMichael, 1996: 220). A pesar de que el tema del desarrollo sostenible ha dado lugar a profundas divisiones académicas y políticas (v.gr., entre países del Sur y del Norte, y entre coaliciones políticas al interior de los países), su visibilidad ha incomodado la perpetuación del proyecto de desarrollo capitalista convencional, tanto en el centro como en la semiperiferia y la periferia (Douthwaite, 1999). En tercer lugar, gracias al activismo de movimientos feministas, el problema de la exclusión de las mujeres de los programas de desarrollo convencionales ha pasado a ser una fuente de dinamismo en las propuestas de desarrollo alternativo. A través de redes y encuentros internacionales, se ha venido consolidando desde mediados de los setenta el movimiento “mujeres en el desarrollo” (*women in developm-*

ent –WID–), cuyo evento fundacional fue la conferencia de la ONU sobre la mujer en Ciudad de México en 1975 (McMichael, 1996: 227). Los objetivos del movimiento son lograr el reconocimiento del aporte del trabajo femenino al desarrollo económico⁸ y promover la incorporación de las mujeres en los procesos de desarrollo, a través de políticas que alivien la doble carga del trabajo doméstico y el trabajo asalariado que implica la entrada de las mujeres a la fuerza laboral. En cuarto lugar, un número creciente de programas de apoyo económico a las clases populares en la periferia y la semiperiferia se han concentrado en la presta-

8. Uno de los efectos más interesantes de la lucha por el reconocimiento del trabajo femenino (especialmente del trabajo doméstico, que por su invisibilidad pública queda por fuera de los cálculos económicos convencionales, como el Producto Interno Bruto) ha sido el cuestionamiento del concepto mismo de actividad económica y de la forma de medir lo que cuenta como producción. En este sentido, como lo pone de manifiesto Benería (1996) en su intento de medir el impacto económico del trabajo doméstico de las mujeres, ampliar el concepto de producción –y de economía en general– para incluir el trabajo no remunerado, es fundamental para la formulación de concepciones y políticas económicas que eliminen la discriminación de los programas económicos convencionales contra las mujeres. En general, las propuestas de desarrollo alternativo han mostrado convincentemente que el concepto y las medidas convencionales de la producción son inadecuadas. Como lo sostiene Mander y Goldsmith con base en el trabajo de Halstead y Cobb (1996), el PIB y el PNB son inadecuados porque, de acuerdo con estas medidas, “actividades tan negativas como la destrucción de los recursos naturales, la construcción de más cárceles y la fabricación de bombas son medidas de la fortaleza de la economía. Entre tanto, actividades mucho más deseables como el trabajo doméstico no remunerado, el cuidado de los niños, los servicios a la comunidad o la producción de capítulos para uso directo [...] no son registrados en absoluto por las estadísticas”.

ción de servicios financieros de pequeña escala, especialmente micro-créditos. El objetivo central de estos programas es facilitar el acceso de hogares pobres a pequeños capitales que les permiten emprender o sostener actividades económicas productivas (Wright, 2000). Los programas de micro-crédito han sido utilizados con especial intensidad en el Sureste Asiático, particularmente en Bangladesh e India, y han pasado incluso a ser una de las banderas de la lucha contra la pobreza del Banco Mundial.⁹ Desde el punto de vista del desarrollo alternativo, la proliferación de programas de micro-crédito es un fenómeno de doble filo. Por una parte, los micro-créditos proveen en muchas ocasiones medios de supervivencia indispensables que tienen efectos directos sobre el nivel de vida de sus beneficiarios, y están acompañados con frecuencia de programas de educación y desarrollo comunitario. Por otra parte, sin embargo, algunos defensores del micro-crédito y algunas organizaciones que implementan este tipo de programa (Wright, 2000) conciben los créditos como fines en sí mismos y rechazan enfáticamente cualquier intento de asociar los servicios financieros a los pobres con proyectos de construcción de poder comunitario. Los pobres, de acuerdo con esta perspectiva, sólo están interesados en recibir el dinero, no en ser adoctrinados u organizados. Como se puede ver con facilidad, el problema con esta concepción utilitarista y estrecha del micro-crédito es que concibe la incorporación marginal, individual y precaria al capitalismo como la única alternativa para los actores económicos populares y, de esta forma, adopta la lectura y las políticas neoliberales sobre la marginalidad y la informalidad (De Soto, 1989). En quinto lugar, movimientos sociales po-

9. De hecho, uno de dichos programas, con sede en Yemen, fue escogido por el Banco Mundial como uno de los cuatro casos modelo presentados a los ministros de Hacienda y Desarrollo reunidos en la asamblea mundial del Banco Mundial y el FMI en Washington en abril del 2000 (www.worldbank.org/news/pressrelease).

pulares tanto en el campo como en las ciudades han reivindicado la acción directa, legal o ilegal, para promover el acceso de las clases subalternas a recursos tales como la tierra y la vivienda que les permitan a éstas emprender actividades de producción alternativas. Posiblemente la ilustración más conocida de este tipo de estrategia en la actualidad es el Movimiento de los Sin Tierra (MST) en Brasil, que es estudiado en detalle por cuatro de los trabajos incluidos en este libro, escritos desde distintas perspectivas por Navarro, Lopes, Martins y Singer. De la misma forma como el MST viene impulsando la ocupación de tierras baldías con miras a una reforma agraria eficaz y la promoción de formas de producción alternativas en Brasil, numerosas organizaciones y grupos en diferentes partes del mundo promueven hoy ocupaciones de viviendas urbanas vacías para proveer abrigo a quienes no tienen techo (Corr, 1999). Finalmente, como respuesta a los efectos perversos de la globalización neoliberal sobre comunidades alrededor del mundo, una vertiente importante del movimiento de crítica a la globalización ha propuesto múltiples tácticas de “vuelta hacia lo local” o “relocalización” (Mander y Goldsmith, 1996). Entre las estrategias de vuelta al desarrollo local se encuentran la creación de bancos comunitarios, campañas de publicidad para invitar a los consumidores a comprar sólo lo producido en su localidad, formas de producción agrícola destinadas sólo al mercado local y el intercambio de servicios entre miembros de la comunidad con base en sistemas alternativos de medición del valor del trabajo (diferentes del dinero) fundados en el principio de reciprocidad (Norberg-Hodge, 1996).

1.2.2. LOS VACÍOS DE LAS APROXIMACIONES AL DESARROLLO ALTERNATIVO

Las múltiples propuestas de desarrollo alternativo han tenido un impacto importante en el pensamiento y las políticas sobre las economías de la semiperiferia y la periferia y, como lo muestra

el breve sondeo hecho en la sección anterior, hoy hacen parte de las estrategias y argumentos contra la globalización neoliberal tanto en esas zonas como en el centro del sistema mundial. Además de haber dado lugar a miles de proyectos económicos comunitarios, las propuestas de este tipo han tenido un influjo notorio en la transformación gradual del enfoque de numerosas ONGs y gobiernos frente al desarrollo. Incluso han jugado un papel en la modificación muy lenta de la aproximación ortodoxa de los programas de desarrollo emprendidos por las agencias internacionales, como parece sugerir la preocupación declarada del Banco Mundial por programas de desarrollo comunitario y micro-crédito en los años noventa. Igualmente, la visión del desarrollo alternativo ha contribuido a introducir en múltiples foros y tratados internacionales temas centrales dejados de lado por la aproximación ortodoxa, tales como la preservación del medio ambiente, el respeto de la diversidad cultural y el impacto desigual del desarrollo económico convencional sobre hombres y mujeres en los países pobres.

Sin embargo, las propuestas tienen, en nuestra opinión, una limitación importante para la construcción de alternativas económicas emancipatorias, que se deriva de su énfasis exclusivo en la escala local. Si bien este énfasis le ha permitido al desarrollo alternativo poner en el centro de la discusión los efectos concretos de los programas de desarrollo y abogar por la transferencia de poder a los actores locales, también ha llevado a la teoría a reificar lo local y desligarlo de fenómenos y movimientos regionales, nacionales y globales. Esta concentración en lo local está sustentada en una concepción de la comunidad como una colectividad cerrada e indiferenciada cuyo aislamiento es la garantía del carácter alternativo de sus iniciativas económicas. De acuerdo con esta visión, entonces, la marginación de los sectores populares crea las condiciones para la existencia (y la deseabilidad) de economías alternativas comunitarias que operan sin conexión con la sociedad y la economía hegemónicas. Esto es especialmen-

te notorio en los trabajos sobre la economía informal, que es con frecuencia presentada como un conjunto de actividades emprendidas exclusivamente por y para los sectores populares y, por tanto, separada de la economía formal de la que dependen las clases medias y altas. Esta visión dualista de la economía no sólo es incorrecta desde el punto de vista fáctico –dado que, como lo muestran numerosos estudios, existen relaciones estrechas de dependencia mutua entre las actividades económicas informales y formales (Portes, Castells y Benton, 1989; Cross, 1998)– sino también es contraproducente desde el punto de vista práctico porque limita el campo de acción y expansión de las formas alternativas de producción, consumo y distribución de bienes o servicios a los sectores sociales y las actividades económicas marginales. Un ejemplo reciente de esta tendencia se encuentra en la contribución de Burbach (1997) al debate sobre las economías populares. De acuerdo con Burbach:

En las partes del mundo que el capitalismo ha desechado, un nuevo modo de producción está ganando terreno, que está constituido por las que pueden ser llamadas “economías populares”, que también hemos llamado “economías posmodernas” (Burbach, Núñez y Kagarlitsky, 1997). Estas economías no compiten y no pueden competir con el capital transnacional en el proceso de globalización. Ocupan los márgenes, aprovechando las actividades que el mundo transnacional decide desechar. Este proceso histórico se asemeja a la transición del feudalismo al capitalismo. El capitalismo se afianzó primero en los márgenes del feudalismo, avanzando lentamente hasta que se convirtió en el modo de producción dominante. (Burbach, 1997: 18-19)

El problema con esta visión es que, como se ve con claridad en los estudios de caso sobre las cooperativas de India, Mozambique y Colombia incluidos en este volumen, las organizaciones económicas populares necesitan con frecuencia “competir con el

capital transnacional en el proceso de globalización” para mantenerse con vida e impulsar sus objetivos emancipatorios. En efecto, como lo muestra el caso de las cooperativas de recicladores en Colombia, cuya labor informal de reciclaje está siendo colonizada por grandes empresas de aseo, el proceso que está teniendo lugar en la semiperiferia y la periferia es con bastante frecuencia el contrario al descrito por Burbach, esto es, la colonización por parte del capitalismo global de las actividades económicas y las zonas geográficas que hasta el momento habían permanecido en sus márgenes. En estos casos, sólo una articulación de la acción local con estrategias alternativas de incorporación o resistencia en las escalas regional, nacional o global puede evitar la extinción de las iniciativas locales enfrentadas a la competencia capitalista.

Por lo tanto, una de las tareas urgentes para los múltiples enfoques que aquí hemos tratado bajo el tema general del desarrollo alternativo es formular formas de pensamiento y acción que sean voraces en términos de escalas, es decir, que sean capaces de pensar y actuar en las escalas local, regional, nacional e incluso global, dependiendo de las necesidades de las iniciativas concretas. Para ello, es preciso pasar de la imagen de la comunidad como una colectividad cerrada y estática (comunidad-fortaleza) a una imagen de la comunidad como una entidad viva y dinámica, al mismo tiempo abierta al contacto y a la solidaridad con otras comunidades en diferentes escalas y decidida a defender las alternativas contra-hegemónicas que han surgido en su interior (comunidades-ameba) (Santos, 1995: 485). Una estrategia moolítica de relocalización como respuesta a la globalización (Mander y Goldsmith, 1994) puede ser no sólo inviable –dada la profunda imbricación entre lo local y lo global en la actualidad– sino también indeseable –porque la solidaridad que se genera al interior de la comunidad no se extiende a miembros de otras comunidades. Este tipo de solidaridad entre alternativas locales es fundamental para la supervivencia de las mismas y para la consolidación gradual de una globalización cosmopolita. En el campo de

la producción, la fragilidad de las alternativas existentes hace necesaria la articulación de éstas entre sí y –en condiciones que deben ser negociadas para evitar la cooptación y la desaparición de las alternativas– con el estado y con el sector capitalista de la economía. Esta articulación en economías plurales en diferentes escalas que no desnaturalicen las alternativas no capitalistas es el desafío central que enfrentan hoy movimientos y organizaciones de todo tipo que buscan un desarrollo alternativo.

1.3. En busca de alternativas al desarrollo

Los orígenes de las discusiones y prácticas sobre alternativas al desarrollo son cercanos a las del desarrollo alternativo. De hecho, los autores y organizaciones que abogan por alternativas al desarrollo formulan propuestas que coinciden parcialmente con los defensores del desarrollo alternativo –v.gr., el énfasis en lo local, la promoción de la autonomía comunitaria, etc. Sin embargo, a diferencia de la visión de desarrollo alternativo –que, como se vio, propone modificaciones y límites al crecimiento, pero no pone en tela de juicio la idea misma de crecimiento económico–, las propuestas de alternativas al desarrollo radicalizan la crítica a la noción de crecimiento y, por tanto, exploran alternativas post-desarrollistas. Escobar expresa estas dos características y localiza sus fuentes de la siguiente forma:

Desde mediados y finales de la década de los ochenta [...] ha surgido un conjunto de trabajos relativamente coherente que destaca el papel de los movimientos de base, el conocimiento local y el poder popular en la transformación del desarrollo. Los autores que representan esta tendencia afirman que están interesados no en alternativas de desarrollo sino en alternativas al desarrollo, es decir, en el rechazo total del paradigma. (Escobar, 1995: 215)

Dado que en la sección anterior explicamos el componente

comunitario, popular y local, en esta nos concentramos sólo en lo que es específico a las alternativas al desarrollo, esto es, en el contenido y las implicaciones del rechazo del paradigma del desarrollo económico. Posiblemente la mejor forma de entender lo específico de las alternativas al desarrollo es contrastar sus tesis ecologistas y feministas con las propuestas ecológicas y feministas de desarrollo alternativo. En cuanto a lo primero, las posturas ecologistas post-desarrollistas hacen una crítica radical de la idea de desarrollo sostenible. En los términos contundentes de Daly, “el desarrollo sostenible es imposible” (Daly, 1996: 192). Tal como se utiliza en la actualidad, el término “desarrollo sostenible” es equivalente a “crecimiento sostenible,” que, de acuerdo con Daly, es una contradicción. El crecimiento económico es imposible de sostener sin destruir las condiciones de vida sobre la tierra. Por lo tanto, desde esta perspectiva, es imperioso cambiar la concepción misma de desarrollo. El único tipo de desarrollo sostenible es “desarrollo sin crecimiento –mejoría cualitativa de la base física económica que es mantenida en un estado estable [...] dentro de las capacidades de regeneración y asimilación del ecosistema” (Daly, 1996: 193). El desarrollo entendido como realización de potencialidades, como paso a un estado diferente y mejor, está lejos de la idea del desarrollo como crecimiento, como incremento. Las actividades económicas pueden, en este sentido, desarrollarse sin crecer.

Una crítica paralela es hecha por corrientes feministas contra la idea de incorporación de las mujeres al desarrollo. Contra la reivindicación de la importancia de las mujeres en el desarrollo como crecimiento (*women in development –WID–*), autores y activistas feministas proponen el abandono del proyecto eurocéntrico, jerárquico y patriarcal de desarrollo. Desde esta perspectiva, que es conocida como eco-feminismo (*women, environment, and alternative development –WED–*), “la tarea no es simplemente añadir a las mujeres al modelo conocido sino establecer un nuevo paradigma de desarrollo” (Harcourt, 1994: 5). Esto impli-

ca una transformación de la idea de desarrollo basada en la recuperación de formas de entender el mundo que han sido marginadas por el paradigma dominante, en las que la producción no es separada del cuidado de la naturaleza y en el que las actividades económicas son sólo una parte de un conjunto de prácticas culturales a las que están subordinadas (McMichael, 1996). Tal como ha sido desarrollado por unas de sus exponentes más representativas (Shiva y Mies, 1993), el eco-feminismo implica detener el desarrollo como crecimiento y adoptar un enfoque que le dé prioridad a los medios básicos de subsistencia y se centre en las mujeres y los niños.

La alusión a formas alternativas de conocimiento nos lleva a otro elemento central de las alternativas al desarrollo. Se trata de la reivindicación de la diversidad cultural y de la diversidad de formas de producir y de entender la producción que existe hoy alrededor del mundo a pesar de la expansión de la economía capitalista y la ciencia moderna. Ante la evidencia de los efectos sociales y ambientales perversos de la producción capitalista y la cultura materialista e instrumental que la hace posible, la fuente de alternativas al desarrollo se encuentra en culturas híbridas o minoritarias de las cuales “pueden emerger otras formas de construir economías, de satisfacer necesidades básicas, de vivir en sociedad” (Escobar, 1995: 225). Estas culturas, entonces, pueden subvertir la hegemonía del capitalismo y del conocimiento moderno. Por esta razón, desde esta perspectiva, “la diversidad cultural es uno de los hechos políticos esenciales de nuestra época” (*ibid.*).

La resistencia al desarrollo como crecimiento y la formulación de alternativas basadas en culturas no hegemónicas sigue una tradición de pensamiento y acción que ha tenido sus manifestaciones más importantes en la lucha contra el colonialismo. Posiblemente el ejemplo más sobresaliente es la idea de *swadeshi* elaborada por Gandhi en el contexto de la lucha del pueblo de la India contra el colonialismo inglés, que es comentada en el estu-

dio de Sethi incluido en este libro. En sentido estricto, *swadeshi* significa autonomía económica local, basada en “el espíritu que nos exige que sirvamos a nuestros vecinos inmediatos antes que a otros, y que usemos las cosas producidas a nuestro alrededor antes que las cosas producidas en lugares más remotos” (Gandhi, 1967: v). Esta estrategia de autonomía local fue crucial para el éxito de la lucha por la independencia de India, que ganó ímpetu cuando los indios, exhortados por Gandhi, se negaron a comprar la sal vendida por los ingleses y debilitaron así la base económica del imperio inglés. Sin embargo, como lo muestra Kumar (1996), *swadeshi* es una forma de ver el mundo que implica cambios más profundos que la autonomía económica local. *Swadeshi* implica una actitud anti-desarrollista frente a la producción y una actitud anti-materialista frente al consumo. Dado que, en palabras de Gandhi, existe lo suficiente para satisfacer las necesidades de todos pero no para satisfacer la ambición de todos, una alternativa al desarrollo implica una forma de ver el mundo que privilegie la producción de bienes para consumo básico en lugar de la producción de nuevas necesidades y de capitulos para satisfacerlas a cambio de dinero.

Las propuestas que abogan por superar el paradigma del desarrollo son hoy una de las fuentes más dinámicas y prometedoras de alternativas de producción no capitalistas. En ellas participan un caleidoscopio de organizaciones y movimientos alrededor del mundo involucrados en luchas muy diversas. Estas luchas incluyen la resistencia de grupos indígenas alrededor del mundo contra los proyectos de desarrollo económico que ponen en peligro su cultura y, con ella, su supervivencia física, tales como la lucha del pueblo U'wa en Colombia contra la exploración de petróleo por parte de la Occidental en sus territorios ancestrales. Luchas similares por la afirmación cultural y la protección del medio ambiente desde una perspectiva anti-desarrollista proliferan actualmente alrededor del mundo, impulsadas por una combinación de activismo local y respaldo de redes de activismo glo-

bal. Otros ejemplos visibles son el movimiento de los Chipko en India contra la tala comercial de árboles y la resistencia en el mismo país contra la construcción de la represa sobre el río Narmada.

A pesar de que estos y otros movimientos muestran con claridad los beneficios de la articulación de luchas locales y redes de solidaridad nacionales e internacionales en la búsqueda de alternativas al desarrollo capitalista global, en buena parte de la bibliografía y los programas post-desarrollistas existe un énfasis casi exclusivo en la escala local, comunitaria. En este sentido, las propuestas post-desarrollistas se exponen a riesgos similares a los que señalamos a propósito del desarrollo alternativo, es decir, a la reificación de la comunidad y la cultura local y el abandono de las aspiraciones de solidaridad más allá de lo local. Este riesgo es especialmente evidente –y, de hecho, celebrado– en algunas propuestas post-desarrollistas basadas en un posmodernismo hiperdeconstructivista que niega la posibilidad de crear diálogos interculturales y de extender el alcance del pensamiento y la acción más allá del ámbito local (Esteva y Prakash, 1998). Este radicalismo de lo local es producto de la construcción de dicotomías –“el pueblo” *versus* “los otros”, tradicional *versus* moderno, sociedad civil *versus* estado, comunidad *versus* sociedad, local *versus* global, sabiduría popular *versus* conocimiento moderno– en la que no cabe la posibilidad de término medio ni de propuestas de articulación entre los términos enfrentados. El resultado es un rechazo pleno a cualquier forma de pensamiento y acción globales, incluso de aquellas que intentan establecer nexos de solidaridad entre luchas locales. A la “fantasía del pensamiento global” se opone la celebración de la diversidad local (Esteva y Prakash, 1998: 20).

Si bien las alternativas al desarrollo dependen en gran medida de la defensa de las alternativas locales y de las formas de vida y de conocimiento anti-capitalistas que ellas pueden representar, creemos que el pensamiento y la acción post-desarrollista tienen

mucho que ganar –como lo muestran las luchas exitosas que articulan el activismo local, nacional y global– si en lugar de celebrar incondicionalmente la diversidad local se esfuerzan por desarrollar propuestas que se muevan a través de todas las escalas, dependiendo de las necesidades de la lucha concreta. La diversidad cultural que puede impulsar la búsqueda de alternativas al desarrollo “no [es] una fuerza estática, sino transformada y transformadora” (Escobar, 1995: 226). En este sentido, las comunidades capaces de impulsar alternativas al desarrollo son comunidades-ameba, no comunidades-fortaleza. Desde el punto de vista post-desarrollista, es necesario formular, contra el paradigma capitalista, un paradigma ecosocialista cosmopolita, en el que los *topoi* privilegiados sean la democracia, el ecologismo socialista, el anti-productivismo y la diversidad cultural (Santos, 1995: 484). De lo que se trata, en fin, para utilizar la tesis afortunada de McMichael (1996), es de luchar por un “localismo cosmopolita” y plural, en el que las estrategias anti-desarrollistas, de desarrollo alternativo, de cooperativismo y de socialismo asociativo, entre otras, creen espacios no capitalistas que apunten a una transformación gradual de la producción y la sociabilidad hacia formas más igualitarias, solidarias y sostenibles.

2. Los estudios de caso

Con base en el mapa no exhaustivo de alternativas de producción que construimos en las páginas anteriores, en las siguientes ubicamos los diez estudios de caso que componen este volumen. Para ello, dividimos el resto de esta introducción en dos secciones. En esta sección, con el fin de orientar al lector, hacemos una descripción muy breve de cada uno de los estudios de caso. En la siguiente sección, con base en los estudios de caso y a manera de conclusión, formulamos nueve tesis para debate referidas a los que creemos son los problemas centrales comunes a los diferentes capítulos de este libro.

Antes de proceder a la descripción de los capítulos siguientes y la formulación de las tesis, es preciso hacer dos aclaraciones sobre los estudios de caso y su relación con esta introducción. De un lado, los estudios de caso no cubren cada uno de los tópicos incluidos en el mapa que elaboramos en las secciones anteriores. Por tanto, aunque el mapa sirve para ubicar los estudios de caso, su función es también ampliar el espectro de alternativas más allá de las que son explícitas en los estudios de caso. De otro lado, de acuerdo con el espíritu que anima el proyecto de investigación que dio lugar a este libro, los estudios de caso son muy diversos, tanto en su contenido –el tipo de iniciativa, su ubicación geográfica, etc.– como en el enfoque e incluso el lenguaje utilizado por cada uno de los autores. Como el lector podrá apreciar, algunos capítulos son más cercanos a un estilo académico, mientras que otros son escritos desde la perspectiva del activista involucrado en las luchas que analiza. Mientras que algunos estudian experiencias de pequeña escala, otros estudian iniciativas emprendidas en la escala regional e incluso nacional. En nuestra opinión, la diversidad de estudios de caso y el hecho de que ellos fueron hechos en perspectiva comparada (y en diálogo explícito entre sus autores) en países localizados en diferentes países de la semi-periferia y la periferia (Brasil, India, Colombia, Mozambique, Suráfrica y Portugal), constituyen uno de los aportes centrales de este libro. Igualmente, aunque es claro que todos los autores analizan los casos con miras a aumentar el potencial emancipador de las experiencias estudiadas, las opiniones sobre temas comunes son diversas. Por esta razón, las tesis que formulamos en las conclusiones a este trabajo no deben ser entendidas como el resultado de un consenso entre los autores de los textos de este libro, sino como nuestro esfuerzo de síntesis y de invitación al debate con base en nuestra lectura de los textos.

El libro está dividido en cuatro partes. En la primera, Paul Singer (Brasil) y Harsh Sethi (India) analizan experiencias de economía solidaria. En la segunda, Heinz Klug (Suráfrica),

Zander Navarro (Brasil), Horacio Martins (Brasil) y João Marcos Lopes (Brasil) estudian formas alternativas de acceso a la tierra y producción económica rural. En la tercera, César Rodríguez (Colombia), Sharit Bhowmik (India), Teresa Cruz e Silva (Mozambique) y Alberto Melo (Portugal) presentan sus estudios de caso sobre asociaciones y cooperativas. En la cuarta, Aníbal Quijano (Perú), como comentarista invitado, ofrece sus observaciones sobre los resultados de los estudios de caso y sus reflexiones generales sobre el tema de las alternativas de producción. En lo que sigue presentamos lo esencial de los estudios de caso que componen las primeras tres secciones.

El capítulo de Singer comienza ofreciendo una caracterización general de la economía solidaria como modo de producción basada en el modelo cooperativo descrito al comienzo de esta introducción. Para ilustrar el funcionamiento de la economía solidaria en Brasil, Singer analiza en detalle cuatro casos de experiencias cooperativas: la transformación de una fábrica de zapatos al borde de la quiebra en una cooperativa de trabajadores en São Paulo a comienzos de los noventa y el surgimiento posterior de una asociación nacional de trabajadores cooperativistas; la creación de una asociación nacional de cooperativas del sector metalúrgico impulsada por el sindicato nacional de esa industria en 1999; la auto-gestión económica colectiva en los asentamientos del Movimiento de los Sin Tierra; y un conjunto de iniciativas emprendidas por la Iglesia Católica brasilera, ONGs y universidades para promover la creación de cooperativas de todo tipo en los sectores populares en la década de los noventa, particularmente mediante esfuerzos organizados de asesoría y apoyo prestados por las llamadas “incubadoras de cooperativas”. Con base en la comparación de estos estudios de caso, Singer concluye que la organización de cooperativas en redes de mutuo apoyo, combinada con el apoyo externo de sindicatos, organizaciones progresistas y movimientos sociales, puede dar lugar a la expansión de la economía solidaria en Brasil. En este sentido, es posible que

la economía solidaria vaya más allá de la misión principal que hasta ahora ha cumplido, esto es, servir de alivio a la situación generalizada de desempleo asociada con los efectos de la globalización neoliberal en Brasil.

El trabajo de Sethi examina la forma como las ideas de autonomía e identidad cultural en India resumidas en la filosofía gandhiana de *swadeshi* pueden contraponerse a la globalización neoliberal en ese país. Para ello, el autor hace un balance general de los acontecimientos y las tendencias económicas en India desde el inicio de la liberalización económica en los primeros años de la década de los noventa. El balance muestra que aunque la apertura económica de India ha impulsado el crecimiento económico, ella también ha aumentado la desigualdad económica y la inseguridad laboral. A diferencia de lo que sucede en otros países donde la resistencia popular a los programas de ajuste estructural no ha tenido un efecto importante, en India los sindicatos y organizaciones de base han logrado por lo menos desacelerar la apertura y evitar así parcialmente la dislocación social que estos programas producen. Sin embargo, el poder político y económico permanece en las manos de los partidarios de la continuación de la integración de India a la globalización neoliberal. En estas condiciones, el autor indaga qué papel podría jugar el concepto de *swadeshi* como medio de resistencia y de creación de alternativas económicas.

El capítulo escrito por Klug estudia una institución creada por el gobierno surafricano en 1996 para permitir que las comunidades rurales marginadas puedan acceder a la tierra y producir colectivamente, dentro del contexto del programa gubernamental de reforma agraria. De acuerdo con las reglas de estas instituciones –llamadas Asociaciones de Propiedad Comunitaria (*Community Property Associations*)– las comunidades pueden ser dueñas de tierras adjudicadas por el gobierno si crean asociaciones regidas por un conjunto de reglas de auto-gobierno, que deben a su vez respetar unos principios constitucionales mínimos que

buscan garantizar la participación democrática y la igualdad entre los miembros, con especial énfasis en la igualdad entre hombres y mujeres. El autor analiza las asociaciones creadas por las comunidades surafricanas con base en este programa de reforma agraria y destaca la forma como las reglas internas de las asociaciones interactúan –y en ocasiones chocan– con el orden jerárquico establecido por las tradiciones de algunos pueblos surafricanos. Igualmente, Klug destaca el papel del acceso a la tierra como forma de emancipación social e indaga el potencial transformador de las asociaciones estudiadas.

En su estudio sobre el Movimiento de los Sin Tierra (MST), Navarro comienza por describir el origen del movimiento y hace un balance de sus logros a lo largo de sus dos décadas de existencia. El autor resalta la forma como el movimiento, a través de un activismo constante y de tácticas exitosas de ocupación de tierras, ha revitalizado la lucha por la reforma agraria y ha logrado conquistas fundamentales para los campesinos sin tierra en uno de las sociedades más desiguales del mundo. Igualmente, Navarro destaca la forma como la multiplicación de los asentamientos del MST ha dado lugar a la democratización de los municipios brasileros, debido a la capacidad del movimiento de enfrentar la maquinaria política que tradicionalmente ha capturado el voto de los campesinos. Sin embargo, de acuerdo con el autor, el MST tiene una estructura interna jerarquizada a través de la cual la participación y el disenso son eficazmente limitados. Para Navarro, el control social y el autoritarismo resultante de esta organización interna pone en tela de juicio el carácter emancipatorio del movimiento. Para desarrollar su potencial emancipatorio, concluye el autor, el MST debe democratizarse internamente y ajustar sus estrategias a las nuevas circunstancias políticas brasileras, particularmente a las oportunidades fructíferas de colaboración con el estado.

Martins presenta una visión distinta del MST. Al igual que Navarro, destaca los logros del MST en términos del número de

asentamientos creados, de familias beneficiadas con la redistribución de las tierras ocupadas y de expansión geográfica de la reforma agraria por diversas regiones de Brasil. Para Martins, estas conquistas han sido posibles gracias a la formación de una identidad de valores entre los miles de miembros del movimiento que ha hecho posible la movilización masiva requerida para realizar acciones directas de ocupación de tierras. A diferencia de Navarro, sin embargo, Martins sostiene que la organización interna del movimiento no es vertical, sino que se asimila a la de una sociedad en red en la que los medios convencionales de lucha electoral no son utilizadas como forma de renovación de los cuadros directivos. Además, de acuerdo con el autor, existe una gran variedad entre las formas de gestión y de convivencia en los miles de asentamientos del MST. Dado que, para Martins, la emancipación social es un proceso continuado, las movilizaciones y transformaciones del MST son parte del proceso sostenido que hoy continúa y que busca la transformación de los patrones de propiedad de la tierra y del modelo económico. El capítulo de Martins es seguido de una breve réplica de Navarro.

Continuando con el análisis del MST, el estudio de caso de Lopes describe en detalle la forma como los cerca de cinco mil campesinos pertenecientes al movimiento que ocuparon una extensa hacienda en el sur de Brasil en 1996 concibieron la construcción de una ciudad alternativa en el territorio donde se establecieron. Después de que la institución estatal encargada de promover la reforma agraria les adjudicó la tierra ocupada, los habitantes del asentamiento debatieron, con el apoyo de ONGs y entidades estatales, el tipo de ciudad que construirían. Para ello, propusieron utilizar las ruinas de una antigua ciudad-campamento existente en la zona, construida décadas atrás para albergar a los trabajadores que construyeron la represa de la región. El autor analiza como la concepción de ciudad de los sin tierra, un híbrido entre lo rural y lo urbano, chocó contra la concepción convencional de ciudad de los funcionarios estatales y de los ar-

quitectos de las ONGs que los apoyaban. De este choque de formas de conocimiento y de vida surgieron, sin embargo, alternativas de organización del espacio y de la producción que todavía hoy están en proceso de construcción.

Como lo muestra esta breve presentación de los estudios de Navarro, Martins y Lopes –que se suman a uno de los casos estudiados por Singer sobre las cooperativas creadas por los sin tierra–, este libro contiene un rico debate sobre el MST. No es nuestro objetivo intervenir en este debate. En los párrafos anteriores hemos destacado los ejes centrales de la discusión, que retomamos al ilustrar las tesis que ofrecemos en la parte final de este trabajo. En todo caso, nos parece importante que el debate tenga lugar para que se profundicen los objetivos emancipatorios que originaron el MST.

En su aporte al presente volumen, Rodríguez estudia un caso específico de cooperativismo que involucra a uno de los sectores más marginados de la sociedad colombiana, los recicladores de basura. Un sector minoritario de los cerca de trescientos mil recicladores de basura colombianos ha organizado a lo largo de veinte años, con el apoyo de entidades privadas y estatales, cerca de cien cooperativas de trabajadores, así como redes regionales y nacionales de cooperativas, para transformar las condiciones explotadoras del mercado del reciclaje y mejorar la calidad de vida de los recicladores. Este estudio analiza el surgimiento, logros y dificultades de las cooperativas con el fin de responder preguntas más generales sobre las condiciones bajo las cuales pueden surgir organizaciones económicas que, como las cooperativas de trabajadores, desafíen la división entre capital y trabajo propia de las empresas capitalistas y, al mismo tiempo, sean capaces de sobrevivir en un mercado crecientemente globalizado. El autor muestra que las cooperativas de recicladores han generado beneficios económicos y sociales sustanciales para los recicladores socios. Sin embargo, la investigación muestra también que las cooperativas han sido incapaces de transformar la estructura del

mercado del reciclaje, que sigue beneficiando a las grandes empresas compradoras de material reciclable. A lo largo del estudio se hace énfasis en la necesidad de que las cooperativas en general, y las cooperativas de recicladores en particular, se integren en redes de apoyo mutuo con otras cooperativas, con entidades estatales y, bajo ciertas condiciones, con empresas capitalistas, tanto en su país de origen como en el exterior. Este vínculo entre lo local y lo global puede ayudar a avanzar hacia el cumplimiento de la promesa fallida del cooperativismo como forma de globalización contra-hegémica.

Bhowmik también estudia experiencias de cooperativismo en sectores marginados de la clase trabajadora. El trabajo de Bhowmik está compuesto por una introducción sobre el cooperativismo y la emancipación social seguida de cuatro estudios de caso hechos en las dos ciudades de India (Ahmedabad y Calcuta) que permiten analizar variaciones y extraer conclusiones sobre las razones del éxito de algunas cooperativas y del fracaso de otras. El estudio en Ahmedabad trata de la experiencia de mujeres recicladoras de basura que formaron cooperativas con la ayuda de un sindicato de mujeres trabajadoras. Los tres estudios hechos en Calcuta se refieren a iniciativas de trabajadores de fábricas que quebraron y que los trabajadores decidieron comprar y administrar de forma cooperativa. Al comparar los cuatro estudios de caso, Bhowmik subraya el papel esencial que pueden jugar los sindicatos en la promoción de experiencias cooperativas exitosas. Igualmente, el autor subraya la democracia interna de las cooperativas y la actitud del estado en relación con ellas como factores importantes para el éxito o fracaso de las mismas.

El capítulo de Cruz e Silva continúa la línea de discusión de los trabajos de Rodríguez y Bhowmik en relación con el potencial emancipatorio y las dificultades de las cooperativas formadas por trabajadores de las clases más marginadas de la sociedad. El estudio de caso de Cruz e Silva se refiere a cooperativas de mujeres que habitan en las cercanías de la ciudad de Maputo, Mozambi-

que, que fueron creadas como producto de las políticas socialistas posteriores a la lucha de independencia del país a mediados de los setenta. Las cooperativas, coordinadas por la asociación que constituye el objeto de estudio central del capítulo, la Unión General de Cooperativas, realizan diversas actividades de producción, especialmente de alimentos, para venta en el mercado de Maputo. La autora muestra como las estrategias mediante las cuales las cooperativas asociadas a la Unión han logrado mantenerse con vida y proveer a sus trabajadoras-propietarias de formas de sociabilidad solidarias y medios de sustento básicos. Sin embargo, el estudio de caso revela igualmente la precariedad de las cooperativas en su lucha por sobrevivir en el nuevo contexto económico de Mozambique, caracterizado por la apertura a la competencia extranjera. En estas condiciones, la autora advierte el riesgo de desaparición de las cooperativas e indaga las posibles estrategias que las podrían hacer viables en medio de un mercado abierto.

Finalmente, el trabajo de Melo presenta, a través del lente de participante directo del autor, una experiencia exitosa de desarrollo local emprendida en el sur de Portugal desde 1985. Se trata de un conjunto de iniciativas de tipo muy diverso –desde actividades de producción artesanal hasta prestación de servicios básicos como el cuidado a niños de padres que trabajan, pasando por la capacitación para el auto-empleo e iniciativas culturales destinadas a desarrollar los lazos de solidaridad en las comunidades involucradas– cuyo conjunto constituye un caso de desarrollo integral en el seno de comunidades rurales marginadas. El autor se centra en el papel que la asociación “In Loco” ha desempeñado en la promoción del desarrollo integral de la región estudiada. El estudio subraya igualmente el efecto que la integración de Portugal a la Unión Europea –y, con ella, a la globalización neoliberal– ha tenido sobre los programas de desarrollo local, y sugiere que el futuro de éstos depende de la articulación de esfuerzos en las escalas local, regional y global.

3. Conclusión:

Nueve tesis sobre las alternativas de producción

Para cerrar esta introducción, formulamos un conjunto de tesis breves que creemos apuntan a los temas comunes de los estudios de caso incluidos en este volumen y que esperamos sirvan como invitaciones para la lectura y discusión de los mismos. Con base en nuestra propia lectura de los casos, ofrecemos estas tesis a manera de intervención explícita en el debate político y académico en el que movimientos y organizaciones progresistas alrededor del mundo están involucrados. Las tesis están allí, entonces, para ser discutidas, confrontadas, complementadas, criticadas o rechazadas.

Tesis 1. Las alternativas de producción no son solamente económicas: su potencial emancipador y sus perspectivas de éxito dependen en buena medida de la integración que logren entre procesos de transformación económica y procesos culturales, sociales y políticos. Como lo revelan los estudios de caso, las iniciativas de producción alternativa son generalmente sólo una parte de un proyecto integral de organización comunitaria. Aunque la producción es una parte esencial de las iniciativas porque provee el incentivo económico para la participación de los actores, la decisión de emprender un proyecto alternativo y la voluntad diaria de mantenerlo depende igualmente de las dinámicas no económicas –culturales, sociales, afectivas, políticas, etc.– asociadas con la actividad de producción. En este sentido, las alternativas son holísticas, y su éxito depende en parte de la forma como los procesos económicos y no económicos dentro de ellas se sostienen mutuamente.

El caso de la asociación “In Loco” en el sur de Portugal presentado por Melo ilustra bien el carácter de las iniciativas. “In Loco” es un proyecto de desarrollo local integral, que comprende no sólo actividades empresariales comunitarias (producción

de alimentos, artesanías, etc.), sino toda una serie de actividades sociales (v.gr., organización colectiva del cuidado de los niños), culturales (educación y afirmación de las tradiciones locales) y políticas (procesos de democracia participativa en la toma de decisiones sobre los proyectos y sobre asuntos que afectan a la localidad en general). Igualmente, los casos presentados por Singer, Cruz e Silva, Bhowmik y Rodríguez sobre cooperativas de trabajadores muestran que la difícil transición de la producción capitalista a la producción cooperativa requiere de actividades simultáneas de educación e integración social que mantengan el entusiasmo de los trabajadores participantes y creen las condiciones necesarias para la participación significativa de éstos en las decisiones de las empresas de su propiedad. Como lo muestra Singer en su comparación de cooperativas de diferentes sectores en Brasil, el tránsito del trabajador de una relación de obrero/patrono a una relación de igualdad entre cooperantes es difícil. El cambio de situación y de estatus requiere de un verdadero proceso de aprendizaje del nuevo rol y de las oportunidades y responsabilidades que implica ser propietario de la empresa. Este proceso es especialmente difícil cuando los actores son personas que han sufrido formas extremas de exclusión social, como los recicladores de basura. Como lo ilustra el caso de los recicladores colombianos presentado por Rodríguez, un factor esencial para la continuación de las cooperativas en medio de dificultades de todo tipo es que ellas constituyen pequeñas comunidades de apoyo mutuo entre los recicladores participantes. En esas cooperativas, las actividades lúdicas, culturales, sociales y de todo tipo promovidas por las cooperativas son tan importantes –desde el punto de vista de los participantes– como el trabajo diario de reciclaje, y de hecho son a menudo las razones centrales por las cuales los recicladores permanecen en las cooperativas. El carácter holístico de las iniciativas de producción es evidente también en la experiencia de la creación de una ciudad alternativa por parte de los sin tierra, analizada por Lopes. La ciudad alternativa concebida por los sin tie-

rra integra la producción, la vivienda, la recreación y el goce y cuidado de la tierra que borra las fronteras convencionales entre lo rural y lo urbano y entre los lugares de producción y los lugares de habitación y de convivencia pública.

Las alternativas de producción son, entonces, iniciativas híbridas. Son un amalgama complejo de actividades muy diversas, como lo muestran estos casos y otros muchos estudiados en diferentes partes del mundo (Hirschman, 1984; Wasserstrom, 1985). Las actividades económicas proveen el sustento y el incentivo material, mientras que el sentido de pertenencia y los procesos de educación e integración social generados alrededor de ellas proveen la energía y el entusiasmo necesarios para que los participantes persistan y la alternativa no colapse o se desnaturalice.

Tesis 2. El éxito de las alternativas de producción depende de su inserción en redes de colaboración y de soporte mutuo. Dado su carácter contra-hegemónico y el hecho de que en muchas ocasiones las experiencias de producción alternativa son emprendidas por sectores marginados de la sociedad, las iniciativas son con mucha frecuencia frágiles y precarias. Como lo muestran todos los casos incluidos en este libro, el riesgo de cooptación, fracaso económico o desnaturalización de los proyectos alternativos es muy alto. Como también lo revelan los estudios de caso, la solución más adecuada para contrarrestar esta fragilidad es la integración de las iniciativas en redes compuestas por otras iniciativas similares (v.gr., cooperativas) y por entidades de diverso tipo.

Uno de los factores más importantes para el surgimiento, supervivencia y expansión de las alternativas es la existencia de un movimiento social más amplio que las produzca y mantenga su integridad. El caso del MST es la ilustración más clara de esta afirmación. Los estudios de Martins, Singer, Navarro y Lopes destacan la forma como las iniciativas múltiples de habitantes de los asentamientos del MST –que van desde la producción de alimentos hasta la producción de ciudades alternativas– han sido posi-

bles en virtud de la fortaleza del movimiento del que forman parte. Igualmente, la energía política generada por la lucha de liberación nacional en Mozambique suministró el ímpetu necesario para la fundación de las cooperativas estudiadas por Cruz e Silva, y el triunfo del movimiento contra el apartheid en Suráfrica dio lugar al régimen político que creó el sistema de reforma agraria organizado alrededor de las asociaciones comunales de campesinos estudiadas por Klug. Estas experiencias confirman las conclusiones de otros estudios sobre casos similares, como los que explican el éxito de las cooperativas en Kerala, India, en términos de su inserción en un movimiento de transformación social más amplio que ha dado lugar al llamado “modelo de Kerala” (Isaac, Franke y Raghavan, 1998).

En particular, las redes de apoyo mutuo están compuestas por tres tipos de entidades: sindicatos, ONGs y fundaciones, y otras organizaciones económicas alternativas. Los sindicatos juegan un papel fundamental en la creación y promoción de varias de las experiencias exitosas, en particular de las cooperativas de trabajadores. Así lo muestran los casos presentados por Bhowmik y Singer, en los que la iniciativa y el apoyo de los sindicatos fueron decisivos para que trabajadores de varias empresas quebradas pudieran pasar a ser los dueños de las mismas y transformarlas en cooperativas. En el caso estudiado por Singer, los sindicatos brasileros han contribuido también a la fundación de entidades especializadas en la promoción y el apoyo de cooperativas de trabajadores. La evidencia proveniente de estos casos –junto con la existente sobre otros casos como el de Kerala– pone de presente, en nuestra opinión, uno de los desafíos más interesantes para el movimiento obrero en el nuevo milenio, esto es, la definición de su papel en relación con la promoción de alternativas económicas que vayan más allá de la negociación obrero-patronal. Por otra parte, el apoyo de fundaciones y ONGs de promoción de desarrollo comunitario aparece también en los casos como un aspecto crucial, sobre todo en la etapa de creación y

consolidación de las iniciativas. El apoyo externo de iglesias, organizaciones privadas de promoción social y, en fin, de todo tipo de “animadores sociales” (Hirschman, 1984) está presente tanto en la fundación de grandes movimientos como el MST como en iniciativas micro como las cooperativas de recicladores de basura. El dilema que enfrentan varias de las iniciativas estudiadas es precisamente cómo sobrevivir de forma autónoma después de que culmina el apoyo externo. Finalmente, es notable la influencia positiva del apoyo entre organizaciones económicas alternativas (concretamente entre cooperativas), que en ocasiones –como en los casos de las cooperativas de Mozambique, Brasil y Colombia– han dado lugar a asociaciones de segundo orden, dedicadas a la promoción de las cooperativas.

Como lo muestra el caso ejemplar de Mondragón explicado anteriormente, las cooperativas y demás organizaciones económicas no capitalistas son extremadamente frágiles cuando deben enfrentar solas la competencia del sector capitalista y condiciones políticas desfavorables. Por esta razón, la formación de redes de apoyo mutuo es indispensable. Dichas redes tienen como integrantes naturales organizaciones de todo tipo comprometidas con una agenda de transformación social. Sin embargo, como sucede en varios de los estudios de caso (v.gr., las cooperativas de Mozambique y Colombia), en el contexto de economías abiertas surge con frecuencia la necesidad de crear alianzas con compañías capitalistas. Este es uno de los aspectos más difíciles de la evolución reciente de las alternativas de producción alrededor del mundo, dado el riesgo de cooptación o desnaturalización que ello implica. Las relaciones de cooperación con empresas capitalistas, sin embargo, no deben ser descartadas y de hecho en ocasiones son indispensables. De lo que se trata, entonces, es de negociar con cuidado las condiciones de la relación y de inserción en el mercado, de tal forma que se evite la desnaturalización de las alternativas.

Tesis 3. Las luchas por la producción alternativa deben ser impulsadas dentro y fuera del estado. Mención aparte merecen las relaciones entre las iniciativas de producción alternativa y el estado. Tradicionalmente, las corrientes de pensamiento y acción progresistas que buscan alternativas económicas no capitalistas han mostrado una clara desconfianza frente al estado. Esto es cierto tanto en relación con el cooperativismo como en relación con las propuestas de desarrollo alternativo y de alternativas al desarrollo. Existen razones fuertes que sustentan esta desconfianza, dado el riesgo de cooptación de las alternativas por parte del estado, la pasividad de éste frente a los problemas de las clases populares y el peligro de que las iniciativas se vuelvan dependientes de la ayuda estatal.

Sin embargo, como lo muestran los estudios de caso, las relaciones entre las alternativas de producción y el estado son complejas y ambiguas. En muchas ocasiones, el estado actúa como catalizador eficaz, e incluso como creador, de las alternativas. Esto sucede, por ejemplo, en el caso de las asociaciones de propiedad comunitaria de Suráfrica analizadas por Klug. En otros casos, la acción contradictoria del estado –que pasa del apoyo al abandono de las iniciativas– puede ser altamente negativa e incluso poner en peligro la supervivencia misma de las organizaciones. Este es el caso, por ejemplo, de varias de las cooperativas estudiadas por Bhowmik, que fueron inicialmente apoyadas por el estado y luego estuvieron a punto de desaparecer cuando éste les quitó injustificadamente su respaldo. En un tercer grupo de casos, existe una relación tensa y ambigua entre el estado y las organizaciones y movimientos. Esto es ilustrado de forma paradigmática por la relación entre el MST y el estado brasileiro, descrita en detalle por Navarro, que incluye tanto nexos de colaboración y apoyo financiero como relaciones de antagonismo y oposición política.

En vista de lo anterior, creemos que las alternativas no pueden escoger entre luchar dentro o fuera del estado. Deben luchar

dentro y fuera de él. Lo primero para no ceder el terreno de lo político al poder económico hegemónico y movilizar los recursos del estado a favor de los sectores populares. Lo segundo para mantener su integridad, no depender de las fluctuaciones del ciclo político y continuar formulando alternativas al *statu quo*.

Tesis 4. Las alternativas de producción deben ser voraces en términos de escalas. Este punto ya fue expuesto en nuestra crítica al localismo que caracteriza algunas de las propuestas de economías alternativas. En contra de este localismo, proponemos alternativas capaces de actuar en diferentes escalas, desde la local hasta la global pasando por la regional y la nacional. La voracidad frente a las escalas de acción y de pensamiento se opone al fundamentalismo sobre el privilegio de una escala particular. Aunque la escala local –las iniciativas comunitarias, la acción política concreta en la escala en que habitamos y donde se encuentran nuestras raíces– es obviamente fundamental, no hay razones para impedir que las redes de apoyo y solidaridad que describimos en la Tesis 2 se extiendan a escalas mayores. La escala o la combinación de escalas del pensamiento y la acción deben ser escogidas de acuerdo con la naturaleza y las necesidades de las iniciativas concretas en un momento determinado, no de antemano y para siempre.

Esta tesis es ilustrada con claridad por el caso de desarrollo local integral en Portugal presentado por Melo. Aunque los proyectos descritos por el autor están claramente concentrados en la escala local, su creación y su continuación han sido posibles gracias a su capacidad para utilizar los recursos y adaptarse a las condiciones cambiantes de la escala nacional, europea y global. En efecto, el apoyo internacional, sobre todo de la Unión Europea, ha sido fundamental para el impulso de las actividades examinadas de desarrollo local. Al mismo tiempo, la reacción local frente a las circunstancias económicas nacionales y europeas, que han cambiado rápidamente a lo largo de los años de vida de los proyectos, han sido uno de los factores centrales de la supervivencia

y expansión de los proyectos. De forma similar, Singer describe como las asociaciones brasileras de apoyo a cooperativas se han beneficiado del apoyo de experiencias similares en Francia y en Italia. Finalmente, la necesidad de articular las diferentes escalas es evidente en los dilemas enfrentados por las cooperativas estudiadas por Cruz e Silva y Rodríguez, en vista de la dificultad de las cooperativas de desarrollar estrategias de competencia con el capital global en el contexto de la apertura económica en Mozambique y Colombia, respectivamente.

Tesis 5. La radicalización de la democracia participativa y de la democracia económica son dos caras de una misma moneda. Uno de los rasgos emancipadores de las alternativas de producción no capitalista consiste en su potencial para reemplazar la autarquía típica de la producción capitalista –esto es, la autoridad vertical que emana del “patrón” o del *manager*– por la democracia participativa al interior de las unidades de producción. En otras palabras, el objetivo consiste en extender el campo de acción de la democracia del campo político al campo económico y borrar, de esta forma, la separación artificial entre política y economía que el capitalismo y la economía liberal han establecido. Esa extensión, sin embargo, implica más que un cambio cuantitativo. El efecto esencial de la expansión del principio democrático es la creación de posibilidades de transformación cualitativa de la democracia, en la dirección de una democracia participativa. Es este tipo de democracia la que subyace a las alternativas radicales a la política liberal y al capitalismo.

El tema de la democracia interna atraviesa todos los estudios de caso. En el estudio de Klug sobre las asociaciones campesinas de productores, el requisito de la democracia interna está impuesto directamente por la ley que creó dichas asociaciones, de tal manera que en este caso es el estado el promotor del vínculo entre democracia económica y política, que choca con frecuencia con la jerarquía establecida por las reglas y costumbres ances-

trales en las localidades. En los análisis de cooperativas en Brasil, Mozambique, India y Colombia, aparece el tema familiar de la división entre los líderes de las cooperativas y el resto de los trabajadores. Éste ha sido, en efecto, uno de los dilemas constantes de las cooperativas desde el surgimiento del movimiento cooperativo a comienzos del siglo XIX. ¿Cómo evitar el resurgimiento de jerarquías y apatía en organizaciones cuyo éxito depende de la participación directa y el compromiso de quienes trabajan en ella? Esta es una pregunta difícil, a la que ninguno de los capítulos da una respuesta contundente. Singer sugiere que la solución se puede encontrar en los procesos de educación que acompañan el funcionamiento de las cooperativas para mitigar la división entre “patrones” y “empleados”. Melo señala las ventajas de estructurar redes horizontales de apoyo mutuo entre organizaciones económicas alternativas de todo tipo que aumenten la posibilidad de establecer relaciones horizontales al interior de cada una de ellas. En todo caso, como lo confirma el estudio comparado de Bhowmik, cuando surgen procesos de participación democrática al interior de las unidades de producción aumentan notablemente las posibilidades de que éstas mantengan la energía que dio lugar a su fundación y sean capaces de adaptarse a condiciones adversas, dada la mayor voluntad de cooperación de los trabajadores que participan en la toma de decisiones.

Los estudios sobre el MST abren toda una serie de preguntas sobre la relación entre alternativas económicas y democracia interna. En este sentido, este libro sirve para abrir un debate que puede ser fructífero en relación con la evolución futura del movimiento, cuyos logros son reconocidos tanto por los autores de los capítulos como por movimientos y organizaciones alrededor del mundo. El debate concierne en la medida en que los logros del MST han sido acompañados o no por la creación de una estructura interna democrática y abierta. Mientras que Navarro sostiene que la organización interna del MST es altamente jerarquizada, Martins sostiene que está constituida mediante redes horizonta-

les. Los estudios de Singer y Lopes, entre tanto, formulan observaciones que pueden ser útiles para avanzar en este debate.

Tesis 6. Existe una conexión estrecha entre las luchas por la producción alternativa y las luchas contra la sociedad patriarcal. Como se vio en el análisis del desarrollo alternativo y las alternativas al desarrollo, la intervención de la teoría y los movimientos feministas en los debates sobre economías no capitalistas ha sido decisiva. De hecho, buena parte del dinamismo reciente de estos debates se debe a la hibridización de corrientes de pensamiento y acción críticas, representadas, por ejemplo, por el movimiento eco-feminista. Esta participación decisiva de las mujeres y el pensamiento feminista no es casual. Las luchas por la producción no capitalista hacen parte de las luchas contra todas las formas de opresión –el patriarcado, la explotación, el racismo, etc. Las luchas económicas no tienen prioridad sobre las luchas de género, de raza u otros tipos de movimientos emancipadores. La prioridad de una lucha sobre otra depende de las circunstancias concretas de cada momento y lugar. Por esta razón, las iniciativas de producción alternativa se alimentan del y contribuyen al impulso de las luchas contra la sociedad patriarcal. Dado que las mujeres son no sólo objeto de opresión de género sino las víctimas principales de explotación y marginación económica, las iniciativas y teorías sobre economías alternativas no pueden avanzar sin la participación protagónica de las mujeres.

De hecho, como lo muestran los estudios de caso, son grupos de mujeres los que con frecuencia impulsan las iniciativas económicas no capitalistas. Así sucede, por ejemplo, en el caso de las cooperativas de recicladoras de basura en Calcuta estudiadas por Bhowmik. Igualmente, la extensa red de cooperativas asociadas a la Unión General de Cooperativas en Mozambique, estudiada por Cruz e Silva, es compuesta fundamentalmente por mujeres en condiciones de pobreza. De forma similar –dado que, como lo anota Klug, los principales factores asociados con la pobreza en

Suráfrica es ser mujer, negro o vivir en el campo— uno de los factores centrales de los conflictos generados por la fundación de las asociaciones de productores campesinos en ese país tiene que ver con las relaciones de género. Los principios constitucionales igualitarios establecidos por la ley que regula las asociaciones chocan directamente con la jerarquía tradicional entre géneros en Suráfrica y, por tanto, ha sido uno de los asuntos más difíciles de solucionar en el proceso de constitución de las asociaciones.

Tesis 7. Las formas alternativas de conocimiento son fuentes de formas alternativas de producción. En la búsqueda de alternativas a la producción capitalista, el aporte de culturas minoritarias o híbridas marginadas por la hegemonía del capitalismo y la ciencia moderna es fundamental. Como lo han sostenido convincentemente varios de los defensores de alternativas al desarrollo cuyos trabajos comentamos anteriormente, existen formas de ver el mundo que plantean una relación radicalmente distinta a la capitalista/moderna entre seres humanos y naturaleza, entre producción y consumo, entre trabajo y tiempo libre, entre uso y lucro, y entre desarrollo y crecimiento. Lo que es preciso, entonces, es no sólo respetar la diversidad cultural que permite la supervivencia de estas visiones del mundo, sino también aprender de ellas para construir un paradigma de conocimiento y acción cosmopolita distinto al que subyace a la globalización neoliberal.

Tanto en nuestra alusión anterior a este tema como en los estudios de caso, el ejemplo más sobresaliente de este tipo de conocimiento alternativo es el concepto de Gandhi de *swadeshi*, cuya elaboración a la luz de las condiciones actuales de India es el aporte central del trabajo de Sethi. Igualmente, el estudio de Lopes sugiere un paradigma alternativo de conocimiento urbano, una forma distinta de concebir la ciudad por parte de los habitantes de un asentamiento del MST en el sur de Brasil. El desafío que surge de estos estudios de caso es como plasmar esas concepciones del mundo en programas y acciones concretas capaces de

ofrecer alternativas viables y creíbles frente a las concepciones y programas hegemónicos.

Tesis 8. Los criterios para evaluar el éxito o el fracaso de las alternativas económicas deben ser gradualistas e inclusivos. En tiempos de hegemonía del capitalismo global, es fácil asumir posiciones desesperanzadas o cínicas en relación con cualquier alternativa. El pesimismo se apodera con facilidad de las mentes impacientes, y la ausencia de una ruptura radical con el *status quo* genera escepticismo ante cualquier alternativa gradual o local. Pero la paciencia de la utopía, de la que se nutre el pensamiento y las acciones de quienes buscan alternativas económicas, es infinita (Santos, 1995). Si el criterio único de evaluación del éxito de las alternativas no capitalistas es la transformación radical de sociedad en el corto plazo mediante el reemplazo del capitalismo por un nuevo sistema de producción, entonces ninguna de las alternativas que hemos discutido vale la pena.

Las alternativas de que disponemos implican transformaciones graduales, que crean espacios de solidaridad dentro de o en los márgenes del sistema capitalista. Para quienes en ellas participan, las alternativas de este tipo implican transformaciones fundamentales de sus condiciones de vida. El acceso a la tierra de los campesinos surafricanos o brasileños implica una ruptura crucial con el sistema de exclusión latifundista existente hasta hace pocos años. El goce de beneficios mínimos de la ciudadanía –como el acceso a servicios médicos o a vacaciones compensadas– en el caso de los trabajadores de las cooperativas más pobres de Mozambique, India o Colombia implica igualmente un hito en la vida de éstos. Como lo han sostenido Shiva y Mies (1993) y Dietrich (1996), la sobrevivencia misma puede ser una forma de emancipación en condiciones de extrema pobreza, y puede dar lugar a la reevaluación del paradigma productivista y consumista. Además, en muchos casos los cambios graduales, las pequeñas alternativas, abren puertas para transformaciones estructurales

también graduales. En la apertura de este tipo de oportunidades radica su potencial de emancipación a gran escala.

Por otra parte, al evaluar el éxito o el fracaso de las iniciativas económicas alternativas es crucial recordar el carácter holístico de éstas, que explicamos en la Tesis 1. En este sentido, la evaluación debe ser inclusiva: debe comprender tanto los logros y fracasos en la búsqueda de objetivos económicos como los relativos a objetivos no económicos. Hirschman (1984) ha reclamado elocuentemente este tipo de evaluación inclusiva en relación con las cooperativas:

Las cooperativas tienden a ser juzgadas sólo por su balance financiero, dado que su salud financiera es con frecuencia precaria y que su capacidad para coexistir con empresas orientadas sólo a la producción de utilidades en una sociedad de mercado individualista es a menudo puesta en duda. Sin embargo, de la misma forma como los efectos sociales y políticos del capitalismo deben ser considerados en toda evaluación general de ese modo de producción, necesitamos averiguar los beneficios y los costos no monetarios de las cooperativas para hacer una evaluación completa de su funcionamiento. Resulta, además, que estos efectos no monetarios o intangibles son a menudo cruciales para entender su desempeño en el mercado. (Hirschman, 1984: 58)

Tesis 9. Las alternativas de producción deben entrar en relaciones de sinergia con alternativas en otras esferas de la economía. A lo largo de este ensayo introductorio y en los capítulos que siguen se hace énfasis en la producción. Sin embargo, existen alternativas muy diversas que organizaciones y gobiernos progresistas alrededor del mundo vienen promoviendo e incluso implementando en esferas tan diversas como el comercio (v.gr., las iniciativas de *fair trade*), la inversión (v.gr., respeto de normas éticas por parte de los inversionistas extranjeros en países del Sur), la inmigración (v.gr., las políticas de fronteras abiertas), la tributación (v.gr., el

impuesto Tobin), el ingreso básico mínimo (v.gr., la propuesta de ingreso mínimo universal), la coordinación de la economía global (v.gr., la democratización del Banco Mundial y el FMI), etc.

Dado que buena parte de estas iniciativas se vienen articulando recientemente bajo la forma del movimiento contra la globalización neoliberal en espacios tales como el Foro Social de Porto Alegre, hoy existen las condiciones para promover la articulación de alternativas de producción con alternativas económicas de otro tipo. Esta relación de sinergia entre propuestas económicas alternativas, en nuestra opinión, es fundamental para la supervivencia y expansión de las alternativas de producción. Por ejemplo, como lo muestran los dilemas que enfrentan hoy las cooperativas de Mozambique y Colombia en vista de la competencia del capital transnacional, la inserción de dichas cooperativas en mercados alternativos como los propuestos por las iniciativas de *fair trade* que, tanto en el país de origen como en el exterior, pagarán precios justos por los productos de las cooperativas, podría evitar la desaparición de éstas o su absorción por parte de empresas capitalistas. Este tipo de asociaciones se viene intentando con éxito en mercados alternativos tales como los del café orgánico. Relaciones de complementariedad múltiples entre las iniciativas mencionadas y muchas otras guardan la promesa de promover con mayor fuerza el potencial de las alternativas de producción no capitalistas.

Los desafíos y dilemas que hemos condensado en las tesis precedentes son formidables. Las probabilidades de éxito son inciertas. De hecho, un rasgo común a los estudios de caso en este volumen es el carácter abierto de sus conclusiones, que se origina en la incertidumbre sobre el futuro de las experiencias analizadas. Pero los hombres y mujeres de múltiples razas y nacionalidades que han decidido, al participar en esas experiencias, nadar contra la corriente, son la muestra de la capacidad de la imaginación y la voluntad de buscar alternativas de producción más allá del modelo dominante. En esas y otras iniciativas similares alre-

dedor del mundo se amplía a diario el canon de la producción y se recrea la promesa de emancipación social.

BIBLIOGRAFÍA

- BIRCHALL, J. (1997): *The International Cooperative Movement*, Manchester, Manchester University Press.
- BIRDSALL, N. y J. LONDONO (1997): "Asset Inequality Does Matter: Lessons from Latin America", mimeo, OCE working paper, Interamerican Development Bank.
- BOWLES, S. y H. GINTIS (1998): "Efficient Redistribution: New Rules for Markets, States and Community", en E. Wright (ed.), *Recasting Egalitarianism*, Londres, Verso, pp. 3-74.
- BURBACH, R. (1997): "Socialism is Dead, Long Live Socialism", *NACLA*, vol. XXXI, n° 3, pp. 15-20.
- BURBACH, R., O. NÚÑEZ y B. KAGARLITSKY (1997): *Globalization and its Discontents*, Londres, Pluto Press.
- CASTANEDA, J. (1993): *La utopía desarmada*, México, Editorial Joaquín Mortiz.
- CASTELLS, M. y A. PORTES (1989): "World Underneath: The Origins, Dynamics, and Effects of the Informal Economy", en A. Portes, M. Castells y L. Benton (eds.), *The Informal Economy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- COHEN, G. (1994): "Back to Socialist Basics", *New Left Review*, vol. 207, n° 9/10, pp. 3-16.
- CORR, A. (1999): *No Trespassing. Squatting, Rent Strikes and Land Struggles Worldwide*, Cambridge, South End Press.
- CROSS, J. (1998): *Informal Politics*, Standford, Standford University Press.
- CYPER, J. y J. DIETZ (1997): *The Process of Economic Development*, Nueva York, Routledge.
- DALY, G. (1996): "Sustainable Growth? No Thank You", en J. Mander y E. Goldsmith (eds.), *The Case Against the Global Economy*, San Francisco, Sierra Club Books, pp. 192-196.

- DE SOTO, H. (1989): *The Other Path. The Invisible Revolution in The Third World*, Nueva York, Harper and Row.
- DIETRICH, G. (1996): "Alternative Knowledge Systems and Women's Empowerment", N. Rao, L. Rurup y R. Sudarshan (orgs.), *Sites of Change. The Structural Context for Empowering Women in India*, Nueva Delhi, Friedrich Ebert Stiftung & United Nations Development Program, pp. 335-363.
- DOUTHWAITE, R. (1999): "Is it Possible to Build a Sustainable World?", en R. Munck y D. O'Hearn (eds.), *Critical Development Theory: Contributions to a New Paradigm*, Nueva York, Zed Books, pp. 157-177.
- ESCOBAR, A. (1995): *Encountering Development*, Princeton, Princeton University Press.
- ESTEVA, G. y M. PRAKASH (1998): *Grassroots Post-Modernism*, Nueva York, Zed Books.
- ESTRIN, S. y D. WINTER (1989): "Planning in a Market Socialist Economy", en J. Le Grand y S. Estrin (eds.), *Market Socialism*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 100-138.
- FERGUSON, A. (1991): "Managing Without Managers: Crisis and Resolution in a Collective Bakery", en M. Burawoy et al. (orgs.), *Ethnography Unbound*, Berkeley, University of California Press, pp. 108 y ss.
- FRIEDMANN, J. (1992): *Empowerment. The Politics of Alternative Development*, Cambridge, Blackwell.
- GANDHI, M. (1967): *The Gospel of Swadeshi*, editado por A. Hingorani, Bombay, Bharatiya Vidya Bhavan.
- GORZ, A. (1997): *Miseres du présent. Richesse du possible*, París, Editions Galilée.
- HALSTEAD, T. y C. COBB (1996): "The Need for New Measurements of Progress", en J. Mander y E. Goldsmith (eds.), *The Case Against the Global Economy*, San Francisco, Sierra Club Books, pp. 197-206.
- HARCOURT, W. (1994): "Introduction", en W. Harcourt (ed.), *Feminist Perspectives on Sustainable Development*, Londres, Zed Books.
- HARRIS, J., ed. (2000): *Rethinking Sustainability. Power, Knowledge, and Institutions*, Michigan, The University of Michigan Press.
- HIRSCHMAN, A. (1984): *Getting Ahead Collectively*, Nueva York, Pergamon Press.

- HIRST, P. (1994): *Associative Democracy. New Forms of Economic and Social Governance*, Amherst, University of Massachusetts Press.
- HODGSON, G. (1999): *Economics & Utopia*, Nueva York, Routledge.
- ISAAC, T., R. FRANKE y P. RAGHAVAN (1998): *Democracy at Work in an Indian Industrial Cooperative*, Ithaca, Cornell University Press.
- KUMAR, S. (1996): "Gandhi's Swadeshi: The Economics of Permanence", en J. Mander y E. Goldsmith (eds.), *The Case Against the Global Economy*, San Francisco, Sierra Club Books, pp. 418-424
- LE GRAND, J. y S. ESTRIN, eds. (1989): *Market Socialism*, Nueva York, Oxford University Press.
- MACFARLANE, L. (1998): *Socialism, Social Ownership and Social Justice*, Nueva York, St. Martin's Press.
- MANDER, J. (1996): "Facing the Rising Tide", en J. Mander y E. Goldsmith (eds.), *The Case Against the Global Economy*, San Francisco, Sierra Club Books, pp. 3-19.
- MANDER, J. y E. GOLDSMITH, eds. (1996): *The Case Against the Global Economy*, San Francisco, Sierra Club Books.
- MCMICHAEL, P. (1996): *Development and Social Change*, Thousand Oaks, Pine Forge Press.
- NORBERG-HODGE, H. (1996): "Shifting Direction: From Global Dependence to Local Interdependence", en J. Mander y E. Goldsmith (eds.), *The Case Against the Global Economy*, San Francisco, Sierra Club Books, pp. 393-406.
- O'CONNOR, J. (1988): "Capitalism, Nature and Socialism: A Theoretical Introduction", en *Capitalism, Nature, Socialism*, vol. 1, nº 1, pp. 3-14.
- PIERSON, C. (1995): *Socialism after Communism. The New Market Socialism*, University Park, State University Press.
- PIORE, M. y C. SABEL (1984): *The Second Industrial Divide*, Nueva York, Basic Books.
- POLANYI, K. (1957): *The Great Transformation*, Boston, Beacon Press.
- PORTES, A., M. CASTELLS y L. BENTON, eds. (1986): *The Informal Economy*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- PROUT, C. (1985): *Market Socialism in Yugoslavia*, Nueva York, Oxford University Press.

- QUIJANO, A. (1998): *La economía popular y sus caminos en América Latina*, Lima, Mosca Azul Editores.
- RAO, P. (2000): *Sustainable Development. Economics and Policy*, Malden, Blackwell Publishers.
- ROTHSCHILD, J. y J. WHITT (1986): *The Cooperative Workplace: Potentials and Dilemmas of Organizational Democracy and Participation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RUSSELL, R. (1985): *Sharing Ownership in the Workplace*, Albany, State University of New York Press.
- SANTOS, B. (1995): *Towards a New Common Sense*, Nueva York, Routledge.
- _____ (2000): *A crítica da razão indolente. Contra o desperdício da experiência*, Porto, Edicoes Afrontamento.
- _____ (2001): "Can Law be Emancipatory?", artículo presentado en la Conferencia de Law & Society Association, Budapest, julio 2001.
- SHIVA, V. y M. MIES (1993): *Ecofeminism*, Londres, Zed Books.
- SINGER P. y A. DE SOUZA (2000): *A Economia Solidaria no Brasil*, São Paulo, Editora Contexto.
- STREECK, W. (1997): "Beneficial Constraints: On the Economic Limits of Rational Voluntarism", en Hollingsworth J. y R. Boyer (eds.), *Contemporary Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 197-219.
- THOMAS, T. R. FRANKE y P. RAGHAVAN (1998): *Democracy at Work in an Indian Industrial Cooperative*, Ithaca, Cornell University Press.
- VAN PARIJS, P., ed. (1992): *Arguing for Basic Income*, Londres, Verso.
- WALLERSTEIN, I. (1979): *The Capitalist World-Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WASSERSTROM, R. (1985): *Grassroot Development in Latin America and the Caribbean*, Nueva York, Praeger Publishers.
- WEBB, S. y B. WEBB (1897): *Industrial Democracy*, Londres, Longman Green.
- WHYTE, W. y K. WHYTE (1988): *Making Mondragon. The Growth and Dynamics of the Worker Cooperative Complex*, Ithaca, ILR Press.
- WRIGHT, E. (1998): "Introduction", en Erik Wright (ed.), *Recasting Egalitarianism*, Londres, Verso, pp. xi-xiii.
- WRIGHT, G. (2000): *Microfinance Systems. Designing Quality Financial Services for the Poor*, Nueva York, Zed Books.

Sobre la dialéctica modernidad y desarrollo

*Refiguraciones de las culturas,
los saberes y los movimientos sociales
en América Latina*

Miguel Ángel Contreras Natera

I. Introducción

EN EL MUNDO de la segunda posguerra el desarrollo se concebía sobre la base de un conjunto de universales evolutivos en el que el modelo implícito de modernidad era los Estados Unidos, o más concretamente las variables del modelo que evocaban los principios de la sociedad estadounidense. La americanización se convirtió en sinónimo de desarrollo, progreso y modernización. En 1949 el presidente Harry Truman proclamaba la prioridad de la lucha contra el subdesarrollo en un discurso sobre el estado de la Unión destacando el conocido Punto Cuatro.¹ De modo tópi-

1. La Guerra Fría fue sin duda uno de los factores fundamentales en la conformación de la idea del desarrollo. La posición hegemónica de los Estados Unidos al concluir la Segunda Guerra Mundial permitió que el conjunto de principios económicos, políticos y culturales representativos de la sociedad norteamericana se configuraran como un decurso evolutivo hacia el cual todas las sociedades inexorablemente tendrían que ir.

Cuando Roosevelt incluía en sus Cuatro Libertades la libertad de la necesidad (*freedom from want*), hablaba de la redistribución de la plusvalía. Unos años después, su asesor Truman proclamó en su Discu-

co, la modernidad de los Estados Unidos se convirtió en la modernidad para los otros pueblos.

De cualquier manera, el discurso del desarrollo se configuró como problemática científica, política y económica en la superficie de inscripción dada por la emergencia de los Estados Unidos como nueva potencia económica, política y militar. En todo caso, la noción de desarrollo pasó a tener una connotación económica y política e impulsó un vasto programa de movilización de esfuerzos y de la opinión pública en torno a los grandes desequilibrios económicos y políticos. La visión de Truman consistía en lograr las condiciones necesarias para *replicar* alrededor del mundo los rasgos que caracterizaban a la sociedad americana. En ella, el capital, la ciencia y la tecnología eran los principales elementos para el logro del sueño americano. El pacto firmado en Bretton Woods, cuando Estados Unidos era el líder indiscutible del sistema mundial capitalista, inaugura *la época de oro* del crecimiento económico de la segunda posguerra.

La idea de desarrollo supone de este modo una representación simbólica que hace referencia a una nueva situación del progreso general y generalizado. Incluye aprobación ética e intencionalidad política: el crecimiento es bueno en sí y la modernización es algo deseable y plausible. Se trata de una idea aceptada y generalizada sin necesidad de discusión teórica o demostración científica. Para resolver los problemas de la *humanidad* es necesario el progreso, el crecimiento económico y el desarrollo. Las teorías

so Inaugural cuatro prioridades nacionales. En el Punto Cuatro aseguraba que los Estados Unidos debe lanzarse en un programa nuevo y audaz de ayuda a los países subdesarrollados. Comenzó lo que era el equivalente del estado de bienestar a nivel nacional, esto es, el desarrollo del Tercer Mundo a través de un keynesianismo mundial.

El sueño americano de paz y abundancia que inició la Doctrina Truman en la comprensión del desarrollo logró el estatus de un imaginario social certero (Escobar, 1998: 19-20; Contreras, 2000: 88).

de la modernización y el desarrollo resumían las preocupaciones de los científicos sociales con respecto a la diferenciación como el proceso social fundamental a gran escala.² Dichas teorías sostenían que los países desarrollados (reconstrucción) del mundo poseían una diferenciación mayor que otros países, que la diferenciación constituía una parte significativa de su ventaja sobre otros países, y que la creación de estructuras nuevas y especializadas constituía el principal medio por el que los países subdesarrollados podían llegar a compartir las comodidades de los desarrollados.

Desde 1945 las posibilidades del desarrollo nacional adquieren un vigor e impulso significativos. La reconstrucción económica –posterior a la segunda posguerra– relativamente rápida de Europa Occidental y Japón parecía demostrar que, con voluntad e inversión, era posible perfeccionar la tecnología y así elevar el nivel de vida. También el Tercer Mundo³ debía desarrollarse, en

2. El evolucionismo será el eje fundamental de las teorías de la diferenciación social. En la sociedad, los principios estructuradores de esa evolución que garantizan un sentido superador descansan, como tendencia dominante, en el paso de lo homogéneo simple a lo heterogéneo complejo, lo cual conlleva una dialéctica integración-diferenciación. El funcionalismo latinoamericano, suscriptor del principio de evolución y diferenciación progresiva de las sociedades, intentará disciplinar esta progresiva diferenciación con la fijación de unas funciones básicas del sistema social; y en una segunda instancia con la estabilidad y generalidad del sistema cultural, necesariamente universalista en sus valores y normas.

3. La expresión Tercer Mundo, adoptada a partir de la Conferencia de Bandung, celebrada en la Indonesia de Sukarno, intentaba construir intelectual y políticamente la idea de una unidad de países de África, Asia y América Latina con patrones económicos y políticos de estancamiento y de atraso cultural similares. El Tercer Mundo, por tanto, no

parte con autoayuda y en parte con asistencia de los países desarrollados. Esta visión del desarrollo representó una panoplia de ideas, esperanzas y energías humanas persuasiva para los países del Tercer Mundo. El tema predominante en el continente como en otras partes del mundo fue voluntarista y globalizante. En América Latina todos los sistemas políticos intentaron combinar modernización, industrialización, urbanización y progreso tecnológico como elementos constitutivos del desarrollo nacional.

La inteligencia latinoamericana compartía la idea de que se trataba de construir un nuevo tipo de sociedad mediante la formación de una voluntad nacional de desarrollo, cuyo objeto era lograr el crecimiento económico. La creación de una inmensa red institucional fue lo que aseguró la eficiencia en el funcionamiento de este aparato. Una vez consolidado, el sistema determinó lo que se podía decir, pensar, imaginar; en breve, definió un terreno perceptual, el espacio del desarrollo. El discurso del desarrollo fue un instrumento fundamental en la definición y construcción de las realidades de las sociedades del Tercer Mundo. Éste había colonizado a la realidad. En las universidades el desarrollo pasó a ser el nuevo tema organizador intelectual (con sus variantes liberal y marxista), sobre el cual hubo un consenso arrollador. En suma, lo que Wallerstein denomina la ideología wilsoniano-leninista de la autodeterminación de las naciones y su igualdad abstracta, así como el paradigma desarrollista, fueron ampliamente aceptadas a lo largo y ancho del sistema mundial (Wallerstein, 1996: 116-117).

Estas teorías conectaban perfectamente con un programa de mejoras que indujese deliberadamente al desarrollo. Tanto las

sería una realidad, sino una ideología de intervención positiva de este conjunto plural de países. Alfred Sauvy y George Balandier habían dado el nombre de Tercer Mundo a este tercer conjunto de países del mundo en referencia explícita al *tiers état* del período prerrevolucionario en la Francia del Antiguo Régimen (Contreras, 2000).

teorías como el programa descansaban sobre una ideología optimista. Esta ideología implicaba tres principios centrales: 1) la capacidad de los gobiernos de actuar como agentes y guías del desarrollo; 2) la eficacia de la educación y la formación; y 3) la posibilidad de una cooperación mutuamente beneficiosa entre países desarrollados y países subdesarrollados en el marco de un orden internacional equitativo. Los primeros programas de ayuda a los países subdesarrollados de las Naciones Unidas incorporaron esta ideología y promovieron la expansión de las teorías asociadas; pese a la diversidad de situaciones, los especialistas académicos del desarrollo compartían una cierta confianza en los tres principios. Empezaron entonces la misión de construir teorías que explicaran y guiaran simultáneamente el desarrollo de todos los países.

Los diversos modelos de modernización colocaban a todas las sociedades en desarrollo en la misma categoría de tipo ideal, la de tradicional, y hacían equivaler las sociedades occidentales a otra categoría, la de moderno.⁴ Se definió el problema del desarrollo como un proceso de difusión de la innovación. El objetivo de las estrategias persuasivas consistía en hacer evolucionar las actitudes de las poblaciones que vivían en situación de subdesarrollo, esto es, desplazarlas de una cultura tradicional a una cultura y sociedad moderna. La imaginación geopolítica del desa-

4. Lo novedoso de la redefinición latinoamericana en la distinción de Tönnies entre comunidad y sociedad reside en que el concepto de comunidad fue transformado en sociedad tradicional y el de sociedad en sociedad moderna. La contraposición entre ambos conceptos en América Latina se transforma en un enfrentamiento entre lo viejo y lo nuevo, de aquello que debe cambiar con aquello que es la finalidad o meta. Es menester recordar que comunidad y sociedad son dos conceptos que en la tradición sociológica donde se inscribe Tönnies se refieren a formas organizativas distintas que tienen ambos una definición positiva. (Morande, 1987: 56-57).

rollo concebía los territorios nacionales configurados por un centro urbano y moderno en expansión rodeado de territorios y poblaciones atrasadas y tradicionales que configuran verdaderas fronteras internas. Al mismo tiempo, la nación se concibe a sí misma como parte de un conjunto de regiones subdesarrolladas que son a su vez fronteras del mundo desarrollado.

Así, el espacio-tiempo de los países del Tercer Mundo se articula sobre dos oposiciones básicas: la primera que ubica a los países subdesarrollados en el tránsito de un necesario proceso de occidentalización; y la segunda que opone a las élites modernizadoras las poblaciones *forcluidas*⁵. De ahí entonces la necesidad de delimitar a cada uno de los dos grupos como grupos antagónicos. Uno está comprometido con el atraso, y el otro, con el cambio y el progreso. En todo caso, la población forcluida está conformada por grupos (indígenas, negros, mestizos, mujeres, marginados y pobres) que se quedaron atrás y al margen del proceso modernizador, en un estado de atraso social caracterizado por una población de escasa cohesión social, proclive a la violencia y la rebelión. En efecto, y es fundamental destacarlo, el pensamiento liberal-colonial del desarrollo se soportó sobre el supuesto ontológico de que estas poblaciones salvajes debían transformarse

5. El uso del concepto de *forclusión* en el contexto de una crítica y deconstrucción del discurso del desarrollo designa un mecanismo específico de rechazo de un significante fundamental, expulsado fuera del universo simbólico del sujeto. Cuando se produce este rechazo, el significante está forcluido. En todo caso, el significante forcluido no pertenece al inconsciente, sino que retorna en la realidad como una realidad desintegrada. La importancia del concepto de forclusión se torna evidente cuando consideramos que quienes se encuentran subordinados por ciertas operaciones de poder también resultan investidos en esa subordinación y que, de hecho, su autodefinición pasa a estar vinculada a los términos por los cuales son regulados, marginados o borrados de la esfera de la vida cultural (Roudinesco y Plon, 1998: 336).

para llegar a parecerse a las poblaciones civilizadas de los estados-nacionales de Occidente.

En un sentido práctico esto implicó un sojuzgamiento de las formas y maneras de conocer de los pueblos y culturas latinoamericanos. Estas culturas y saberes sometidos fueron sepultados dentro de coherencias funcionales como culturas y saberes no competentes y jerárquicamente inferiores, por debajo del nivel de modernidad y cientificidad requerido, a través de los diversos dispositivos de normalización del discurso del desarrollo. El tópicos de la occidentalización resumiría el conjunto de las cualidades propias de la actitud moderna y de los gustos cosmopolitas. Este imaginario social y la creencia en un progreso exponencial sin fisuras representaban la puesta al día de las viejas concepciones eurocéntricas de las teorías difusionistas del siglo XIX. *El primitivo pasó a ser el subdesarrollado, no quedándole a éste otra opción que la de imitar los modelos de los civilizados.*

Para los economistas el término desarrollo significaba una renta nacional en aumento, y la renta *per capita*. Debidamente medidas, proporcionaban un principio de ordenación para todos los países que podían ser clasificados con la mínima ambigüedad. Aquellos países más avanzados ocupaban incuestionablemente la cima. La posición ocupada en la escala estaba en clara correlación con el poder internacional y la riqueza material. Se calculaban los índices de modernización mediante el cruce de porcentajes de alfabetización, de industrialización, de urbanización y de utilización de los medios; se trazaban curvas y se establecían tipologías de modernización que situaban a cada país del Tercer Mundo en la escala que llevaría al crecimiento de la renta *per capita*.

Sin embargo, *con una correlación tan imperfecta* empezaron los problemas. Posteriormente, los científicos sociales emprendieron la tarea de especificar, medir, explicar e incluso promover aquellos otros cambios que acompañaban a la renta nacional en

umento. Nació así la problemática del desarrollo.⁶ Dicha problemática permitió concebir la vida social como problema técnico, como objeto de manejo racional que debía confiarse a los profesionales del desarrollo, cuyo conocimiento especializado debía capacitarlos para la tarea. Desde mediados de los años cuarenta, en América Latina floreció la sociología del desarrollo que, inspirada en el marco teórico del estructural-funcionalismo, pretendía explicar y adaptar las estructuras del cambio a las características del modelo de la sociedad occidental.

Para Gino Germani, uno de los rasgos del desarrollo es su carácter expansivo, que implica el cambio permanente, el progreso tecnológico, el continuo avanzar de la frontera. A medida que el proceso continúa todas las regiones y grupos marginales van quedando incluidos en la nueva forma de civilización, se destruyen lazos que ataban a la comunidad local: ya sea por obra directa de la industria, ya sea como repercusión de otros cambios en la estructura social, creando con ello una *nueva unidad sociopsicológica significativa*. El desarrollo económico es concebido en términos de tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad moderna. Para ello, es necesario e inevitable modificar los tres principios básicos de la estructura social para asegurar con éxito un proceso de modernización. “Se modifica el tipo de acción social. Del predominio de las acciones prescriptivas se pasa a acciones preferentemente de tipo racional o electivas. De la institucionalización de lo tradicional se pasa a la institucionalización del cambio. De un con-

6. Entre los modelos de desarrollo económico más buscados por los planificadores del desarrollo destacaban tres, a saber: a) el modelo de crecimiento Harod Domar; b) la teoría de las provisiones ilimitadas de mano de obra de Arthur Lewis; y c) las teorías de las etapas de crecimiento y del punto de partida de Rostow. Todos ellos habían logrado formalizar las conductas y las políticas posibles para alcanzar el desarrollo (Esteva, 1992).

junto indiferenciado de instituciones se pasa a una diferenciación y especialización creciente de las mismas” (Germani, 1963: 109).

“No es un azar –asegura Germani– que una parte considerable de la teoría sociológica esté dedicada precisamente a estudiar este gran proceso y que todas las demás ciencias del hombre se ocupen del mismo, aunque a menudo lo hagan bajo una problemática y conceptualización distinta” (Germani, 1963: 91). La sociología de la posguerra fue en América Latina casi enteramente una sociología del desarrollo. La fuerte capacidad teórica e ideológica de esta sociología correspondió a la fuerza de integración de los proyectos nacionales. Por eso, la sociología latinoamericana de ese período tuvo un impacto mundial. Durante este período los lazos entre el estado nacional y la sociología del desarrollo se constituyen en el campo fundamental sobre el que se tejieron las historias nacionales de la disciplina.

La sociología de la modernización retomó la visión dicotómica del positivismo, expresándola en términos científicos: sociedad tradicional (o comunidad) y sociedad moderna (Tönnies). Por un lado, la comunidad era –para los teóricos del desarrollo– una forma de agrupación social basada en relaciones naturales y en una forma orgánica de existencia social. Las relaciones más importantes son las familiares; de hecho, los vínculos paradigmáticos son los que se establecen entre madre e hijo, basados en el instinto y en la emoción, y entre padre e hijo, en la autoridad y el respeto.

La *gemeinschaft* incluye todas las relaciones espontáneas, directas e íntimas. La sociabilidad de la comunidad es autónoma, es decir, los hombres se unen instintivamente siguiendo un sentimiento de unidad y solidaridad. La *gemeinschaft* es una comunidad que descansa en unas raíces sentimentales muy profundas y en las que se comparten las posesiones más preciadas para el ser humano: la sangre, en el caso de los vínculos de parentesco; la localidad, en lo que se refiere a la vecindad; el espíritu, en la amistad. Las sociedades en desarrollo se caracterizan como adscripti-

vas, particularistas y difusas y como poseedoras de un nexo de parentesco en la organización social que conduce a estructuras sociales rígidas.

Por otro lado, la asociación (sociedad moderna) gira en torno a la voluntad racional, caracterizada por la capacidad de deliberación y de elección. La razón domina completamente al sentimiento; la vida es una búsqueda continua del interés particular. Junto con la actitud instrumental que preside las relaciones humanas, la *gesellschaft* es también el ámbito del universalismo. Aunque inmersos en el magma de la colectividad, los miembros de la *gemeinschaft* tenían funciones precisas dentro de un sistema social elemental. Por el contrario, la vida de la *gesellschaft* está basada en el intercambio, la asociación es el ámbito del mercado.

La relación paradigmática es el contrato, la negociación entre dos voluntades racionales que orientan sus acciones siguiendo la racionalidad medio-fin. En estas circunstancias, las personas pasan a formar parte de un sistema complejo de transacciones en el cual cada uno exhibe su valor. La modernización es medida por el crecimiento económico, la movilidad social, la mutación de valores y símbolos, la democratización sociopolítica y la mayor autonomía. Su compromiso ha sido la transformación entendida como el conjunto de los procesos que conducirían a la modernidad.

Para Germani, las características distintivas de la sociedad moderna residen en su permanente incorporación de mecanismos adecuados para originar y absorber un flujo de cambio continuo, al tiempo que mantiene un adecuado grado de integración. Con respecto a esto se puede introducir una analogía con el desarrollo económico: la modernización social y política es una transformación de la estructura social, que implica mecanismos de cambio social y político autosostenidos. En realidad, dada la unidad básica del proceso de transición, el crecimiento económico autosostenido y el cambio social y político autosostenido son formas diferentes de considerar el mismo proceso. Si no pueden es-

tablecerse tales mecanismos a los efectos de un cambio continuo, puede llegarse a la interrupción, estancamiento o derrumbe del proceso de modernización social y política. Del mismo modo, si no se establecen mecanismos equivalentes en la estructura económica, ocurrirán fenómenos similares en ese orden.

El núcleo de estos cambios estaba ocupado por un reenraizamiento de los individuos de la sociedad en un orden nuevo en virtud de una formalización de los hábitos sociales, de su convencionalización y su homogeneización. Para los expertos en la problemática del desarrollo, a medida que la difusión se ampliaba y se facilitaba el acceso social, las prácticas se estandarizaban y se introducían nuevas limitaciones respecto a los tipos de actividad permitidos. El proceso de modernización debilitaba barreras tradicionales para dar paso a instituciones y asociaciones sociales, económicas y políticas más amplias. Este mismo proceso de modernización podía crear una nueva estructura social, nuevas organizaciones y tensiones dentro de la sociedad. Así, cabría esperar que una vez adquiridos ciertos comportamientos –en el plano de la cultura económica– ellos tenderían a mantenerse por cuanto han sido interiorizados, asimilados y acoplados como patrones de conducta para el necesario desarrollo económico.

II. Sobre la crisis del imaginario desarrollista

Los discursos de la modernidad cultivaron un universalismo de la razón que ponía los cimientos de sus pretensiones totalizadoras: aquellas ideas debían ser válidas para toda la humanidad. En los discursos modernos, la línea de clasificación básica se sitúa entre la razón y la civilización, por un lado, y sus factores opuestos: barbarie, tradición, desorden, emoción, locura, por el otro. Entre los temas capitales del razonamiento modernizador insistía en la creación de orden, ya sea mediante su imposición sobre la barbarie o, cuando esto no es posible, mediante la separación entre lo ordenado y lo desordenado.

Este tema aparece con frecuencia vinculado a la idea de dominio racional: el desorden escapa a la predicción y al control. Como lo ilustra Peter Wagner, las prácticas de significados del trazado de fronteras se conciben como maneras históricamente diferentes de crear identidad mediante el recurso de proyectar al otro como la imagen inversa del propio yo (Wagner, 1997: 85). Así, el concepto de tradición designaba un distanciamiento temporal y era concebido como un mero aplazamiento en el tiempo a la espera de la etapa futura de la plena integración del otro. Pero esta integración sólo se conseguirá a condición de que el otro renuncie a su alteridad. Se definía al otro de tal modo que su estatus queda determinado *a priori* como inferior, pasajero e incluso perteneciente a una fase anterior e inferior. El otro es creado discursivamente como una entidad unitaria y esencial.

Desde esta perspectiva, se actualiza y pone en marcha un dispositivo de desconocimiento de las diferencias culturales e históricas: el objetivo es interpretar la cultura y la población asociada a ella como degenerada, sobre la base de un origen racial y cultural, a fin de justificar la conquista y establecer sistemas de administración, instrucción y forclusión de los pueblos latinoamericanos. Esta perspectiva, al demarcar una nación sujeto, se apropia de sus diversas esferas de actividad, las dirige y las domina.⁷ Du-

7. Es necesario apreciar las discontinuidades operadas en la construcción de la identidad en nuestro continente. Es posible distinguir entonces tres procesos complejos y conflictivos que han contribuido en la definición parcial de la identidad y las figuras centrales de cada proceso. En primer lugar, la conquista española en donde las figuras de Colón, Cortés, Las Casas y Sepúlveda son si acaso los más representativos de este proceso. En segundo lugar, la crisis de la independencia en la cual Sarmiento, Alberdi e Ingenieros de manera explícita con su presentación de la problemática en términos conflictivos entre civilización y barbarie contribuyeron significativamente en la búsqueda de una identidad. Por último, el fin de la dominación oligárquica, época en que comienzan de ma-

rante su historia reciente y a lo largo del siglo XX, América Latina ha permanecido aprisionada en dilemas no resueltos en cuestiones relativas a la nación, la identidad y la democracia. Se prepara, sin embargo, a ingresar al siglo XXI en el marco de una cesura epocal profunda con grietas en el imaginario ilustrado moderno y con déficit similares a los de comienzos de siglo. Más específicamente, podemos dudar de que la modernidad haya sido, bajo todos los puntos de vista, el alba del progreso que tantos modernos han celebrado: el triunfo de la razón instrumental, el impulso dado a las hegemonías racionalizadoras en nombre del universalismo, la represión y forclusión de las diferencias ligadas a estas pretensiones prometeas son los estigmas, visibles para todos, de esos tiempos, cargados de promesas destrozadas de liberación en tantos aspectos para los pueblos y culturas latinoamericanas.

En todo caso, la configuración fáctica de la modernidad latinoamericana es la de una modernidad de fracasos y tragedias sucesivas: de segregación y exclusión, de fractura y fragmentación, de desgarró y de conflicto de los pueblos y culturas latinoamericanas. Pero, también, y ello es fundamental destacarlo, las formas de comprensión de la modernidad en la región no pueden desvincularse de la relación conflictiva, cruenta y antagónica entre la conquista de América y la formación de la Europa moderna. La constatación de esta relación permite una comprensión global de la modernidad, que muestra no sólo su lado emancipador sino también la justificación de la violencia genocida.

La modernidad en nuestro continente, y sobre todo su manera de encarnarse material y simbólicamente, impide volverse sobre sí misma para entenderse e identificarse, pues el propio proceso de

nera escrita los primeros trabajos críticos tanto del carácter latinoamericano, como del racionalismo europeo y el materialismo norteamericano, y destacan una serie de intelectuales entre los que podemos mencionar a Martí, Vasconcelos y Rodó (Todorov, 1989: 259; Larraín Ibáñez, 1996: 157).

internalización –que es de conquista, destrucción y colonización– representa simultáneamente un *proceso de extrañamiento*. De esa manera, las poblaciones colonizadas fueron sometidas a la más perversa experiencia de alienación histórica. La misión civilizadora buscaba asimilar lo heterogéneo, racionalizar lo incongruente y, en definitiva, traducir lo Otro a la lengua de lo Mismo. Es el tema, en suma, de la violencia del abrazo imperialista de la razón. Los efectos culturales de la modernidad han formado parte de la historia y la subjetividad local de nuestros países. El legado subjetivo del colonialismo todavía permanece con nosotros. Sin embargo, en América Latina hay reservas de experiencias acumuladas que forman una rica veta de cosmovisiones y pensamientos capaces de iluminar la posibilidad de pensar otros cursos de acción. Estas reservas nos pueden guiar en la tarea de comprender alternativas de futuro. Antes bien, las alternativas radicales y las transformaciones sistémicas no pueden teorizarse y ni siquiera imaginarse dentro del campo gobernado por la palabra modernidad. Lo que verdaderamente necesitamos es un desplazamiento generalizado de la temática de la modernidad por el deseo llamado utopía.

En todo caso, desde la superficie de inscripción de las efectuaciones conflictivas, disruptivas y antagónicas de los movimientos sociales a la hegemonía neoliberal, se localizan las condiciones de posibilidad de críticas a la modernidad en la región. Con los movimientos sociales están emergiendo nuevos campos de conocimientos y experiencias desde los cuales *recrear* nuestras estructuras simbólicas y unos órdenes cuyos significados alberguen la posibilidad misma de repensar la vida en toda la radicalidad de sus dimensiones. En estos casos, las luchas contra el neoliberalismo forman parte de un proyecto de emancipación política y cultural más amplio, porque se inscriben en el prolongamiento de las luchas históricas contra estructuras sociales no igualitarias, las cuales se reproducen y acentúan con las políticas de liberalización y privatización. Las luchas específicas se sitúan cada vez

más dentro de una perspectiva general: la oposición contra el neoliberalismo y contra la hegemonía mundial del capitalismo, tal y como aparecen delineadas en la Carta del Forum Social Mundial.

Los procesos de modernización neoliberal son simultáneamente procesos de explotación cultural y destrucción acelerada de los territorios, en dos dimensiones fundamentales: biodiversidad genética y diversidad cultural. Más aun, las luchas contemporáneas contra la ofensiva neoliberal constituyen formas de resistencias sociales, políticas y culturales a los procesos de explotación cultural de Occidente.⁸

En los últimos años, los movimientos sociales han logrado reconfigurar de manera significativa las agendas públicas de los estados-nacionales latinoamericanos y otorgar nuevos significados al formato demo-liberal occidental, naturalizado como forma comprensiva de las realidades de la región.⁹ La emergencia

8. La estandarización de la cultura mundial, con unas formas locales, populares o tradicionales de cultura expulsadas o al menos achatadas para dar lugar a la televisión, la música, la comida, la ropa y las películas estadounidenses, ha sido percibida como el corazón de la globalización neoliberal. El empeño sistemático de los Estados Unidos por desmantelar las políticas de proteccionismo cultural son parte de una estrategia global de las grandes transnacionales, actualmente englobada por la OMC y sus esfuerzos –como el abortado proyecto AMI– por suplantarse las leyes nacionales por estatutos internacionales que favorezcan a las grandes compañías estadounidenses, ya sea en materia de derechos de propiedad intelectual o de patentes (por ejemplo: biodiversidad genética o invenciones locales), ya sea socavando deliberadamente condiciones de autosuficiencia alimentaria nacional. Aquí, la cultura se ha tornado decididamente económica, y esta economía particular fija claramente una agenda política, dictando las líneas de actuación a seguir (Jameson, 2000: 10).

9. Desde mediados del siglo XIX, en el marco de un proceso cruento y

de los movimientos indígenas en México, Bolivia y Ecuador,¹⁰ entre otros, las reivindicaciones y defensa de derechos sociales (sa-

conflictivo de definición de las fronteras de los estados-nación, y en el contexto de expansión del imperialismo europeo, el liberalismo en tanto y en cuanto ideología fundamental de la modernidad se fue consolidando y legitimando como geocultura de la economía-mundo capitalista. El proceso de hegemonía liberal tuvo tres consecuencias fundamentales para el sistema histórico mundial: la primera, se desarrolló esencialmente en el territorio europeo, y se refería principalmente a la política del reformismo racional (extensión del sufragio, provisión de algunos derechos sociales y unificación de las clases bajo una identidad nacional), como política de pacificación y cooptación de las clases peligrosas. La segunda, implicaba la implantación forzada de las relaciones liberal-capitalistas a todas las poblaciones de Europa y, en consecuencia, la expulsión de los otros (campesinos y siervos) de los territorios comunales que ocupaban, bajo el principio liberal del derecho al trabajo, y en el marco de la emergencia de la fuerza de trabajo como mercancía. La última dimensión se implantó, esencialmente, en los continentes africano, asiático y americano y se vinculaba con la extensión de las dimensiones colonial/imperial de Europa con respecto a los pueblos no-europeos. En todo caso, a finales del siglo XIX, el proclamado universalismo liberal se había vuelto compatible con el racismo mediante la externalización de los objetos del racismo más allá de las fronteras de la nación, mientras que se internalizaba de hecho a los beneficiarios de los ideales universales, el conjunto de ciudadanos. En consecuencia, el imperialismo y el racismo eran parte constitutiva del programa liberal europeo. El proceso de consolidación de la geocultura liberal implicó la naturalización del formato liberal (Wallerstein, 1996: 111; Lander, 2000: 26).

10. Supervivientes de un orden colonial del cual no lograron emanciparse directamente, oprimidos y discriminados en las sociedades posindependentistas, los pueblos indios, emergieron en las últimas décadas de manera sorpresiva y con una enorme fuerza, postulando su diferencia

lud, educación, vivienda) amenazados como consecuencia de los procesos de mercantilización y privatización neoliberal en Argentina, Brasil, México y Venezuela, por citar los más representativos, las luchas por la defensa de los derechos humanos básicos en los países del Cono Sur en el contexto de los regímenes autoritarios, han movilizado a grandes multitudes que exigían cambios profundos en la región. La multiplicidad de iniciativas que incluyen la defensa de derechos sociales amenazados, el surgimiento de nuevos principios ético-políticos del movimiento popular, la visibilización de una política cultural de movimientos indígenas¹¹, feministas y ecologistas, la aparición de movimientos urbanos, campesinos y religiosos, son todas iniciativas y manifestaciones de expresiones colectivas contra la ofensiva del proyecto modernizador-neoliberal. Pero, además, como consecuencia del accionar de los movimientos sociales se han multiplicado las diferencias y la interrelación de las culturas y los pueblos en la región, creando nuevos espacios de experiencias y redefiniendo los horizontes de expectativas.

cultural y epistémica y su exigencia de un orden multinacional e intercultural.

11. La Caravana Zapatista de febrero y marzo de 2001 es un acontecimiento político y simbólico sorprendente. Un grupo de numerosos indígenas con pasamontañas viaja de la Selva Lacandona a la Ciudad de México y en el camino realiza mítines, encuentros y reuniones del ELZN con los representantes de las cincuenta y seis etnias (aproximadamente) que les entregan los bastones de mando, un gesto profundo y simbólico en una sociedad caracterizada por la exclusión cultural. El 8 de marzo el ELZN entra a la Ciudad de México. El discurso principal es de Marcos y su mensaje clarísimo es de una inclusión en la idea de México. Así concluye: “Ciudad de México: aquí estamos. Aquí estamos como rebeldes de color de la tierra que grita: ¡democracia! ¡justicia! ¡libertad!”.

III. Sobre nuevas gramáticas

La modernidad como la nueva situación histórica y la modernización como el proceso por el cual llegamos a ella, representaban las ideas-fuerzas fundamentales del discurso del desarrollo en la región. Modernización e industrialización constituyen los planes estratégicos de la política del desarrollo. Es indudable que durante las últimas décadas los resultados de los esfuerzos para el desarrollo en la región han sido frustrantes. En lugar de haber alcanzado una etapa de orden social más elevado y de mayor bienestar, lo que existe es un mayor caos social, político, económico y cultural en América Latina. De cualquier manera, la problemática del desarrollo ha sido fundamental durante los últimos cincuenta años para todos los países latinoamericanos y está directamente vinculada con las necesidades expansivas del mundo occidental.

Esta problemática se enfrenta a una forma de organización social que necesita universalizarse pero cuya medida de universalización es el sometimiento de todos los particularismos culturales a la lógica de acumulación del sistema histórico mundial. Modernizar en este contexto significa superar los particularismos, pero no para ser asumidos en una síntesis superior sino como subordinación a la *finalidad prefijada* de la modernidad occidental. En este caso fatal, la modernidad es siempre un concepto de la otredad.

La crisis del desarrollo y de la modernidad, como lo ha explicado Morin, no sólo consiste en la constatación de una penuria de los recursos, sino que es también la conciencia oscura e inquieta de un agotamiento de la voluntad, de la imaginación y de las teorías que han inspirado la utopía, el progreso y el desarrollo. Es también el reconocimiento de que todo desarrollo y crecimiento económico constituye un proceso brutal y sórdido (Morin, 1980: 226). En consecuencia, la crisis del desarrollo no sólo se dirige a los medios y las posibilidades, concierne también a la naturaleza

y a los fines. Es evidente que se trata de una crisis de sus postulados y sus correspondientes significaciones imaginarias. Parece que el propio proceso de desarrollo, aun a medida que va transformando el baldío en un floreciente espacio físico y social, recrea el baldío dentro de aquel que lo desarrolla. Así es como funciona la tragedia del desarrollo.

Ya el propio término de desarrollo apenas se sostiene, atrapado como está en la paradoja de un equilibrio inestable entre el edificio que habita y su requerimiento de abandonarlo, en la paradoja de un anuncio de la clausura del saber y de un monstruoso porvenir –porvenir que sólo puede anticiparse bajo la forma del peligro absoluto. En consecuencia, lo que debemos hacer entonces es *impensar*¹² no sólo el desarrollismo neoclásico tradicional, sino también el desarrollismo de sus críticos de izquierda, cuyas tesis resurgen regularmente a pesar de todos sus rechazos, pero que en realidad comparten la misma epistemología. Los signos de agotamiento de los programas modernizadores en América Latina, la persistencia de tendencias fuertemente estructuradas que repiten modelos ya inservibles en los lugares donde nacieron y desde los que se difundieron, y que continúan difundándose, de una manera cada vez más cansada, por unos y otros, con la amargura de un sueño inaferrable y posteriormente desvanecido.

La idea de fracaso de los proyectos modernizadores comienza a convertirse en colapso de estrategias apresuradas e incoherentes, expresión de una racionalidad tecno-instrumental, abstracta y lejana de las condiciones y requerimientos de nuestras realidades. Desmoronadas las certezas que conferían significados claros y deseables, los objetivos últimos de la modernización occidental como proceso global tendiente a alcanzar esta meta se desvitalizan, y la *idea misma de desarrollo se ve sometida a una revisión radical*. Cuando, con la impaciencia de alcanzar las metas trazadas por las teorías universalizantes de la modernización, la

12. Neologismo popularizado por Wallerstein.

racionalidad que gobierna el marco desarrollista cancela la memoria (ésta que teje la trama en la que se inscriben y toman sentido las miles eventualidades de lo cotidiano, y donde se animan las esperanzas y se constituyen los desafíos) y se torna aséptica, extraña e incluso opresiva.

Por lo demás, la categoría de *retraso* es sintomática de una conducta política y sociocultural que confía abstractamente en el tiempo (como si el tiempo de una sociedad no fuese también construido), de una conducta que así confía, precisamente, porque es subalterna al esquema abstracto y vago de una línea general en la que estaría ya coagulado el perfil del desarrollo histórico. En todo caso, la imaginiería del desarrollo con sus diversas propuestas de alcanzar a Occidente, repite las mismas verdades básicas, comparte la misma estructura teórico-epistemológica, además se mueve en un círculo vicioso, en donde las conclusiones de algunos estudiosos son las premisas de otros. Un número creciente de estudiosos está de acuerdo con la necesidad de indagar alternativas *al* desarrollo, de crear y recrear nuevos espacios, mediante la ampliación e innovación de prácticas socioculturales persistentes y resistentes a los diversos mecanismos colonizadores del desarrollo.

El proceso de revisión y reconocimiento del ámbito cultural como portador de significados y sentidos por grupos crecientes de investigadores, es y ha sido lento, desigual y complejo, pues vivimos en un mundo de centros y periferias múltiples, de configuraciones de límites difusos y cambiantes que se solapan e interpenetran. Los fenómenos no se presentan como absolutos sino más bien como gradaciones y modalidades complejas y dinámicas; dependiendo del lugar desde el que se observa y las categorías con las que se esté trabajando, los centros y las periferias se desplazan, se rearticulan y muestran aspectos diversos.

Frente a la matriz teórico-epistemológica que niega la pluralidad del campo cultural es indispensable rescatar y revalorizar una concepción substantiva, concreta e histórica de las simboli-

zaciones socioculturales como un baluarte insoslayable de la razón crítica. El punto de vista periférico que reivindicamos nos permite percibir similitudes entre lo que en otro caso sería considerado como singularidades; heterogeneidades en lo homogéneo; rupturas entre las continuidades; tradiciones en la novedad; extrema miseria entre lo que parece ser la abundancia. En materia como en espíritu. Los centros contienen, bajo la forma de complejos fractales, todos los procesos instalados en la periferia, no obstante sólo desde la periferia es posible observarlos en su variación combinatoria. A diferencia de los fractales materiales, las sociedades, aunque constituyan agregados de los mismos elementos primordiales, nunca se duplican de manera exacta y son incluso menos capaces de refundir las relaciones combinadas en la misma proporción. Por esta razón, lo diferente aparece como lo extraño, lo desviado, dada la incapacidad de los centros para reconocer que ellos también están constituidos por los mismos elementos, *agregados en una miscelánea institucional y quiméricamente fortuita*.

La cuestión consistirá entonces en pensar formas alternativas a la modernización occidental para repensar las alternativas de futuro de la región. Sólo un esfuerzo crítico-reflexivo vinculado al empuje de los movimientos sociales en la recuperación de prácticas culturales forcluidas y luchas reivindicativas tendría la capacidad para cultivar culturas resistentes, dadoras de identidades, teniendo al mismo tiempo la posibilidad de recurrir a los principios emancipadores de la modernidad occidental.¹³ Es preciso resistir a la reducción del espacio de experiencia. Para ello hay que luchar contra la tendencia a no considerar el pasado más

13. Entendemos por tradición no la transmisión inerte de un depósito ya muerto, sino la transmisión viva de una innovación capaz de reactivarse constantemente por el retorno a los momentos más creadores de un pueblo. En efecto, la constitución de una tradición descansa en el juego creativo de la innovación y la sedimentación cultural.

que bajo el punto de vista de lo acabado, de lo inmutable, de lo caducado. Hay que reabrir el pasado, reavivar en él las potencialidades incumplidas, prohibidas, incluso destrozadas. En una palabra, frente a la idea de un futuro abierto y contingente en todos sus aspectos, y un pasado cerrado y clausurado, hay que conseguir que nuestras esperas sean más determinadas, y nuestra experiencia más indeterminada. Éstas son las dos caras de una misma tarea: sólo esperas determinadas pueden tener sobre el pasado el efecto retroactivo de revelarlo como tradición viva. Es así como nuestras búsquedas críticas sobre el futuro y la utopía exigen el complemento de una búsqueda análoga sobre el pasado.

La apertura hacia otros campos de conocimiento permitiría distinguir entre las diferencias culturales que no generan subordinación y las que sí lo hacen. Dichas proposiciones llevarían esencialmente hacia la reestructuración del conocimiento y a la redefinición de las condiciones de su transmisión y construcción, así como hacia la introducción de nuevos campos cognitivos debido a los avances del conocimiento y de los cambios económicos, sociales y tecnológicos. La construcción de nuevos campos de intersección entre el Nosotros y los Otros pasa por la edificación de un universalismo pluralista y democrático, así como por la profundización del diálogo pluricultural. El diálogo pluricultural funciona también como un medio para trascender los confines de nuestras comunidades históricas de lenguaje, y de ampliar el espacio de la comunicación intersubjetiva.

Aun cuando ciertamente el poder del diálogo pluricultural puede ser limitado, los límites de su poder no están determinados por los límites de los sistemas conceptuales; puesto que una vez que nos percatamos de esos límites ya los rebasamos. En el caso de un diálogo pluricultural, la transacción no es sólo entre conocimientos diferentes sino también entre culturas diferentes, es decir, entre universos de significado diferentes e inconmensurables en sentido estricto. Ello presupone un esfuerzo sostenido y permanente de traductibilidad entre lenguajes, culturas e intere-

ses que son asimétricos. La noción de traducción hace posible entender cómo el contexto y el contenido son reconfigurados simultáneamente. La traductibilidad no implica conmensurabilidad.

Esto significa que las cadenas de traducciones se convierten en interpretaciones y/o apropiaciones, de modo que la traducción se configura como un desarrollo continuo de transformación, enriquecimiento e incorporación de renovados procesos de aprendizajes, cognitivos, sociales y culturales. Aunque se siguen reconociendo en su mayor parte como culturas diferentes, hay entre ellas un área gris donde ocurren frecuentes casos de fertilización cruzada, hibridación y migración.

La perspectiva de la traductibilidad tiende hacia lo totalmente Otro, hacia lo absolutamente Otro. Pero, de cualquier manera, es necesario que los otros entren en la historia y se concreten políticamente para que el diálogo pluricultural tenga sentido. En todo caso, y ello hay que destacarlo, la singularidad de la experiencia occidental debe ser plenamente reconocida e históricamente contextualizada. En el esfuerzo de traductibilidad de universos simbólico-culturales inconmensurables, propondré, siguiendo a Boaventura de Sousa Santos, una hermenéutica diatópica. La hermenéutica diatópica está basada en la idea de que los *topoi* de una cultura particular, sin importar qué tan fuertes sean, son tan incompletos como la cultura misma.

Tal incompletud no es visible desde el interior de la misma cultura, debido a que la aspiración a lo universal induce a tomar *pars pro toto*. La incompletud en una cultura debe ser estimada desde los *topoi* de otra cultura. El objetivo de la hermenéutica diatópica no es, por lo tanto, lograr la completud –lo que es considerado un telos inalcanzable– sino, por el contrario, suscitar de la incompletud recíproca, tanto como sea posible, la participación en el diálogo de la manera que se haría si se tuviera un pie en una cultura y otro en otra. De aquí su carácter diatópico. El reconocimiento de la incompletud y las debilidades recíprocas es una

conditio sine qua non del diálogo pluricultural (Santos, 2001: 200-202).

De esta consideración, por lo demás decisiva, se extrae la exigencia de una reconsideración radical de la reciprocidad, por el hecho de que disponerse hacia el Otro, como quien pudiera compensar el vacío, comporta un desequilibrio y, en fin, una asimetría en la relación. Y se percibe, desde el inicio, que el vacío no puede de ningún modo ser colmado. Las partes del diálogo son contemporáneas, pero también lo son cada una de ellas y la tradición histórica de sus respectivas culturas que las une ahora en el diálogo. Esta última forma de contemporaneidad tiende a subvertir o a obstruir la primera, cuando ser contemporáneo con el pasado propio implica la negación del otro como persona con derecho a ser contemporáneo con su pasado propio. Esta es la situación más probable cuando las diferentes culturas involucradas en el diálogo comparten un pasado de conquista, colonización y destrucción cultural. Para las sociedades de América Latina, África y Asia, los intercambios culturales ocultan, niegan y obstruyen un pasado de asimetrías estructurales configuradas por los estragos del proceso colonizador.

En consecuencia, el dilema de un diálogo pluricultural es el siguiente: ¿ya que en el pasado la cultura occidental volvió impronunciadas algunas de las aspiraciones a la dignidad humana de las culturas subordinadas, es posible ahora pronunciarlas en el diálogo pluricultural sin que con ello justifique e incluso refuerce su impronunciabilidad? Reabrir y repensar el pasado en cuanto a lo que vuelve a convocarnos para un diálogo pluricultural supone la construcción de nuevos espacios enunciativos. Implica reconocerse en la complejidad de sus intersecciones y superposiciones coloniales, y en la crítica y deconstrucción de esa herencia colonial. El tema de la memoria se remonta a una crítica de las modernas condiciones de vivir. Sólo en la crítica a una cultura, según Lukács, la conciencia de esa tardanza no es olvido. No es nostalgia ni estilo, sino el instante de una nueva memoria.

Una vez que se ha aceptado la posibilidad de diálogos pluriculturales, las experiencias culturales quedan transfiguradas en nuevas entidades y nuevas conexiones. El desarrollo alternativo de conocimiento crítico incita al cruce de fronteras y a la vinculación del adentro con el afuera, pero lo hace dentro de un marco que requiere reconocimiento y reciprocidad y en un contexto que trascienda los límites. Uno de nuestros retos futuros es combinar las percepciones que ganaremos a partir de la hibridización de conocimientos con una continua interrogación sobre las múltiples formas de poder y resistencia (Slater, 2001: 435).

IV. A manera de cierre inconcluso

Ciertamente, en el trasfondo de nuestras consideraciones hay una valoración escéptica de la situación actual. Una esperanza que sería el fruto de la desesperación. Con el agotamiento de las energías utópicas, vivimos en una época que se caracteriza por una nueva inabarcabilidad y con un futuro cargado negativamente. Como lo diría Morin, nuestra esperanza debe abandonar la salvación. Por ello preferimos hablar de esperanza trágica. Hay muchos motivos para creer que las actuales condiciones son muy poco propicias para la *invención de una democracia inclusiva* (Derrida, 1992: 91).

Nuestras sociedades están estructuradas y revelan una muy desigual distribución de poder. Pues existe una variada gama de situaciones que conllevan asimetrías estructurales. Sin embargo, es menester no pasar por alto las capacidades de crear nuevas estructuras por debajo de los niveles globales. Es decir, hay que contar con las energías de lo marginal, subjetivo, migratorio de los diversos movimientos sociales, indagando acerca de sus potencialidades en el proceso de reestructuración del sistema social en un horizonte transformativo democrático y participativo, socialista y pluralizado.

El lugar de esta práctica social está más en el campo de los

movimientos sociales que en los mecanismos del estado. Se puede suponer que la autoridad gubernamental será útil, pero casi nunca es transformadora. La nueva práctica social debe construirse con claridad a partir de una familia de movimientos que abarca la sabiduría y los intereses de todos los sectores que han sido forcluidos del sistema histórico actual. Entre los múltiples intentos que las fuerzas antisistémicas tienen que afrontar, quizá uno de los más importantes sería concentrarse en la revitalización de solidaridades locales vueltas hacia fuera y no hacia adentro. Consolidando la expansión de grupos sociales reales de todo tipo a todo nivel de la comunidad, y su agrupamiento y reagrupamiento en los niveles más altos en forma no unificada (Quijano y Wallerstein, 1992: 591). En la actualidad, en América Latina, la persistencia de un imaginario fundado en la reciprocidad y la democracia directa se organiza en torno de esas relaciones bajo las sombras de la profunda crisis presente.

Del mismo modo, en todos los frentes se puede presionar por aumentar la democratización de la toma de decisiones y la eliminación de todos los bolsones de privilegio informal y no reconocido. Estoy hablando de la táctica de sobrecargar el sistema por la vía de tomar sus pretensiones y sus afirmaciones mucho más en serio de lo que quieren las fuerzas dominantes. Para ello sería necesario dominar *la amenaza substancialista* de lo económico-político, enfatizando sobre todo las orientaciones de las prácticas sociales y de las culturas excluidas del sistema histórico mundial como portadoras de sentidos críticos. En torno a esta comprensión debemos organizar nuestros esfuerzos colectivos, aun cuando el horizonte de espera es fundamentalmente azaroso.

Como lugares privilegiados de cambio y transformación destacan el campo de los movimientos sociales y el campo del conocimiento en tanto este último se vincule con las fuerzas transformadoras en la reconstrucción radical del mundo. Ello nos obliga a pensar las relaciones y solapamientos existentes entre el conocimiento teórico, las descripciones de las diversas configuracio-

nes históricas, y ambas a su vez con la problemática de una teoría normativa de la política y de la sociedad. Los conceptos ya no sirven solamente para concebir los hechos de tal o cual manera, sino que se proyectan hacia el futuro.

Sin plantear aquí la cuestión acerca de la prioridad material o conceptual en el proceso de las modificaciones, el resultado sigue siendo suficientemente sugerente. La lucha por los conceptos adecuados alcanza actualidad social y política. El concepto no sólo define sino que también contiene una afirmación sobre cosas, pues sostiene que la unidad solamente se alcanza a través de una operación relacional; lo que, a su vez, implica que la unidad es algo que se debe construir y no preexiste como sustancia, como idea de la propia operación. Con ello, postulamos el horizonte teórico de ir mediante el concepto más allá del concepto. Adorno ha tratado de precisar esta idea con el concepto de un pensamiento transdiscursivo. “Sólo los conceptos pueden realizar lo que impide el concepto. Lo que hay de determinable en la deficiencia de todos los conceptos obliga a recurrir a otros, y así brotan esas constelaciones que son las únicas en poseer algo de la esperanza que encierra el nombre” (Adorno, 1992: 58).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, Theodor (1992): *Dialéctica negativa*, Editorial Taurus, Madrid.
- CONTRERAS, Miguel (2000): *El posdesarrollo en la búsqueda de un regionalismo crítico*, Caracas, Serie Mención Publicación CENDES.
- DERRIDA, Jacques (1992): *Otro cabo: La democracia para otro día*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- ESCOBAR, Arturo (1998): *La invención del Tercer Mundo: Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Santafé de Bogotá, Grupo Editorial Norma.
- ESTEVA, Gustavo (1992): “Development”, en W. Sachs (comp.), *The Development Dictionary*, Londres, Zed Books.

- GERMANI, Gino (1963): *Política y sociedad en una época en transición*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- JAMESON, Fredric (2000): “Globalización y estrategia política”, en *New Left Review*, nº 5, diciembre, Madrid.
- KOSELLECK, Reinhart (1993): *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Editorial Paidós.
- LANDER, Edgardo (2000): “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos”, en Edgardo Lander (ed.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Caracas, Ediciones FA-CES-UCV con UNESCO.
- LARRAÍN IBÁÑEZ, Jorge (1996): *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello.
- MORANDÉ, Pedro (1987): *Cultura y modernización en América Latina: Ensayo sociológico acerca de la crisis del desarrollismo y su superación*, Madrid, Encuentro Ediciones.
- MORIN, Edgar (1980): “El desarrollo de la crisis del desarrollo”, en Varios, *El mito del desarrollo*, Barcelona, Editorial Kairos.
- _____ (1995): “Epistemología de la complejidad”, en Dora Fried Schnitman (ed.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Barcelona, Editorial Paidós.
- QUIJANO, Aníbal e Immanuel WALLERSTEIN (1992): “La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 134, diciembre.
- ROUDINESCO, Elisabeth y Michel PLON (1998): *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- SANTOS DE SOUSA, Boaventura (2001): *La globalización del derecho: Los nuevos caminos de la regulación y la emancipación*, Santafé de Bogotá, UNC/ILSA.
- SLATER, David (2001): “Repensar la espacialidad de los movimientos sociales: fronteras, cultura y política en la era global”, en Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino (eds.), *Política cultural & Cultura política: Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Santafé de Bogotá, Editorial Taurus y ICANH.

TODOROV, Tzvetan (1989): *La conquista de América: El problema del otro*, México, Siglo XXI Editores.

WAGNER, Peter (1997): *Sociología de la modernidad: Libertad y sometimiento*, Barcelona, Editorial Herder.

WALLERSTEIN, Immanuel (1996): *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI Editores en coedición con CIICH de la UNAM.

Tercera parte

ALTERNATIVAS
A LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

En busca del desarrollo perdido

Oswaldo Sunkel

Introducción

PARA ENTENDER cabalmente la realidad actual no puede faltar la perspectiva histórica. Sin esa dimensión, entendida en toda su amplitud sincrónica y diacrónica, no hay manera de ubicarse en una situación determinada ni menos percibir los desafíos que entraña. Lo que sigue es un intento de colocar el auge contemporáneo del neoliberalismo y la globalización en esa perspectiva.

El cataclismo socioeconómico y político que en la primera mitad del siglo XX significaron las dos guerras mundiales y la Gran Depresión de los años treinta, acabó con la notable fase de expansión global del capitalismo internacional librecambista que había prevalecido durante la mayor parte del siglo XIX bajo la égida del imperio británico y la libra esterlina. Como consecuencia del colapso del sistema financiero y comercial internacional y de las crisis económicas nacionales, caracterizadas entre otras cosas por un desempleo masivo, los estados adoptaron políticas económicas nacionales que favorecieran la recuperación económica y del empleo mediante la expansión del gasto y la inversión públicos y el control de las transacciones comerciales y financieras internacionales.

Fue el inicio de una nueva época de tintes nacionalistas, radicalmente diferenciada de la anterior librecambista, que en los países industrializados se caracterizó por la adopción generalizada de políticas económicas dirigidas a asegurar el crecimiento de la economía y el pleno empleo, y de políticas sociales destinadas a

mejorar las condiciones de salud, educación, vivienda y previsión social de las clases medias y obreras. Es lo que llegó a llamarse el *estado de bienestar*.

El gran objetivo que se plantearon los gobiernos y las sociedades de América Latina en esa época, al igual que las demás regiones subdesarrolladas del mundo, fue la superación de su condición de subdesarrollo. Para ello concentraron prioritariamente sus esfuerzos en sus sectores productivos más rezagados (industria, transportes, comunicaciones y energía) y también en alguna medida en los sectores sociales. Los logros socioeconómicos que se alcanzaron con esas orientaciones de política económica entre las décadas de 1950 y 1970 en materia de industrialización, modernización y mejoramiento social fueron considerables en la mayoría de los países de la región.

Sin embargo, dicho proceso se agotó y entró en crisis en la década de 1970 por diversas causas: la persistencia o agravamiento de serios desequilibrios económicos, sociales y políticos internos, la influencia de las profundas crisis económicas, energéticas y financieras internacionales, la aceleración de los fenómenos emergentes interrelacionados de la globalización y de la nueva revolución tecnológica, y, muy en particular, el surgimiento y predominio de la ideología y la praxis neoliberales, que si bien apareció en algunos países ya en la década de 1970, se generalizó después de la crisis de la deuda externa a comienzos de los ochenta y con el posterior colapso y desaparición del mundo socialista.

En la década de los ochenta concluyó así el ciclo estatista, toda una época en que el objetivo del desarrollo socioeconómico, que se había concebido como una tarea prioritaria de largo plazo a ser impulsada fundamentalmente desde la esfera estatal, fue reemplazado por una preocupación prioritaria respecto a la estabilidad monetaria y financiera. Al correspondiente e inevitable ajuste macroeconómico de corto plazo siguió un proceso de reestructuración institucional destinado a lograr la apertura externa, la liberalización y desregulación de los mercados y la privatiza-

ción de las empresas y servicios públicos, con la correspondiente jibarización del estado. La tarea del desarrollo quedó entregada al mercado y la empresa privada, con un rol subsidiario para el estado. El retorno al librecambismo decimonónico.

Esta nueva fase de profundas transformaciones y reorganizaciones estructurales lleva ya entre dos y tres décadas, dependiendo de los países. Los resultados han sido dispares y contradictorios. Los más positivos se refieren a la recuperación del crecimiento económico después de la “década perdida” de 1980, al fuerte incremento de las exportaciones, al incremento del gasto social, al abatimiento de la inflación y al logro de razonables equilibrios macroeconómicos. Los más negativos, con unas pocas excepciones, se refieren a que aquella recuperación del crecimiento ha sido sumamente modesta y extremadamente inestable y el ingreso *per capita* sólo ha aumentado marginalmente, de manera que los elevados niveles de pobreza prevalecientes no han variado mayormente, mientras la distribución del ingreso ha tendido a empeorar. Persiste por tanto un severo y preocupante deterioro social que se ha traducido en situaciones crecientemente conflictivas tanto en la convivencia ciudadana cotidiana como en lo social y político, todo lo cual amenaza la supervivencia de los regímenes democráticos que se han generalizado en América Latina en este mismo período.

La controversia se polariza entre los partidarios de insistir en el neoliberalismo, que sobre la base de los logros alcanzados y pidiendo paciencia y “reformas institucionales de segunda generación”, avizoran un futuro esplendor, y sus críticos, que en virtud de los mediocres resultados económicos observados y las preocupantes consecuencias sociales y políticas anticipan situaciones cada vez más graves. De esta manera, el debate cultural, sociopolítico y económico contemporáneos, que se caracteriza por un reduccionismo ahistórico que opone dicotómicamente estado y mercado, se encuentra estancado.

El contexto histórico e internacional

Para contribuir a superar esas visiones maniqueas conviene recordar que el estatismo comenzó a reinar desde mediados del siglo pasado, como consecuencia de las dos guerras mundiales y de la profunda crisis económica y sociopolítica internacional de los años treinta. Tomó su forma más extrema en la Unión Soviética y los demás países del bloque socialista, que adoptaron la planificación económica estatal centralizada y el control sociopolítico y cultural del Partido Comunista, con el fin de crear un aparato productivo moderno en sociedades muy atrasadas.

En el mundo capitalista desarrollado la respuesta fue variada, lo que constituye un importante antecedente y una lección para nuestra situación actual. Durante un breve período, en las llamadas potencias del Eje (Alemania, Italia, Japón, y por bastante más tiempo, España) prevaleció también un partido único nacionalsocialista o fascista en lo político, y una estrecha asociación planificada de estado y gran empresa capitalista en lo económico, con la finalidad básica de prepararse para la guerra y enfrentar el comunismo.

La versión estadocéntrica más moderada, que buscaba combinar estado con mercado y democracia, de inspiración keynesiana, se dio en los países industriales de América del Norte y Europa, con fuerte énfasis en el crecimiento económico, el empleo y la redistribución del ingreso, el llamado *estado de bienestar*. En Estados Unidos fue el New Deal, con el objetivo principal del pleno empleo, aunque también, como en Europa, con fuerte subsidio al sector agropecuario y grandes proyectos de desarrollo regional.

En Europa, en la posguerra, el estatismo se plasmó en variaciones sobre el tema del estado de bienestar: el socialismo laborista británico, las socialdemocracias noreuropeas y las economías sociales de mercado demócrata-cristianas, principalmente en Alemania e Italia. Todas se centraban en el pleno empleo, la

provisión de servicios sociales públicos y, en mayor o menor medida, la estatización de las empresas de servicios de infraestructura. Con un agregado trascendental: la integración europea, caracterizada por incluir un fuerte contenido de apoyo al desarrollo de los países y regiones más atrasadas de ese continente.

En el Tercer Mundo –los países subdesarrollados– el estatismo tomó la forma del desarrollismo, con gran variabilidad de los grados de estatización y mercado. Hubo fuerte intervención y acción del estado, más que en las economías capitalistas desarrolladas, pero sin suprimir el mercado. Aunque se trató de planificar el desarrollo económico dentro del contexto capitalista, hubo más planes que planificación efectiva, con propiedad privada y pública de los medios de producción y mercados más o menos intervenidos. Los principales objetivos eran la industrialización, la integración del mercado interno, la inversión en infraestructura, la modernización de la agricultura y las políticas sociales. En lo político, un amplio espectro y alternancia entre intentos más o menos logrados de democracia y dictadura.

La concepción estatizante de apoyo a las políticas desarrollistas también abarcó las relaciones internacionales. Las instituciones de Bretton Woods (FMI, BM, GATT), los bancos regionales de financiamiento del desarrollo y las instituciones de cooperación internacional constituyeron un sistema público de relaciones económicas internacionales encargadas de reemplazar los flujos financieros y de inversión privados que habían desaparecido con la Gran Depresión y de rescatar el comercio internacional del proteccionismo heredado de la crisis y la guerra.

Lejos de la leyenda negra que se ha difundido sobre los desastres que estas políticas habrían ocasionado, desde fines de los años cuarenta, en todas las áreas del mundo, incluyendo la América Latina, se experimentó la fase más exitosa de crecimiento económico y mejoramiento de las condiciones de vida de que se tenga registro histórico. Tanto así que ha sido calificada la edad de oro del capitalismo. En nuestra región se duplicó con creces el

ingreso *per capita*, hubo progresos notables en los indicadores sociales, se redujo la pobreza, aumentó la productividad y se expandió, modernizó y diversificó considerablemente la capacidad productiva. Sin embargo, como ya se anotó, este ciclo llegó a su fin en los años setenta por múltiples motivos de carácter no sólo económico sino también socioculturales y políticos. Enorme influencia sobre el fin de esta etapa tuvo también la presencia creciente de una nueva y poderosa institución capitalista –la corporación transnacional– así como la reconstitución del mercado financiero privado internacional y una nueva revolución tecnológica, en definitiva, la eclosión del fenómeno de la globalización, sobre el que volveremos más adelante

El péndulo binario entre estado y mercado se volcó desde entonces hacia el mercado. La era del fundamentalismo mercadocéntrico comenzó en 1975 en Chile, cuando los llamados *Chicago Boys* fueron puestos a cargo de la política económica del gobierno militar. Se confirmó después con los gobiernos de Reagan en Estados Unidos y Thatcher en Gran Bretaña y se propagó al mundo entero en alas de la crisis del ciclo estatista, la globalización financiero-informática, el predominio del capital financiero sobre el productivo, la revolución ideológica neoliberal y el colapso del mundo comunista.

En su expresión internacional la concepción mercadocéntrica se apoya y promueve la globalización, tanto en cuanto fenómeno objetivo y real como sobre todo en su dimensión normativa de propuesta ideológica. Ello coincide con la gigantesca expansión del sistema financiero privado internacional, que ha relegado a un plano muy secundario al antiguo sistema público de relaciones internacionales, dando lugar también a una suerte de privatización del mercado mundial y a una situación caracterizada por un vacío de gobernabilidad y una gran inestabilidad.

Actualmente se reconoce que los resultados de este nuevo ciclo neoliberal dejan mucho que desear. En el mejor de los casos, el chileno, no obstante un crecimiento económico excepcional

durante más de una década y media, la población muestra tal desafección sociocultural y política que la otrora ampliamente mayoritaria combinación gobernante estuvo a punto de perder el poder en la última elección presidencial y se enfrenta a otra situación similar en la próxima. Claramente, no sólo de incrementos del PIB vive la población.

En el resto de América Latina y en el mundo en general los resultados son sumamente preocupantes: crecimiento económico insuficiente y altamente inestable, fuerte concentración del poder económico, aguda y creciente desigualdad tanto en los propios países desarrollados como en los subdesarrollados y una cada vez más abrumadora distancia entre ellos, pérdida de los bienes y espacios públicos, con fuerte exclusión social, pobreza y deterioro ambiental en todos. La democracia, el principal logro político, también se ha ido desvirtuando y está severamente amenazada en muchos países.

Como se señalaba anteriormente, la preocupación prioritaria por el desarrollo económico y la industrialización, que había prevalecido luego de la Segunda Guerra Mundial, desapareció de la agenda pública en los años setenta. Debido a la ilimitada confianza en las políticas neoliberales de ajuste y reestructuración adoptadas en ese período, el tema de las perspectivas del desarrollo socioeconómico de América Latina a más largo plazo continuó brillando por su ausencia en la última década. La excepción fueron los planteamientos de la CEPAL sobre “crecimiento con equidad” y el neoestructuralismo promovido por algunos autores, que no tuvieron mayor acogida, salvo parcialmente en Chile con el retorno de la democracia.

El tema del desarrollo carecía hasta hace poco de todo interés y sentido para gran parte de la élite y tecnocracia gobernantes de la región, así como para la comunidad internacional privada y pública que los apoya y con los que se identifican. En su discurso único y dominante se afirmaba en forma explícita y reiterada que el colapso del mundo socialista y la globalización del sistema in-

ternacional, junto al inédito y acelerado proceso de profundas transformaciones tecnológicas, económicas, sociales, políticas y culturales en curso, estaban configurando una situación de superación de las ideologías tradicionales imponiéndose la democracia liberal en lo político y el sistema de mercado, en su versión neoliberal, en lo económico.

De esta manera se suponía que la sostenibilidad del desarrollo estaba plenamente asegurada en virtud del supuestamente reconocido potencial de crecimiento de la economía capitalista globalizada y de la implantación del régimen democrático. Había dos fenómenos centrales que estaban influyendo positivamente sobre nuestra realidad y seguirían haciéndolo en el futuro: la globalización y el neoliberalismo. Ambos asegurarían la aplicación de políticas económicas correctas y con ello un óptimo crecimiento futuro.

Frente a este discurso triunfalista, apoyado en parte en realidades históricas incontrovertibles, los sectores progresistas, de centro-izquierda, socialistas y humanistas, renovados y no renovados, reaccionan con escepticismo pero quedan en verdad descolocados, confusos y perplejos. Sin embargo, en la medida que el triunfalismo neoliberal enfrenta en su trayectoria realidades cada vez más complicadas y bastante menos exitosas que las esperadas, se abre nuevamente un espacio para la reflexión crítica y las propuestas alternativas.

Globalización y neoliberalismo: ideología y realidad

Lo primero que conviene precisar es que dichas ideas constituyen en realidad una nueva ideología, la del fin de las ideologías. Según ésta, se habría llegado a una estación terminal del proceso histórico, la fase final y superior del capitalismo. Este discurso comienza a debilitarse ante una realidad que lo desacredita crecientemente. La democracia, lejos de afirmarse y profundizarse, está en peligro y, aunque se mantenga su formalidad, se está des-

virtuando en muchos países. El crecimiento económico no llega a la mitad de las tasas que prevalecieron en las décadas del cincuenta y sesenta del siglo pasado. Además depende como nunca del ahorro externo y la inversión extranjera, con lo que se hace sumamente inestable, como ha quedado demostrado en forma reiterada y nuevamente con las repercusiones de la crisis financiera asiática. Las condiciones sociales continúan en muchos países siendo peores que en los años setenta y se hacen crecientemente insoportables. Siguen prevaleciendo los deteriorados índices de pobreza y una pésima distribución del ingreso, y las protestas sociales irrumpen con violencia mientras las conductas individuales y colectivas antisistémicas (narcotráfico, drogadicción, violencia, corrupción) se extienden y agudizan convirtiéndose en serios problemas de gobernabilidad. ¡Nada menos que una decena de presidentes han tenido que abandonar sus magistraturas sin poder completar sus períodos presidenciales en la última década!

Pero no solamente en América Latina hay problemas. En EEUU e Inglaterra, los dos países anglosajones que se exhiben como modelos de la nueva era del neoliberalismo, si bien se ha recuperado el crecimiento, la distribución del ingreso y la pobreza han empeorado notoriamente desde su implantación. En Europa prevalece el estancamiento y el desempleo ha alcanzado niveles sin precedentes desde la Gran Depresión de comienzos de los años treinta. En el plano internacional cuatro de las características centrales son el crecimiento mediocre de la economía, la incontrolable volatilidad financiera, la extrema debilidad de la institucionalidad pública internacional y el empeoramiento sostenido de la distribución del ingreso mundial.

Cuando se examina esta última tendencia a la luz de las de la población mundial, se puede anticipar que en breve habrá pequeños islotes de extrema riqueza en los países de la OCDE con alrededor del quince por ciento de la población mundial, que disfrutará de cuatro quintas partes del ingreso mundial, que presio-

narán la pobreza relativa y absoluta de la inmensa mayoría del ochenta y cinco por ciento restante que tiene que sobrevivir con sólo un quinto del ingreso mundial . Debe ser por esta razón que la única política que definitivamente se exceptúa del programa neoliberal de apertura, liberalización y desregulación es la política de migraciones internacionales.

A la luz de estos y otros antecedentes similares, entre los cuales el de los riesgos crecientes a que está siendo sometido el equilibrio ecosistémico del planeta en virtud del fenómeno del calentamiento global de la atmósfera, es conveniente colocar los fenómenos de la globalización y del neoliberalismo en un claro contraste entre aquella ideología triunfalista y esta realidad objetiva. Hemos estado sometidos y sumergidos en un baño ideológico de gran intensidad que nos ha impedido distinguir entre lo que es y lo que algunos quisieran que sea, justificados paradójicamente en función de un pretendido fin de las ideologías. El ideal del estado mínimo y el mercado máximo, así como la identificación de globalización y neoliberalismo con modernización, progreso y desarrollo, es una peligrosa trampa ideológica que nos impide ver la realidad y reaccionar.

Igual cosa ocurre con la idea de que estamos en una nueva realidad inmodificable, la mejor de todas las posibles, sin opciones ni alternativas, a la que solo cabe apoyar. Todo esto está muy reforzado por los medios internacionales de comunicación masiva, especialmente la prensa económica especializada así como gran parte de la tecnocracia y la profesión económica. En estas circunstancias hay una necesidad imperiosa de desarrollar una visión crítica de esta sesgada situación intelectual que estamos viviendo. Para ello es necesario plantarse dialécticamente frente a las ideas prevalecientes de la historia y la economía para observar que la linealidad triunfalista del neoliberalismo y la globalización se enfrenta a contradicciones formidables que son sistemáticamente omitidas del discurso. No obstante, su razón instrumental

en materia de política económica se ha extendido aplastantemente en relación a los consensos y necesidades sociales.

En contraste con la visión mecanicista y lineal del *fin de la historia* articulada por Fukuyama, considero más fructífero explorar con un enfoque dialéctico una hipótesis parecida, respetuosa de las nuevas realidades contemporáneas, pero que no tiene carácter determinista, es mucho menos ambiciosa y está desprovista de ropajes ideológicos y mesiánicos. De acuerdo con esta hipótesis, el mundo estaría pasando por una fase histórica en que efectivamente, por múltiples y poderosos motivos, internos e internacionales, se acentúa notablemente el predominio de la teoría y la praxis de la democracia liberal en lo político y del sistema de mercado en lo económico. Pero el futuro no está predeterminado; para bien y para mal continúa abierto, tanto para los países desarrollados como especialmente para los que, como los nuestros, aún tienen mucho camino por recorrer antes de alcanzar aquel estado ideal. Suponiendo además que están en la vía correcta y no en un desvío, como parecen sugerirlo los preocupantes síntomas socioeconómicos y políticos prevalecientes.

Esta manera de conceptualizar la realidad actual le atribuye una temporalidad histórica de carácter más bien cíclico y dialéctico y diferencia además entre los países centrales y los periféricos. Esto tiene al menos dos implicaciones supremamente significativas. Una, que el futuro no está de ninguna manera predeterminado desde ahora y para siempre y que siguen, por consiguiente, existiendo alternativas. Por tanto, concebir utopías y elaborar visiones y programas alternativos de futuro continúa siendo un ejercicio no sólo posible y útil sino extremadamente necesario y urgente. De hecho, ésta es tal vez la tarea más importante y urgente que debiera autoimponerse la intelectualidad progresista. En el plano intelectual y político esto tiene importantes consecuencias, en especial para los partidos políticos y las generaciones más jóvenes, que en ausencia de una perspectiva de

esta naturaleza han sido desmovilizados en su accionar político e ideológico.

La segunda implicación es igualmente significativa. Un mínimo de realismo, que no debe confundirse con pragmatismo oportunista, obliga a reconocer que efectivamente en la fase histórica actual las condiciones objetivas y subjetivas impulsan y propenden al establecimiento y fortalecimiento del régimen democrático, la economía capitalista y el mercado. Pero ello no quiere decir que haya una sola y única versión de democracia liberal y de economía de mercado, como las que existen en el mundo anglosajón, que es la que específicamente se pregona como modelo exclusivo e ideal.

Aparte de que, aunque el mercado se expanda velozmente, el dirigismo estatal sigue vigente en varios países, y entre ellos nada menos que en China, hay en el mundo contemporáneo una variedad de situaciones muy diferentes del capitalismo individualista anglosajón. Es desde luego el caso de los capitalismos “administrados”, ya sea en formas cooperativas como en Alemania, Francia, Austria, Italia o Suecia, o corporativas como en Japón, Taiwán, Corea o Singapur. Bajo los amplios ropajes comunes del capitalismo, y no obstante estar sujetos también a las presiones y ajustes impuestos por la globalización, estos países presentan realidades concretas y reacciones políticas muy diversas en lo económico y también en lo sociocultural. Y está todo el ex mundo socialista y los países de tradición más estatista, como los latinoamericanos, que se encuentran en procesos abiertos muy diversos y en distintas etapas de difícil, compleja y diferenciada transición.

Esta constatación también tiene profundas implicaciones políticas prácticas. Significa que, reconociendo las orientaciones generales que la realidad y las corrientes de pensamiento actuales más determinantes e influyentes intentan imponer, es posible y necesario explorar los matices, las variantes y las alternativas que corresponden con mayor propiedad a las tradiciones históricas,

las nuevas realidades contemporáneas y las perspectivas y proyectos futuros de nuestros países.

La globalización no plantea por tanto la cuestión general de la sobrevivencia del estado nación, como se nos quiere hacer creer, sino mucho más específicamente la continuidad sociocultural de las sociedades nacionales relativamente exitosas estructuradas en el período de posguerra sobre la base de formas diversas de economía mixta y ensayos más o menos logrados de estados de bienestar y desarrollistas. Esa experiencia se caracterizó por la búsqueda de una complementación sinérgica del accionar del estado y del mercado, en contraste con la alternativa socialista que intentó reemplazar el mercado por el estado y la alternativa neoliberal que intenta reemplazar, con resultados cada vez más problemáticos, el estado por el mercado, promoviendo deliberadamente la confusión entre privatización, desregulación, apertura y jibarización del estado, o sea el programa neoliberal, con la modernización. La modernización no puede consistir en retroceder al capitalismo salvaje sin contrapeso social característico del siglo XIX, ni tampoco al estatismo burocrático en sus versiones más o menos opresivas y paralizantes de la posguerra.

El gran desafío prioritario es la recuperación de la política como acción pública innovadora para establecer un nuevo equilibrio que logre complementar estado y mercado en el contexto de la globalización. Se trata de rechazar una visión unívoca de la globalización y el neoliberalismo mediante intentos como los de las sociedades europeas de recrearse a sí mismas a partir de nuevas propuestas, en nuevos contextos y superando su historia reciente sin nostalgias ni retrocesos.

La intelectualidad latinoamericana ha estado demasiado ausente en esta tarea. En el plano económico el campo ha sido copado por los exégetas tradicionales del neoliberalismo, por conversos más o menos agresivos o vergonzosos y por opositores frecuentemente obsoletos que se atrincheran exclusivamente en la denuncia y la nostalgia. Pocos han sido los aportes que buscan

y proponen alternativas al neoliberalismo, como es el caso del neoestructuralismo latinoamericano. No obstante la riqueza del pensamiento económico-social latinoamericano heredado del pasado, ampliamente reconocido en la literatura especializada universal, hay una relativa carencia de un pensamiento regional renovado que, reconociendo las cambiadas realidades actuales, no renuncie sin embargo, en aras de un pragmatismo oportunista, a sus fundamentos, raíces y experiencias históricos, valóricos, filosóficos y epistemológicos, para desarrollar sobre esta base una capacidad para generar nuevas propuestas.

La globalización: nueva fase de expansión del capitalismo

La globalización es entonces la forma como se manifiesta en este particular período histórico, y con las características peculiares de esta época, una fase de notable aceleración y ampliación del proceso secular de expansión del capitalismo. Ésta tiene dos dimensiones que interesa destacar: una es la extensiva y otra la intensiva.

La dimensión extensiva es la territorial, la incorporación de nuevos espacios geográficos a la economía de mercado. El colapso del socialismo ha significado que territorios que estuvieron vedados a la economía de mercado durante más de medio siglo, como son los territorios de los países socialistas, se están incorporando al sistema capitalista aceleradamente, por cierto que con grandes dificultades e incertidumbres. Pero no son sólo nuevos territorios y nuevas naciones que se incorporan al capitalismo después de haber estado bajo el signo del socialismo. También lo hacen amplias áreas geográficas interiores de estados nacionales capitalistas subdesarrollados que habían quedado semi-marginadas del mercado, y donde actualmente hay una gran expansión de la frontera capitalista interna, como es por ejemplo, el caso de la Cuenca Amazónica.

Lo anterior es relativamente obvio. Lo que no es tan obvio, y mucho más interesante, es la idea de la intensificación del capitalismo, comenzando por el traspaso de empresas y actividades productoras de bienes y servicios tradicionalmente públicos, incluyendo los sociales, al área privada y la esfera del mercado, siguiendo con la penetración en profundidad en la vida social, de la cultura, del comportamiento, de una impregnación mercantilista e individualista muy intensa en las formas de conducta y los valores de los individuos, de las familias, de las clases sociales, de las instituciones, de los gobiernos, de los estados. Éste es tal vez el fenómeno más impresionante en la actualidad. Todos los que se van incorporando a este proceso tienden a transformar conductas tradicionales de distintos tipos en comportamientos maximizadores, sometidos al análisis costo-beneficio, racionalizadores de utilidad, en el pleno sentido de la racionalidad individualista capitalista.

Otra característica de la globalización es que su dinámica no es lineal sino dialéctica, lo que implica reconocer que cada proceso tiene su contrario, su antiproceto. Tal es el caso en la concepción marxista que visualiza el desarrollo histórico del nuevo modo de producción capitalista en contradicción con los modos de producción preexistentes, lo que determina su desarticulación y desplazamiento. Similar es la concepción del ciclo económico de Joseph Schumpeter, que lo concibe como el resultado del proceso de innovación tecnológica, cuya irrupción en oleadas de innovación tiene efectos simultáneamente creadores de nuevas actividades productivas y destructores de las actividades que son desplazadas. Es también la visión de Karl Polanyi, que me parece particularmente apropiada.

Cuando Polanyi analiza la gran expansión del capitalismo en el siglo XIX y comienzos del XX, y los profundos efectos desgarradores sobre las sociedades preexistentes que ese proceso tiene, así como los movimientos sociales defensivos y reactivos con que procuran reaccionar las sociedades, lo que denomina “el do-

ble movimiento”, creo que describe adecuadamente lo que estamos viviendo de nuevo en la actualidad, en forma tanto o más intensa. Y curiosamente, en compañía de estos clásicos está nada menos que Michel Camdessus, ex director general del Fondo Monetario Internacional, quien advierte que el proceso de desarrollo capitalista, junto con su tremenda eficiencia expansiva, es brutalmente desgarrador, destructor y desplazador en lo social, y que, por consiguiente, hay un rol esencial para el estado, que es preciso recuperar.

La dinámica dialéctica del proceso de globalización incorpora efectivamente a algunos a las actividades socioeconómicas modernas, mientras desplaza, margina y excluye parcial o totalmente a los restantes. Por eso, salvo condiciones muy excepcionales, la pobreza y la desigualdad persistentes le son inherentes. Por lo tanto, la globalización económica es un proceso desigual, desbalanceado, heterogéneo. Por otra parte, el proceso intensivo de penetración de la cultura capitalista tiende a generalizarse a todos, tanto a integrados como a excluidos, como consecuencia principalmente de la abrumadora masificación global de los medios de comunicación audiovisuales. Este último proceso de globalización comunicacional genera una amplia integración cultural virtual o simbólica, que contrasta dramáticamente en la mayoría de la población con una situación socioeconómica precaria que no permite su concreción en la realidad. Este violento contraste entre las fabulosas expectativas virtuales y las desastrosas realidades materiales de la gran masa de marginados contribuye sin duda a las tendencias al aumento de las conductas antisistémicas: criminalidad, delincuencia, violencia, drogadicción, narcotráfico, etc., particularmente entre la juventud. Las tan difundidas imágenes de la “aldea global” y sus “ciudadanos globales” comunicados todos por internet es un mito y una utopía inalcanzable para la inmensa mayoría de la población mundial, que todavía no han logrado acceder a la electricidad y el teléfono, que ya existen desde hace más de un siglo, y que carecen de los niveles de ingre-

sos y educacionales requeridos y sufren de analfabetismo tecnológico.

El anterior examen crítico del fenómeno de la globalización ha pretendido relativizar y colocar en perspectiva histórica este concepto del que tanto se abusa actualmente, sin desconocer de ninguna manera que hay efectivamente una nueva realidad en el grado de entrelazamiento internacional en todas las dimensiones de la vida social, una especie de “globalización global”. No se puede desconocer tampoco que es un proceso acumulativo de larga data, que no es primera vez que pasa por un ciclo de notables avances, pero que también ha experimentado interrupciones y retrocesos notorios que bien podrían volver a ocurrir en el futuro. Si bien introduce extraordinarias novedades y avances tecnológicos con indudables efectos positivos de todo tipo, tiene también simultáneamente profundos efectos negativos, desequilibrantes y desgarradores en lo económico, social, ambiental, político, cultural e internacional, lo que tampoco es históricamente inédito.

Algunas contradicciones claves

No es posible cubrir la vasta gama de situaciones problemáticas asociadas a los fenómenos de la globalización y de las políticas neoliberales en relación a la sostenibilidad del desarrollo vigente en las próximas décadas. En lo que sigue se destacarán solamente las que parecen más importantes y que no han tenido ni remotamente la atención y el debate que merecen.

Un tema esencial en el plano sociopolítico, acentuado con el colapso del socialismo, es que desde hace unas dos décadas estamos en presencia de un proceso masivo y deliberado de desmantelamiento del sistema de solidaridad y protección social público creado durante las décadas de posguerra; fruto de la acción innovadora del estado de bienestar. Un tipo de estado que, políticamente, se expresó en coaliciones sociales amplias: en el caso de Alemania e Italia, en la economía social de mercado y los parti-

dos demócrata-cristianos, y en el resto de Europa, en las economías mixtas y los partidos socialdemócratas.

Dentro de este contexto favorable, más el del socialismo real, se desencadenó también en muchos países de América Latina una acción económica y sociopolítica en favor del desarrollo económico, la industrialización y las políticas sociales. También se basaron en coaliciones amplias de empresarios, clases medias y clases obreras urbanas organizadas, en que todos, cual más cual menos, participaron del exitoso período de crecimiento de las décadas del cincuenta y del sesenta, antes de que éste sucumbiera por las razones anteriormente señaladas.

Esta es la estructura social que ha entrado en crisis con el desmantelamiento y retroceso del estado y las reformas neoliberales. Esto es exactamente lo contrario de lo que Keynes y el desarrollismo habían propuesto para la postguerra: énfasis en la economía nacional real, la industrialización, el empleo pleno, el crecimiento de la producción y de los ingresos distribuidos mediante políticas sociales con el consiguiente fortalecimiento de las clases medias y obreras. Pero esto no es lo que interesa prioritariamente en la actualidad. Lo que interesa ahora es la estabilidad financiera, los equilibrios macroeconómicos y la menor inflación posible, lo demás, el desarrollo económico y social, vendría de suyo. Sin embargo, la realidad es muy diferente. El mercado financiero internacional, el inmenso poder adquirido por el capital especulativo mundial, acecha todas las oportunidades de ganancia en cualquier parte del mundo. Entre ellas las que pueden derivarse de las debilidades cambiarias que suelen tener los países que incurren en desequilibrios monetarios, fiscales y de sus cuentas externas, y que requieren por ello de fuertes entradas de capital extranjero para saldarlas.

Para no desencadenar un ataque especulativo contra su moneda, los gobiernos se encuentran entre la espada y la pared. Por una parte se han visto forzados a reducir –o cuando menos a no elevar– sus ingresos tributarios, para asegurar que las empresas

privadas se mantengan competitivas en un mercado mundial altamente integrado. Por otra, para evitar el déficit fiscal, han debido comprimir el elevado nivel de gastos que acarrearba el mantenimiento del estado de bienestar o el estado desarrollista. Y esto exige políticas monetarias, fiscales y salariales conservadoras y restrictivas.

Estas son las razones fundamentales reales –independiente de la prédica ideológica neoliberal de la desregulación, liberalización, privatización, apertura y reducción del rol del estado– de por qué se ha hecho sumamente difícil y exigente tener políticas nacionales independientes y autónomas al nivel macroeconómico. Esta es también la causa principal real, sin perjuicio de sus indudables aspectos problemáticos, que ha empujado los intentos de desmantelamiento del estado de bienestar, de la economía social de mercado, del socialismo, del desarrollismo, de la economía mixta de postguerra, de la protección a las clases trabajadoras.

En los casos en que ello se ha logrado, se corroe la solidaridad social que se había organizado con mayor o menor eficacia en aquel período, se vacía de contenido intelectual a los partidos políticos que tenían ese tipo de ideología, se destruye la organización de la clase obrera y se deteriora la situación de la clase media. Buena parte de la ampliación y fortalecimiento que en esa época obtuvo la clase media y la clase obrera organizada se logró precisamente a través de los servicios y empresas del estado.

La extensión de la salud pública, del sistema educacional, de la vivienda y la previsión social que ofrecía el estado, así como las empresas públicas, significaba que el propio estado tenía que ampliarse considerablemente, y por consiguiente elevar enormemente la cantidad de médicos, enfermeras, educadores, ingenieros, arquitectos, administradores y otros empleados y obreros que conformaban gran parte de las clases medias y obreras organizadas.

El neoliberalismo crea tanta resistencia, desaliento, angustia e inseguridad porque no es simplemente una política económica.

Es el instrumento sociocultural a través del cual se busca reemplazar un tipo de sociedad, que procuraba un cierto equilibrio entre la eficiencia económica y la solidaridad social, y que se había logrado construir en alguna medida en la postguerra, por otra en donde se exagera la eficiencia, la competitividad, el individualismo; donde se privilegia extraordinariamente todo lo privado a expensas de lo público, con una gran concentración de riqueza, ingreso y poder, procurando anular toda capacidad para contrarrestar estos efectos. Todo se mercantiliza y los espacios e intereses públicos desaparecen o se debilitan.

En el ámbito académico e intelectual, que aquí nos interesa centralmente por su función crítica en relación con el plano ideológico, encontramos a los investigadores que no se han fugado al sector privado dispersos en instituciones precarias y universidades públicas desfinanciadas, sin poder constituir núcleos de reflexión, investigación y docencia sólidos en el área de las ciencias sociales, las ciencias básicas y la cultura. La razón obvia es que este contexto no es prioritario y por tanto no hay recursos para ello. Lo público, lo social y de largo plazo no tiene financiamiento. Esta sociedad no se interesa por ese tipo de actividades.

¿Cómo nos adentramos entonces en el siglo XXI? Yo diría que nos adentramos con el espectro del *apartheid*, porque esta nueva economía requiere una enorme capacidad competitiva en su sector exportador, compite con todo el mundo con unas tecnologías extraordinariamente intensivas en capital, requiere poca mano de obra de alta calificación y genera muy poco empleo en el resto de la economía. Tanto así que incluso en Europa la exclusión social constituye una de las grandes temáticas del presente, temática que no es muy distinta cualitativa, aunque sí cuantitativamente, de la marginalidad en América Latina.

Se trata de un proceso de creación y destrucción de empleos; cuando se avanza en la creación de nuevas actividades y la racionalización de las existentes, muchas veces se desplazan las preexistentes, con mucha destrucción de empleo. Los nuevos em-

pleos que se crean son para adultos jóvenes y bien calificados. La posibilidad de que logre un buen empleo una persona muy joven o adulta y con escasa calificación en las nuevas tecnologías y en el inglés, es cada vez más remota. Como consecuencia, una de las características psicosociales principales de esos grupos de edad es una generalizada sensación de inutilidad, inseguridad e incertidumbre, lo que es especialmente grave en los grupos juveniles, pero que se trasmite a toda la sociedad.

El desmantelamiento del aparato estatal, la privatización de los servicios públicos, un crecimiento económico modesto –menos de la mitad de lo que fue en las épocas de posguerra– sólo mejoran las condiciones de vida de segmentos muy limitados de la sociedad, y excluye y expulsa segmentos crecientes de la población, dando lugar a la polarización social.

El proceso en que se insertan hoy nuestras sociedades fortalece el mercado, el sector privado y su inserción internacional, pero debilita al estado nacional. Hay un aumento de la eficiencia y de la competitividad de la gran empresa nacional y extranjera. Pero no de las capacidades del estado, especialmente de los servicios públicos. Se favorece la inversión extranjera que a su vez favorece la generación de empleos especializados cada vez más elitizados, lo que empuja a grandes segmentos de la población a trabajos de menor calidad, a la informalidad y a la precariedad.

Se crea una estabilidad económica superficial y frágil, aumenta o persiste la pobreza y existe una creciente tendencia a la exclusión social, todo esto en agudo contraste con una extraordinaria concentración del ingreso y la riqueza. Se produce una dicotomía entre la calidad de los servicios de quienes acceden al sistema privado y la de los usuarios del sistema público, que ha empeorado por el debilitamiento del estado. Asimismo se fomenta desmesuradamente el consumo mediante una publicidad desorbitada y el crédito fácil que genera un endeudamiento angustiante. Si bien se logran ciertas mejorías en los niveles de consumo en términos de la adquisición de bienes, por otra parte se deterio-

ra la calidad de vida por el aumento, intensificación y desprotección de las jornadas de trabajo, la necesidad de tener varias ocupaciones, las angustias de equilibrar unos ingresos difíciles de lograr con demandas en constante multiplicación. A todo ello se suman crecientes niveles de congestión y contaminación urbanas.

En conclusión, el futuro social de América Latina parece en general bastante oscuro.

¿Qué hacer?

No es nada de fácil responder a esta pregunta. En lo que sigue esbozaré solamente algunas pistas que me parece conveniente explorar.

Es necesario, en primer lugar, recuperar una visión crítica y de largo plazo, como la que hemos estado elaborando, para apreciar y comprender cabalmente la trascendencia histórica del proceso que estamos viviendo y sus perspectivas. Un aspecto crucial es que las tasas de crecimiento de la región son demasiado inestables y enteramente insuficientes para lograr la creación de los empleos que se necesitan para mejorar la situación social, al mismo tiempo que hay una gran dependencia de los capitales extranjeros y del sistema financiero internacional. La visión de corto plazo que prevalece, sumada a los desequilibrios sociales y sus consecuencias políticas y de seguridad ciudadana, está llevando a una polarización social que generan conductas individuales antisistémicas y movimientos sociales que ponen en jaque la gobernabilidad. La violencia, medida por la tasa de homicidios, ha aumentado sustancialmente convirtiendo América Latina en una de las regiones más violentas del mundo.

Un eje fundamental en torno al cual gira inevitablemente cualquier conjunto de propuestas es el del rol del estado. Durante estos años se ha procurado reducir su tamaño, privatizar empresas y servicios públicos, desregular y liberalizar mercados, privilegiar los equilibrios macroeconómicos, descentralizar fun-

ciones y mejorar la gestión pública. En la medida que estos objetivos se van cumpliendo aparecen nuevas necesidades y funciones que requieren intervención pública. Es el caso de la supervisión y regulación de actividades que fueron traspasadas al sector privado y donde se requiere cautelar el interés público, así como en materia de la responsabilidad del estado con los sectores sociales y productivos más precarios. Por otra parte, mientras más abiertas las economías más necesidad de protección social del estado, por la inestabilidad y las exigencias que ello conlleva.

Además surge la imperiosa necesidad de que el estado asuma la responsabilidad de contribuir a plantear una visión estratégica nacional de mediano y largo plazo con el fin de servir de marco orientador para reordenar y mantener los incentivos y desincentivos coherentes con esa visión, y comprometer constructivamente, mediante el diálogo y la concertación, a todos los sectores sociales y políticos con esa estrategia. Un estado organizado eficazmente alrededor de esta función central correspondería a la nueva etapa del desarrollo latinoamericano, caracterizada por los objetivos de profundización democrática y de superación de la pobreza y la inequidad. También es necesario para salir de la trayectoria dependiente de productor primario y/o aprovechamiento de mano de obra barata a que hemos vuelto en gran medida, y que requiere de un esfuerzo deliberado de desarrollo y diversificación productiva y exportadora.

¿Hacia dónde se puede mirar para enfrentar esta perspectiva? Me voy a concentrar solamente en dos dimensiones fundamentales: la del estado nacional y la de la ciudadanía. Deberá quedar para otra ocasión el examen de la dimensión internacional, donde hace falta una radical revisión de la debilitada, asimétrica e ineficaz institucionalidad pública global heredada del pasado y completamente superada por el fenómeno de la privatización de la globalización.

Al nivel del estado nacional, es inimaginable que se reconstruya el estado de bienestar o el desarrollista: que del diez o quin-

ce por ciento del Producto dedicado al estado se pueda llegar al treinta o cuarenta por ciento. Sin embargo, hay un margen sustancial para aumentar la recaudación pública de los bajísimos niveles actuales y para incrementar su progresividad, tanto en materia de ingresos como de gastos. Así, al abandonar sus funciones productivas directas el estado se reduce o se mantiene menor que antes y ello ha permitido que crezca considerablemente la proporción del gasto social, lo que abre posibilidades de utilizarlo de forma mucho más eficaz y eficiente para mejorar la condición de vida de la población. Pero para darle verdadera eficacia podría ser necesario crear en lo social una institucionalidad equivalente a la que hay en lo económico. Así como hay un banco central, un ministerio de hacienda y una dirección de presupuesto para vigilar los equilibrios macroeconómicos, pienso que, previa una reforma radical del estado, se debería crear algo paralelo en lo social: un ministerio-banco-presupuesto social para preocuparse de los equilibrios macrosociales y macropolíticos.

En el plano de la ciudadanía está todo por hacer; ésta es una enorme deficiencia de nuestro desarrollo latinoamericano. En contraste con Europa y Estados Unidos, donde la comunidad local fue armándose históricamente desde los pueblos, las ciudades y las regiones hacia el estado central, nosotros fuimos creados desde el estado hacia abajo, herencia de la administración colonial que se mantuvo después de la Independencia hasta la actualidad.

Hay, por consiguiente, una enorme tarea de creación de una institucionalidad participativa, a través de la descentralización, de la regionalización, la iniciativa local, las organizaciones de base, todo tipo de asociaciones, cooperativas, mutualidades, municipios, juntas de vecinos, organismos de desarrollo social, organizaciones filantrópicas; en fin, una red de instituciones sociales de base. Esta es tal vez la tarea más grande que tenemos por delante, que involucra además un profundo cambio cultural,

pues requiere la constitución de unas comunidades activas y participativas.

En la sucesión histórica binaria de estado y mercado que hemos descrito anteriormente se ha transitado desde una matriz sociocultural, política y económica estadocéntrica a otra mercadocéntrica, sin percibir que estado y mercado son sólo medios para un fin superior: el bienestar de las personas, que en su conjunto constituyen la sociedad civil. La cuestión central actual me parece por ello la elaboración y aplicación de una concepción sociocéntrica del desarrollo.

Esta exigencia se deriva de un fenómeno que tal vez no ha sido debidamente apreciado. A raíz de los efectos de las transformaciones económicas y sociodemográficas de las últimas décadas y de las que están en curso en nuestros países y en el mundo entero, la sociedad civil se ha ampliado, fortalecido, diversificado, complejizado y movilizado. Ha ido adquiriendo en ese proceso nuevas formas de articulación y de acción mancomunada, particularmente entre sus segmentos tradicionalmente postergados o marginados, como los étnicos, de género, etáreos y de las regiones y comunidades locales, así como en función de nuevas demandas ambientales, de transparencia administrativa, de derechos del consumidor y de derechos humanos, constituyéndose en nuevos actores sociales no tradicionales.

Se trata entonces de poner al estado y al mercado al servicio de la sociedad civil. El fortalecimiento de la ciudadanía requiere un ajuste tanto del estado como del mercado a las nuevas necesidades de las personas y la sociedad civil. Para ello se debe profundizar la democracia y la participación ciudadana, de modo de comprometer al estado con la sociedad civil, dotándolo al mismo tiempo de la capacidad de orientar y regular el mercado, a fin de que cumpla tanto sus insustituibles funciones de asignación de recursos privados como también sus compromisos sociales y de desarrollo sustentable.

El concepto de sociedad civil no es fácil de definir, caracterís-

tica que por lo demás comparte con los de estado y de mercado, con los que además se traslapa en cierta medida. Pero incluye, según diversas tradiciones intelectuales, líneas temáticas relacionadas con la solidaridad, la asociatividad, la ciudadanía, la participación, el espacio público, el capital social y la comunidad. Se trata en concreto de instituciones, organizaciones y compartimientos situados entre el estado, las empresas y las familias, que incluyen las organizaciones sin fines de lucro, las instituciones filantrópicas, los organismos no gubernamentales, los movimientos sociales y políticos, diversas formas de participación, así como los valores y patrones culturales que los caracterizan.

Todo ello constituye el conjunto de pistas que habría que identificar y profundizar para definir acciones y políticas públicas destinadas al fortalecimiento sustentable de la sociedad civil y al mejoramiento de sus formas de relación con el estado y el mercado, dentro de una nueva concepción sociocéntrica del desarrollo. El reencuentro con la temática del desarrollo requiere por consiguiente una visión de conjunto, una visión estratégica, una visión-objetivo, un sentido de misión que refleje lo que la sociedad civil anhela, busca y necesita. Es necesario un enfoque global, de conjunto, de mediano y largo plazo y centrado en los intereses de las personas, de las familias, de las agrupaciones sociales y del conjunto de la sociedad civil.

Esta nueva realidad emergente se traduce, por una parte, en demandas económicas insatisfechas derivadas de la pobreza, la inequidad y el deterioro de la calidad de vida, que el mercado es incapaz de proporcionar a la mayoría por su falta de horizonte social, realidad material que contrasta violentamente con la espléndida realidad virtual que promete a todos el omnipresente mensaje mediático. Por otra parte, en la contradicción entre los valores y la ética de la democracia –respeto, reconocimiento, participación, ciudadanía, pluralismo, diversidad, solidaridad– y la realidad de amplios sectores sociales emergentes que aspiran a convertirse en actores sociopolíticos y culturales pero que tropie-

zan con la ausencia de los espacios públicos y los medios adecuados para concretar sus aspiraciones socioculturales y políticas insatisfechas.

En virtud de estas nuevas realidades socioculturales, que son universales, los objetivos y la concepción misma del desarrollo se han venido modificando notablemente desde que éste asumiera una posición prioritaria en la agenda internacional, al final de la Segunda Guerra Mundial. Inicialmente se identificaba el desarrollo con el crecimiento económico, para luego, en la medida que dicho crecimiento no respondía a las expectativas, incorporar gradualmente nuevas dimensiones del fenómeno como objetivos explícitos a perseguir: primero la superación de la pobreza y la inequidad social, posteriormente la sustentabilidad ambiental, en seguida la democracia y los derechos humanos, y más recientemente la identidad y el pluralismo cultural así como los valores y la ética.

Simultáneamente, la concepción del desarrollo fue ampliándose desde una perspectiva estrictamente nacional hacia su colocación como un subconjunto dependiente en interacción con el fenómeno del desarrollo global. Esta visión se ha acentuado notablemente en las últimas décadas con la aceleración, extensión y profundización del proceso de globalización del capitalismo. De ahí derivan nuevas demandas relacionadas con los resultados internos e internacionales que están produciendo los esfuerzos que realiza América Latina para acomodarse y reaccionar al *shock* contemporáneo de la globalización.

Ahora bien, las demandas sociales generales, tanto las internas como las que suscita la globalización, tienen un camino insoslayable de resolución que se da inevitablemente en la esfera de las políticas públicas, es decir, de lo político. Se expresan a partir de los juegos de intereses que movilizan las fuerzas políticas constituidas y las instituciones que enmarcan su accionar, los que tratarán de conciliar estas y otras demandas y establecer prioridades políticamente viables para algunas de ellas.

Esto implica superar el modelo mercadocéntrico en aplicación, que en lo que respecta a la periferia viene produciendo crecimientos mediocres y espasmódicos, extrema vulnerabilidad externa, desigualdad y pobreza y amenazas continuas de crisis económicas y sociopolíticas profundas. No se trata por cierto de retornar al modelo estadocéntrico, que cumplió al menos en parte su misión histórica modernizadora pero ya no es viable en las realidades contemporáneas. Se requiere un patrón de desarrollo sociocéntrico, cuyo eje fundamental consista en políticas deliberadas destinadas a responder a las nuevas demandas de la sociedad civil, en especial a la inclusión social y, por ende, a la transformación de la estructura ocupacional, ya que ambas están articuladas y son compatibles con políticas tecnológicas y de transformación de las estructuras productivas, con vistas además a una inserción dinámica en la economía internacional en su proceso de acelerada globalización.

El desarrollo es por tanto no sólo una cuestión política interna –una articulación amplia y firme de fuerzas sociales y políticas internas con una visión de mediano y largo plazo–, sino también una cuestión de política exterior, de geopolítica, que implica para nuestros países moverse mancomunadamente para contribuir a encauzar el desorden y desgobierno económico mundial y lograr transformaciones institucionales que eliminen el proteccionismo y faciliten el acceso a los mercados de los países industrializados y a la ciencia y la tecnología, a todo lo cual la periferia viene siendo particularmente sensible.

Brevemente, se trata de concebir el desarrollo de otra manera. No como una aspiración “modernizadora” estrecha de algunas élites que se apropian del aparato del estado para imponerle su visión a la sociedad, sino como el producto de un conjunto de demandas de la sociedad misma que se articulan y manifiestan democráticamente en lo que podría constituir un nuevo contrato social y se traducen y adquieren eficacia a nivel del estado mediante las políticas públicas. La sociedad movilizándolo al estado y

orientando al imperfecto pero insustituible mercado, de eso se trataría en el enfoque sociocéntrico. Cumplir con funciones y objetivos sociales exige que lo político –lo político expresado a través del estado– conduzca una transformación económica inspirada en las demandas de la sociedad y compatible con el mercado, en un contexto de globalización, que requiere nuevas regulaciones y cauces.

Las consideraciones precedentes poseen evidentemente un carácter embrionario y preliminar. Pero en definitiva, ellas dicen respecto al tránsito histórico que se ha venido produciendo de un enfoque estadocéntrico del desarrollo a otro mercadocéntrico, y de este último a un nuevo enfoque sociocéntrico. Creo firmemente que son estos tránsitos, y muy particularmente el segundo, aún en ciernes, los que delinear los grandes temas que necesitan ser abordados urgentemente en nuestros países.

En definitiva, el enfoque económico prevaleciente debe ser revisado críticamente a la luz de estas y otras consideraciones y flexibilizado mediante propuestas políticas y económicas creativas en materia de deuda externa, reforma del estado, políticas sociales y de empleo, re inserción internacional, reestructuración productiva y acumulación y progreso técnico, que hagan sostenible tanto la reorganización económica como el proceso de democratización que tan amenazado se ve actualmente.

Las condiciones económicas no pueden constituir un marco dogmático rígido, pero imponen ciertos límites cuya amplitud o estrechez depende de la eficacia, creatividad y responsabilidad con que los actores políticos y los equipos técnicos –incluidos los de los organismos financieros internacionales– logren articular y conducir el proceso político y la reforma económica. El desafío es formidable, pero también lo es la oportunidad de reorganizar nuestras economías y sociedades para lograr una nueva etapa de desarrollo democrático sustentable.

La reforma económica se hizo inevitable y necesaria. Lo que no es inevitable ni necesario es una reforma económica ultraneo-

liberal, con sus gravísimos costos económicos, sociales, ambientales y políticos. Hay que explorar alternativas más moderadas y menos costosas en cuanto a la forma de instrumentar y aplicar las medidas de política económica necesarias para llevar a cabo las reformas. La posibilidad de utilizarlas depende en lo fundamental de la capacidad de la clase política de reconocer su propia crisis de ideas y procedimientos, renovarse radicalmente y comprender que la reforma económica es una necesidad histórica contemporánea, y a partir de este reconocimiento lograr diseñar, estructurar y mantener un acuerdo social y político amplio, destinado en primer lugar a distribuir en forma más equitativa el inevitable costo social del ajuste y la reestructuración, y posteriormente también sus beneficios.

Existe perplejidad y confusión en los sectores de centro-izquierda por el giro neoliberal extremo que ha tomado con frecuencia la política económica. Hay para ello razones objetivas: el colapso del socialismo real; las crisis del desarrollo y de la deuda externa; la formación de economías y sociedades exageradamente estatizadas y burocratizadas en América Latina; los problemas del estado de bienestar en los países industriales; y la globalización de la economía y la sociedad, que reduce la libertad de maniobra de la política económica.

No obstante, hay también una poderosa razón ideológica: buena parte de la comunidad académica y la tecnocracia económica nacional e internacional utiliza el enfoque neoclásico positivo, que ha desarrollado la disciplina económica para analizar el funcionamiento del sistema capitalista, como un enfoque normativo (ideológico) destinado a transformar economías más o menos estatizadas en economías de mercado lo menos intervenidas posible.

Sin embargo, reconocer las fallas del estado y las nuevas realidades nacionales e internacionales, que entre otras cosas exigen una dinámica inserción internacional, y aceptar las funciones que en una economía capitalista corresponden al mercado y a la em-

presa privada, no autorizan a desconocer las fallas del mercado y sus insuficiencias dinámicas, sociales y ambientales, plenamente demostradas por la propia teoría neoclásica. A la luz de estas precisiones, se hace urgentemente necesario un examen sistemático, crítico y tan desapasionado como sea posible de las experiencias de reforma económica realizadas en la región con el objeto de extraer lecciones positivas para las orientaciones futuras de la política económica y del desarrollo de América Latina.

Es posible que con base en enfoques pragmáticos y las lecciones de la experiencia se puedan superar las dicotomías polares y aproximarse las posiciones entre los neoclásicos menos ideologizados con las tesis del desarrollo latinoamericano reformuladas en su versión neoestructuralista. Lo esencial es impregnar las políticas económicas y la institucionalidad pública de solidaridad mediante una amplia participación social, la descentralización, el fortalecimiento de los movimientos sociales y de los actores sociales más débiles así como las organizaciones no gubernamentales. Un campo amplio y complejo que tiene que ver en su esencia con lo que podría denominarse la “ampliación y profundización” de la democracia.

Una manera de interpretar el actual período histórico de transición, sería reconocer que se ha sacrificado el desarrollo por la estabilidad financiera, y contrastar la irracionalidad del capitalismo con la inviabilidad del socialismo. ¿Cómo impregnar el capitalismo con las inquietudes públicas y sociales del socialismo sin espantar al empresariado capitalista, evitando al mismo tiempo el autoritarismo burocrático militarizado de derecha o de izquierda y luchando por mayores libertades individuales y sociales? ¿Cómo lograr una síntesis de la máquina capitalista de crecimiento con la preocupación socialista por mejorar las condiciones de las mayorías oprimidas, explotadas, marginadas y discriminadas? ¿Cómo evitar que el proceso hacia la integración transnacional y la presión por una mayor competitividad se traduzca en desintegración nacional, económica, social y cultural? ¿Cómo

proteger los bienes públicos del asalto privado, burocrático y tecnocrático, como es el caso del medio ambiente, los derechos humanos y la justicia, entre otros?

Tal vez la hebra común de las inquietudes y propuestas en torno a estos temas es la búsqueda de una concepción más radical de la democracia. Una participación más estructurada y más amplia de la sociedad civil fortalecida: menos gigantismo burocrático estatal y empresarial y un control social más estrecho sobre ambos ejercido por una cadena reforzada y un tejido más denso de organizaciones ciudadanas para cumplir funciones públicas y para representar, en particular, a los grupos y sectores más débiles de la sociedad.

Hacia otras democracias*

Emir Sader

Democracia liberal: triunfo y crisis

UNO DE LOS ELEMENTOS políticos más significativos de la historia contemporánea es el contraste entre la generalización de los regímenes de democracia liberal y, al mismo tiempo, su crisis. Como si su máxima extensión fuese la condición de su realización y ésta, al mismo tiempo, de su crisis y agotamiento histórico.

La forma liberal de organización del estado surgió en oposición al estado absolutista y a los obstáculos a la libre expansión del capital. El liberalismo fue consolidándose conforme se constituyeron formas republicanas y parlamentarias de organización del poder político y se fue extendiendo el proceso de mercantilización capitalista, habiéndolo legitimado la Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre.

La solidaridad e incluso las contradicciones entre el liberalismo político y el económico –diferenciados sabiamente por la teoría política italiana con los términos liberalismo para el primero y liberismo para el segundo– produjeron muchas ambigüedades, pero no impidieron que ambos fuesen igualmente víctimas de las consecuencias de la crisis de 1929. Tres modelos alternativos todos antiliberales, en distintos grados y formas, surgieron a partir de la crisis hegemónica producida por los efectos de la crisis dis-

* En Boaventura de Sousa Santos (coord.), *Democratizar la democracia. Los caminos de la democracia participativa*, México, 2004, pp. 565-590.

putando el espacio que dejó libre el liberalismo: el “socialismo soviético”, el fascismo y el keynesianismo.

El fracaso de cada una de esas tres alternativas –a lo largo de las décadas siguientes– abrió campo para que el liberalismo político y el económico reaparecieran juntos como un nuevo proyecto hegemónico, asociando estado mínimo y extensión inédita de las relaciones mercantiles, bajo la égida del neoliberalismo. El mundo parecía rehacerse a imagen y semejanza de la utopía liberal.

A las tradicionales democracias de la Europa occidental se sumaron en las dos últimas décadas regímenes similares en la Europa oriental, sustituyendo a las entonces llamadas “democracias populares”; también en América Latina, en países donde había dictaduras militares, e inclusive en países africanos, de los cuales África del Sur se convirtió en el mejor ejemplo, aunque se extendió también a otros países, que pasaron a adoptar los criterios generales de los sistemas de democracia liberal. El panorama en su globalidad aparece como un avance impetuoso, al cual resistieron algunos pocos países, caracterizados como “antidemocráticos”, por antiliberales. Unos (como China, Cuba y Corea del Norte), tachados de no democráticos por la ausencia del pluralismo en el sentido liberal de la palabra; otros (como Irán, Irak y Libia), tachados de “fundamentalistas” por no ser estados ricos y por no separar religión y política.

Igualmente forma parte de esa tendencia la reconversión de regímenes como el de Indonesia y el de Filipinas, después de regímenes dictatoriales, así como Guatemala, El Salvador y Nicaragua, que habían vivido situaciones de enfrentamiento político-militares, al mismo tiempo en que el régimen político priísta de México sufrió su primera derrota nacional, abriéndose la posibilidad de instaurar un régimen democrático-liberal. En ese proceso, corrientes que pregonaban modelos políticos alternativos fueron derrotadas, como los regímenes del este europeo y del sandinismo, o se convirtieron –en este caso se incluye la incorpo-

ración de los movimientos guerrilleros de Guatemala y de El Salvador– al sistema político institucional.

La euforia liberal proclamaba, en el caso de América Latina, por ejemplo, un continente poblado de democracias, del cual desentonaba sólo Cuba, como un distante punto rojo en el mapa convertido a la democracia. A tal punto que, al regresar de una visita a Cuba, el entonces ministro de Relaciones Exteriores de Brasil –el país más injusto del mundo, según datos de las Naciones Unidas, por lo tanto el país socialmente menos democrático– declaró que Cuba no estaba preparada para el retorno a la comunidad Latinoamérica, entiéndase la OEA, pues no era un país democrático.

Sobre ese nuevo mapa político la ideología de la democracia liberal pasó a ser el horizonte histórico más avanzado en el mundo contemporáneo –sea en la versión de Fukuyama o en la de Huntington, o incluso en la de Dahrendorf–, con la democracia identificada con la democracia liberal. Ese reduccionismo ganó aires de universalidad constituyéndose en una canonización consagrada y multiplicada por varias instancias, prácticamente sin ningún tipo de impugnación.

La naturalización de la democracia liberal se hizo crecientemente bajo su variante norteamericana –con campañas electorales mediáticas, partidos cada vez menos diferenciados, financiamientos millonarios, sustitución de las calles y plazas por la privacidad de las casas–. Su ideología busca identificar al ciudadano con el consumidor y el proceso electoral con el mercado –que sería, en palabras de George Soros, más democrático que las elecciones. La formación de la opinión pública, por su parte, se hace cada vez más por la acción de los grandes medios de comunicación, que cada vez son más condicionados por criterios comerciales de búsqueda de audiencia y de publicidad. Al mismo tiempo que era naturalizada también la economía capitalista de mercado como la forma por excelencia de organización de la economía. Ese par constituye el núcleo de la hegemonía liberal contemporánea.

Sin embargo, después de un clima eufórico que siguió a 1989, la década siguiente presencié un proceso de deterioro de los sistemas políticos. La particularidad es que ese deterioro –con pérdida de la legitimidad de los gobiernos, de los legisladores y de la justicia, debilitamiento de las organizaciones sociales, corrupción de las ideologías y de los partidos, desinterés electoral y político general, ausencia casi total de debates políticos relevantes– ocurrió dentro de los sistemas políticos liberales, sin su ruptura.

Casos como los regímenes de Fujimori o de Carlos Menem, en América Latina, por ejemplo, son típicos de ese deterioro –en el primero se dio la disolución del poder judicial, el cierre del Parlamento y la imposición de una nueva Constitución, con la nominación por el “presidente” de Perú de la totalidad de los nuevos tribunales de justicia– y sirven para demostrar la elasticidad que ganó el concepto de democracia liberal, al mismo tiempo que evidenciaba su desgaste. Dentro de la propia Europa occidental aumentó de manera significativa la abstención electoral, sorprendiendo todavía más cuando batió todos los récords en las elecciones para el Parlamento europeo, expresión política de la victoriosa unificación europea en 2000.

Pero el fenómeno es generalizado, porque el piso económico en que se sustentan los sistemas políticos de democracia liberal –la extensión sin precedentes de la mercantilización– fue universalizado con la hegemonía neoliberal en el mundo. La corrupción de la política, el desinterés por todo lo que es público, la privatización exacerbada de las relaciones sociales y del propio estado, todo lleva a una crisis de la política, inducida por la corrosión de la estructura social y de la cultura por las relaciones mercantiles sin contrapeso de la acción –hasta un determinado– momento reguladora del estado.

En América Latina, una región que padeció sus más profundas transformaciones regresivas en dos décadas, el neoliberalismo se convirtió en la ideología oficial de las “nuevas democracias”, que pasaron a ser enjuiciadas por la mayor o menor presencia del

estado en la economía, por un mercado de trabajo más o menos a-regulado, por la apertura mayor o menor de la economía. Las relaciones mercantiles invadieron de tal forma todos los espacios sociales, que el propio tema de la reforma del estado ganó connotaciones estrictamente económicas. Reformar el estado dejó de ser sinónimo de su democratización para ser confundido con la reducción de sus funciones reguladoras, con su readecuación al objetivo –asumido como– superior del ajuste fiscal. Éste pasó a ser el tamiz por el cual se filtraron todas las políticas, evaluadas como positivas o negativas según contribuyan o no al equilibrio de las cuentas públicas y a la estabilidad monetaria. Cualquier proyecto de reforma política enviado por los gobiernos al parlamento puede ser medido por cuánto se desea economizar en los gastos del estado y cuántos derechos serán anulados para alcanzar ese objetivo.

Los dos aspectos del liberalismo entraron frontalmente en choque: el liberalismo económico corroe las bases del estado de derecho, como uno de los componentes del liberalismo político. El liberalismo económico, al promover las relaciones mercantiles, desconoce, por definición, los *derechos*. Por otro lado, las reformas laborales alimentan fuertemente la fragmentación social, debilitando la capacidad asociativa de los individuos, mientras los gobiernos neoliberales enfrentan duramente el movimiento sindical y los movimientos sociales –algunos de sus principales adversarios–. El cruzamiento de los dos debilita la capacidad reivindicativa de esos movimientos y promueve intentos de soluciones individuales, de las cuales la proliferación de adhesiones religiosas y de la literatura de autoayuda son algunas de sus expresiones. Correlativamente, el modelo de comportamiento “de éxito” pasó a ser el de grandes empresarios, como ejemplos en esa búsqueda individualizada de la solución de los problemas de cada uno.

Dos décadas de hegemonía de ese tipo de valores y de modelo de sociedad desarticulaban buena parte de la estructura pro-

ductiva de los países del hemisferio Sur, fragilizaron sus economías por la hegemonía del capital financiero y por la dependencia del capital especulativo, debilitaron la capacidad de sus estados para garantizar derechos y para dirigir procesos de democratización social, aumentaron rápidamente la mercantilización de la cultura y debilitaron todos los elementos que conforman la política –además del estado y de los gobiernos, los partidos, los parlamentos, las campañas electorales, los debates políticos, la cultura política, el interés por el destino de las sociedades–.

Fue tal la corrosión que las políticas neoliberales produjeron en la base de las relaciones sociales, que hoy tal vez no se pueda decir que los regímenes políticos que padecieron esas transformaciones correspondan a los modelos liberales, dado que tales gobiernos concentraron poderes, muchas veces gobernando por decreto, los parlamentos fueron vaciados, los partidos políticos se descaracterizaron ideológicamente, las elecciones dejaron de representar disputas de alternativas, el poder del dinero corrompió los procesos electorales y el propio ejercicio de los gobiernos. Una versión bastarda de los modelos liberales se fue imponiendo, fragilizando la política y el estado, a favor de la financiación y de la primacía de la economía sobre toda la vida social.

De la resistencia a alternativas

La década de 1980 representó para los países periféricos y semiperiféricos del capitalismo no una *década perdida*, sino el ingreso en *décadas perdidas*, en el sentido de ruptura con los proyectos de desarrollo económico que, aunque de manera muy desigual, representaban formas de promoción social para grandes capas de la población. Fue exactamente en ese marco que, a contracorriente, se desarrollaron movimientos sociales, formas de organización, políticas locales y regionales, actividades de lucha por derechos que, explotando necesidades reprimidas de la población, señalan hacia horizontes de negación y de superación del

cuadro descrito arriba. Dentro de ellos, todo aquello que puede ser incluido en el tema de la *democracia participativa* tiene un significado especial, porque representa de manera abierta un contrapunto a algunas de las presuposiciones esenciales de la democracia liberal tal como fue divulgada y practicada en los idearios y en los gobiernos neoliberales.

El carácter avasallador de las formas de imposición de la hegemonía neoliberal hizo que, durante cierto tiempo, prácticamente existieran sólo movimientos de resistencia –sindical, comunitaria, política– a su ofensiva. Es como si esa ofensiva tuviese éxito no sólo para debilitar las bases sociales y políticas de movimientos alternativos, sino también para introducir la idea de que “no hay alternativa” a sus políticas, dividiendo incluso las modalidades de reacción entre las formas de lucha meramente defensivas y las que consideraban que podrían dar respuestas distintas a los términos de los problemas puestos por el neoliberalismo, como las políticas de ajuste fiscal, por ejemplo. En el plano teórico, hubo una ausencia casi total de análisis históricos globales, como si se hubiese aceptado que “las grandes narrativas” ya no serían posibles. Ese período tuvo su auge en la primera mitad de los años noventa, como consecuencia directa de la caída del muro de Berlín y del fin de las URSS, en cierta manera “confirmados” por la derrota del régimen sandinista y por el rumbo tomado por China.

Las primeras formas de resistencia asumieron expresiones *locales*. Esas protestas encontraron en los territorios particularmente abarcados por las reestructuraciones neoliberales sus espacios privilegiados de aglutinación de una población víctima de distintas maneras, ya sea por la pérdida de empleo formal, por el deterioro de los servicios públicos, por los atrasos de salarios, por la violencia policíaca, entre otros temas. El sentimiento de “exclusión social”, resultado de la pérdida de derechos, tendió a promover nuevas formas de organización, de protesta y de conciencia de vínculo.

Por otro lado, las políticas de ajuste fiscal, impuesta desde las alturas del estado, encontraron en los espacios locales –frecuentemente en gobiernos municipales– sus eslabones más fuertes de resistencia, y que más tarde fueron alcanzados por esas políticas. Además, los gobiernos municipales son, normalmente, más responsables de las políticas sociales, elemento fundamental de resistencia y movilización popular, por ser especialmente atacadas por las políticas de equilibrio fiscal.

Entre un factor y otro, se fue diseminando una ideología de apología de lo *local*, que tuvo en la afirmación “Pensar global, actuar local” su expresión más usual, haciendo, en cierta manera, de la limitación una virtud, pues abandonaba los espacios globales, donde se consolidaba el neoliberalismo, aunque buscarse explotar todas las fuerzas que esas experiencias locales permitían. Así, mientras la globalización neoliberal avanzaba por arriba, en el plan internacional y en los estados nacionales en procesos de internacionalización, se desarrollaban experiencias locales de gobierno, de movimientos sociales, de políticas sectoriales, que renovaban la práctica social y política, cuando las formas de lucha tradicionales se mostraban impotentes: lucha parlamentaria, elecciones, lucha sindical tradicional.

Es muy significativo que el Foro Social Mundial haya encontrado su sede en Porto Alegre, como si determinasen encontrarse con una de las más avanzadas experiencias de democracia participativa en el nivel local y el amplio y diversificado movimiento de discusión de la globalización liberal para ajustar cuentas, verificar sus ondas, confrontar sus reivindicaciones y colocar los marcos de construcción de una propuesta hegemónica alternativa a la globalización liberal.

Democracia participativa y semiperiferia

Este primer volumen de colección *Reinventar a emancipação social: para novos manifestos* (Reinventar la emancipación social:

para nuevos manifiestos) reúne varias experiencias englobadas bajo el título de *Democracia participativa*, incluyendo movimientos sociales, de instituciones y actores, así como experiencias concretas de democracia participativa propiamente dicha, en seis países de tres continentes, en la llamada semiperiferia del capitalismo, con excepción, por contraste, de Mozambique, situado en la periferia pobre.

Será necesario, antes que nada, tratar de esclarecer un poco el significado de dos referencias centrales de esas elecciones: el significado de *democracia participativa* y el de *semiperiferia*, con consecuencias directas en este caso.

Las experiencias políticas que asumieron el nombre de democracia participativa en general se oponen o buscan complementar las formas de democracia representativa. En este caso, se trata de experiencias de políticas de afirmación del estado de derecho, de planeamiento territorial, de “responsabilidad social” de empresa, de participación de las mujeres en la lucha política, de democracia participativa de sus formas clásicas o de presupuesto participativo, de afirmación de derechos sociales. Se sitúan ya sea en la contraposición entre derechos asegurados formalmente, aunque por costumbres negados en la realidad, ya sea en la profundización de la relación entre ciudadanos y decisiones del poder político, o de rescate de “minorías políticas”, de género o de etnia.

La mayor novedad, como veremos, viene de las propuestas que señalan hacia la reforma democrática del estado, tocando temas esenciales de los modelos liberales, que suponen separaciones muy claras entre gobernantes y gobernados, con el monopolio de decisiones en manos de aquéllos y sistemas de delegación política que alinean la capacidad de control y de influencia de los electores sobre sus representantes. Ése es el caso, por ejemplo, de las iniciativas del presupuesto participativo, que apuntan hacia la socialización de la política y del poder, asumiendo positivamente la alternativa puesta por Gramsci, para quien existe dos tipos de

políticos: los que luchan para disminuir la separación entre gobernantes y gobernados y los que luchan para superarla.

Una de las cuestiones que se expone con respecto a las propuestas de democracia participativa es la calificación del término *participación*. Para la concepción individualista del mundo y de la política del liberalismo, el voto es la forma central de participación, siendo atribuido un cierto carácter sagrado, simbólico, al acto de votar. Pero ese vínculo tenue oculta prácticamente una delegación similar a un cheque en blanco, haciendo que ese vínculo sólo sea retomado cada tantos años, de acuerdo con el calendario electoral. La autonomía del político –uno de los elementos estructurales típicos del capitalismo, por la apariencia de “intercambio de iguales” impresa en la relación capital-trabajo, liberando lo político a un universo de “iguales frente a la ley”– es extrema en la relación entre la pasividad de los electores y la extrema actividad monopolizada por la élite política gobernante. A eso el liberalismo llamaría *participación* y sabemos cómo teorías políticas contemporáneas consideran la apatía del electorado –abstención, voto en blanco– como un síntoma de “madurez” política de una sociedad.

La política se convierte en una actividad particular, ejercida por profesionales, que constituyen una élite política, responsable de la “gerencia” de las sociedades a través del estado, considerado éste cada vez más como una “empresa”. Se renuevan así las teorías de las élites, cosificando la política y aislándola de las relaciones sociales.

La corrupción de la política juega a favor del imperio sin contrapesos de la economía, favoreciendo el financiamiento del estado, la destrucción de los derechos y las formas de regulación estatal. La gran prensa hace jugar “mercado” contra “política”, aquella como portadora de la “racionalidad” frente al “corporativismo”, a la “incomprensión”, a la “incompetencia” de los políticos.

La polarización entre políticos corrompidos que disputan

prebendas del estado, miembros de partidos con ideologías mutantes y economistas que personifican la fría racionalidad de las grandes corporaciones, del capital financiero y del ajuste fiscal, descalifica el debate político, promueve el desinterés por la política y favorece la apatía y la desmovilización que, a su vez, dejan el campo todavía más libre a la captura del estado por el gran capital privado y su lógica mercantilizadora y de maximización incesante de los lucros.

Las iniciativas de democracia participativa buscan romper ese círculo vicioso, rescatando la dimensión pública y ciudadana de la política. Esas iniciativas tienden en algunos sentidos diferentes: uno de ellos es el de la movilización de sectores sociales interesados en la realización de políticas públicas –salud, saneamiento básico, educación, seguridad pública–, llevando a los gobiernos y a los parlamentos reivindicaciones y buscando formas de concretarlas, presionando, controlando, buscando mantener un grado de movilización que pueda establecer una nueva relación entre un sector de la ciudadanía y la política.

Otro tipo de iniciativa es la que no se limita a intentar dar más vigor a una democracia liberal debilitada, sino que apunta a formas alternativas de organización del sistema político. Desde las formulaciones de Nicos Poulantzas (1981) sobre la combinación entre democracia representativa y democracia directa, esa formulación no había encontrado fórmulas que la materializaran, hasta que el proyecto del presupuesto participativo señaló precisamente en esa dirección, introduciendo en el sistema representativo tensiones fuertes, que cuestionan sus formas de existencia y al mismo tiempo formulan embriones de reforma democrática radical del estado, representando las tendencias más avanzadas y ricas de propuestas de democracia participativa en las últimas décadas.

Cuatro de los países elegidos en el proyecto corresponden precisamente a lo que podemos llamar *semiperiferia*: India, África del Sur, Brasil y Colombia, los otros dos funcionan como con-

trastes, ya sea por la situación del país atrasado del centro del capitalismo –Portugal–, o como país estrictamente periférico: Mozambique. Los primeros fueron protagonistas de uno de los más importantes fenómenos del siglo XX: procesos de industrialización en la periferia del capitalismo. Hasta ese momento la dicotomía centro-periferia correspondía a aquella entre países industrializados-países agrícolas y entre países urbanizados-países agrarios. A lo largo del siglo XX, países como la India, África del Sur, Brasil y Colombia desarrollaron grados distintos de industrialización, diferenciándose de los otros y asumiendo posiciones que pueden caracterizarse como semiperiferia.

De manera coincidente o no, ninguno de los países –incluyendo Portugal y Mozambique– tiene gran tradición democrática. La India y Colombia tienen, formalmente, una cierta continuidad institucional, que puede ser contada en décadas, pero la calidad de las democracias realmente existentes en esos países no certifica la existencia de un sistema democrático consistente. En el caso de Colombia, la existencia de un estado de derecho puede ser cuestionada, a partir del momento en que la acción de dos fuertes movimientos guerrilleros, además de grupos paramilitares, controlan extensas regiones, sobre las cuales el estado colombiano no logra extender su acción.

África del Sur acabó de salir de un largo régimen de *apartheid*. Mozambique transita desde hace pocas décadas por un régimen independiente, marcado por profundos enfrentamientos militares. Portugal también logró reinstalar un régimen democrático desde hace menos de treinta años, después de varias décadas de dictadura, mientras que Brasil tuvo pocos períodos de continuidad institucional, en medio de varios de dictadura y sólo en los últimos quince años volvió a gozar de un régimen democrático.

Cinco de los seis países, que se sitúan en la periferia del capitalismo, fueron víctimas privilegiadas del proceso de globalización liberal, que corroyó las estructuras sociales y debilitó los sis-

temas políticos. Cuatro de ellos, después de haber logrado romper, en cierta medida, el límite de países agrarios y agrícolas, fueron considerados “potencias intermedias emergentes”, desarrollando cierto grado de industrialización y viviendo un acelerado proceso de urbanización, constituyendo proyectos nacionales que permitieron la integración, económica y social, de proporciones crecientes de su población.

El cuadro de experiencias revela dos vías distintas de lucha por la emancipación política. Una es el marco de la guerra de guerrillas, donde el caso colombiano es el más significativo, y representa una estrategia insurreccional dentro de la cual las formas de lucha democrática buscan encontrar espacio para su acción y su reconocimiento. La otra se inserta en la estrategia de reforma democrática radical del estado, representada por las experiencias de presupuesto participativo, particularmente aquellas iniciadas en Porto Alegre, en el sur de Brasil. Entre ellas, encontramos una serie de experiencias sectoriales –como la de las mujeres de Mozambique, por ejemplo– cuyos marcos estratégicos no llegan todavía a tener un proyecto consolidado.

COLOMBIA: ENTRE DOS MUNDOS

Colombia es el objeto de tres trabajos que pueden ser analizados conjuntamente, unidos por la situación particular que vive ese país. Esa particularidad viene, por un lado, de la situación de extrema tensión que vive el estado de derecho, entre un sistema formal de democracia representativa y un estado real de guerra, donde tanto las normas jurídicas son precariamente obedecidas como el propio control del estado nacional sobre el territorio es formalmente cuestionado por una zona bajo la dirección de uno de los movimientos guerrilleros y otras zonas de hecho controladas ya sea por otro movimiento guerrillero o por fuerzas paramilitares. Una de las especificidades de la situación viene de la yuxtaposición de gobiernos electos por el voto popular –incluso con

el peso tradicional de la abstención en el país– con una situación de dobles poderes, de enfrentamientos militares abiertos entre el ejército –apoyado por el gobierno norteamericano– y los movimientos guerrilleros, además de la acción igualmente abierta de las fuerzas paramilitares, lo que genera situaciones ambiguas, contradictorias, ilusorias e inauditas.

El punto de comparación, por lo menos el escenario ideal imaginado por el gobierno de Estados Unidos, es el de América Central, en particular de Guatemala y El Salvador –donde los movimientos guerrilleros fueron llevados a reciclarse por el proceso político institucional, marcando el fin de la lucha armada y el inicio de su participación en los procesos electorales–, inclusive, de forma más clara en el caso de El Salvador, asumiendo gobiernos, como el de la capital de aquel país, y conquistando la primera mayoría del Parlamento. Sin embargo, en su conjunto, se trata de una asimilación de movimientos insurreccionales a procesos institucionales, con el término de la lucha armada que había durado varias décadas, cuatro, en el caso de Guatemala.

Aunque con semejanzas, las negociaciones de paz en El Salvador y en Guatemala tuvieron diferencias importantes. Sucedieron a partir de las relaciones entre dos partes –gobierno y movimientos guerrilleros agrupados en el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional– en El Salvador, y en la relación tripartita en Guatemala –gobierno y movimiento guerrillero en torno a la Unión Revolucionaria Nacional de Guatemala y las comunidades indígenas–. Éstas representaron de manera autónoma los movimientos sociales, con plataforma propia, traducida en una serie de conquistas específicas para las comunidades indígenas.

A diferencia de los países de América Central, los movimientos guerrilleros colombianos no muestran disposición para la conversión, estableciendo términos de negociación de paz –con una serie de condiciones que difícilmente podrían cumplirse–, después de las cuales podría haber una pacificación del país. Sin embargo, las condiciones en que se dan las negociaciones en Co-

lombia no son las de paralización de la capacidad de expansión de la guerrilla –por lo menos ésta no la considera así–. Esto condiciona fuertemente un reciclaje institucional, pudiendo ser retomadas comparaciones, también por parte de los movimientos guerrilleros, con los términos en que los vietnamitas negociaban con los norteamericanos, es decir, como una fase más de un largo proceso de guerra revolucionaria, no abandonada por esos movimientos.

La otra especificidad de la situación colombiana está en el desafío de combinar o cambiar las formas de lucha –de la estrategia insurreccional a la de reforma radical del sistema institucional–. Joan Garces había indicado en su dramático balance de la experiencia de gobierno socialista institucional de Salvador Allende (Garces, 1996) cómo la elección de una línea de acción implica una opción que prácticamente de manera automática elimina la otra. Es decir, una vez hecha la opción por una vía de lucha legal, se hace imposible, por más argumentos que se acumulen a favor del cambio, reconvertir la lucha a una vía insurreccional.

Este desafío aparece en el caso colombiano como producto de la esquizofrenia política que el país sufre desde la guerra civil iniciada a fines de los años cuarenta, que instaló un proceso de enfrentamiento militar abierto en el campo –primero entre conservadores y liberales, después entre ejército y movimientos guerrilleros– y una convivencia institucional en las ciudades. En la actualidad esa escisión asume la forma de movimientos de lucha por la paz en las ciudades y de situaciones de guerra en el campo, ya sea de enfrentamientos abiertos, o de compromisos que definen zonas de control militar.

Desde el punto de vista de los movimientos sociales analizados en el libro, el de la lucha de los *cocaleros* en Putumayo y en la Baja Bota Cauca y el caso de San José de Apartadó, sus relaciones con los movimientos guerrilleros son diferentes e inclusive cambian con el tiempo. Conforme son víctimas del estado –represión, exclusión, estigmatización– se acercan a los movimien-

tos guerrilleros, pero conforme luchan por la inclusión, por el reconocimiento, por la conquista de un espacio de acción, implícitamente buscan formas de incorporación, con la ampliación de la capacidad del estado para incluirlos. La impresión que queda es que la participación reivindicada sucedería en otro tipo de estado. Algunos movimientos definen una especie de “unión moral con la guerrilla”, a partir de la conciencia del enemigo común, pero al mismo tiempo, como se definen a sí mismos como miembros de una Comunidad de Paz y la guerrilla es un agente que adquiere sentido por el ejercicio de la guerra, sienten que tienen objetivos distintos.

La cuestión de base que se expone es la de saber en qué medida un proceso de guerra de guerrillas comporta un proceso análogo, promovido por ella o autónomo, de emancipación popular. Los grados de centralización estratégica necesarios a la estrategia militar, el peso de la logística, de las grandes operaciones, del sigilo, etcétera, imponen una forma de centralización de la acción y de la organización, de disciplina militar, en que la lógica de la guerra –incluso de una guerra que pretende tener un carácter popular– se impone sobre la de la acción política de masas y, de esa manera, subordina las formas democráticas de consulta y de acción a las presiones del enfrentamiento militar.

La lógica estratégica de la acción guerrillera descende de las formulaciones de la guerra popular de Mao Tse Tung, reproducidas en Vietnam y adaptadas al movimiento guerrillero cubano, es decir, en el establecimiento de zonas liberadas, donde se empieza la construcción de órganos de doble poder, conforme la fuerza armada insurreccional va conquistando el control de zonas cada vez más amplias del territorio en disputa. En todos los casos se trata de países con la gran mayoría de las capas populares concentrada en el campo y con predominio de economía agrícola. La conquista territorial coincidía con la erosión de las bases económicas y sociales del poder establecido y con la construcción del nuevo poder emergente.

Desde el surgimiento del movimiento guerrillero colombiano cambió el peso relativo del sector urbano y rural en el país, así como la distribución de la población. Actualmente la economía del país es mucho más diversificada que en los años cuarenta o cincuenta, y cuenta con un sector industrial y de servicios relativamente grande en las ciudades, donde se concentra la mayoría de su población. Frente a esa situación, el desafío para los movimientos guerrilleros es el de enfrentar una bifurcación entre el campo –como espacio privilegiado de acción armada y de establecimiento de zonas liberadas– y la concentración social urbana de la mayoría de las capas populares y de los centros básicos del poder.

Los fenómenos analizados en los textos de este libro están en el centro de esos dilemas: de qué manera los movimientos populares pueden luchar por sus intereses frente a un cuadro de polarización político-militar entre las fuerzas guerrilleras y las del estado, cuadro agravado por la presencia de las fuerzas paramilitares. Una de las vías es la de luchar al lado, como aliados, de los grupos guerrilleros. Otra es la de buscar autonomía frente a las fuerzas en conflicto. En ambas está presente la conciencia de que la resolución general de los enfrentamientos depende de la relación de fuerzas entre los oponentes político-militares y, en especial, de su desenlace.

La alianza con los movimientos guerrilleros permite un alineamiento social y político definido frente al estado y los paramilitares, y la inclusión de sus reivindicaciones en una plataforma más general de transformación estructural de la sociedad y del estado. En compensación, los movimientos en esa situación sufren todo el peso de la represión estatal y de la acción de los paramilitares, sin tener siquiera condiciones de autodefensa, además de que padecen la descalificación gubernamental –y de la prensa alineada con el gobierno– de que serían sólo un brazo civil de la acción guerrillera, lo que justificaría la acción represiva sobre ellos. Esa reducción a una especie de base social de apoyo de la

guerrilla sin corresponder a una adhesión efectiva, ni a un vínculo formal, tampoco permite que esos movimientos discutan de manera clara estrategias comunes con las fuerzas guerrilleras, quedando en una situación incómoda y, de alguna manera, de impotencia.

Por otro lado, la posibilidad de una actuación autónoma supondría, por una parte, la equidistancia –difícil, si no imposible, frente a un estado que cada vez más apela a métodos de contrainsurgencia, con una participación creciente y abierta del gobierno de los Estados Unidos– entre dos fuerzas político-militares en confrontación abierta y la creación de un espacio propio de actuación y de acumulación de fuerzas que alterase los términos del conflicto. Los intentos analizados se dan en el campo, terreno privilegiado de los enfrentamientos militares y, por eso mismo, territorio más necesitado de una acción de ese tipo, pero, al mismo tiempo, donde menos espacio parece haber. Los intentos más fructíferos, por lo menos en términos de reflejar el sentimiento de partes significativas de la población, ocurren en las ciudades, con las manifestaciones por la paz, especialmente después de algún acto terrorista de mayor impacto –ya sea el asesinato de personajes públicamente conocidos por su acción pacifista, ya sean periodistas o personajes con presencia activa en los medios en general– y en los intentos de formación de comités de intermediación, buscando ya sea fortalecer el proceso de paz en desarrollo, o proponer nuevos términos para su realización.

La mayor prueba para el futuro del país es el Plan Colombia. Puesto en práctica, representará un desafío para las instituciones existentes y, principalmente, para las posibilidades de construcción de espacios cívicos y de afirmación de la ciudadanía en medio de la profundización y extensión previsible de los enfrentamientos armados, con una militarización todavía mayor de toda la vida del país. La propia lucha para evitar su implantación plena puede ser un motor de lucha de los movimientos que buscan afirmar los espacios de construcción de los proyectos de emanci-

pación popular, además de las formas asumidas hasta aquí por los enfrentamientos político-militares que delimitan toda la vida de Colombia en las últimas décadas.

La experiencia relatada de lucha por la afirmación del estado de derecho refleja, significativamente, el conjunto de los fenómenos que vive Colombia. Lo paradójico está en la yuxtaposición de un régimen institucional considerado democrático por los modelos liberales y con una continuidad de casi cinco décadas, y una situación de guerra abierta en que se vigorizan las normas del enfrentamiento militar. En esas condiciones, con muertes, asesinatos, secuestros, amenazas, extorsiones, ¿qué espacio puede quedar para la actuación de la justicia?, ¿qué grados de legitimidad y de eficacia puede tener ésta cuando el mismo estado está comprometido con acciones abiertamente ilegales, ya sea de parte de su ejército o de los grupos paramilitares ligados a él?

Precisamente cuando el sistema político pierde legitimidad, se abren posibilidades de recuperación de la legitimidad para el estado de derecho por parte de la justicia, en la búsqueda de la afirmación de derechos fundamentales. En ese contexto de fragmentación institucional y de falta de hegemonía del estado, se abre un espacio para la acción del Tribunal Constitucional, una experiencia singular y única en situaciones como la vivida por Colombia.

Los casos abordados por el relato revelan sectores sociales desprotegidos en medio del fuego cruzado de los grupos en combate: indígenas, trabajadores sindicalizados, movimientos homosexuales y deudores hipotecarios –desvalidos unos y otros en grados diferentes, pero igualmente sin espacio para la afirmación de sus derechos. Justamente la lucha por la conciencia de que puede ser sujeto de derechos –es decir, ciudadanos– es el objetivo central del trabajo del Tribunal, aunque precisamente el desdoblamiento de esa conciencia es el que revela sus contradicciones y límites en el cuadro de una situación de guerra.

La conciencia de los derechos lleva a la exigencia de su cum-

plimiento, exactamente por la instancia que debería garantizarlos: la justicia. Se multiplican entonces las demandas, frente a la impotencia del poder judicial para forzar el cumplimiento de sus determinaciones. El riesgo es la corrupción de la justicia, pero la tensión está siempre presente entre aquella conciencia y sus límites, incentivando al mismo tiempo la lucha por un estado de derecho. En esa estrecha línea entre la afirmación de los derechos y las dificultades para realizarlos se hace la apuesta de los que ven en el Tribunal –con razón– una instancia de superación de los conflictos que llevaron y mantienen a Colombia en una situación de guerra y de *impasse*.

MOZAMBIQUE:

LA MUJER EN LUCHA INSURRECCIONAL Y DESPUÉS

La experiencia relatada en este volumen sobre la situación de las mujeres militantes en Mozambique después de la Independencia –pero con la continuación de los enfrentamientos bélicos, durante varios años, en los choques con los contingentes de extrema derecha– se revela un caso único, diferente de los otros, tanto por abordar un tema de género como por darse en el centro de un movimiento guerrillero que llegó al poder, con todas las formas de transición que eso supone concretamente.

Los dilemas son difíciles y dramáticos. De alguna forma se reprodujeron en todos los procesos históricos similares: Cuba, Nicaragua, Angola, por mencionar algunos de ellos. La revolución nicaragüense había innovado con relación a la cubana, ocurrida veinte años antes. Dentro de las novedades estaban la reivindicación de la militancia religiosa, a partir de la teología de la liberación, y la participación de las mujeres –como militantes y hasta como dirigentes, inclusive militares–. En Cuba ellas tenían, como máximo, el papel de correo, la imagen del revolucionario se identificaba directamente con el guerrillero barbudo.

Sin embargo, en cualquiera de los casos, el paso más signifi-

cativo es aquel del momento político-militar –de la “guerra de guerrillas”– al ejercicio del poder y de la construcción de una nueva sociedad. Puede decirse que las alternativas mencionadas en el caso de Mozambique no son sustancialmente diferentes: prolongación de la posición subalterna, típica de la lucha insurreccional; intento de creación de un espacio dentro del movimiento o partido o la búsqueda de afirmación afuera, en movimientos sociales, directamente feministas o afines. Todos con sus pros y contras, oscilando entre el privilegio de la “política” en el sentido clásico de la izquierda tradicional –relaciones de poder, disciplina, privilegio, cuando no exclusividad, de las contradicciones de clase– a la asunción de la imposibilidad de hacer compatible las reivindicaciones de género con las prácticas partidarias.

La primera alternativa representa para las mujeres, y para las reivindicaciones feministas, una renuncia a favor de los grandes enfrentamientos políticos encarados por las direcciones partidarias, normalmente ejercidas por hombres. Desde ese punto de vista, significa no que los militantes no tengan sexo, sino que son hombres, y las mujeres, para participar de la práctica político-partidaria, necesitan reproducir esas prácticas –de manera paralela a la política tradicional.

La segunda constituye el mayor desafío: el de hacer compatible, en un marco permanente de tensiones, las reivindicaciones y el reconocimiento de las mujeres como tales en la práctica político-partidaria. Para lo cual sería necesario que se transformase en política concreta la formulación destacada por Boaventura de Sousa Santos según la cual habría que hacer compatible la reivindicación de la igualdad con la de la diferencia. En este caso, reconocer los mismos derechos de las mujeres de ocupar puestos, participar en la vida política y, al mismo tiempo, crear formas específicas para que esto suceda según las particularidades de las mujeres.

Lo que significa ciertamente cambiar las normas por las cuales esa práctica se ha dado, empezando por la larga ocupación del

tiempo de las reuniones y otras actividades similares, que suponen un hombre “libre” de funciones privadas –desarrolladas por sus esposas u otras mujeres–, disponible para actividades prolongadas. Significa, en segundo lugar, la adopción, aunque transitoriamente, de políticas de cuotas para puestos en el partido y en el gobierno, como ya son adoptadas en varias entidades sociales y políticas, como forma de recuperación del atraso históricamente producido de las condiciones para que las mujeres puedan obtener las capacitaciones necesarias para cumplir, a su manera y en sus tiempos, con las funciones de mayor responsabilidad en las organizaciones.

Las dificultades son mayores –en lo que el texto sobre Mozambique es un buen ejemplo– por el debilitamiento político e ideológico de las fuerzas políticas una vez que llegan al poder, acentuado en el marco de la crisis de identidad de los partidos de izquierda después del fin de la URSS y de las referencias ideológicas que representaba. Procesos de burocratización y de corrupción –véase igualmente el caso de los sandinistas en Nicaragua– debilitan todavía más la disposición de los liderazgos de esos movimientos para un proceso de democratización en el cual las mujeres han demostrado más sensibilidad tanto para las reivindicaciones de base como para formas de administración éticas y transparentes, por su propia cualidad de *out-siders* en la política tradicional.

La puesta en práctica de políticas centradas en el ajuste de las cuentas públicas acabó por disminuir todavía más la retaguardia social que las mujeres necesitan para poder hacer compatibles sus funciones privadas en la familia con sus actividades públicas, situación que es más grave en países con grados de desarrollo económico y social menores, como los casos de Mozambique y de Nicaragua, entre otros.

Después de un período de ascensión social, las mujeres en el conjunto de la sociedad y las mujeres militantes en las organizaciones políticas y en los gobiernos vieron que su situación se es-

tancaba y que incluso retrocedía. Se debilitó su retaguardia, especialmente en los medios populares, por la multiplicación del número de familias donde las mujeres se encargaron solas del cuidado de los hijos, combinando con grandes dificultades esas funciones con aquellas por las cuales luchan para ocupar en el espacio público.

El destino del neoliberalismo y de sus políticas económicas y sociales, con su propia influencia en partidos y movimientos originados en la izquierda, entre los cuales están aquellos que protagonizaron procesos políticos radicales en el pasado, como los casos de Mozambique, África del Sur y Nicaragua, entre otros, definirá el espacio de lucha de las mujeres para afirmar sus derechos y su capacidad para protagonizar ellas mismas una política renovada o permanecer maniatadas en los marcos actuales de discriminación y de segregación.

BRASIL:

HACIA LA SOCIALIZACIÓN DE LA POLÍTICA Y DEL PODER

De todas las experiencias de democracia participativa, aquellas del llamado “presupuesto participativo” son las más avanzadas. Teniendo en los gobiernos del Partido de los Trabajadores de Porto Alegre, en el sur de Brasil, ya a lo largo de trece años, su referencia central, esas experiencias se extendieron a otras ciudades e inclusive a otros estados del país, además de desarrollar otras modalidades en otros países.

Lo más significativo de esas experiencias es el intento de llevar a cabo una reforma democrática radical del estado, haciendo de la participación no sólo un elemento de mayor transparencia gubernamental, sino que apalanca hacia la construcción de un tipo diferente de estado, que suponga otra forma de relación entre gobernantes y gobernados y, por lo tanto, de ciudadanía y de democracia.

Desde su transición a la democracia, Brasil empezó a presen-

tar intentos de gobiernos con formas de democracia participativa, impulsados por las vigorosas movilizaciones populares que llevaron a la crisis de la dictadura y a su sustitución, especialmente en la primera mitad de la década de 1980. En ciudades del interior de Brasil, valiéndose especialmente de las dimensiones menores de los universos para gobernar, fueron puestos en práctica varios proyectos, generalmente sin gran éxito ni continuidad. Sin embargo, apuntaban a un problema que rápidamente se revelaría bastante real: la incapacidad de las democracias de corte liberal de incorporar el impulso de abajo que venía de las movilizaciones populares, congelando regímenes políticos institucionalizados y clausurados en su estructura administrativa.

Faltaba a las políticas sociales, en mayor o menor medida, según el gobierno, registrar un trazo de una opción popular de los gobiernos, sin reflejos en el plano político. El propio proyecto administrativo original del Partido de los Trabajadores (PT) –presente más directamente en la fórmula *El modo petista de gobernar*, libro coordinado por Francisco Wefort (1986)– no se centraba en la idea, todavía embrionaria en aquel momento en sectores del partido, del presupuesto participativo, sino en la “inversión de prioridades”, privilegiando lo social, como estará presente, por ejemplo, en el gobierno de Luiza Erundina en la prefectura de São Paulo (1988-1992).

Doce años de política de presupuesto participativo (PP), continuadas por el cuarto mandato consecutivo del PT en Porto Alegre, permitieron no solamente cristalizar en ella el éxito de esos gobiernos, sino extenderlas a cientos de municipios de Brasil, así como entusiasmar un gobierno de una ciudad considerada ingobernable –como São Paulo–, en parte justamente por la falta de recursos y por la gran cantidad de demandas reprimidas, a lanzarse a la “aventura” del PP. Esa extensión es innovadora, porque hasta cierto momento el PP era considerado una especie de política sectorial y no el núcleo de una reforma democrática radical del estado, potencial que hasta ahora no ha sido incorporado a los

programas nacionales de gobierno de PT, como muestra de la incomodidad y de las perturbaciones que provoca para quien se proponga gobernar sin alterar las estructuras generales de poder en la sociedad.

En sentido contrario a las tendencias dominantes, las políticas de presupuesto participativo permiten fortalecer los derechos de ciudadanía y rescatar la importancia del espacio político y el significado de los intereses públicos, y dan inicio a un proceso de reforma radical del estado centrada en un círculo público renovado –ni estatal, ni privado: público–. Se apunta a un proceso paralelo de socialización del poder y de la política y de estrechamiento de la dicotomía gobernantes-gobernados. De ahí la fuerza con que esa experiencia local se proyectó en el plano nacional e internacional: porque toca un elemento radicalmente diferente de una política alternativa –democrática, ciudadana, pública– con relación al liberalismo económico y político, al mismo tiempo.

En vez de recobrar del neoliberalismo coherencia con sus presuposiciones doctrinarias en la democracia liberal, se hace la crítica de ésta, no pura y simplemente desde el punto de vista de la democracia directa, sino de la conjunción entre democracia directa y democracia participativa, en la dirección ya señalada por Nicos Poulantzas en sus últimos trabajos. Sin embargo, no en una conjunción de los ejercicios formales de la llamada “ingeniería institucional” –especulaciones vacías en términos sociales y políticos concretos–, sino basada en la crisis real vivida en una metrópoli media de la semiperiferia capitalista, por lo tanto, con capacidad de generalización mucho mayor que si estuviera situada en un polo extremo del sistema.

Los trabajos contenidos en el libro indican sistemáticamente los méritos y los mecanismos de funcionamiento del presupuesto participativo, ya muy cantados en prosa y en verso, aunque todavía poco conocidos y evaluados en su justa dimensión histórica y política. No se trata, como se ve en esos textos, de un proyecto

socialdemócrata de reestructura institucional para dar mayor vigor a una democracia liberal carcomida por la crisis social y por las políticas neoliberales. Se apunta hacia mucho más que eso, no obstante haber sido puesta en práctica ahora, a lo largo de varios mandatos sólo en el nivel municipal. Se trata de reformular la relación de los gobiernos con la ciudadanía, de poner las estructuras de gobierno bajo control directo de la población, de llevar a cabo un intento de movilización permanente de los ciudadanos, señalando hacia otra forma de estado, en la práctica incompatible no sólo con los modelos políticos liberales –las tensiones entre las cámaras municipales y los órganos del presupuesto participativo son una de las expresiones de esas contradicciones, aunque no la única–, sino con la propia dinámica del capitalismo, todavía más en su fase neoliberal, donde los mecanismos de mercado y de libertad de la propiedad privada son primacía sobre todo.

Además de que las políticas de presupuesto participativo no se detienen en la separación constitutiva del modelo liberal entre lo social y lo político, constituyendo la ciudadanía a partir de sus necesidades sociales, aunque inscribiéndolas en el plano político, para no neutralizarla en el plano social –como era típico de los gobiernos populistas latinoamericanos y su concepción corporativa del estado–. Tocar ese punto sensible es aceptar una nueva forma abierta y creativa de las relaciones entre lo económico/social y lo político, uno de los puntos fértiles y subversivos potencialmente presentes en el presupuesto participativo.

Tampoco se retoma la propuesta de “vía pacífica al socialismo” del gobierno chileno de Salvador Allende. En aquél se incluía un proyecto anticapitalista dentro de las estructuras estatales vigentes, buscando insertar la dualidad de poderes dentro del estado y tratar de resolverla positivamente a lo largo del tiempo. Había lugar para un “área social” que englobaría básicamente las propiedades estatales, con “participación de los trabajadores”, pero sin el diseño de una nueva forma de poder en el conjunto de la sociedad, protagonizado por la ciudadanía organizada. Los

trabajadores participarían corporativamente, como sindicatos y como centrales sindicales, quedando la dirección política delegada al gobierno, del cual participaban los partidos políticos de izquierda.

Se heredaba la propuesta de paso del “capitalismo monopolista de estado”, originalmente formulada por teóricos del Partido Comunista de Francia a partir de la interpretación de la ambigua frase de Lenin según la cual el capitalismo de estado (se refería al alemán) sería la antesala al socialismo, fundado en una visión básicamente económica de uno y otro sistema. El proyecto del presupuesto participativo no se inclina hacia esa interpretación economicista tanto del poder hegemónico actual como de su propuesta de superación; busca articular demandas sociales, económicas, políticas y culturales con un proyecto emancipador de la ciudadanía que se inscribe en una nueva forma de estado y de relación gobernantes-gobernados.

Pero tampoco se trata de una nueva versión de las propuestas históricas clásicas de “dualidad de poderes” en el sentido de la vía insurreccional. No se trata de “asaltar el estado” a partir de una estructura externa a él, que concentra en sí un poder alternativo. Se trata de una estrategia de reformas radicales del estado a partir de una especie de proyecto de transición inspirado en los enfoques de Gramsci de construcción de una alternativa hegemónica, antes incluso del acceso al poder central por las fuerzas antisistémicas.

Un balance de los primeros doce años permite, por un lado, deducir su éxito inicial innegable, reconocido y legitimado incluso por sus adversarios –la prensa de oposición, altamente mayoritaria, por no decir totalmente alineada contra los gobiernos de Porto Alegre, que ni siquiera mencionó la expresión “presupuesto participativo” durante ocho años, vio que ese tema era incautado por sus propios candidatos a partir de la tercera elección– como evidencia de la conquista hegemónica.

Los balances con respecto al éxito político de los gobiernos

del Partido de los Trabajadores en Porto Alegre atribuyen, en mayor o menor medida, a las políticas del presupuesto participativo la responsabilidad central de las sucesivas reelecciones, e inclusive de la proliferación de esas políticas por cientos de municipios brasileños.

No obstante, los propios responsables de esas políticas consideran, según seminario realizado en Porto Alegre por el gobierno municipal de Tarso Genro en abril de 2001, que ya se agotó la primera etapa del PP, revelando los límites y debatiendo nuevos horizontes para esa política. Dentro de los diferentes balances presentes escogieron como puntos de estrangulación y que, al mismo tiempo, revelan las perspectivas abiertas por las políticas del PP.

Entre ellas vale la pena destacar por lo menos dos temas que reiteradamente siguieron a la realización de esas políticas: la representatividad de los órganos del PP y sus riesgos corporativos. Por muy significativos que sean los datos sobre el número de participantes, es posible cuestionar su representatividad, tanto en el porcentaje sobre la totalidad de la población de la ciudad, como en relación con el número de electores. El número de participantes en el presupuesto participativo subió de 1.300 en el primer año de llevarse a cabo (1989) a 19.025 después de once años (2000), y de que alcanzó un pico de 20.724 personas el año anterior, con un crecimiento de quince veces.

La baja participación inicial demuestra que no había una cultura política preexistente de la que el presupuesto participativo se pudiese valer, y que fue su dinámica la que acabó movilizando sectores cada vez más amplios de la población, especialmente de las capas más pobres, cuyas demandas estaban más reprimidas. Algunas investigaciones demuestran que la realización de sus decisiones fue la razón más importante que llevó a las personas a participar en las reuniones del presupuesto participativo. O sea que fue esa forma de democracia directa la responsable de la realización de las demandas populares y de la ampliación de la legiti-

midad de los gobiernos. Un porcentaje mucho menor, 15%, justifica su participación porque considera que se trata de un valor político que debe ser cultivado, manifestando conciencia ciudadana, independientemente de sus resultados.

El primer aspecto comprometería la legitimidad de las decisiones sobre el presupuesto, el segundo correría el riesgo de hacer prevalecer motivaciones particularistas en la disputa por los recursos públicos. Las dos, aunque diferentes, remiten a la misma cuestión: la de la congruencia entre la representación y la participación política. En otras palabras, en qué medida los organismos del presupuesto participativo pueden reivindicar la representación de la soberanía popular que la teoría de la democracia liberal localiza en el voto. La calidad de la democracia, en esa visión, sería medida por el nivel de participación política, mientras que el grado de legitimidad de los gobiernos sería dado por la capacidad de satisfacer las demandas populares. Cuando las demandas de la ciudadanía se convierten en políticas públicas, la participación política habría encontrado sus canales de realización.

En dirección diferente, frente a la quiebra del estado en la atención de las carencias sociales, sectores de la llamada “sociedad civil” –ya sea bajo la forma de organizaciones no gubernamentales, o de entidades empresariales o simplemente civiles– buscan desarrollar políticas que compensen aquellas lagunas. Consiste en una especie de contrapunto para el estrechamiento del estado, ya sea por parte de los que lo pregonan como virtud o de los que buscan minimizar los vacíos dejados por esa retracción. De cualquier forma, esas iniciativas aparecen en los espacios dejados por las teorías y prácticas de un llamado “estado mínimo”.

Esas iniciativas coinciden con la mayor proyección del concepto de sociedad civil, que las abarcaría a todas no obstante su diversidad, por oposición a todo lo que sea “estatal”, consensualmente considerado como ineficiente, por definición o como balance de sus prácticas concretas. Esas iniciativas tuvieron en la

acción de un sociólogo brasileño ya fallecido, Betinho (Herbert José de Souza), su gran *Acción por la ciudadanía* y sus campañas contra el hambre en Brasil. Fue él quien por primera vez en el país lanzó la idea de un “balance social de las empresas”, convocando a empresarios privados a asumir responsabilidades sociales no cumplidas o mal cumplidas por el estado.

El texto de María Célia Paoli hace un balance de ese tipo de iniciativa privada, en su complejidad y ambigüedad, dada la naturaleza privada de gran parte de las empresas, con su búsqueda de lucro, y por lo tanto orientada por las leyes del mercado, conflictivas con acciones que deberían afirmar derechos. En ese elemento reside justamente el carácter contradictorio e ineficaz de esas políticas: surgen siempre como políticas compensatorias, focalizadas, localizadas, al tener a la “sociedad civil” como referencia y no el estado como sujeto. En esa condición, pierden la posibilidad de convertirse en políticas universalistas, resignándose a iniciativas necesariamente locales y casi siempre tendrá este carácter, buscando sacar de ahí su fuerza. Sin embargo, terminan, en esa lógica, quedando limitadas a aquellas del Banco Mundial y de las políticas llamadas de “solidaridad”.

Es significativo que ese tipo de iniciativas acostumbra asumir la idea de “solidaridad”, que implícitamente representa la acción filantrópica de los incluidos para con los excluidos. Ésta suele ser la categoría para designar el objeto de su acción; minimizar el tamaño de la destitución. La situación de exclusión social gana una connotación funcionalista, una relación entre los que están “fuera” y “dentro” del sistema, que sustituye formas de comprensión de los conflictos sociales que generan las situaciones de exclusión. Se trata, por lo tanto, de un problema de acceso a bienes y servicios que, no proporcionados por el estado, son puestos a disposición por entidades privadas. Se corre detrás de los efectos de una verdadera máquina de producir exclusión al renunciarse a un abordaje de los procesos de acumulación de capital. Estamos muy lejos de la afirmación de derechos universales, con acciones que

funcionan más para legitimar la imagen de entidades privadas –como regla empresariales– que para funcionar como políticas que se contrapongan de manera eficiente y permanente a los problemas sociales que pretenden combatir.

Además, esas iniciativas, en el caso de un país como Brasil, caracterizado por la peor distribución de ingreso del mundo, se disipan en la dimensión de los problemas sociales acumulados, perdiendo cualquier eficacia. La cantidad de miseria acumulada a lo largo de las últimas décadas no podría tener soluciones, ni siquiera parciales, sin cambiar los paradigmas de reproducción social, empezando por los padrones de acumulación de capital. Para esta acción las entidades empresariales son específicamente insensibles, dado que son justamente las beneficiarias de esos modelos de acumulación.

Buena parte de las iniciativas de las entidades empresariales se manifiestan, así, más como formas de legitimación y de *marketing* –un representante de una de ellas confiesa que se gasta más dinero en la publicidad de las acciones que en las acciones mismas– que como referencias para nuevas modalidades de políticas sociales por parte de la “sociedad civil”. Ésta, en el sentido de entidades que congregan la ciudadanía, difícilmente podría superar esos límites, si se definen como actores ajenos y contrapuestos al estado. En vez de luchar por derechos universales y por la constitución de los individuos como ciudadanos, acaban por visualizarlos como individuos de una “sociedad civil” en el sentido liberal del término y que, en vez de contraponerse a la lógica mercantil, termina siendo funcional a ella.

INDIA Y PORTUGAL:
¿HACIA UNA DEMOCRACIA LOCAL?

La fuerte centralización del poder llevada a cabo por las políticas de ajuste fiscal y la transferencia de decisiones estratégicas hacia centros financieros internacionales acabó por llevar, como

contrapunto, a la valorización de las iniciativas locales. Éstas –asumidas por municipios, cuando logran ser convertidas en políticas públicas– ocupan espacios dejados libres por los estados centrales o explícitamente transferidos a gobiernos locales, como suele ser el caso de las políticas sociales.

Una cierta teorización positiva asumió esas iniciativas, a partir del hecho de que esos gobiernos están más cerca de la población, tienen mayor sensibilidad para sus demandas y pueden más fácilmente ser controlados por la ciudadanía, algunos de ellos presentes en las políticas del presupuesto participativo. El lema “pensar global, actuar local” daba una dimensión todavía más amplia a esas políticas.

Este volumen contiene el relato de algunas de esas experiencias en la India y en Portugal. Esas experiencias enfrentan un doble movimiento: el del traslado de centros estratégicos de decisión sobre los recursos de los gobiernos recaudados de la masa de población para los estados nacionales, estrechamente sometidos a centros financieros internacionales, y el de la mayor legitimidad de gobiernos locales, por atender a necesidades concretas de la población y por el mayor grado de democratización de esos gobiernos. Como contrapartida, pérdida más rápida de legitimidad de los gobiernos nacionales, pero vacío de los recursos de los gobiernos locales para cumplir las tareas que les dan mayor legitimidad. El fortalecimiento de la democracia local tiende, así, a enfrentarse a la falta de recursos financieros, la sobrecarga de demandas no atendidas, que con eso puede llevar al debilitamiento del grado de legitimidad que esos gobiernos locales lograron.

El tema del fortalecimiento de la democracia local, como en el caso de las experiencias analizadas en la India, supone formas de control de las condiciones de vida de las personas, del medio ambiente, de las relaciones políticas, económicas y culturales, lo que requiere a su vez de recursos e integración política de la población. En la lucha por la creación de las condiciones para esa realización, se enfrentan con el poder central, en vez de encon-

trar apoyo e incentivo en él. Una tensa dialéctica se produce entre la legitimidad local y las condiciones materiales de su existencia, que sólo puede ser resuelta en una estructuración cualitativamente distinta de las relaciones de poder, donde la democracia participativa –en alguna de sus formas– se imponga como criterio central de un nuevo sistema político. O si no esas nuevas experiencias tenderán a retroceder, extenuarse y perder su contenido innovador.

Los dilemas atraviesan todas las experiencias relatadas, ya sean las de la India o las de Portugal. Nuevas formas de gobiernos locales, búsqueda de legitimidad en la “sociedad civil”, desarrollo de políticas centradas en el planeamiento territorial –como el caso de Portugal, en el análisis de Isabel Guerra–. Como concluye ella, la tensión está entre la emancipación implican regulaciones, que pueden funcionar como modalidades de integración y, así, de recuperación y de cooptación.

Como afirma Francisco de Oliveira, en cuanto a “la compleja trama entre la dimensión global, la velocidad de las transformaciones, la despolitización de la economía y la desnacionalización de la política, viene haciendo la territorialidad como base de la política una forma completamente adecuada para la prevalencia de la voluntad de los ciudadanos” (2001), el sistema político se torna inaccesible para la ciudadanía. Los esfuerzos de emancipación son los que han permitido la reapertura de espacios para la afirmación de derechos, aunque bajo la presión de nuevas formas de control, en general consecuencia de las políticas de ajuste fiscal –como el caso de la Ley de Responsabilidad Fiscal vigente en Brasil–, pero que tiende a reproducirse, porque es parte integrante de las políticas del FMI.

No es diferente la perspectiva de ese tipo de iniciativa de las de presupuesto participativo, que igualmente tratan de la promoción de la ciudadanía en contraposición a las políticas neoliberales. La frontera puede estar en el papel de los presupuestos. El espacio para acoger las reivindicaciones se enfrentará con los lí-

mites de los recursos, cuya elasticidad dará el potencial de realización o no de los derechos de ciudadanía postulados.

Las dimensiones de equidad y justicia social, según Isabel Guerra, serían los elementos gestores de un poder en construcción, en las condiciones de desigualdad y exclusión de las políticas neoliberales prevalecientes. Una división de recursos que obedeciese a esos criterios permitiría avanzar en dirección a la emancipación. Faltaría siempre la definición del nivel de constitución de sujetos populares que pudiesen ser agentes en la construcción de formas de poder alternativas, sin lo cual incluso los grados de equidad y justicia social no se mantendrían, por la ausencia de una relación de fuerzas políticas que las apoye.

Así, las políticas de presupuesto participativo aparecen como la forma hasta aquí más avanzada de política de democracia participativa, por conjugar inserciones institucionales y procesos constantes de movilización popular. Incluso sin estar inmunes a intentos de cooptación y de control social, esas políticas tienen una reserva de capacidad de movilización popular que puede funcionar como contrapunto a aquellos intentos.

En el caso de la India se destaca, por su originalidad y profundidad, la experiencia de Kerala, significativamente, de la misma forma que el presupuesto participativo en Brasil, en un estado con destacado nivel relativo de desarrollo en comparación con el resto del país. En el caso de Kerala, un desarrollo impulsado por dos conquistas distintivas en la periferia capitalista –reforma agraria y campaña de alfabetización– con todo lo que significan como formas de rescate del atraso y de la ignorancia, como condiciones básicas de afirmación de la ciudadanía.

De forma similar a la experiencia brasileña, aunque con modalidades diferentes, la experiencia de democracia participativa de Kerala significó cambiar las relaciones entre los ciudadanos, intermediados por los nuevos espacios de intervención y de generación de derechos. Un ejemplo claro de lo que el autor constata: que la ciudadanía no es un derecho, sino una relación, cuya

afirmación sólo es posible por una transformación en el conjunto de las relaciones entre los individuos, intermediada por el espacio público.

Igualmente significativo es que esa experiencia sea dirigida, en términos partidarios, por un Partido Comunista, para lo que tuvo que hacer, teórica y prácticamente, la crítica de las concepciones clásicas de esos partidos respecto a la democracia política, incorporando por lo tanto la crítica de la burocratización y del desarrollo, con su sesgo economicista. Para pasar a una experiencia de democracia participativa fue necesaria la comprensión de que las formas clásicas de estado y de democracia política estaban agotadas. Y, como elemento diferencial de otros partidos originarios de esa corriente, no se trató de sustituir el leninismo por concepciones socialdemócratas –como ha sido la regla–, sino por la búsqueda de la emancipación social de la ciudadanía por la ampliación del círculo público.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- GARCES, Joan E. (1996): *As armas da política*, São Paulo, Ed. Scritta.
- OLIVEIRA, Francisco de (2001): “Projeto de pesquisa sobre o orçamento participativo em São Paulo”, mimeo.
- POULANTZAS, Nicos (1981): *O Estado, o poder, o socialismo*, Río de Janeiro, Ed. Graal.
- WELFORT, Francisco (coord.) (1986): *O modo petista de governar*, São Paulo, Ed. Brasiliense.

Índice general

Presentación

por Elías Jaua Milano, ministro para la Economía Popular 5

Introducción: Sobre la búsqueda de soberanías democráticas 7

MIGUEL ÁNGEL CONTRERAS NATERA

PRIMERA PARTE

CRÍTICA DE LOS SABERES EUROCÉNTRICOS

Pensamiento crítico latinoamericano:

la impugnación del eurocentrismo 33

EDGARDO LANDER

La superación del eurocentrismo

*Enriquecimiento del saber sistémico y endógeno
sobre nuestro contexto tropical* 62

ORLANDO FALS BORDA Y LUIS EDUARDO MORA-OSEJO

El desarrollo y la antropología de la modernidad 75

ARTURO ESCOBAR

SEGUNDA PARTE

PENSAR LA ECONOMÍA SOCIAL Y SOLIDARIA

¿Qué es la economía social y solidaria? 113

ALAIN LIPIETZ

Para ampliar el canon de la producción 130
BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS Y CÉSAR RODRÍGUEZ

Sobre la dialéctica modernidad y desarrollo
*Refiguraciones de las culturas, los saberes y los movimientos
sociales en América Latina* 202
MIGUEL ÁNGEL CONTRERAS NATERA

TERCERA PARTE
ALTERNATIVAS A LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

En busca del desarrollo perdido 233
OSVALDO SUNKEL

Hacia otras democracias 265
EMIR SADER

Esta edición fue publicada por el Ministerio
para la Economía Popular el mes de enero
de 2006 y consta de 2.000 ejemplares.

